



ENSEÑANZAS JERÁRQUICAS

COMPILACIÓN TEMÁTICA

Título XXVIII: FILOSOFÍA
Parte I





PRESENTACIÓN

COMENTARIOS DEL COMPILADOR

Este trabajo de compilación que aquí se presenta se ha ido organizado a lo largo de varios años y se presentó en Febrero del año 2.013. Desde entonces, se ha procedido a incorporar nuevos textos que antes no constaban en la obra. En conjunto ha sido una tarea muy laboriosa, pero creo que a la vista del resultado bien merece la pena el esfuerzo realizado. La idea que siempre ha movido esta labor ha sido la utilidad que puede tener en los aspirantes y discípulos que, durante los próximos años, estén interesados en enseñanzas provenientes de la Jerarquía de Maestros.

Este trabajo está sobre todo estructurado alrededor de las enseñanzas de la Maestra H. P. Blavatsky y de los Maestros indios Ekkirala Krishnamacharya y K. Parvathi Kumar y otros, aunque esos otros son mucho más esporádicos y concretos.

Las enseñanzas son extracciones de los libros de los autores, haciendo siempre referencia al título del libro y/o el número o números de páginas. El trabajo se ha organizado a lo largo de 70 temas diferentes, en los que se han ido volcando todas las enseñanzas consideradas de valor y que se han encontrado en los libros de referencia.

En ocasiones, se ha preferido escribir sólo las iniciales o parte del título de la obra de referencia, por ejemplo se verá que la Doctrina Secreta se señala como D.S e Isis Sin Velo, simplemente como Isis. Así las enseñanzas y las citas de esa obra aparecen como D.S., seguidas del número del volumen y las páginas extractadas. Por ejemplo si vemos (D.S., V, 200-210), significará que la enseñanza fue tomada de la Doctrina Secreta, tomo V, desde la página 200 hasta la 210).

Existen varios textos extractados que se han repetido en dos o más temas, debido a que esas enseñanzas tienen que ver con esos mismos temas, por lo que los textos se han situado en todas aquellas temáticas que se han visto como de referencia para los escritos escogidos.

En muchos casos se verá también que hay numerosos textos de los que en parte se han resaltado en negrita, por tal de distinguirse del resto, ya que se ha encontrado que los mismos son de una más destacada significación.

Las partes extractadas lo han sido, naturalmente, en base al propio criterio del compilador, pero debido a que el estudiante tendrá la información necesaria sobre



su fuente, o el libro y página del cual se han recogido, siempre podrá acceder a buscar más información directamente en el libro en cuestión.

Se debe tener en cuenta también que todos los extractos de los libros de los Maestros K. Parvathi Kumar y Ekkirala Krishnamacharya, lo son de las primeras ediciones de Editorial Dhanishtha de Barcelona (España), salvo si se indica lo contrario. La Doctrina Secreta utilizada es la de la edición de 1.988 de Editorial Sirio, de Málaga (España) y en cuanto a Isis sin Velo se trata de la edición de 1.985 de Ediciones Teorema, de Barcelona (España).

También hay que tener en cuenta que, muchas veces, los vocablos y la construcción de las frases empleados tanto en Isis sin Velo como en la Doctrina Secreta, pueden distar mucho de los empleados hoy en día, pues hay que recordar que estos dos grandes obras de H.P. Blavatsky fueron escritas en el siglo XIX.

Sólo espero que esta compilación sea útil a todos los aspirantes, discípulos y buscadores de la verdad que deseen consultarlo. Este es y ha sido mi único propósito al realizar este trabajo que humildemente pongo a su disposición y a los venerables pies de “Aquellos” que nos instruyen y que con su ejemplo iluminan nuestro propio camino.

Gracias.

Sabadell (Barcelona) – España. Septiembre de 2.014.

Un estudiante.



Título XXVIII: FILOSOFÍA

Parte I

“Estos cuentos de hadas no son historias sin sentido, escritas para regocijar al ocioso; ellas encierran la profunda religión de nuestros antepasados” (*Cuentos y tradiciones de nuestros Antepasados Septentrionales* pág., 21).

Así es. No tan sólo su religión, sino su Historia igualmente. Porque un mito, significa tradición oral, transmitida de boca en boca de una generación a otra.; y hasta en la etimología moderna, el término envuelve la idea de alguna afirmación *fabulosa* que contiene una verdad importante; la historia de algún personaje extraordinario cuya biografía se ha exagerado, por efecto de la veneración de las generaciones sucesivas, con la fecunda imaginación popular; pero que *no es del todo una fábula*. Como nuestros antepasados los arios primitivos, creemos enormemente en la personalidad e inteligencia de más de una Fuerza productora de fenómenos en la Naturaleza.

Con el transcurso del tiempo, la doctrina arcaica se fue velando; y las naciones perdieron más o menos de vista el principio Superior y Único de todas las cosas, y empezaron a transferir los atributos abstractos de la Causa sin Causa, a los efectos, causados, que se convirtieron a su vez en causativos, en los Poderes Creadores del Universo; las grandes naciones, por temor a profanar la Idea; las más pequeñas, sea porque no pudieron asirla, o porque carecían del poder de concepto filosófico, necesario para conservarla en toda su pureza inmaculada. Pero todas ellas, excepción hecha de las de los últimos arios, convertidos hoy en europeos y cristianos, muestran aquella veneración en sus cosmogonías. Como lo expresa Tomás Taylor (véase *The Monthly Magazine*, de Abril de 1797), el más intuitivo de todos los traductores de los fragmentos griegos, ninguna nación ha concebido jamás al principio Único como creador inmediato del Universo visible; porque ningún hombre en su sano juicio creería que el arquitecto de proyectó el edificio que admira, lo haya construido con sus propias manos. Según testimonio de Damascius, en su obra *Sobre los Primeros Principios*, se referían a aquel, llamándolo la “Obscuridad Desconocida”. Los babilonios guardaron silencio respecto a ese principio: “A ese Dios” –dice Porfirio en su *Sobre la Abstinencia*- “que está sobre todas las cosas, no se le debe dirigir lenguaje externo, ni tan siquiera interno...” Hesiodo principia su *Teogonía* con las palabras: “De todas las cosas, el Caos fue la primera producida”, dando así a entender que su Causa o Productor se debe pasar bajo



reverente silencio. Homero en sus obras no se remonta más allá de la Noche, y presenta a Zeus reverenciándola. Según todos los teólogos antiguos, y las doctrinas de Pitágoras y Platón, Zeus o el Artífice inmediato del Universo, *no es el Dios más elevado*; como Sir Christopher Wren, en su aspecto físico humano, no es la Mente que en él produjo sus grandes obras de arte. Así es que, no sólo Homero guarda silencio respecto al Principio Primero, sino también respecto a aquellos dos Principios inmediatamente posteriores al primero, el Aether y el Caos de Orfeo y Hesiodo, y el Límite e Infinitud de Pitágoras y Platón. De este Principio Superior, dice Proclo que es... “la Unidad de Unidades, más allá del primer Aditya, más inefable que todo Silencio, y más oculto que toda Esencia... secreto entre los Dioses inteligibles (La confusión entre el “Límite” y el “Infinito” es lo que fue objeto de los sarcasmos de Kapila, en sus discursos con los Yoguis brahmanes que pretenden ver al “Ser Superior” en sus visiones místicas). Algo más podría añadirse a lo que escribió Tomás Taylor en 1797, a saber: que los “judíos no parecen haber remontado más allá... del Artífice *inmediato* del Universo”, pues “Moisés presenta una obscuridad sobre la faz del abismo, sin insinuar siquiera que hubiese causa alguna de su existencia”. Nunca han degradado los judíos en su Biblia –obra puramente esotérica, simbólica- a su deidad metafórica, tan profundamente como los cristianos lo han hecho al admitir a Jehovah por su Dios viviente y además *personal*.

Ese Principio Primero, o mejor dicho Único, era llamado el “Círculo del Cielo”, simbolizado por el hierograma de un Punto dentro de un Círculo o Triángulo Equilátero, representando el Punto al Logos. Así en el *Rig Veda*, donde ni siquiera se nombra a Brahmâ, comienza la Cosmogonía con el Hiranyagarbha, el “Huevo Áureo” y Prajâpati (el último sobre Brahmâ), de quien emanan todas las Jerarquías de “Creadores”. La Mónada, o Punto, es el origen y la Unidad de que parte el sistema numérico entero. Este Punto es la causa Primera; pero AQUELLO de que emana, o más bien de lo cual es la expresión o Logos, se deja en silencio. A su vez, el símbolo universal, el *Punto dentro del Círculo*, no era aún el Arquitecto, sino la Causa de aquel Arquitecto; y el último estaba precisamente en la misma relación con aquélla, como el Punto con respecto a la Circunferencia del Círculo, que, según Hermes Trismegisto, no puede definirse. Muestra Porfirio que la Mónada y la Dúada de Pitágoras son idénticas al Infinito y Finito de Platón en *Philebus*, o lo que Platón llama XXXXX. Sólo la última la Madre, es la substancial; siendo la primera la “Causa de toda Unidad” y medida de todas las cosas”; mostrándose así que la Dúada, Mûlaprakriti, el Velo de Parabrahman, es la Madre del Logos y, al mismo tiempo, su Hija –esto es, el objeto de su percepción-, el producto producido y la causa secundaria del mismo. Según Pitágoras, la Mónada vuelve al Silencio y a la



Obscuridad, en cuanto ha desplegado la Tríada, de la que emanan los 7 números restantes, de los 10 que son base del Universo Manifestado.

Al principio había un gran Abismo (Caos); ni el Día ni la Noche existían; el Abismo era Ginnungagap, la vorágine siempre abierta, sin principio ni fin. El Todo-Padre, el Increado, el No Visto, moraba en las profundidades del “Abismo” (Espacio) y *quiso*, y lo que quiso vino a la existencia (*Asgard and the Gods*, 22).

En la Cosmogonía Nórdica se expone lo mismo:

Lo mismo que en la cosmogonía inda, la evolución del Universo está dividida en dos partes, que son las llamadas en la India las Creaciones Prâkrita y Pâdma. Antes de que los cálidos rayos emanados de la Mansión del resplandor despierten la vida en las Grandes Aguas del Espacio, aparecen los Elementos de la primera creación, y de ello es formado el Gigante Ymir, u Orgelmir (que significa al pie de la letra, barrio hirviente), la Materia Primordial diferenciada del Caos. Viene después la Vaca Audumla, la Nutridora (Vâch: la “vaca melodiosa, que produce la subsistencia y el Agua”, y nos proporciona el “alimento y sustento”, según la descripción del *Rig Veda*), de la que nació Buri, el Productor, cuyo hijo Bör (Born, o el nacido), con Bestla, la hija de los Gigantes del Hielo (hijos de Ymir)), tuvo tres hijos: Odin, Willi y We, o sea el espíritu, la Voluntad y la Santidad. Esto era cuando aún reinaba la Obscuridad a través del Espacio; cuando los Ases, los Poderes Creadores o Dhyân Chohans, aun no se habían desplegado, y cuando el Yggdrasil, el Árbol del Universo, del Tiempo y de la Vida, no había crecido todavía, y no existía aún ningún Walhalla, o Recinto de los Héroe. Las leyendas escandinavas acerca de la Creación de nuestra Tierra y del Mundo, principian con el Tiempo y la Vida humana. Todo lo que precede, es para aquéllas la Obscuridad, en la que el Todo-Padre, la causa de todo, habita. Según observa el editor de *Asgard and the Gods*, aunque esas leyendas encierran la idea de aquel Todo-Padre, causa original de todo, “apenas si se le menciona en los poemas”, no porque, como él piensa, “no fuese capaz la idea de elevarse a conceptos claros acerca de lo Eterno” antes de la predicación del Evangelio; sino a causa de su carácter profundamente esotérico. Por consiguiente, todos los Dioses Creadores o Deidades *Personales*, principian en el período secundario de la Evolución Cósmica. Zeus nace, *en*, y de Cronos – El Tiempo. De igual modo es Brahmâ el producto y emanación de Kâla, “la Eternidad y el Yiempo”, siendo Kâla uno de los nombres de Vishnu. De aquí que veamos a Odín como *Padre de los Dioses y de los Ases*, así como Brahmâ es el *Padre de los Dioses y de los Asuras*; y de ahí también el carácter andrógino de todos los principales Dioses Creadores, desde la segunda mónada de los griegos hasta el



Sephira Adam Kadmon, el Brahmâ o Prajâpati-Vâch de los Vedas, y en andrógino de Platón, que no es sino otra versión del símbolo indo. (D.S. II, 212-217).

Nunca hubo ni puede haber más que una religión universal, porque sólo una puede ser la verdad referente a Dios. Esta religión universal es a manera de inmensa cadena cuyo eslabón superior (alfa) emana de la inmanifestada divinidad (*in statu abscondito*, como dicen las primitivas teologías) y dilatándose por la superficie de la tierra, toca en todos sus puntos antes de que el último eslabón (omega) se enlace con el inicial en el punto de emanación. Esta divina cadena engarza todos los simbolismos exotéricos cuya variedad de formas en nada afecta a la substancia y sobre cuyos diversos conceptos del universo material y de sus vivificantes principios permanece inalterable la inmaterial imagen del esencial Espíritu.

Hace muchos siglos que se dijo cuanto cabe decir acerca de lo que a la mente humana le es posible alcanzar en la interpretación del universo espiritual con sus fuerzas y leyes. Podrá el metafísico simplificar las ideas de Platón para mejor comprenderlas, pero no podrá alterar ni remover su espíritu substancial sin menoscabo de la verdad indestructible y eterna, por más que los humanos cerebros se torturen durante miles de años; aunque la teología embrolle y mutile la fe con dogmas metafísicamente incomprensibles; y a pesar de que la ciencia fomenta el escepticismo y apague los últimos y vacilantes destellos de la intuición espiritual del género humano. La suprema expresión de la verdad en lenguaje hablado es el Logos persa el *Honover* o viva y manifestada Palabra de Dios. El *zoroastriano Enoch-Verihe* es idéntico al hebreo *Yo soy quien soy*, y el *Gran Espíritu* del vulgo inculto de la India es el *Brahmâ* de los filósofos induístas.

El médico y filósofo indo Tcharaka, que según referencias floreció 5.000 años antes de J.C., dice en su tratado *Usa* sobre el origen de las cosas: “Nuestra tierra es como todos los cuerpos luminosos, un átomo del inmenso todo del que daríamos ligera idea llamándole infinito”.

Dice un proverbio siamés que “no hay más que una luz y una sola oscuridad”, y según el apotegma cabalístico: *Daemon est Deus inversus* (el demonio es la inversión o sombra de Dios). ¿Hubiera existido la luz sin las tinieblas primitivas? El radiante universo tendió por vez primera sus infantiles brazos de entre los pañales del tenebroso y lúgubre caos. Si según la revelación cristiana es cierta la plenitud de *Aquel que todo lo llena en todo*, forzoso será admitir que en caso de que el diablo exista ha de estar incluido en esta plenitud y ha de ser una parte del que “*todo lo llena en todo*”. Desde tiempo inmemorial se ha intentado justificar la existencia de Dios con entera separación del diablo, y así lo hizo la antigua



filosofía oriental en su *theodiké*; pero este metafísico concepto del *espíritu caído* no estuvo jamás desfigurado por la antropomórfica representación del diablo, como hicieron posteriormente las lumbreras de la teología cristiana, porque en la tierra, entre los hombres, y no en el cielo, ha de buscarse este eterno enemigo de Dios que embaraza los caminos de perfección.

Así es que todos los monumentos religiosos de la antigüedad, sin distinción de país ni clima, expresan idéntico pensamiento cuya clave da la doctrina secreta que es necesario estudiar para comprender los misterios ocultos durante largos siglos en los templos y ruinas de Egipto, Asiria, América Central, Colombia Británica y Cambodge, todos los cuales fueron proyectados y construidos por los sacerdotes de su respectiva nación, aunque éstas no se relacionaran unas con otras. Pero no obstante la diversidad de ritos y ceremonias, todos los sacerdotes, fuesen del país que fuesen, habían sido iniciados en los Misterios que se enseñaban en todo el mundo.

Valiosos documentos ofrecen a la arqueología comparada las ruinas de *Ellora* en el Deccan (India), las de *Chichen-Itza*, en el Yucatán, las de Copán en Guatemala y las de *Nagkon-Wat*, en Cambodge, pues son de tan semejantes características, que sugieren al convencimiento de la identidad de ideas religiosas y de nivel civilizador en artes y ciencias de los pueblos que construyeron estos monumentos. (Isis, II, 352-354).

Verdaderamente parecerá “incontrovertible” si por inversión de términos admitimos que de ese “remoto oriente” brotó la luz que iluminó a los israelitas después de pasar por Caldea y Egipto. Lo importante es averiguar primero quienes fueron los israelitas. Muchos historiadores, apoyados en sólidas razones, los asimilar a los fenicios; pero está fuera de duda que estos eran de raza etíope, pues aún hoy la raza del Punjab está mezclada con etíopes asiáticos. Herodoto coloca en el golfo Pérsico la cuna de los hebreos, vecinos por el sur de los *hymaritas* (árabes), y más lejos moraban los *caldeos* y *susinianos*, expertos en el arte de la construcción. Esto parece demostrar su filiación etíope. Megastenes dice que los israelitas eran una secta inda llamada de los *kalani*, cuya teología se asemejaba a la induísta. Otros autores suponen que los judíos eran los *yadus* del Afghanistan o India antigua. Eusebio dice que “los *etíopes* vinieron del río Indo a establecerse cerca de Egipto”. Nuevas investigaciones podrían demostrar que los *indos tamiles*, a quienes los misioneros acusan de adorar al diablo (*Kutti-Sattan*), se limitan a rendir culto al *Seth* o *Satán* de los *hetheos* de la Biblia.



Pero si en los albores de la historia fueron los judíos fenicios, a estos se les puede seguir la huella hasta llegar a las antiguas naciones de lengua sánscrita. Cartago era una ciudad fenicia como lo indica su nombre, pues a Tiro se le llamaba también *Kartha*. Su dios tutelar era *Melkarta (Baal o Mel)*.

Por otra parte, todas las razas ciclópeas fueron fenicias. En la Odisea de *kuklopes* (cíclopes) fueron pastores del Líbano, de quienes dice Herodoto que supieron abrir minas y levantar edificios. Según Hesíodo, forjaban los rayos de Júpiter, y la Biblia les llamaba *zanzumimes*, de *Anakim* o país de los gigantes.

De lo dicho se echa de ver fácilmente que si los constructores de Ellora, Copán, Nagkon-Wat y de los monumentos egipcios no fueron de una misma raza, profesaron al menos la misma religión o sea la que de muy antiguo se enseñó en los Misterios. Aparte de esto, notamos que las figuras de Angkor son arcaicas y nada tienen que ver con las imágenes e ídolos de Buda, cuya fecha es indudablemente más moderna.

...si admitimos que las tribus de Israel tuvieron parte en la construcción de Nagkon-Wat, no hemos de tomar por tales las que cruzaron el desierto en demanda de la tierra de Canaán, sino a sus primitivos antepasados que nada supieron de la revelación *mosaica*. Pero, ¿dónde está la prueba documental de que las tribus de Israel hayan tenido personalidad histórica antes de la compilación del *Antiguo Testamento* de Esdras?.

Algunos arqueólogos, y no les falta razón para ello, tienen por místicas a las doce tribus de Israel, pues los levitas eran casta y no tribu. Queda también pendiente de resolución el problema de si los hebreos habitaron en Palestina antes de Ciro. Todos los hijos de Jacob se casaron con cananeas, excepto José, que tomó por esposa a la hija de un sacerdote egipcio; y con arreglo a esta costumbre, estuvo habitualmente consentido entre los hebreos el matrimonio con extranjeras. (Habitaron, pues, los hijos de Israel en medio del cananeo y del heteo y del amorreo y del fereceo y del heveo y del jebuseo. Y tomaron por mujeres a las hijas de ellos y dieron sus hijas a los hijos de ellos y sirvieron a sus dioses. E hicieron lo malo delante del Señor y olvidáronse de su Dios sirviendo a los Baales y a Astaroth (Jueces, III, 5, 6, 7). Este Baal era Moloch, Melch-Karta o Hércules que recibía adoración en todos los países donde los fenicios dejaban su huella. ¿Cómo podían los israelitas mantener la unidad de sus tribus cuando por testimonio mismo de la Biblia periódicamente caían en manos de sus enemigos? "... y fue trasladado Israel de su tierra a los asirios hasta este día. Y el rey de los asirios llevó gentes de Babilonia y de Cuthah y de Ava y de Amath y de Sepharvaim y las puso en las ciudades de Samaria *en lugar* de los hijos de Israel"). (II Reyes, XVII, 23, 24).

La influencia *asiria* alteró en sentido *semita* el idioma de Palestina, porque los *fenicios* habían ya perdido la independencia en tiempo de Hiram y trocado su idioma *camítico* por el *semítico*. (Isis II, 361-363).



...hemos de recordar que Siva, Baal, Moloch y Saturno son idénticos; que aún hoy mismo, los árabes mahometanos consideran a Abraham como a Saturno en la Kaaba; que Abraham e Israel eran distintos nombres de Saturno; y que Saturno ofreció su hijo unigénito en sacrificio a su padre Urano y que se circuncidó a sí mismo y obligó a la circuncisión a sus parientes y aliados. Pero este mito no es de origen fenicio ni caldeo, sino puramente indo, porque su modelo se halla en el *Mahâ-Bhârata*... (Isis II, 376-377).

No es maravilla que los escépticos y aun los mismos cristianos repugnen el licencioso lenguaje de las obras brahmánicas y sus derivantes: la *Kábala*, el *Códex*, de *Bardesanes* y las *Escrituras hebreas*, que el lector profano juzga reñidas con el “sentido común”. Pero si por ello no cabe vituperarles, pues, como dice Fichte, “indicio es de sabiduría no satisfacerse con pruebas incompletas”, debieran tener en cambio la sinceridad de confesar su ignorancia en cuestiones que ofrecen dos aspectos y en cuya resolución tan fácilmente puede errar el erudito como el ignorante. (Isis II, 382).

La universalidad de una creencia debe basarse forzosamente en una abrumadora acumulación de hechos que la robustezcan de generación en generación. La más arraigada creencia universal es la magia o psicología oculta. Los que en nuestro tiempo se percatan de las formidables virtudes mágicas, aunque en los países cultos sean débiles sus efectos, ¿se atreverán a desmentir a Porfirio y Proclo que afirman la posibilidad de animar durante algunos momentos las estatuas de los dioses? No serán capaces de negarlo quienes bajo su firma aseguran haber visto moverse mesas y sillas y escribir lápices sin que nadie los toque. Cuenta Diógenes Laercio que el Areópago ateniense desterró al filósofo Estilpo por haberse atrevido a decir en público que la imagen de Minerva esculpida por Fidias no era más que un trozo de mármol; pero nuestro siglo no obstante remedar a los antiguos en todo, presume aventajarles en conocimientos psicológicos, hasta el extremo de que encerraría en un manicomio a cuantos creen en el fenómeno de las “mesas semovientes”.

De todos modos, la religión de los antiguos será la religión del porvenir. Dentro de algunos siglos ya no habrá creencias dogmáticas en las religiones culminantes de la humanidad. Hinduismo y budismo, cristianismo e islamismo desaparecerán sepultados bajo el pujante alud de los *hechos*. “Infundiré mi espíritu en toda carne”, dice el profeta Joel. “En verdad os digo que mayores obras que estas haréis vosotros”, prometió Jesús. Mas para ello es preciso que el mundo se reconvierta a la capital religión del pasado, al



conocimiento de los majestuosos sistemas precedentes de mucho al brahmanismo y aún al monoteísmo de los antiguos caldeos. (Isis II, 423-424).

Dice el ilustre y valiente filósofo Schopenhauer: “...**así resulta que la cartesiana división de las cosas en materia y espíritu es filosóficamente inexacta, y conviene diferenciarlas en voluntad y manifestación**, con la ventaja de espiritualizar todas las cosas, pues lo real y objetivo, los cuerpos y la materia de la división cartesiana, los consideramos como manifestación dimanante de la voluntad”. (Isis I, 152).

Si en vez de disputar sobre la falta de precisión científica del lenguaje de Platón, analizáramos detenidamente sus obras, encontraríamos sin ir más allá del *Timeo* el germen de todos los descubrimientos modernos. Allí se vislumbran la circulación de la sangre y la ley de gravedad, pues sabía Platón que la sangre es un fluido en constante movimiento, aunque, como dice Jowett, ignorara que sale del corazón por las arterias para regresar a esta entraña por las venas. **Platón empleó el método sintético cuyo más acabado modelo es la geometría**. En vano la ciencia moderna busca entre las alteraciones moleculares aquella Causa primera que Platón infirió del majestuoso movimiento de los mundos que le revelaban el vasto plan de la creación. Apenas atendían los filósofos antiguos a los minuciosos pormenores que han agotado la paciencia de los científicos modernos; y de ello resulta que un alumno de segunda enseñanza sabe más que Platón en los pormenores, en cambio el menos aprovechado discípulo de este filósofo dejaría tamañito al más sabihondo académico moderno en lo concerniente a las leyes cósmicas y a las fuerzas que tras ellas laten. (Isis I, 392-393).

Dice Inman en el prefacio de su obra “Símbolos paganos y cristianos”: Lo peor para un pueblo no es tener una religión defectuosa, sino los obstáculos opuestos a la libre investigación y examen. Todo país dominado en la antigüedad por la teocracia cayó al fin bajo la espada de los conquistadores, que no paraban mientes en jerarquías... El mayor peligro está en los clérigos, que toleran y estimulan los vicios como medio de mantener su predominio sobre los fieles... **Si cada cual se portase con los demás como quiere que los demás se porten con él, y nadie permitiese interposiciones de otro hombre entre él y Dios, habría de sobra para que todo fuese bien en el mundo**. (Isis III, 157).



La Ciencia Moderna no es más que Pensamiento Antiguo desfigurado.

Hemos visto, no obstante, cómo piensan y en qué se ocupan los hombres científicos intuitivos; y ahora se le darán al lector algunas nuevas pruebas de que más de un académico se aproxima inconscientemente a las ridiculizadas Ciencias Secretas.

Respecto de la Cosmogonía y de la materia primitiva, las especulaciones modernas son, de modo innegable, el pensamiento antiguo “perfeccionado” por las teorías contradictorias de origen reciente. Todo el fundamento pertenece a la Astronomía y Física arcaicas, griegas e indias, llamadas siempre en aquellos días Filosofía. En todas las especulaciones arias y griegas, encontramos el concepto de una Materia no organizada, homogénea, o Caos, que todo lo penetra, y en la que los hombres de ciencia han vuelto a bautizar con el nombre de “condición nebulosa de la materia universal”. Lo que Anaxágoras llamó Caos en su Homoiomeria, se llama ahora “fluido primitivo” por Sir William Thomson. Los atomistas indios y griegos –Kanâda, Leucipo, Demócrito, Epicuro, Lucrecio, etc., se reflejan como en un claro espejo, en los mantenedores de la Teoría Atómica de nuestra época, principiando con las Mónadas de Leibnitz, y terminando con los Átomos Vortiginosos de Sir William Thomson. (D.S. II, 478-479).

DEMON EST DEUS INVERSUS. Esta frase simbólica, en sus múltiples formas, es ciertamente muy peligrosa e iconoclasta frente a todas las últimas religiones dualistas, o más bien teológicas, y especialmente a la luz del Cristianismo. Sin embargo, no sería justo ni exacto decir que el Cristianismo es el que ha concebido y dado luz a Satán. Como “Adversario”, como Poder opuesto requerido por el equilibrio y la armonía de las cosas en el Universo, así como es necesaria la sombra para hacer resaltar la Luz, la Noche para poner más de relieve al Día, y así como el frío hace apreciar más la bondad del Calor, así ha existido siempre Satán. La Homogeneidad es una e indivisible. Pero si el Uno y Absoluto homogéneo no es una mera figura del lenguaje; y si lo Heterogéneo, en su aspecto dual, es su producción, su sombra o su reflejo bifurcado, entonces aquella Homogeneidad divina tiene que contener en sí misma tanto la esencia de lo bueno, como de lo malo. Si “Dios” es Absoluto, Infinito y Raíz Universal de todas las cosas en la naturaleza y en su Universo, ¿de dónde viene el Mal o el demonio, si no de la misma Matriz áurea del Absoluto? Así, pues, o tenemos que aceptar la emanación del bien y del mal, de Agathodaemon y de Kakodaemon, como ramas del mismo tronco del Árbol de la existencia, o tenemos que resignarnos al absurdo de creer en dos Absolutos eternos.



Teniendo que buscar el origen de la idea en los mismos principios de la mente humana, es de justicia entretanto conceder lo suyo hasta al diablo proverbial. **La antigüedad no conocía ningún “Dios del mal” aislado, completa y absolutamente malo. El pensamiento pagano representaba al bien y al mal como hermanos gemelos, nacidos de la misma madre, la Naturaleza; tan pronto como aquel pensamiento se perdió haciéndose arcaico, la Sabiduría se convirtió en Filosofía. En el principio, los símbolos del bien y del mal eran meras abstracciones, Luz y Tinieblas; más tarde, sus tipos fueron elegidos entre los fenómenos cósmicos más naturales y siempre repetidos periódicamente, el Día y la Noche, o el Sol y la Luna. Luego fueron representados por las Huestes de las Deidades del Sol y de la Luna, y el Dragón de las Tinieblas fue el contraste del Dragón de la Luz.** La Hueste de Satán es Hija de Dios, lo mismo que la Hueste de B’ne Alhim, los Hijos de Dios que fueron a “presentarse ante el Señor”, su Padre (*Job*, II). “Los Hijos de Dios” se convirtieron en “Ángeles Caídos” sólo cuando comprendieron que las hijas de los hombres “eran hermosas” (*Génesis*, VI). En la filosofía inda, los Suras estaban clasificados entre los dioses más primitivos y resplandecientes, y se convirtieron en Asuras sólo cuando fueron destronados por la fantasía brahmánica. Satán no tomó nunca la forma antropomórfica, individualizada, hasta que se completó la creación por el hombre, de “un Dios personal *viviente*”; y entonces sólo como una cosa de principal necesidad. Era necesaria una pantalla, un testafarro para explicar la crueldad, los errores y la injusticia demasiado evidentes, perpetrados por aquel a quien se atribuía la perfección, la misericordia y la bondad absolutas. Este fue el primer efecto kármico de abandonar un Panteísmo filosófico y lógico, para construir, como apoyo para el hombre perezoso, “un Padre misericordioso en el Cielo”, cuyas acciones diarias y de cada momento, como Natura Naturans, la “Madre hermosa, pero fría como el mármol”, desmienten la suposición. Esta condujo al concepto de los gemelos primitivos Osiris-Tifón, Ormazd-Ahriman, y por último Caín-Abel y el *tutti quanti* de los opuestos.

Habiendo empezado “Dios”, el Creador, por ser sinónimo de Naturaleza, terminó por ser convertido en su autor. Pascal resuelve muy artificiosamente la dificultad diciendo:

La Naturaleza tiene perfecciones, para mostrar que es la imagen de Dios; y defectos para indicar que es *tan sólo* su imagen.

Mientras más se profundiza en la obscuridad de las edades prehistóricas, más filosófica aparece la figura prototípica del último Satán. El primer “Adversario”, en forma individual humana, que se encuentra en la antigua literatura puránica, es uno de sus más grandes Rishis y Yogis – Nârada, llamado “el Productor de las contiendas”.



Él es un Brahmaputra, un hijo de Brahmâ, el masculino. Pero más adelante nos ocuparemos de él. Quien sea en realidad el gran “impostor”, se puede poner en claro, investigando el asunto, *con los ojos abiertos* y la mente libre de prejuicios, en todas las Cosmogonías y escrituras antiguas.

Es el demiurgo antropomorfizado, el Creador de los Cielos y Tierra, separado de la Hueste colectiva de sus Creadores Compañeros, a quien, por decirlo así, representa y sintetiza. Ahora es el Dios de las Teologías. “El deseo es padre del pensamiento”. Ocurrió una vez, que un símbolo filosófico abandonó a la perversa imaginación humana; después tomó la forma de un Dios diabólico, engañoso, astuto y celoso.

Como los Dragones y otros Ángeles Caídos se describen en otras partes de esta obra, bastarán ahora unas cuantas palabras sobre el tan maltratado Satán. El estudiante debe tener presente que en todo el mundo, excepto en las naciones cristianas, el Diablo no es hasta hoy más que el aspecto opuesto, en la naturaleza dual del llamado Creador. Esto es natural. No puede pretenderse que Dios sea la síntesis de todo el Universo; que sea Omnipresente, Omnisciente e Infinito, y divorciarlo luego del Mal. Como hay mucho más Mal que Bien en el mundo, se deduce lógicamente, que o bien Dios tiene que abarcar el Mal y ser causa directa del mismo, o de lo contrario abandonar toda pretensión a la Absolutividad. Los antiguos comprendían esto tan bien, que sus filósofos, a quienes siguen ahora los kabalistas, definían el Mal como el “revestimiento” de Dios, o el Bien; y *Demon est deus inversus* es un adagio muy antiguo. Verdaderamente, el Mal no es sino una fuerza ciega competidora de la Naturaleza; es la reacción, la oposición y el contraste –el mal para unos, el bien para otros- No hay *malum in se*, sino sólo la Sombra de la Luz, sin la cual ésta no podría tener existencia, ni aun para nuestra percepción. Si el Mal desapareciese, el Bien también desaparecería con él de la Tierra. El “Antiguo Dragón” era Espíritu puro antes de convertirse en Materia; era *pasivo* antes de ser *activo*. En la Magia sirio-caldea, tanto Ophis como Ophiomorphos, se juntan en el Zodíaco en el signo Andrógino de Virgo Scorpio. Antes de su caída en la tierra, la Serpiente era Ophis-Christos; y después de su caída, se convirtió en Ophiomorfos-Chrestos. En todas partes las especulaciones de los kabalistas tratan al Mal como una *Fuerza* que es contraria, pero al mismo tiempo esencial para el Bien, dándole la vitalidad y existencia que, de otro modo, no podría tener. No habría *Vida* posible (en el sentido mayáxico), sin la *Muerte*; ninguna regeneración ni construcción sin destrucción. Las plantas perecerían bajo una luz solar eterna, y lo mismo le sucedería al hombre, que se convertiría en un autómatas sin el ejercicio de su libre albedrío, y sin su aspiración hacia la luz, que perdería su ser y su valor para él si no hubiese otra cosa. El Bien es infinito y eterno tan sólo en lo eternamente oculto para nosotros, y por esto nos lo imaginamos eterno. En los planos manifestados, uno equilibra al otro. Pocos son



los deístas creyentes en un Dios Personal, que no hagan de Satán la sombra de dios, o que, confundiendo a ambos, no crean tener derecho para rogar a su ídolo pidiéndole su ayuda y protección para la ejecución e inmunidad de sus actos malos y crueles. “No nos hagas caer en la tentación”. Es la oración que dirigen a “nuestro Padre en el Cielo”, y no al Diablo, millones de corazones cristianos. Esto lo hacen repitiendo las mismas palabras que ponen en la boca de su Salvador, y sin embargo no se les ocurre pensar en el hecho de que su significado lo contradice por completo Santiago, “el hermano del Señor”.

Que no diga hombre alguno cuando siente la tentación, estoy tentado por Dios; pues Dios no puede ser tentado por el mal, ni tienta él a hombre alguno (*Santiago*, I, 13). (D.S. II, 189-193).

. . . La contestación dada es: Hay fluidos de varias clases. Llámase a la electricidad un fluido, y así sucedía muy recientemente con el calor; pero era en la suposición de que el calor era alguna substancia imponderable. Eso pasaba durante el reinado supremo y autocrático de la Materia. Cuando se destronó a la Materia y fue proclamado el movimiento único rey y señor del Universo, se convirtió el calor en un “modo de movimiento”. Por lo tanto, no hay que desesperar; puede él convertirse el día de mañana en otra cosa cualquiera. Como el Universo mismo, la Ciencia está siempre evolucionando, y nunca puede decir: “Yo soy lo que soy”. **Por otra parte la Ciencia Oculta tiene sus tradiciones inmutables, que datan de los tiempos prehistóricos. Puede errar en detalles, pero nunca será culpable de una equivocación en cuestión de Ley Universal, sencillamente porque esa Ciencia, con justicia llamada Divina por la Filosofía, nació en planos superiores, y fue traída a la Tierra por Seres que eran más sabios que lo será el hombre, aun en la Séptima Raza de su Séptima Ronda. Y esa Ciencia sostiene que las Fuerzas no son lo que la ciencia moderna quisiera que fuesen, como por ejemplo: el magnetismo no es un “modo de movimiento”; y en este caso particular al menos, la ciencia exacta moderna tendrá seguramente, algún día un disgusto.** A primera vista, nada puede parecer más ridículo, más atrozmente absurdo que decir, por ejemplo: el Yogui indo iniciado sabe en realidad de la naturaleza y constitución últimas de la luz, tanto solar como lunar, diez veces más que el físico europeo más eminente ¿por qué cree, sin embargo, que el Rayo Sushumnâ, es aquel Rayo que proporciona a la Luna su prestada Luz? ¿Por qué es “el Rayo querido del Yogui iniciado”? ¿Por qué consideran esos Yoguis a la Luna como la deidad de la Mente? **Nosotros contestamos; porque la luz, o más bien todas sus propiedades ocultas, todas sus combinaciones y correlaciones con otras**



fuerzas mentales, psíquicas y espirituales, era perfectamente conocida por los antiguos Adeptos.

Por consiguiente, aunque la Ciencia Oculta pueda estar menos bien informada que la Química moderna en cuanto al comportamiento de elementos compuestos en varios casos de correlación física, es sin embargo inconmensurablemente superior, en su conocimiento de los estados ocultos últimos de la materia y de la verdadera naturaleza de la misma, a todos los físicos y químicos juntos de nuestra época presente.

Ahora bien; si declaramos franca y sinceramente la verdad, es decir, que los antiguos Iniciados tenían un conocimiento de la física como ciencia de la naturaleza, mucho más amplio que el que poseen nuestras Academias de Ciencias todas juntas, esta declaración será tachada de impertinente y absurda; porque se considera que las ciencias físicas han alcanzado en nuestra época el máximo de la perfección. De aquí la pregunta desdeñosa: ¿Pueden los ocultistas conciliar satisfactoriamente los dos puntos siguientes, a saber: a) La producción del calor por el roce, excitación del movimiento molecular; y b) La conversión del calor en fuerza mecánica, si mantienen la antigua y desacreditada teoría de que el calor es una substancia o un fluido?

Para contestar a la pregunta, debe observarse en primer lugar, que las ciencias ocultas no consideran la electricidad, o cualquier otra de las Fuerzas que se suponen ser originadas por ésta, como Materia en ninguno de los estados conocidos por la ciencia física; más claro: ninguna de esas llamadas Fuerzas, es un sólido, un gas o un fluido. Si no pareciese pedantería, hasta se opondría un ocultista a que se llamase a la electricidad fluido, puesto que es un efecto y no una causa. Pero él diría que su Nómeno, es una Causa Consciente. Lo mismo en los casos de la “Fuerza” y el “Átomo”. . . (D.S. II, 369-371).

. . . **La Filosofía rechaza un Dios *finito e imperfecto* en el Universo, la deidad antropomórfica del monoteísta, tal como la representan sus adoradores. Repudia, en virtud de su nombre de *Filo-teo-sofía*, la idea grotesca de que la deidad Infinita, Absoluta, tenga, o mejor dicho, pueda tener relación alguna directa o indirecta con las evoluciones finitas ilusorias de la Materia, y por consiguiente, no puede imaginar un universo *fuera* de aquella deidad, o la ausencia de la misma de la más diminuta partícula de la Substancia animada o inanimada. No significa esto que cada rama, árbol o piedra, sea Dios o un Dios; sino que cada partícula del material manifestado del Kosmos pertenece a Dios y es la Substancia de Dios, por muy baja que pueda haber caído en su rotación cíclica a través de las Eternidades de lo Siempre Viniendo a ser; y también que**



cada punto de estos individualmente y el Kosmos colectivamente, es un aspecto y un recordatorio de aquella Alma universal Una, que la Filosofía niega a llamar dios, limitando así la Raíz y Esencia eterna siempre presente.

Por qué el Éter del Espacio o “Éter Nervioso” habría de “destruir la individualidad de cada sentido”, parece incomprendible para todo el que está familiarizado con la verdadera naturaleza de ese “Éter Nervioso”, bajo su nombre sánscrito, o más bien esotérico y kabalístico. (D.S. II, 399-400).

Hace algunos años hicimos observar que:

La Doctrina Esotérica puede muy bien llamarse... la “Doctrina Hilo”. Puesto que, como el Sûtrâtama (en la Filosofía Vedanta) (El Âtmá, o Espíritu, el Yo Espiritual, pasando como un hilo a través de los cinco Cuerpos Sutiles, o Principios, Koshas, se llama “Alma Hilo” en la Filosofía Vedantina), ella pasa al través y engarza todos los antiguos sistemas filosófico-religiosos... y los reconcilia y explica.

Ahora diremos que hace aún más. No sólo reconcilia los distintos sistemas aparentemente contradictorios, sino que coteja los descubrimientos de la ciencia exacta moderna, mostrando que algunos de ellos son necesariamente correctos, puesto que se hallan corroborados por los Anales antiguos. Indudablemente, esto será considerado como el colmo de la impertinencia y falta de respeto, un verdadero crimen de *lesa ciencia*; sin embargo, es un hecho.

La Ciencia es innegablemente ultra-materialista, en nuestros días; pero, en cierto sentido, tiene su justificación. Como la Naturaleza se conduce siempre esotéricamente *in actu*, y está, como dicen los kabalistas, *in abscondito*, sólo puede ser juzgada a través de su apariencia, por el profano, y esa apariencia es siempre engañosa en el plano físico. Por otra parte, los naturalistas se niegan a mezclar la física con la metafísica, el Cuerpo con su Alma y Espíritu animador. Prefieren no saber nada de estos últimos. Para algunos esto es cuestión de gusto, al paso que la minoría de un modo señalado se esfuerza en ampliar el dominio de la Ciencia física, penetrando en el terreno prohibido de la Metafísica, tan desagradable para algunos materialistas. Estos hombres de ciencia son sabios en su generación. Pero todos sus maravillosos descubrimientos no significarán nada, y serán para siempre cuerpos *sin cabeza*, a menos que ellos levanten el velo de la Materia y afinen su vista para ver *más allá*. Ahora que han estudiado la Naturaleza en la longitud, anchura y espesor de su contextura física, tiempo es ya de relegar el esqueleto al segundo plano, y buscar en las profundidades



desconocidas, la entidad viviente y real, la *substancia* – el nómeno de la Materia que se desvanece.

Sólo siguiendo tal senda, podrán descubrir que algunas verdades, llamadas hoy “supersticiones desacreditadas”, son hechos, y las reliquias del antiguo conocimiento y sabiduría.

Una de tales creencias “degradantes” –degradantes en opinión del escéptico que todo lo niega- se encuentra en la idea de que el Kosmos, además de sus habitantes planetarios objetivos, sus humanidades de otros mundos habitados, esté lleno de *Existencias* invisibles e inteligentes. Los llamados en Occidente Arcángeles, Ángeles y Espíritus, copias de sus prototipos los Dhyân Chohans, los Devas y Pitris del Oriente, no son seres reales, sino ficciones. En este punto es inexorable la ciencia materialista. Para sostener su posición, aecha abajo su propia ley axiomática de uniformidad y de continuidad en las leyes de la naturaleza, y toda la serie lógica sucesiva de analogías en la evolución del Ser. **Se pide a la masa profana que crea, y se la hace creer, que el testimonio acumulado de la Historia –que muestra hasta a los “Ateos” de la antigüedad, hombres tales como Epicuro y Demócrito, creyendo en los Dioses- es falso; y que filósofos como Sócrates y Platón, que aseguraban tales existencias, eran descarriados entusiastas y locos. Aun cuando nuestras opiniones sólo estuviesen basadas en fundamentos históricos, en la autoridad de las legiones de Sabios más eminentes, desde Pitágoras hasta los profesores y científicos eminentes de nuestro presente siglo que si bien rechazan a los “Dioses” creen en los “Espíritus”, ¿deberíamos considerar a tales autoridades tan pobres de inteligencia y tan necias como cualquier aldeano católico romano que crea y rece a sus santos humanos o al Arcángel San Miguel? Pero, ¿es que no hay diferencia entre la creencia del aldeano y la de los herederos occidentales de los Rosacruces y alquimistas de la Edad Media? ¿Es que los Van Helmonts, los Khunraths, los Paracelsos y Agripas, desde Roger Bacon hasta St. Germainm fueron todos ciegos entusiastas históricos e impostores; o es el puñado de escépticos modernos –los “directores del pensamiento”- el que se halla atacado de la ceguera de la negación? Opinamos que lo último es lo cierto ¡Sería en efecto un *milagro*, un hecho por completo anormal en el reino de las probabilidades y de la lógica, que un puñado de negadores fuesen los únicos custodios de la *verdad*, mientras que los millones de creyentes en los Dioses, Ángeles y Espíritus –sólo en Europa y América-, a saber: los cristianos griegos y latinos, teósofos, espiritistas, místicos, etc., no fuesen otra cosa que gente fanática engañada, médiums alucinados, y a menudo no más que las víctimas de charlatanes e impostores. Sin embargo, aun cuando varíen las presentaciones externas y los dogmas, las creencias en las Huestes de Inteligencias invisibles de varios grados, tienen todas el mismo fundamento. La verdad y el error se hallan**



mezclados en todas. La existencia exacta –profundidad, anchura y longitud- de los misterios de la Naturaleza, sólo se encuentra en la Ciencia Esotérica Oriental. **Tan vastos y profundos son, que escasamente si unos pocos, muy pocos de los Iniciados más elevados –aquellos cuya existencia misma solo es conocida de un pequeño número de Adeptos- son capaces de asimilarse el conocimiento.** Sin embargo, todo está allí, y uno por uno los hechos y procedimientos de los talleres de la Naturaleza, pueden abrirse paso en la ciencia exacta, cuando presta ayuda misteriosa a unos pocos individuos para el descubrimiento de sus arcanos. **A la terminación de los Grandes Ciclos, relacionados con el desarrollo de las razas, tienen lugar generalmente tales acontecimientos. Nos hallamos precisamente al final mismo del ciclo de 5.000 años del presente Kali Yuga Ario; y de aquí a 1.897 se hará un gran rasgón en el Velo de la Naturaleza, y la ciencia materialista recibirá un golpe mortal.**

Sin desacreditar en modo alguno creencias sancionadas por el tiempo, nos vemos obligados a trazar una línea divisoria entre la fe ciega, desarrollada por las teologías, y los conocimientos debidos a las investigaciones independientes de largas generaciones de Adeptos; en una palabra, entre la filosofía y la fe. Es innegable que en todas las edades ha habido hombres sabios y buenos que, habiendo sido educados en creencias sectarias, han muerto en sus convicciones cristalizadas. Para los protestantes, el jardín del Edén es el primitivo punto de partida en el drama de la Humanidad, y la solemne tragedia en la cumbre del calvario es el prelude del esperado Milenio. Para los católico-romanos, Satán está en la base del Kosmos, Cristo en su centro, y el Antecristo en su ápice. Para ambos, la Jerarquía del Ser principia y acaba en los estrechos límites de sus respectivas teologías: un Dios *personal* creado por sí mismo, y un empiéreo en que resuenan las aleluyas de *Ángeles creados*; el resto, Dioses *falsos*, Satán y demonios.

La Teo-filosofía se mueve en un campo mucho más amplio. Desde el principio mismo de los eones –en el tiempo y en el espacio de nuestra Ronda y Globo- los **misterios de la Naturaleza** (por lo menos los que nuestras Razas pueden legalmente conocer), fueron registrados por los discípulos de aquellos mismos “Hombres Celestes”, ahora invisibles, en figuras geométricas y símbolos. **Las claves de los mismos pasaron de una generación de “Hombres Sabios” a otra.** Algunos de los símbolos pasaron así de Oriente a Occidente, traídos del oriente por Pitágoras, que no fue el inventor de su famoso “Triángulo”. Esta figura, juntamente con el cuadrado y el círculo, son descripciones más elocuentes y científicas del orden de la evolución del Universo, espiritual y psíquico, así como físico, que volúmenes de cosmogonías descriptivas y de “génesis” revelados. Los diez Puntos inscritos en ese “Triángulo Pitagórico”, valen por todas las teologías y



angelologías emanadas jamás del cerebro teológico. Porque el que interprete estos diez y siete puntos (los siete Puntos Matemáticos ocultos) –en su misma superficie y en el orden dado-, encontrará en ellos la serie no interrumpida de genealogías desde el primer Hombre Celeste al terrestre. Y, así como ellos dan el orden de los Seres, asimismo revelan el orden en que fueron desarrollados el Kosmos, nuestra Tierra y los Elementos primordiales por lo que esta fue originada. Engendrada en los “Abismos” invisibles y en la Matriz de la misma “Madre”, como sus globos compañeros, el que domine los misterios de nuestra Tierra habrá dominado todos los demás.

Sea lo que fuese lo que la ignorancia, el orgullo y el fanatismo puedan argüir en contra, puede mostrarse que la Cosmología Esotérica está inseparablemente relacionada tanto con la filosofía como con la ciencia moderna. Los Dioses y las Mónadas de los antiguos –desde Pitágoras hasta Leibnitz- y los átomos de las escuelas materialistas actuales (según los han tomado de las teorías de los antiguos atomistas griegos), son tan sólo unidades compuestas, o una unidad graduada como la estructura humana, que principia con el cuerpo y termina con el Espíritu. **En las Ciencias Ocultas pueden estudiarse separadamente; pero nunca pueden ser profundizadas a menos que se las considere en sus mutuas correlaciones durante su ciclo de vida, y como una Unidad Universal durante los Pralayas.**

La Pluche demuestra sinceridad, pero da una pobre idea de sus capacidades filosóficas, en la opinión de sus opiniones personales sobre la Mónada o el Punto Matemático. Dice así:

Basta un punto para poner en combustión a todas las escuelas del mundo. Pero ¿qué necesidad tiene el hombre de conocer este punto, puesto que la creación de tan pequeño ser está fuera de su poder? *A forliori*, la filosofía obra contra la probabilidad cuando trata de pasar desde este punto, que absorbe y desconcierta todas sus meditaciones, a la generación del mundo.

La Filosofía, sin embargo, no hubiera podido nunca formar su concepto de una Deidad lógica, universal y absoluta, si no hubiera tenido ningún Punto Matemático en el interior del Círculo, sobre el cual basar sus especulaciones. Únicamente el Punto manifestado, perdido para nuestros sentidos tras su aparición pre-genética en la infinitud y en lo incognoscible del Círculo, puede hacer posible la reconciliación de la Filosofía con la Teología, a condición de que esta última abandone sus groseros dogmas materialistas. Y precisamente por haber la teología cristiana rechazado tan imprudentemente la Mónada Pitagórica y sus figuras geométricas, es por lo que ha desenvuelto su Dios personal y humano creado por sí mismo, la Cabeza monstruosa de que fluyen en dos corrientes los dogmas de la Salvación y de la Condenación. Esto es tan cierto, que hasta los



sacerdotes que son masones y que quisieran ser filósofos, en sus interpretaciones arbitrarias, han atribuido a los sabios antiguos la singular idea de que:

La Mónada representaba (para ellos) el trono de la Deidad Omnipotente, colocada en el centro del empuje para indicar T.G.A.O.T.V. (léase "The Great Architect of the Universe") –El Gran Arquitecto del Universo-).

Curiosa explicación es esta, más masónica que estrictamente pitagórica. Tampoco el "Hierograma en un Círculo, o Triángulo equilátero", significó nunca "el símbolo de la unidad de la Esencia divina", puesto que ésta estaba simbolizada por el plano del Círculo limitado. Lo que ello verdaderamente significaba era la naturaleza trina co-igual de la primera Substancia diferenciada, o la consubstanciabilidad del espíritu (manifestado), la Materia y el Universo –"Hijo" de los dos- que procede el Punto, el Logos esotérico real, o Mónada Pitagórica. Pues el Monás griego significa "Unidad" en su sentido primario. Los que no puedan asir la diferencia entre la Mónada –la Unidad Universal- y las Mónadas o la Unidad manifestada, así como también entre el Logos siempre oculto y el revelado, o Verbo, no debieran ocuparse nunca de filosofía, y mucho menos de ciencias esotéricas. No es necesario recordar al lector ilustrado la tesis de Kant para demostrar su segunda Antinomia. Los que la han leído y comprendido, verán claramente la línea divisoria que trazamos entre el Universo *absolutamente ideal* y el Kosmos invisible, pero manifestado. Nuestros Dioses Mónadas no son los elementos de la extensión misma, sino sólo los de la Realidad invisible que es la base del Kosmos manifestado. Ni la Filosofía Esotérica ni Kant, para no decir nada de Leibnitz, admitirían jamás que la extensión pueda componerse de partes simples o inextensas. Pero los filósofos teólogos no quieren comprender esto. El Círculo y el Punto –este último retirándose dentro del primero y fundiéndose con él después de haber emanado los tres primeros Puntos y haberlos unido con líneas, formando así la primera base nóminal del Segundo Triángulo en el Mundo Manifestado- han sido siempre un obstáculo insuperable para los vuelos teológicos hacia empujes dogmáticos. Sobre la autoridad de este símbolo arcaico, un Dios masculino, personal, Creador y Padre de todo, se convierte en una emanación de tercer orden; el Sefira que se presenta en cuarto lugar en el descenso, y a la izquierda de Ain Suph, en el Árbol de Vida kabalístico. Por tanto, queda degradada la Mónada en Vehículo - ¡un "Trono"!

La Mónada –emanación y reflexión tan sólo del Punto, o Logos, en el Mundo fenomenal- se convierte, como ápice del Triángulo equilátero manifestado, en el "Padre". La línea o lado izquierdo es la Dúada, la "Madre", considerada como el principio malo, de oposición (En las iglesias griega y latina –que consideran al matrimonio como uno de los sacramentos-, el sacerdote que oficia durante la ceremonia representa el vértice del triángulo; la novia su lado izquierdo femenino y el novio el derecho, mientras que la línea de la



base está simbolizada por la fila de testigos e invitados. Pero tras el sacerdote está el Sancto Sanctorum, con su misterioso contenido y significado simbólico, dentro del cual, sólo los sacerdotes consagrados deben entrar. En los primitivos tiempos del Cristianismo, la ceremonia matrimonial era un misterio y un verdadero símbolo. Ahora, sin embargo, hasta las iglesias han perdido el verdadero significado de este simbolismo). El lado derecho representa al “Hijo”, “Esposo de su Madre”, en *todas* las cosmogonías, como siendo uno con el ápice; la línea de la base es el plano universal de la Naturaleza productora, unificando en el plano fenomenal Padre-Madre-Hijo, como éstos estaban unificados en el ápice, en el mundo suprasensible. Por transmutación mística se convirtieron en el Cuaternario: el Triángulo se convirtió en la Tetraktis.

Esta aplicación trascendental de la geometría a la teogonía cósmica y divina –el Alfa y el Omega del concepto místico- fue empequeñecido después de Pitágoras, por Aristóteles. Omitiendo el Punto y el Círculo, y no teniendo en cuenta el ápice, redujo el valor metafísico de la idea, y limitó así la doctrina de la magnitud a una Tríada simple; *la línea, la superficie y el cuerpo*. Sus herederos modernos, que juegan al Idealismo, han interpretado estas tres figuras geométricas, como Espacio, Fuerza y Materia; “las potencias de una Unidad que actúa entre todo”. La ciencia materialista que sólo percibe la línea base del triángulo *manifestado* –el plano de Materia- lo interpreta prácticamente como (Padre)-*Materia*, (Madre)-*Materia* e (Hijo)-*Materia*, y teóricamente como Materia, Fuerza y Correlación.

Pero para la generalidad de los físicos, según ha observado un kabalista:

El Espacio, la Fuerza y la Materia, son lo que los signos en álgebra para el matemático, meramente símbolos convencionales, o la Fuerza como Fuerza y la Materia como Materia, son tan absolutamente incognoscibles, como lo es el supuesto espacio vacío en que se considera que actúan.

Los símbolos representan abstracciones, y sobre estas

Basa el físico hipótesis razonadas acerca del origen de las cosas... él ve tres necesidades en lo que llama creación: Un lugar en dónde crear. Un medio por el cual crear. Un material con el cual crear. Y dando una expresión lógica a esta hipótesis, con los términos espacio, fuerza, materia, cree que ha probado la existencia de lo que cada uno de éstos representa, según él lo concibe.

El físico que considera el espacio meramente como una representación de nuestra mente, o como extensión sin relación con las cosas en él, que define Locke como incapaz de resistencia ni movimiento; el materialista paradójico que quisiera tener un *vacío* en donde no percibe materia, rechazaría con el mayor desprecio la proposición de que el Espacio sea

Una Entidad substancial, aunque (aparente y absolutamente) incognoscible y viviente.



Tal es, sin embargo, la enseñanza kabalística, y es la de la Filosofía Arcaica. El Espacio en el mundo *real*, al paso que el nuestro es un mundo artificial. Es la Unidad Única a través de su infinitud: en sus profundidades sin fondo, así como en su superficie ilusoria, superficie tachonada de incontables Universos fenomenales, de Sistemas y de Mundos a modo de espejismos. Sin embargo, para el ocultista oriental, que en el fondo es un idealista objetivo, en el Mundo *real*, que es una Unidad de Fuerzas, existe “una conexión de toda la Materia en el Plenum”, como diría Leibnitz. Eso está simbolizado en el Triángulo Pitagórico.

Consta el de Diez Puntos inscritos en forma de pirámide (desde uno a cuatro), en sus tres lados, y simboliza al Universo en la famosa Década Pitagórica. El punto aislado superior es una Mónada, y representa el Punto-Unidad, que es *la* Anidad de donde todo procede. Todo es de la misma esencia que él. Al paso que los diez puntos dentro del Triángulo equilátero representan el mundo fenomenal, los tres lados que encierran la pirámide de puntos, son las barreras de la materia *noumenal*, o Substancia, que la separa del mundo del Pensamiento.

Pitágoras consideraba que un *punto* corresponde en proporción a la unidad; una *línea* al 2; una *superficie* al 3; un sólido al 4; y definía un punto como una mónada que tiene posición, y el principio de todas las cosas; una línea se consideraba que correspondía a la dualidad, porque era producida por el primer movimiento de la naturaleza indivisible, y formaba la unión de dos puntos. Se comparaba una superficie al número tres, porque es la primera de todas las causas que se encuentra en las formas; pues un círculo, que es la principal de todas las figuras redondas, comprende una tríada, en el centro –espacio-circunferencia. Pero el triángulo, que es la primera de todas las figuras rectilíneas, está incluido en el ternario y recibe su forma con arreglo a este número; siendo considerados los pitagóricos como el producto de todas las cosas sublunares. Los cuatro puntos de la base del triángulo pitagórico, corresponden a un sólido o cubo, que combina los principios de longitud, anchura y espesor; pues ningún sólido puede tener menos de cuatro puntos límites extremos (*Pythagorean Triangle*, por el Rev. C. Oliver, pág 18-19).

Se arguye “que la inteligencia humana no puede concebir una unidad indivisible a menos de la aniquilación de la idea con su sujeto”. Esto es un error, como lo han probado los pitagóricos, y antes que ellos cierto número de Videntes, aun cuando se necesita una educación especial para llegar al concepto, y aun cuando la mente profana pueda difícilmente hacerse cargo del mismo. Pero existe lo que llamaremos la “*Meta-matemáticas*” y la “*Meta-geometría*”. Hasta las matemáticas puras y simples proceden de lo universal a lo particular, desde el punto matemático indivisible, a las figuras sólidas. La doctrina se originó en la India, y fue enseñada en Europa por Pitágoras, quien, echando un velo sobre el Círculo y el Punto –que ningún mortal puede definir más que como abstracciones incomprensibles-, emplazó el



origen de la materia cósmica diferenciada, en la base del Triángulo. De este modo se convirtió este último en la primitiva de las figuras geométricas. El autor de *New Aspects of Life*, tratando de los Misterios kabalísticos, se opone a la objetivación, por decirlo así, del concepto pitagórico y al uso del triángulo equilátero, y lo llama “un error”. Su argumento de que un cuerpo sólido equilátero

Cuya base así como cada uno de sus lados forman triángulos iguales, debe tener cuatro caras o superficies co-iguales, al paso que un plano triangular poseerá tan necesariamente cinco (Idem, página 387).

Demuestra, por el contrario, la grandeza del concepto en toda su aplicación esotérica a la idea del *pregénesis*, y génesis del Kosmos. Concedido que un Triángulo ideal, representado por líneas matemáticas, imaginarias,

No puede tener lados ningunos, siendo sólo un fantasma de la mente, al cual, si se le imputan lados, éstos deben ser los del objeto que representa constructivamente (Idem, página 387).

Pero en tal caso la mayor parte de las hipótesis científicas no son más que fantasmas de la mente; ellas no pueden comprobarse sino por inferencia, y han sido adoptadas meramente para responder a necesidades científicas. **Además, el Triángulo ideal –“como idea abstracta de un cuerpo triangular, y por tanto, como tipo de una idea abstracta”- realizó y expresó a la perfección el doble simbolismo que se pretendía. Como un emblema aplicable a la idea objetiva, el triángulo simple se convirtió en sólido. Cuando reproducido en la piedra, dando frente a los cuatro puntos cardinales, asumió la forma de la pirámide –el símbolo del Universo fenomenal sumiéndose en el Universo noumenal del pensamiento,** en el vértice de los cuatro triángulos; y, como “figura imaginaria construida con tres líneas matemáticas”, simbolizó las esferas subjetivas, “encerrando estas líneas un espacio matemático – que es igual a nada incluyendo nada”. Y esto es porque para los sentidos y la conciencia no educada del profano y del hombre científico, todo lo que está fuera de la línea de la materia diferenciada -esto es, fuera y más allá del reino mismo de la *Substancia* más espiritual- tiene que permanecer para siempre *igual a nada*. Es el Ain Suph, el *No Cosa*.

Sin embargo, estos “fantasmas de la mente” no son en verdad abstracciones mayores que las ideas abstractas en general en cuanto a evolución y desenvolvimiento físico, como la Gravedad, la Materia, la Fuerza, etc., en que se basan las ciencias exactas. Nuestros más eminentes químicos y físicos están persiguiendo con ardor la no descabellada empresa de seguir finalmente la pista al Protilo, hasta su escondrijo, o la línea básica del Triángulo Pitagórico. Este último es, como hemos dicho, el concepto más grandioso imaginable, pues



simboliza a la vez los universos ideal y visible (en el Mundo de la Forma, el simbolismo encontrando expresión en las pirámides, tiene en ellas a la vez el triángulo y el cuadrado, cuatro triángulos o superficies co-iguales, cuatro puntos básicos, y el quinto, el ápice). Porque si:

La unidad posible es sólo una posibilidad como realidad de la naturaleza, como un individuo de cualquier especie, (y como) todo objeto natural individual, es capaz de división, y por la división pierde su unidad o cesa de ser una unidad (Idem, págs.. 385-386).

Esto es verdad en el reino de la ciencia exacta, en un mundo tan engañoso como ilusorio. En el reino de la Ciencia Esotérica, la Unidad dividida *ad infinitum*, en lugar de perder su unidad, se aproxima con cada división a los planos de la REALIDAD única eterna. El ojo del Vidente puede seguirla y contemplarla en toda su gloria pre-genética. Esta misma idea de la realidad del Universo subjetivo, y de la no realidad del objetivo, se encuentra en el fondo de las doctrinas de Pitágoras y de Platón –pero sólo para los Elegidos- ; pues Porfirio, hablando de la Mónada y de la Dúada, dice que sólo la primera era considerada substancial y real, “el más sencillito Ser, la causa de toda unidad y la medida de todas las cosas”.

Pero la Dúada, aun cuando origen del Mal, o la Materia –por tanto irreal en Filosofía- , es también substancia durante el Manvantara, y se la llama a menudo en Ocultismo la tercera Mónada, y la línea de unión entre dos Puntos, o Números, que proceden de AQUELLO “que era antes de todos los Números”, como lo expresó Rabbí Barahiel. Y de esta Dúada procedieron todas las Chispas de los tres Mundos o Planos superiores y los cuatro Inferiores – que están en constante interacción y correspondencia. Esta es una enseñanza que la Kábalah tiene en común con el Ocultismo Oriental. Porque en la Filosofía Oculta existe la “Causa UNA” y la “Causa Primaria”; de modo que esta última se convierte paradójicamente en la Segunda, como lo expresa con claridad el autor de la *Qabbalah from the Philosophical writings of Ibn Gabirol*, que dice:

Al tratar de la Causa Primaria, tienen que considerarse dos cosas: la Causa Primera *per se*, y su relación y conexión con el Universo visible e invisible.

De este modo él muestra a los hebreos primitivos, así como los árabes posteriores, siguiendo los pasos de la Filosofía oriental, tal como la caldea, la persa, la inda, etc. La Causa Primera de ellos era designada en un principio,

Por el Shaddai triádico, el (triuno) Todopoderoso, luego por el Tetragrammaton, YHVH, símbolo del pasado, Presente y Futuro.

Y, permítasenos añadir, símbolo del eterno ES, o YO SOY. Además, en la Kábalah el nombre YHVH (o Jehovah), expresa un Él y una Ella macho y hembra; dos en uno o Chokmah y Binah, y el Shekinah de él, o más bien el Shekinah de



él, o más bien el Shekinah o Espíritu sintetizador (o Gracia) de ellos, que de nuevo hace de la Dúada una Triada. Esto se demuestra en la liturgia judía de Pentecostés, y en la oración:

“En el nombre de la Unidad, del Santo y Bendito Hû (Él) y del She'kinah de Él, el Oculto y Escondido Hû, bendito sea YHVH (el Cuaternario) por siempre”. Hû se dice que es masculino, y YaH femenino; juntos hacen el XXXXXX, esto es, un YHVH. Uno, pero de una naturaleza masculino-femenina. El She'kinah es considerado siempre en la Qabbalah como femenino.

Y así se le considera en los *Purânas* exotéricos; pues Shekinah no es más que Shakti –el doble femenino de cualquier Dios- en tal caso. Y lo mismo era también para los cristianos primitivos, cuyo Espíritu Santo era femenino, como Sophia lo era para los gnósticos. Pero en la Kabbalah transcendental caldea, o *Libro de los Números*, Shekinah es asexual, y la abstracción más pura, un estado, como el Nirvâna, ni sujeto ni objeto, ni nada excepto la PRESENCIA absoluta.

Así pues, sólo en los sistemas antropomorfizados –tal como la Kabbalah se ha convertido ahora en su mayor parte- es Shekinah-Shakti femenino. Como tal se convierte en la Dúada de Pitágoras, las dos líneas rectas que no pueden formar ninguna figura geométrica y son el símbolo de la Materia. De esta Dúada, cuando se une en la línea base del Triángulo sobre el plano inferior (el Triángulo superior del Árbol Sephirotal), surgen los Elohim, o la deidad en la Naturaleza Cósmica; la designación inferior para los verdaderos kabalistas, traducida en la *Biblia* por “Dios” (“La designación inferior, o la Deidad en la Naturaleza, el término más general Elohim, es traducido por Dios” (pág. 175). Obras tan recientes como la *Qabbalah* de Mr. Isaac Myer, y de Mr. S.L. Mac Gregor Mathers, justifican plenamente nuestra actitud hacia Deidad jeovástica. No es a la abstracción transcendental, filosófica y altamente metafísica del pensamiento original kabalístico –Ain Suph-Shekinah-Adam-Kadmon, y todo lo que sigue- a lo que nos oponemos, sino a la cristalización de todo esto en el Jehovah antropomórfico, excesivamente antifilosófico y repulsivo, la deidad *finita* y andrógina, para la que se pretende la eternidad, la omnipotencia y la omnisciencia. No combatimos contra la *Realidad Ideal*, sino contra su horrible *Sombra* teológica). De estos (los Elohim), salen las Chispas.

Las Chispas son las “Almas”, y estas Almas aparecen en la forma triple de las Mónadas (Unidades), los Átomos y los Dioses, según nuestra enseñanza. Como dice el Catecismo Esotérico: *Cada Átomo se convierte en una unidad compleja visible (una molécula), y una vez atraído a la esfera de la actividad terrestre, la esencia Monádica, pasando a través de los Reinos mineral, vegetal y animal se convierte en hombre.* Además: ***Dios, la Mónada y el Átomo son las correspondencias del Espíritu, la Mente y el Cuerpo (Átma, Manas y Sthûla Sarîra) en el hombre.***



En su agregación septenaria son el “Hombre Celeste” en el sentido kabalístico; de modo que el hombre terrestre es el reflejo provisional del Celeste. Por otra parte: *Las Mónadas (jivas) son las Almas de los Átomos; ambos son la estructura con que se revisten los Chohans (Dhyânis, Dioses), cuando se necesita una forma.*

Esto se refiere a las Mónadas cósmicas y sub-planetarias; no al Monas supra-cósmico, la Mónada Pitagórica, según se la llama, en su carácter sintético, por los peripatéticos panteístas. En la presente disertación, se considera a las Mónadas desde el punto de vista de su individualidad, como *Almas Atómicas*, antes de que estos Átomos desciendan a la forma terrestre pura. Porque este descenso a la materia *concreta*, marca el punto medio de su propia peregrinación individual, principian a ascender a través de los siete estados de la evolución terrestre hacia ese punto en que se establece firmemente una correspondencia entre la conciencia humana y la Deva (divina). Ahora, sin embargo, no nos ocupamos de sus metamorfosis y tribulaciones terrestres, sino de su modo de ser en el Espacio; en planos en donde la mirada del químico y físico más intuitivo no puede alcanzarlas; a menos que, verdaderamente, él desarrolle en sí mismo facultades altamente clarividentes.

Es bien sabido que Leibnitz se aproximó mucho a la verdad varias veces, pero definió erróneamente la Evolución Monádica, cosa que no debe sorprender, puesto que no era un Iniciado, ni tan siquiera un místico, sino sólo un filósofo muy intuitivo. Sin embargo, ningún psico-físico se ha aproximado nunca más que él al bosquejo general esotérico de la evolución. Esta evolución (considerada desde sus varios puntos de vista, esto es, como la Mónada *Universal* y la *Individualizada*, y los aspectos principales de la energía que se desarrolla después de la diferenciación, lo puramente Espiritual, lo Intelectual, lo Psíquico y lo Físico) puede formularse, como la ley invariable, de este modo: un descenso del Espíritu a la Materia, equivalente a un ascenso en la evolución física; una re-ascensión desde las profundidades de la materialidad hacia un *status quo ante*, con una disipación correspondiente de la forma concreta y de la substancia, hasta el estado Laya, o lo que la Ciencia llama el “punto cero”, y más allá.

Estos estados (una vez que se ha asido el espíritu de la Filosofía Esotérica) se hacen absolutamente necesarios por simples consideraciones lógicas y analógicas. La ciencia ha afirmado ahora por medio de su rama de la química, la ley invariable de esta evolución de los Átomos (desde su estado “de protilo” descendiendo hasta el de partícula física y luego química, o molécula), y no puede, por tanto, rechazar estos estados como ley general. Y una vez obligada por sus enemigos –la Metafísica y la Psicología –Espiritual-) a salirse de sus supuestas inexpugnables fortalezas, encontrará más difícil de lo que ahora aparece rehusar en lugar de los espacios del ESPACIO, A LOS Espíritus



Planetarios (Dioses), a los Elementales y hasta a los mismos espectros o Fantasmas elementarios, y otros. Ya Figuiet y Paul D'Assier, dos positivistas y materialistas, han sucumbido ante esta necesidad lógica. Otros hombres de ciencia aun más eminentes seguirán en esa "Caída" intelectual. Serán ellos arrojados de sus posiciones, no por ningún fenómeno espiritista o teosófico, ni por otro cualquiera físico ni aun mental, sino sencillamente por los enormes vacíos y abismos que se abren a diario y se seguirán abriendo ante ellos, a medida que se sucedan los descubrimientos hasta que finalmente sean echados a tierra por la novena oleada del simple sentido común.

Podemos citar como ejemplo el último descubrimiento de Mr. W. Crookes, de lo que él llama Protilo. En las Notas sobre el *Bhagavad Gitâ* por uno de los más eminentes metafísicos y eruditos vedantinos de la India, el conferenciante, refiriéndose con prudencia las "cosas Ocultas" en aquella gran obra esotérica india, hace una observación tan significativa como estrictamente exacta. Dice así:

En los detalles de la evolución del sistema solar en sí, no tengo necesidad de entrar. Podéis obtener alguna idea *del modo* como los distintos cuerpos simples nacen a la existencia procedentes de estos tres principios en que se diferencia Mûlaprakriti (el Triángulo Pitagórico), examinando el discurso pronunciado por el profesor Crookes hace poco tiempo, sobre los llamados cuerpos simples de la química moderna. Este discurso os dará alguna idea del modo cómo estos llamados cuerpos simples surgen de Vishvânara ("Vishvânara no es meramente el mundo objetivo manifestado, sino la base física una (la línea horizontal del triángulo) de la que surge a la existencia todo el mundo objetivo". Y esta es la Dúada Cósmica, la Substancia Andrógina. Más allá de esto solamente está el verdadero Protilo), el más objetivo de estos tres principios, que parece ocupar el lugar del *protilo* mencionado en aquella conferencia. Exceptuando unos pocos particulares, este discurso parece dar el bosquejo de la teoría de la evolución física en el plano de Vishvânara, y es, que yo sepa, la mayor aproximación que han alcanzado los investigadores modernos de la verdadera teoría oculta sobre el asunto (T. Subba Row. *The Theosophist* de Febrero 1887).

Estas palabras tendrán un eco y la aprobación de todos los ocultistas orientales. Gran parte de las conferencias de Mr. Crookes ha sido citada ya en la Sección XI. Una segunda y una tercera conferencias han sido dadas por él sobre la "Génesis de los Cuerpos Simples", tan notables como la primera. Aquí tenemos casi una corroboración de las enseñanzas de la Filosofía Esotérica, respecto al modo de la evolución primaria. Es, en verdad, la mayor aproximación a la Doctrina Secreta que podía hacerse por un gran sabio y especialista en química, aparte de la aplicación de las Mónadas y los Átomos a los dogmas de la metafísica puramente transcendental, y su conexión y correlación con los "Dioses" y Mónadas conscientes e inteligentes". Pero la química se halla ahora en su plano ascendente, gracias a uno de sus más grandes representantes en Europa. Ya le sería imposible retroceder a los días en que el Materialismo consideraba a sus



sub-elementos como cuerpos absolutamente simples y homogéneos, a los que había elevado, en su ceguera, al rango de elementos. La máscara ha sido arrancada por una mano demasiado hábil para que pueda haber el temor de un nuevo disfraz. Y después de años de falacia, de moléculas bastardas y presentadas pomposamente con el título de Cuerpos Simples, detrás y más allá de los cuales no podía haber nada más que el vacío, un gran profesor de química pregunta una vez más:

¿Qué son esos Cuerpos Simples, de dónde vienen y cuál es su significación?... Estos cuerpos nos llenan de perplejidad en nuestras investigaciones, nos confunden en nuestras especulaciones y nos obsesionan en nuestros mismos sueños. Extiéndense como un mar desconocido ante nosotros, burlándose, mixtificándonos y murmurando extrañas revelaciones y posibilidades (*Génesis of the Elements*, pág. 1).

Los herederos de las revelaciones primitivas han enseñado estas “posibilidades” en todos los siglos, pero nunca encontraron un oído propicio. Las verdades inspiradas a Kepler, Leibnitz, Gassendi, Swedenborg, etc., se mezclaron siempre con sus propias especulaciones en una o en otra dirección predeterminada; de aquí que se desnaturalizaron. Pero ahora una de las grandes verdades ha iluminado a un profesor eminente de la ciencia exacta moderna, y sin temor alguno el proclama como un axioma fundamental, que la Ciencia no ha conocido hasta el presente los cuerpos realmente simples. Pues dice Mr. Crookes a su auditorio:

Al aventurarme a declarar que nuestros cuerpos simples comúnmente aceptados *no* son simples y primordiales, que no han aparecido por casualidad, *ni* han sido creados de un modo mecánico e irregular, sino que han sido desenvueltos de materias más simples –o quizás, verdaderamente, de una sola especie de materia-, no hago más que emitir formalmente una idea que ha estado, por decirlo así, “en el aire” de la ciencia desde hace algún tiempo. Químicos, físicos, filósofos del más alto mérito, declaran explícitamente su creencia de que los setenta (o cosa así) cuerpos simples de nuestros libros de texto, no son las columnas de Hércules que nunca podremos traspasar... Filósofos del presente, así como del pasado – hombres que, a la verdad, no han trabajado en el laboratorio-, han llegado a la misma opinión por otro lado. Así Mr. Herbert Spencer manifiesta su convicción de que “los átomos químicos son producidos por los átomos verdaderos o físicos, por procedimientos evolutivos, bajo condiciones que la química no ha podido aún producir...” Y el poeta se ha anticipado al filósofo. Milton (*El Paraíso Perdido*, libro V) hace que el Arcángel Rafael, empapado de la idea revolucionaria, diga a Adán, que el Todopoderoso había creado.

... “Una materia prima, toda

Dotada de formas varias, de varios grados

De substancia”.



Sin embargo, la idea hubiera permanecido cristalizada “en el aire de la Ciencia”, y no hubiera descendido a la densa atmósfera del Materialismo y de los mortales profanos, quizás en mucho tiempo, si míster Crookes, valiente y osado, no la hubiese reducido a su verdadera expresión, forzándola así a que públicamente llegase a noticia de la Ciencia. Dice Plutarco:

Una idea es un Ser incorpóreo, que no tiene subsistencia por sí mismo, pero da forma y figura a la materia informe, y se convierte en la causa de la manifestación. (*De Placit. Philos.*)

La revolución producida en la antigua Química por Avogrado fue la primera página en el volumen de la “Nueva Química”. Mr. Crookes ha vuelto ahora la segunda página, y está indicando atrevidamente *la que puede ser la última*. Porque una vez el Protilo reconocido y aceptado –como lo fue el invisible Éter, siendo ambas necesidades lógicas y científicas-, la Química habrá cesado virtualmente de existir y reaparecerá en su reencarnación como “Neo Alquimia” o “Metaquímica”. El descubrimiento de la materia radiante habrá vindicado con el tiempo las obras arias arcaicas sobre Ocultismo, y hasta los *Vedas* y *Purânas*. Porque ¿qué son la “Madre” manifestada, el “Padre-Hijo-Esposo” (Aditi y Daksha, una forma de Brahmâ, como Creadores) y el “Hijo”-los tres “Primogénitos”,- sino simplemente el Hidrógeno, el Oxígeno, y lo que en su manifestación terrestre es llamado el Nitrógeno? Hasta las descripciones exotéricas de la Tríada “Primogénita” dan todas las características de estos tres “gases” ¡Y diremos que Priestley fue el “descubridor” del oxígeno, o que era conocido en la más remota antigüedad!

Además, todos los poetas y filósofos antiguos, medioevales y modernos, han sido anticipados hasta en los libros exotéricos indos en cuanto a los Vórtices Elementales inaugurados por la Mente Universal: el “Plenum” de Materia diferenciada en partículas, de Descartes; el “fluido etéreo” de Leibnitz, y el “fluido primitivo” de Kant disuelto en sus elementos; el vórtice solar y vórtices sistemáticos de Kepler; en resumen, desde Anaxágoras hasta Galileo, Torricelli y Swedenborg, y tras ellos hasta las últimas especulaciones de los místicos europeos, todo esto se halla en los himnos o Mantras indos a los “Dioses, Mónadas y Átomos”, en su plenitud, pues ellos son inseparables. En la Enseñanza Esotérica, se encuentran reconciliados los conceptos más transcendentales del Universo y sus misterios, así como también las especulaciones más aparentemente materialistas, porque estas ciencias abarcan todo el plan de la evolución, desde el Espíritu a la Materia. Según se ha declarado por un teósofo americano:

Las Mónadas (de Leibnitz) pueden desde un punto desde un punto de vista ser llamadas *fuerza*, desde otro *materia*. Para la Ciencia Oculta, *fuerza* y *materia* son tan sólo dos aspectos de la misma substancia (*The Path*, I, 10 pág. 297).



Recuerde el lector estas “Mónadas” de Leibnitz, cada una de las cuales es un espejo viviente del Universo, reflejando cada Mónada a todas las demás, y comparé este concepto y definición con ciertas slokas sánscritas, traducidas por Sir William Jones, en que se dice que el manantial creativo de la mente Divina,

Oculto tras un velo de densas tinieblas, formó espejos de los átomos del mundo, y lanzó el reflejo de su propia faz sobre cada átomo.

Por lo tanto, cuando Mr. Crookes declara que:

Si pudiéramos mostrar cómo han podido ser generados los llamados cuerpos simples químicos, podríamos llenar un vacío formidable en nuestros conocimientos del Universo.

La contestación está pronta. El conocimiento teórico se halla en el significado esotérico de todas las cosmogonías indas, en los *Purânas*; la demostración práctica del mismo está en manos de los que no serían reconocidos en este siglo, sino por los muy pocos. Las posibilidades científicas de varios descubrimientos, que inexorablemente deben conducir a la Ciencia exacta a la aceptación de las opiniones ocultistas orientales, que contienen todo el material requerido para llenar esos “vacíos”, están, hasta este punto, a la disposición del materialismo moderno. Sólo trabajando en la dirección tomada por Mr. William Crookes, es como puede haber alguna esperanza de que se lleguen a reconocer algunas verdades, hasta ahora ocultas.

Mientras tanto, el que anhele alcanzar un vislumbre en un diagrama práctico de la evolución de la Materia primordial –que separándose y diferenciándose bajo el impulso de la ley cíclica, se divide, hablando en términos generales, en una gradación septenaria de *Substancia*-, lo mejor que puede hacer es examinar los grabados que acompañan a la conferencia de Mr. Crookes, *Genesis of the Elements*, y pesar bien algunos de los pasajes del texto. En uno de ellos dice:

Nuestras nociones del cuerpo simple químico, se han ampliado. Hasta ahora se ha considerado a la molécula como un agregado de dos o más átomos, y no se ha tenido en cuenta el plan arquitectónico a que ha obedecido la unión de estos átomos. Podemos conjeturar que la estructura de un cuerpo simple es más complicada de lo que hasta aquí se ha supuesto. Entre las moléculas que estamos acostumbrados a tratar en las reacciones químicas y los átomos últimos primero creados, vienen moléculas más péquelas o agregados de átomos físicos; estas sub-moléculas difieren entre sí, con arreglo a la posición que ellas ocupan en el edificio itrio.

Quizás pueda simplificarse esta hipótesis si imaginamos al itrio representado por una moneda de cinco chelines. Por medio del fraccionamiento químico llegó a dividirla en cinco chelines separados, y encuentro que estos chelines no son partes exactamente iguales, sino que como los átomos de carbono en el anillo bencénico, tienen la huella de su posición, 1, 2, 3, 4, 5 estampada sobre ellos... Si arrojo los chelines en el crisol, o los



disuelto químicamente, el cuño desaparece y todos ellos se convierten en plata. (Idem, pág. II).

Esto es lo que ocurrirá con todos los Átomos y moléculas cuando se hayan separado de sus formas y cuerpos compuestos, el comenzar el Pralaya. Inviértase el caso, e imagínese la aurora de un nuevo Manvantara. La “plata” pura del material absorbido se dividirá de nuevo en la SUBSTANCIA, la cual generará “Esencias Divinas”, cuyos “principios” (Correspondiendo en la escala cósmica con el Espíritu, Alma, Mente, Vida, y los tres vehículos: los Cuerpos Astral, Mayáxico y Físico (de la Humanidad), cualquiera que sea la división que se haga) son los Elementos primarios, los Sub-elementos, las Energías Física y la Materia subjetiva y objetiva; o, en compendio, los DIOSES, las MÓNADAS y los ÁTOMOS. Si abandonan por un momento el lado transcendental o metafísico de la cuestión –no teniendo en cuenta a los Seres y Entidades suprasensibles e inteligentes en que creen los kabalistas y cristianos-, nos concretamos a la teoría de la evolución atómica, las Doctrinas Ocultas se hallan también corroboradas por la Ciencia exacta y sus confesiones, a lo menos en lo que se refiere a los supuestos cuerpos “simples”, rebajados repentinamente ahora a la categoría de pobres pariente lejanos, ni siquiera primos segundos, de los que deben ostentar tal título. Pues Mr. Crookes nos dice que:

Hasta el presente se ha considerado que si el peso atómico de un metal, determinado por diferentes experimentadores, partiendo de compuestos distintos, se encontraba siempre constante... entonces este metal debía entrar en la categoría de los cuerpos simples o elementales. Ahora sabemos... que no es así. Nuevamente, nos encontramos con ruedas dentro de ruedas. El gadolinium no es un cuerpo simple, sino un compuesto... Hemos mostrado que el itrio es un compuesto de cinco o más constituyentes ¿Y quién se aventurará a afirmar que atacando cada uno de estos constituyentes de algún modo distinto, y sometiendo el resultado a una prueba más delicada y minuciosa que la de la materia radiante, no podrían ser aún más divisibles? ¿En dónde está, pues, el verdadero cuerpo simple último? A medida que avanzamos, él retrocede a modo de los espejismos de lagos y arboledas que el sediento y cansado viajero ve en el desierto ¿Debemos dejarnos de chasquear y engañar de este modo en nuestra investigación de la verdad? La idea misma de un cuerpo simple, como algo absolutamente primario y final, parece volverse cada vez menos distinta (Ibid., pág. 16).

En *Isis sin Velo*, dijimos que:

Este misterio de la primera creación, que siempre ha sido la desesperación de la Ciencia, es insondable a menos que aceptemos la doctrina de Hermes. Si él (Darwin) transportase sus investigaciones del Universo visible al invisible, se encontraría en la verdadera senda. Pero entonces, seguiría las huellas de los hermetistas (Vol I, 429).

Nuestra profecía principia a confirmarse.



Pero entre Hermes y Huxley hay un punto y procedimiento medio. Que los hombres científicos tiendan un puente tan sólo hasta la mitad de la distancia, y que piensen seriamente sobre las teorías de Leibnitz. **Hemos mostrado que nuestras teorías acerca de la evolución de los Átomos –su última formación en moléculas químicas compuestas teniendo efecto en nuestros talleres, en la atmósfera de la Tierra y no en otro lugar- coinciden de un modo sorprendente con la evolución de los átomos que presentan los grabados de Mr. Crookes. Se ha declarado ya varias veces en este volumen que Mârttânda, el Sol, se había desarrollado y formado, juntamente con sus siete hermanos más pequeños, procedente del seno de su Madre Aditi, siendo este seno *Mater-ia Prima*, el protilo primordial del conferenciante. La Doctrina Secreta enseña la existencia de**

Una forma antecedente de energía que tiene ciclos periódicos de flujo y reflujo, reposo y actividad (*Ibid.*, pág. 21).

¡Y he aquí un gran hombre de ciencia pidiendo ahora al mundo que acepte esto como uno de sus postulados! Hemos mostrado a la “Madre” ígnea y cálida, haciéndose fría y radiante gradualmente; y este mismo sabio reclama como segundo postulado – una *necesidad científica*, a lo que parece.

Una acción interna, análoga al enfriamiento, operando lentamente en el protilo.

La Ciencia Oculta enseña que la “Madre” permanece difundida en la Infinitud, durante el Pralaya; como el gran Océano las “Aguas secas del Espacio”. Según la extraña expresión del *Catecismo*, y se convierte en *húmeda* únicamente después de la separación y el movimiento sobre su faz de Nârâyana, el

Espíritu que es Llama invisible, que nunca arde pero que inflama todo lo que toca, y le da vida y generación (“El Señor es un *fuego* devorador”. En él estaba la *vida*, y la vida era la luz de los hombres”).

Y ahora nos dice la Ciencia que el “cuerpo simple primogénito... más cercano al protilo”, debe ser el “*hidrógeno*... en cual debió, durante algún tiempo ser la única forma existente de materia” en el Universo. **¿Qué dice la Antigua Ciencia? Contesta: Eso es precisamente; pero nosotros quisiéramos significar el Hidrógeno (y el Oxígeno), que –en las edades pre-geológicas y hasta en las pre-genéticas- infunde el fuego de vida en la “Madre” por incubación, el espíritu, el noúmeno de lo que se convierte, en su forma más grosera en nuestra Tierra, en Oxígeno e Hidrógeno y Nitrógeno – no siendo el Nitrógeno de origen divino, sino únicamente un cemento terrestre para unir a otros gases y fluidos, y sirviendo como una esponja para llevar consigo el Aliento de Vida, el aire puro (el cual, descompuesto *alquímicamente*, nos daría el Espíritu de Vida, y su Elixir). Los gases y fluidos, entes de convertirse en lo que son en**



nuestra atmósfera, han sido Eter interestelar; anteriormente a esto, y en un plano más profundo, otra cosa; y así sucesivamente in infinitum. El sabio eminente debe perdonar a un ocultista el haberle citado con tanta extensión; pero tal es el castigo de un Miembro de la Sociedad Real que se aproxima tanto al recinto del Adytum Sagrado de los Misterios Ocultos, hasta el punto de traspasar virtualmente los límites prohibidos.

Pero tiempo es ya de dejar a la ciencia física moderna, y de volver al aspecto psicológico y metafísico de la cuestión. Sólo quisiéramos observar que a los “dos postulados muy razonables”, requeridos por el eminente conferenciante, “para alcanzar un vislumbre de algunos de los secretos tan profundamente ocultos” tras “la puerta de lo Desconocido”, debiera añadirse un tercero (Sobre todo, el postulado de que no existen en la Naturaleza cosas semejantes a sustancias o cuerpos *inorgánicos*. Las piedras, minerales, rocas y hasta los “átomos” químicos, son simplemente unidades orgánicas en letargo profundo. Su coma tiene un fin, y su inercia se convierte en actividad) –a fin de que ningún ataque surta efecto-; el postulado de que Leibnitz estaba en un terreno firme de verdad y de hecho en sus especulaciones. La sinopsis admirable y meditada de estas especulaciones –tales como las presenta en su “Leibnitz” John Theodore Mertz- muestra cuán de cerca rozó él los secretos ocultos de la teogonía esotérica en su *Monadología*. Y, sin embargo, este filósofo apenas se ha elevado en sus especulaciones sobre los primeros planos, los principios inferiores del Gran Cuerpo Cósmico. Su teoría no se remonta a mayores alturas que a las de la vida *manifestada*, a las de la conciencia e inteligencia propias, dejando sin tocar los misterios pos-genéticos anteriores, puesto que su fluido etéreo es pos-planetario.

Pero este tercer postulado difícilmente será aceptado por los hombres científicos modernos; y, como Descartes, preferirán atenerse a las propiedades de las cosas externas, que, cual la extensión, son incapaces de explicar los fenómenos del movimiento, más bien que admitir a este último como Fuerza independiente. Jamás se convertirán en anti-cartesianos en esta generación; ni tampoco admitirán que:

La propiedad de la inercia no es una propiedad puramente geométrica; sino que señala la existencia en los cuerpos externos de algo que nos es extensión meramente.

Esta es la idea de Leibnitz, tal como es analizada por Mertz, quien añade que él llamaba a este “algo” Fuerza, y sostenía que las cosas externas estaban dotadas de Fuerza, y que pasa ser los portadores de la misma, tenían que tener una Substancia; pues ellas no son masas sin vida ni inertes, sino centros portadores de la Forma –afirmación puramente esotérica, puesto que la Fuerza era para



Leibnitz un principio *activo*-, desapareciendo la división entre la Mente y la Materia, con esta conclusión:

Las investigaciones matemáticas y dinámicas de Leibnitz, no hubieran conducido al mismo resultado en la mente de un investigador puramente científico. Pero Leibnitz no era un hombre sentido en el sentido moderno de la palabra. Si lo hubiese sido, hubiera desarrollado el concepto de la energía; hubiera definido matemáticamente las ideas de fuerza y trabajo mecánico, y hubiera llegado a la conclusión de que, hasta para propósitos puramente científicos, conviene considerar a la fuerza, no como una cantidad primaria, sino como una cantidad derivada de algún otro valor.

Pero, afortunadamente para la verdad:

Leibnitz era un filósofo; y como tal tenía ciertos principios fundamentales, que le inclinaban a favor de determinadas conclusiones; y su descubrimiento de que las cosas externas eran sustancias dotadas de fuerza, fue desde luego empleada con el objeto de aplicar tales principios. Uno de éstos era la ley de continuidad, la convicción de que el mundo todo estaba relacionado, de que no había vacíos ni huecos, sobre los cuales no pudiese echarse un puente. El contraste de las sustancias pensantes extensas, le era insoportable. La definición de las sustancias extensas se había hecho ya insostenible: era natural que una investigación semejante se hiciese en la definición de la mente, la sustancia pensante.

Las divisiones hechas por Leibnitz, aunque incompletas y dificultosas desde el punto de vista del ocultismo, muestran un espíritu de intuición metafísica, que ningún hombre científico, ni Descartes, ni el mismo Kant, han alcanzado jamás. Para él existía por siempre una gradación infinita de pensamiento. Sólo una pequeña parte de los contenidos de nuestro pensamiento, decía, se eleva a la claridad de apercepción, de conocimiento interno, “a la luz de la conciencia perfecta”. Muchos permanecen en un estado confuso u obscuro, en el estado de “percepciones”; pero allí están. Descartes negaba el alma a los animales; Leibnitz, como los ocultistas, dotaba a “la creación entera con vida mental; siendo ésta, según él, capaz de gradaciones infinitas”. Y esto, como Mertz observa acertadamente:

Amplió desde luego el reino de la vida mental, destruyendo el contraste de la *materia animada e inanimada*; hizo aún más: reaccionó sobre el concepto de materia, de la sustancia extensa. Porque se hizo evidente que las cosas externas o materiales presentaban la propiedad de la extensión solamente a nuestros sentidos, no a nuestras facultades pensantes. El matemático, para poder calcular figuras geométricas, se había visto obligado a dividir las en un número infinito de partes infinitamente pequeñas, y el físico no vio límites a la divisibilidad de la materia en átomos. El volumen con que las cosas externas parecen llenar el espacio, era una propiedad que ellas adquirirían sólo por lo grosero de nuestros sentidos... Leibnitz siguió hasta cierto punto estos argumentos, pero no podía contentarse con suponer que la materia estaba compuesta de un número



finito de partes minúsculas. Su inteligencia matemática le obligó a llevar este argumento *in infinitum* ¿Y qué fue entonces de los átomos? Perdieron su extensión, y sólo retuvieron la propiedad de resistencia; eran los centros de fuerza. Fueron reducidos a puntos matemáticos... Pero si su extensión en el espacio no era nada, *tanto más completa era su vida interna*. Suponiendo que la existencia interna, como la de la mente humana, sea una nueva dimensión, no geométrica, sino metafísica... habiendo reducido a la nada la extensión geométrica de los átomos, Leibnitz los dotó de una extensión infinita en la dirección de su Dimensión metafísica. Después de haberlos perdido de vista en el mundo del espacio, la mente tiene, por decirlo así, que penetrar en el mundo metafísico, para encontrar y asir la esencia verdadera de lo que aparece en el espacio meramente como un punto matemático... Así como un cono se genera sobre su vértice, o como una línea recta perpendicular corta un plano horizontal sólo en un punto matemático, pero puede extenderse al infinito en altura y profundidad, asimismo las esencias de las *cosas reales* tienen sólo una existencia puntual en este mundo físico del espacio; pero tienen una infinita profundidad de vida interna en el mundo metafísico del pensamiento. (*Ibid.*, pág. 144).

Este es el espíritu, la raíz misma de de la doctrina y pensamiento ocultos. **El “Espíritu-Materia” y la “Materia-Espíritu”, se extienden infinitamente en profundidad; y como la “esencia de las cosas” de Leibnitz, nuestra esencia de las cosas reales está en la séptima profundidad:** mientras que la materia grosera e *irreal* de la Ciencia y el mundo externo, se encuentra en el extremo más bajo de nuestros sentidos perceptivos. El ocultista conoce el valor o la falta de valor de esta última.

Debemos ahora mostrar al estudiante la diferencia fundamental entre el sistema de Leibnitz (La ortografía del nombre, según él mismo lo escribía, es Leibniz. Era él de origen eslavo, aunque nacido en Alemania) y el de la Filosofía Oculta, en la cuestión de las Mónadas, lo que puede hacerse con su *Monadología* a la vista. Puede afirmarse con verdad, que si los sistemas de Leibnitz y de Espinoza fuesen conciliados, aparecerían la esencia y espíritu de la Filosofía Esotérica. Del choque de los dos –opuestos al sistema cartesiano- surgen las verdades de la Doctrina Arcaica. Ambos con contrarios a la metafísica de Descartes. La idea de este contraste de dos Substancias –Extensión y Pensamiento- difiriendo radicalmente la una de la otra, y siendo mutuamente irreductibles, es demasiado arbitraria y poco filosófica para ellos. Así, Leibnitz hizo de las dos Substancias cartesianas dos atributos de una Unidad universal, en que veía a Dios. Espinoza sólo reconocía una Substancia universal indivisible, un TODO absoluto, como Parabrahman. Leibnitz, por el contrario, percibía la existencia de una pluralidad de Substancias, Para Espinoza no había más que UNO; para Leibnitz había una infinidad de Seres procedentes de y en el UNO. De ahí, que aun cuando ambos no admitían más que *Una Entidad Real*, Espinoza la hacía impersonal e invisible, mientras que Leibnitz dividía su Deidad personal en un número de Seres divinos y semi-divinos.



Espinoza era un panteísta *subjetivo*; Leibnitz un panteísta *objetivo*, aunque ambos eran grandes filósofos en sus percepciones intuitivas.

Ahora bien; si estas dos doctrinas se fundiesen en una y se corrigiesen mutuamente –y sobre todo fuese la Realidad Una libertada de su personalidad- quedaría en ellas como resultado un verdadero espíritu de Filosofía Esotérica; la Esencia Divina absoluta, impersonal, sin atributos, que ya no es “ser”, sino la raíz de todo Ser. Trazad en vuestro pensamiento una divisoria profunda entre la siempre incognoscible Esencia y la Presencia invisible, aunque comprensible, Mûlaprakriti o Shekinah, desde *más allá y al través* de la cual vibra el Sonido del Verbo, y procedente de la cual se disuelven las innumerables Jerarquías de Egos inteligentes, de Seres así conscientes como semiconscientes, de “percepción interna” y de “percepción externa”, **cuya Esencia es Fuerza espiritual, cuya Substancia son los Elementos y cuyos Cuerpos (cuando se necesitan) son los Átomos** – y allí está nuestra Doctrina. Porque Leibnitz dice:

Siendo el elemento primitivo de todo cuerpo material la fuerza, que no tiene ninguna de las características de la materia (objetiva), puede, sí, concebirse, pero jamás ser objeto de una representación imaginativa.

Lo que era para él elemento primordial y último en todo cuerpo y objeto, no eran, pues, los átomos materiales, o las moléculas, necesariamente más o menos extensos como los de Epicuro y Gassendi; sino, como Mertz lo muestra, Átomos inmateriales y metafísicos, “puntos matemáticos” o *almas verdaderas*, según lo explica Henri Lachelier (Professeur Agrégé de Philosophie), su biógrafo francés:

Aquello que existe fuera de nosotros de una manera absoluta, son Almas cuya esencia es la fuerza. (*Monadología*; Introducción).

Así, pues, la *realidad* en el mundo manifestado está compuesta de una *unidad de unidades*, por decirlo así, inmaterial –desde nuestro punto de vista- e infinita. **A éstas las llama Leibnitz Mónadas; la Filosofía Oriental Jîvas, al paso que el Ocultismo, lo mismo que los kabalistas y los cristianos, les da una variedad de nombres. Para nosotros, como para Leibnitz, ellas son “la expresión del universo”, y cada punto físico no es sino la expresión fenomenal del Punto metafísico noumenal. Su distinción entre la “percepción externa” y la “percepción interna”, es la expresión filosófica, aunque obscurecida, de las Enseñanzas Esotéricas. Sus “universos reducidos”, de los que “hay tantos como Mónadas”, es la representación caótica de nuestro Sistema Septenario con sus divisiones y subdivisiones.**

En cuanto a la relación de sus Mónadas con nuestros Dhyân Chohans, Espíritus Cósmicos, Devas y Elementales, podemos reproducir brevemente la opinión de un sabio y pensador teósofo, Mr. C.H.A. Bjerregaard, sobre el asunto. En un



excelente escrito: “Sobre los Elementos, los Espíritus Elementarios y la Relación entre Ellos y los Seres Humanos”, que leyó ante la Sociedad Teosófica Aria de Nueva York, Mr. Bjerregaard formula claramente su opinión:

Para Spinoza, la substancia es muerta e inactiva; pero para los poderes penetrantes de la mente de Leibnitz, todo es actividad viviente y energía activa. Al sustentar esta opinión, se aproxima infinitamente más al Oriente que cualquier pensador de su tiempo, y posterior a él. Su descubrimiento de que *una energía activa forma la esencia de la substancia*, es un principio que le pone en relación directa con los Videntes del Oriente (*The Path*, I, 10, pág. 297).

Y el conferenciante continúa demostrando que para Leibnitz, los Átomos y los Elementos son *Centros de Fuerza*, o más bien “seres espirituales cuya naturaleza misma es la acción” pues

Las partículas elementales son fuerzas vitales, que no actúan mecánicamente, sino por un principio interno. Son unidades incorpóreas, espirituales (sin embargo “substanciales”, pero no “inmateriales” a nuestro juicio), inaccesibles a todo cambio externo... (e) indestructibles por toda fuerza exterior. Las mónadas de Leibnitz difieren de los átomos en los particulares que siguen, los cuales nos importe mucho tener presente, pues de otro modo no podremos ver la diferencia entre los Elementales y la mera materia. Los átomos no se distinguen unos de otros; son ellos cualitativamente iguales; pero una mónada difiere de todas las demás mónadas cualitativamente, y cada una es un mundo peculiar para sí misma. No sucede lo mismo con los átomos; ellos son absolutamente iguales, cuantitativa y cualitativamente y no poseen individualidad propia. Además los átomos (moléculas, más bien) de la filosofía materialista, pueden considerarse extensos y divisibles, mientras que las mónadas son “meros puntos metafísicos” e indivisibles. Finalmente, y este es un punto en que las mónadas de Leibnitz se parecen mucho a los Elementales de la filosofía mística, estas mónadas son seres representativos. Cada mónada refleja a todas las demás. Cada mónada es un espejo viviente del Universo dentro de su propia esfera. Y notad bien esto, pues de ello depende el poder que estas mónadas poseen y la labor que pueden hacer por nosotros; al reflejar el mundo, las mónadas no son meros agentes reflectores pasivos, sino *espontáneamente activas por sí mismas*; ellas producen imágenes de un modo espontáneo, lo mismo que el alma un sueño. Por lo tanto, en cada mónada puede el Adepto leerlo todo, hasta el futuro. Cada mónada –o Elemental- es un espejo que puede hablar.

En este punto es donde decae la filosofía de Leibnitz. No prevé él nada ni establece diferencia entre la Mónada “Elemental” y la de un elevado Espíritu Planetario, ni siquiera la Mónada Humana o Alma. A veces hasta va tan lejos, que duda de sí:

Dios haya otra cosa que Mónadas o substancias sin extensión (*Examen des Principes du P. Malebranche*).



Establece él una distinción entre Mónadas y Átomos (Los Átomos de Leibnitz no tienen, a la verdad, nada de común sino el nombre con los átomos de los materialistas griegos, ni siquiera con las moléculas de la ciencia moderna. Los llama él “Átomos formales”, y los compara a las “Formas Substanciales” de Aristóteles); pues como declara repetidamente:

Los cuerpos con todas sus cualidades son sólo fenomenales, como el arco iris....

Pero poco después salva la dificultad por medio de una correspondencia substancial, cierto lazo metafísico entre las Mónadas – *vinculum substanciale*. **La Filosofía Esotérica, al enseñar un Idealismo objetivo (aun cuando considera al Universo objetivo y todo lo que hay en él como Mâya, Ilusión temporal), traza una distinción práctica entre la Ilusión Colectiva, Mahâmâyâ, desde el punto de vista puramente metafísico, y las relaciones objetivas en ella entre varios Egos conscientes, mientras dura esta Ilusión. El Adepto, por tanto puede leer el futuro en una Mónada Elemental; pero para este fin tiene que reunir un gran número de ellas, pues cada Mónada representa sólo una porción del reino al que pertenece.**

Las mónadas no están limitadas al objeto, sino a la modificación del conocimiento del objeto; todas tienden (confusamente) a lo infinito, al todo, pero están limitadas y se diferencian por los grados de claridad de su percepción (*Monadología*, pág. 60. Leibnitz, como Aristóteles, las llama Mónadas “creadas” o *emanadas* (los Elementales procedentes de Espíritus Cósmicos o Dioses)-Entelequías y “autómatas incorpóreos” (*Monadología*, pág. 18).

Y como lo explica Leibnitz:

Todas las porciones del Universo están distintamente representadas en las mónadas, pero algunas se reflejan en una mónada, algunas en otra.

Una colección de mónadas podría representar simultáneamente los pensamientos de los dos millones de habitantes de París.

¿Pero qué dice sobre esto las Ciencias Ocultas, y qué es lo que añaden?

Dicen ellas que lo que Leibnitz llama Mónadas colectivamente, en términos generales, y dejando por el pronto las subdivisiones fuera de cálculo, pueden separarse en tres Huestes distintas (Estas tres “divisiones en conjunto” corresponden al Espíritu, la Mente –o Alma- y el Cuerpo, en la constitución humana) que, contadas desde los planos más elevados, son, en primer lugar, “Dioses” o Egos espirituales conscientes, los Arquitectos inteligentes que trabajan con arreglo al plan en la Mente Divina. Luego vienen los Elementales, o “Mónadas”, que constituyen colectiva e inconscientemente los grandes Espejos Universales de todo lo que se relaciona con sus reinos respectivos. Por último, los “Átomos” o moléculas materiales, que a su vez son *animados* por sus Mónadas “perceptivas”, lo mismo que lo está cada



una de las células del cuerpo humano. Hay multitud de tales **Átomos animados** que, a su vez animan a las moléculas; una infinidad de **Mónadas**, o mejor dicho **Elementales**, y **Fuerzas espirituales innumerables**, sin **Mónada**, pues son ellas puras **incorporeidades** (El hermano C.H.A. Bjerregaard, en su mencionada conferencia, previene a su auditorio que no se debe considerar demasiado a los **Sephiroth** como *individualidades*; pero al mismo tiempo debe evitarse ver sólo *abstracciones* en ellos. “Nunca llegaremos a la verdad” -dice- “y mucho menos al poder de asociarnos con estas entidades celestiales, hasta que volvamos a la simplicidad y privación de todo temor de las edades primitivas, cuando los hombres se mezclaban libremente con los dioses, y los dioses descendían entre los hombres y los guiaban en la verdad y santidad” (pág. 296). “Hay en la *Biblia* varias designaciones de los “ángeles” que muestran claramente que seres como los elementales de la *Kábala* y las *mónadas* de Leibnitz, tienen que comprenderse en aquel término más bien que en el que comúnmente se comprenden. Ellos son llamados “estrellas de la mañana”, “fuegos llameantes” “los poderosos”; y San Pablo los ve en su visión cosmogónica como “Principados y Poderes”. Semejantes nombres excluyen la idea de personalidad, y nos vemos obligados a imaginarnoslos como existencias impersonales... como una *influencia*, una substancia espiritual, o una fuerza *consciente*”. (Págs. 321-322), **excepto bajo ciertas leyes, cuando toman una forma, no necesariamente humana ¿De dónde viene la substancia que las reviste, el organismo aparente que desenvuelven alrededor de sus centros?** Las Radiaciones Informes (Arûpa), existentes en la armonía de la Voluntad Universal, y siendo lo que llamamos la colectividad o agregado de la Voluntad Cósmica en el plano del Universo subjetivo, unen entre sí a una infinidad de *Mónadas* –cada una espejo de su propio Universo- e individualizan así en un momento dado una mente independiente, omnisciente y universal; y por el mismo procedimiento de agregación magnética, crean para sí mismas cuerpos objetivos y visibles, con los *Átomos interestelares*. Pues *Átomos* y *Mónadas*, asociados o desasociados, simples o complejos, no son, desde el momento de la primera diferenciación, sino los “principios” corpóreos, psíquicos y espirituales, de los “Dioses”, que a su vez son las Radiaciones de la Naturaleza Primordial. De este modo los Poderes Planetarios superiores aparecen, a los ojos del Vidente, bajo dos aspectos: el subjetivo, como *influencias*, y el objetivo como *formas* místicas, que, bajo la ley *Kármica*, se convierten en una *Presencia*, el Espíritu y la Materia siendo Uno, como se ha dicho repetidamente. **El Espíritu es Materia en el séptimo plano; la materia es Espíritu en el punto más inferior de su actividad cíclica; y ambos son, Mâyâ.**

Los *Átomos* son llamados vibraciones en *Ocultismo*, y también, colectivamente, *Sonido*. Esto no tiene que ver con el descubrimiento de Mr. Tyndall. Él señaló en el peldaño inferior de la escala del ser monádico, todo el curso de las *Vibraciones atmosféricas* – y esto constituye la parte *objetiva* del proceso de la Naturaleza. Él ha encontrado y registrado la rapidez del movimiento y de su transmisión; la fuerza de su choque; su acción vibratoria en el tímpano, y la transmisión a los



otolitos, etc., hasta que comienza la vibración del nervio auditivo, y tiene lugar un nuevo fenómeno: del lado *subjetivo* del proceso de la *sensación* del sonido. ¿Lo percibe él o lo ve? No; pues su especialidad es descubrir el modo de ser de la Materia. Pero ¿por qué no habría de verlo un psíquico, o un vidente espiritual, cuyo Ojo interno estuviese abierto, uno que pudiera ver al través del velo de la materia? **Las ondas y ondulaciones de la Ciencia, son todas producidas por Átomos que impulsan a sus moléculas a la actividad, desde dentro. Los Átomos llenan la inmensidad del Espacio, y por su continua vibración, son aquel MOVIMIENTO que mantiene en perpetua marcha las ruedas de la Vida. Es esa obra interna la que produce el fenómeno natural llamado la correlación de las fuerzas. Sólo que en el origen de cada una de estas “Fuerzas” se halla el Nómeno *consciente* director de las mismas – ángel o Dios, Espíritu o Demonio, poderes directores, aunque los mismos.**

Según lo han descrito los Videntes –aquellos que pueden ver el movimiento de las multitudes interestelares, y seguirlas clarivamente en su evolución-, son deslumbradores, como copos de nieve virgen en la radiante luz del sol. Su velocidad es más rápida que el pensamiento, más de lo que el ojo físico de ningún mortal pudiera seguir; y, a lo que puede juzgarse dada la tremenda rapidez de su carrera, el movimiento es circular. Hallándose uno en una llanura abierta, especialmente en la cúspide de una montaña, y mirando a la vasta bóveda y a los espacios infinitos alrededor, toda la atmósfera parece iluminada por ellos, hallándose el aire empapado con estos deslumbradores relámpagos. A veces la intensidad de su movimiento produce resplandores como las Luces del Norte en las Auroras Boreales. El espectáculo es tan maravilloso que el Vidente, al mirar en este mundo interno, y sentir el paso de estos centros centelleantes, se llena de temor respetuoso ante el pensamiento de otros misterios aun mayores, que yacen más allá, y dentro, de este radiante Océano.

Por incompleta e imperfecta que sea esta explicación sobre los “Dioses, la Mónadas y los Átomos”, se espera que, por lo menos, algunos estudiantes y teósofos, vean que puede haber verdaderamente una estrecha relación entre la Ciencia Materialista y el Ocultismo, que es el complemento y el alma que a la primer le falta. (D.S. II, 533-574).

La evolución espiritual del Hombre inmortal, *interno*, constituye la doctrina fundamental de las Ciencias Ocultas. Para reconocer aún imperfectamente semejante evolución, el estudiante tiene que creer: a) En la Vida universal



Una, independientemente de la Materia; y b) En las Inteligencias individuales que animan a las distintas manifestaciones de este Principio. (D.S. II, 575).

Si le preguntamos a un brahmán de la Secta Advaita si cree en la existencia de Dios, contestaría probablemente lo que le contestaron a Jacolliot: “Yo soy Dios yo mismo”; mientras que un budista (sobre todo un cingalés) sencillamente se reiría y replicaría: “No hay Dios; no hay Creación”. Sin embargo, la filosofía fundamental de los eruditos, tanto advaitas como budistas, es *idéntica*; y unos y otros tienen el mismo respeto a la vida animal, pues ambos creen que toda criatura de la Tierra, por pequeña y humilde que sea, “es una porción inmortal de la Materia inmortal” –la Materia teniendo para ellos una significación muy distinta que la que tiene para los cristianos y los materialistas- y que toda criatura está sujeta a Karma.

La contestación del brahmán se le hubiera ocurrido a todo antiguo filósofo, kabalista y gnóstico de los primeros tiempos. Ella contiene el espíritu mismo de los mandamientos délficos y kabalísticos; pues la Filosofía Esotérica resolvió, edades hace, el problema de lo que el hombre *era*, es y *será*; su origen, ciclo de vida –interminable en su duración de encarnaciones o renacimientos sucesivos- y su absorción final en la Fuente de donde partiera.

Pero a la Ciencia Física no le podremos nunca pedir que nos descifre al hombre, como enigma del Pasado o del Futuro, puesto que ningún filósofo puede decirnos lo que es el hombre, ni siquiera tal como lo conocen la Fisiología y la Psicología. En la duda de si el hombre era un Dios o una bestia, la Ciencia lo ha relacionado ahora con la última, derivándolo de un animal. Ciertamente, la tarea de analizar y de clasificar al ser humano como una *animal terrestre*, pudo dejarse a la Ciencia, a la cual los ocultistas más que nadie consideran con veneración y respeto. Ellos reconocen su terreno propio y la obra maravillosa que ella ha hecho, el progreso realizado en Fisiología y, hasta cierto punto, en Biología. Pero la naturaleza del hombre interno, espiritual y psíquico, o hasta moral, no pueden dejarse a la merced de un materialista inveterado; pues ni siquiera la filosofía psicológica más elevada del occidente, puede en su imperfección actual y tendencia hacia un decidido agnosticismo, hacer justicia al hombre interno; especialmente a sus capacidades y percepciones superiores, y a aquellos estados de conciencia en el camino hacia los cuales autoridades como Mill, han trazado una gruesa línea diciendo: “Hasta aquí llegarás, pero no irás más lejos”.

Ningún ocultista negará que el hombre –juntamente con el elefante y el microbio, el cocodrilo y el lagarto, la hoja de hierba y el cristal- es, en su formación física, el



simple producto de las fuerzas evolutivas de la naturaleza a través de una serie innumerable de transformaciones; pero él presenta el caso de un modo distinto.

No es contra los descubrimientos zoológicos y antropológicos, basados sobre los fósiles del hombre y del animal, que todo místico creyente en un Alma Divina se rebela interiormente, sino sólo contra las conclusiones inoportunas, basadas en teorías preconcebidas y elaboradas para encajar en ciertos prejuicios. Las premisas de los hombres científicos pueden ser o no siempre verdad; y como algunas de estas teorías tienen sólo una corta vida, las deducciones deben ser siempre parciales con los evolucionistas materiales. Y sin embargo, sobre la fuerza de una autoridad tan efímera, la mayoría de los hombres científicos reciben a menudo honores por lo que menos lo merecen. D.S. II, 578-580).

La filosofía platónica es el más perfecto compendio de los abstrusos sistemas de la antigua India, y la única que puede ofrecernos terreno neutral. Aunque Platón murió hace veintidós siglos, los intelectuales todavía se ocupan de sus obras. Platón fue, en la plena acepción de la palabra, el intérprete del mundo, el filósofo más grande de la era precristiana, que reflejó fielmente en sus obras el espiritualismo y la metafísica de los filósofos védicos, que le precedieron millares de años. Vyasa, Jaimini, Kapila, Vrihaspati y Sumantu influyeron indeleblemente al través de los siglos en Platón y su escuela. Con esto probaremos que Platón y los sabios de la India tuvieron la misma revelación de la verdad. ¿No prueba su pujanza, contra las injurias del tiempo, que esta sabiduría es divina y eterna?

Platón enseña que la justicia permanece en el alma de su poseedor, y que es su mayor bien. “Los hombres admitieron sus derechos trascendentes en proporción de su inteligencia.” Y sin embargo, los comentadores de Platón desdeñan casi unánimemente los pasajes probatorios de que su metafísica tiene sólidos cimientos y no se funda en especulaciones.

Platón no podía aceptar una filosofía sin aspiración espiritual. Ambas cosas se armonizan en él. El antiguo sabio griego tiene por único objeto de logro el REAL CONOCIMIENTO. Sólo consideraba como filósofos sinceros, o estudiantes de verdad, a quienes poseían la ciencia de las realidades en oposición a las apariencias; de lo *eterno* en oposición a lo transitorio; de lo *permanente* en oposición a cuanto alternativamente crece, mengua, nace y perece. “Más allá de las existencias finitas y causas secundarias de las leyes, ideas y principios, hay una INTELIGENCIA o MENTE (νοῦς, *nous*, el espíritu), principio de los principios; Idea Suprema en que se apoyan las demás ideas; monarca y legislador del universo; substancia primordial de que todas las cosas



proceden y a que deben su existencia; Causa primera y eficiente de todo orden, armonía, belleza, excelencia y bondad, que hienche el universo, a la que llamamos el Supremo Bien, el Dios de los dioses” No es la verdad ni la inteligencia, sino “Padre de ambas”. Aunque nuestros sentidos corporales no pueden percibir esta eterna esencia de las cosas, pueden comprenderla cuantos por no ser completamente obtusos quieran comprenderla. **“A vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado... Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden”** (S. Mateo, XIII, II,13).

Asegura el neoplatónico Porfirio, que en los MISTERIOS se enseñaba y comentaba la filosofía de Platón. Muchos han puesto en tela de juicio y aun han negado los misterios; y Lobeck, en su *Aglaophomus*, llega al extremo de decir que estas sagradas ceremonias sólo servían para cautivar la imaginación. ¿Cómo Atenas y Grecia hubieran acudido durante más de veinte siglos cada cinco años a Eleusis, si los misterios fueran farsa religiosa? Agustín, obispo de Hipona, declara que las doctrinas neoplatónicas son las esotéricas y originales doctrinas de los primeros discípulos de Platón, y diputa a Plotino por un Platón resucitado. También explica los motivos que tuvo el gran filósofo para encubrir el sentido interno de sus enseñanzas. Respecto de los *Mitos*, declara Platón en el *Gorgias* y en el *Phaedon* que son vehículos de grandes verdades muy dignas de aprender; pero los comentadores conocen tan poco al gran filósofo que se ven obligados a confesar que no saben dónde “termina lo doctrinal y empieza lo mítico.” Platón desvanecía la popular superstición de la magia y los demonios, y enunciaba las exageradas ideas de su tiempo en teorías racionales y concepciones metafísicas que tal vez no se acomodan al método de raciocinio inductivo establecido por Aristóteles; pero que satisfacen cumplidamente a cuantos se percatan de la elevada facultad del hombre, llamada intuición, que nos da el criterio para conocer la Verdad.

Fundando sus doctrinas en la Mente Suprema, enseña Platón que el *nous*, espíritu, o alma racional del hombre, fue “engendrado por el Padre Divino”, y es de naturaleza semejante y homogénea a la Divinidad, y, por lo tanto, capaz de percibir las eternas realidades. **La facultad de contemplar la realidad directa é inmediatamente, sólo es propia de Dios, y la aspiración a este conocimiento es la filosofía propiamente dicha, o amor a la sabiduría. El amor a la verdad es inherentemente el amor al bien, y si predomina sobre todo deseo del alma y la purifica por su asimilación con lo divino y dirige las acciones del hombre, le eleva a participar de la Divinidad y le ensalza a semejanza de Dios. “Esta ascensión”, dice Platón en el *Theoetetus* “consiste en llegar a parecerse a Dios, y la asimilación se efectúa cuando, por medio de la sabiduría, el hombre es justo y santo”.**



La base de esta asimilación es siempre la preexistencia del espíritu o *nous*. La alegoría del carro con caballos alados del *Phoedrus*, presenta a la naturaleza psíquica doblemente compuesta del *thumos* o parte *epithumética*, formada de substancias pertenecientes al mundo de los fenómenos, y el *qumoeidéç*, *thumoeides*, la esencia enlazada con el mundo eterno. La actual vida terrena es caída y castigo. **El alma habita en "la sepultura que llamamos *cuerpo*" y en su estado de encarnación, antes de recibir la disciplina educativa, el elemento espiritual o noético está "dormido". La vida es más bien sueño que realidad. Como los cautivos de la subterránea caverna descrita en *La República*, percibimos únicamente, con la espalda vuelta a la luz, las sombras de los objetos y creemos que son realidades actuales. ¿Acaso no es ésta la idea de *Maya*, o ilusión de los sentidos durante la vida física, rasgo característico de la filosofía budista? Si en la vida material no nos entregamos absolutamente a los sentidos, estas ilusiones despiertan en nosotros la reminiscencia del mundo superior en que ya hemos vivido.** "El espíritu interno conserva un vago y oscuro recuerdo del anterior estado de bienaventuranza de que gozara y anhela instintivamente volver a él". Incumbencia de la Filosofía es libertarle de la esclavitud de los sentidos, por medio de la disciplina, y elevarle al empíreo del puro pensamiento, a la visión de la verdad, bondad y belleza eternas. Dice Platón en el *Theoetetus* que "el alma no puede encarnar en cuerpo humano, si antes no ha contemplado la verdad o sea el conjunto de todo cuanto el alma veía cuando habitaba en la Divinidad, con desprecio de las cosas que decimos que *son*, y la mira puesta en lo que REALMENTE ES. **Por lo tanto, sólo el *nous*, o espíritu del filósofo (ó amante de la suprema verdad) está dotado de alas, porque con su elevada capacidad retiene estas cosas en su mente, y al contemplarlas diviniza, por decirlo así, a la misma Divinidad. El debido uso de las reminiscencias de la vida primera y el perfeccionamiento en los perfectos misterios lleva al hombre a la verdadera perfección. Entonces está iniciado en la sabiduría divina.**"

Así comprenderemos por qué las más sublimes escenas de los Misterios eran siempre nocturnas. La vida del espíritu interno es la muerte de la naturaleza externa, y la noche del mundo físico es el día del espiritual. Por esto se adoraba a Dionisio, el sol nocturno, con preferencia a Helios, el sol diurno. Los Misterios simbolizaban la preexistente condición del espíritu y del alma, la caída de ésta en la vida terrena y en el Hades, las miserias de esta vida, la purificación del alma y su restitución a la divina bienaventuranza o reunión con el espíritu. Theón de Esmirna compara acertadamente la disciplina filosófica con los ritos místicos: A este propósito, dice que podemos considerar la filosofía como la iniciación en los verdaderos arcanos y la instrucción en los genuinos Misterios. La



iniciación abarca cinco grados: 1º, la purificación previa; 2º, la admisión en los ritos secretos; 3º, la revelación epóptica; 4º, la investidura o entronización; 5º, en consecuencia de los anteriores, la amistad íntima, comunión con Dios y la felicidad dimanante de la comunicación con seres divinos...

Platón llama *epopteia*, o visión personal, la perfecta contemplación de lo aprendido intuitivamente o sean las verdades é ideas absolutas. También considera la coronación como símbolo de la autoridad recibida de los instructores para conducir a otros a la misma contemplación. El quinto grado es la mayor felicidad terrena y, según Platón, consiste en asimilarse a la Divinidad, tanto como cabe en los seres humanos.

Tal es el platonismo. Dice Emerson que “de Platón arranca cuanto los pensadores escriben y discuten”. En él se resumía la ciencia de su época: la de Grecia, de Filolao a Sócrates; la de Pitágoras en Italia; y la que derivó de Egipto y Oriente. Era una inteligencia tan vasta, que toda la filosofía europea y asiática está comprendida en sus doctrinas, y a su cultura y poder de contemplación añadía temperamento y cualidades de poeta.

Los discípulos de Platón aceptaron, en general, sus teorías psicológicas. Algunos, como Xenócrates, aventuraron atrevidas especulaciones. Espeusipo, sobrino y sucesor del eminente filósofo, fué autor del *Análisis numérico*, o tratado de los números pitagóricos. Algunas de sus especulaciones no están en los *Diálogos* escritos; pero como era oyente de las conferencias orales de Platón, tiene mucha razón Enfield al decir que sus opiniones no debían diferenciarse de las de su maestro. El es, sin duda, el antagonista que Aristóteles critica sin nombrarlo cuando cita el argumento de Platón contra la doctrina de Pitágoras, de que todas las cosas son en sí mismas números, ó, mejor dicho, inseparables de la idea de número. Insistía especialmente en demostrar que la doctrina platónica de las ideas difería esencialmente de la pitagórica en que los números y magnitudes existen independientemente de las cosas. También aseguraba que Platón enseñó que no puede existir conocimiento real, si el objeto de conocimiento no trasciende a una región superior a lo sensible.

Pero Aristóteles no es testimonio fidedigno, pues adulteró a Platón y casi puso en ridículo las ideas de Pitágoras. Hay una regla de interpretación que debe guiarnos en el examen de toda opinión filosófica. “La inteligencia humana, bajo la necesaria acción de sus propias leyes, está impelida a mantener las mismas ideas fundamentales, y el corazón del hombre a alimentar los mismos sentimientos en toda época”. Cierto es que Pitágoras despertó la más profunda simpatía intelectual de su tiempo y que sus doctrinas ejercieron poderosa



influencia en Platón. Su idea fundamental es que en las formas, mudanzas y fenómenos del Universo subyace un principio permanente de unidad. Aristóteles asegura que Pitágoras creía y enseñaba que “los números son los principios primordiales de toda entidad.” Ritter opina que la fórmula de Pitágoras se ha de tomar simbólicamente, y así es sin duda. Aristóteles trata de asociar estos números a las “formas” é “ideas” de Platón y atribuye a éste la afirmación de que “las formas son números, y las ideas existencias substanciales o entidades reales”. Platón no enseñaba tal cosa. Decía que la causa final era la Bondad Suprema (to àgaqòn). “Las ideas son objeto de pura concepción para la razón humana, y atributos de la Razón Divina. No decía que “las formas son números”, sino que, como se lee en el *Timeo*: “Dios formó por primera vez las cosas, según formas y números”.

Reconoce la ciencia moderna que las leyes superiores de la naturaleza asumen la forma de enunciado cuantitativo. Esto es quizás una más explícita afirmación de la doctrina pitagórica. **Los números se consideran como la mejor representación de las leyes de armonía que regulan el Cosmos.** Sabemos que la teoría atómica y las leyes de combinación están hoy, por decirlo así, arbitrariamente definidas por números. W. Archer Butler dice a este propósito: “El mundo es, en todas sus partes, una aritmética viva en su desarrollo y una verdadera geometría en su reposo.”

La clave de los dogmas pitagóricos es la fórmula general de unidad en la variedad; lo uno desenvuelve y por completo penetra lo múltiple. Tal es, en compendio, la antigua doctrina de la emanación. El apóstol Pablo la aceptaba asimismo como verdadera. (Isis, I, 20-28).

Hace años, el filósofo alemán Schopenhauer afirmó la coexistencia de la materia y de la fuerza, diciendo que el universo es la voluntad manifestada en fuerzas cuyas modalidades corresponden a los diferentes grados de objetividad. Esta doctrina aceptó Wallace al convertirse al espiritualismo, y fué precisamente la expuesta por Platón al decir que “todas las cosas visibles proceden de la invisible y eterna voluntad que las modela, y que los cielos están plasmados en el eterno modelo del “mundo ideal” contenido en el dodecaedro o arquetipo geométrico de la Divinidad” (*Timeo*). **Según Platón, la substancia primaria emanó de la mente demiúrgica (*nous*) donde desde la eternidad reside la *idea del mundo que ha de ser* y que es en cuanto la idea emana de la divina mente.** Las leyes de la naturaleza no son ni más ni menos que las relaciones entre la idea demiúrgica y sus diversas formas de manifestación (para



Schopenhauer las formas fundamentales son tres: tiempo, espacio y causalidad) cuyo número cambia de continuo dentro del tiempo y del espacio.

Sin embargo, distan mucho de ser estas enseñanzas originales de Platón, pues en los *Oráculos caldeos* se lee: “Las obras de la naturaleza coexisten con la intelectual (noe'rv) y espiritual luz del Padre. Porque el alma (yuch') adorna el inmenso cielo y lo embellece según voluntad del Padre” (Cory – *Oráculos caldeos*, 243).

Por su parte dice Filón, a quien erróneamente se le supone discípulo de Platón: “El mundo incorpóreo estaba ya entonces fundamentado en la mente divina” (Filo Judeo – *De la Creación*).

La *Teogonía* de Mochus admite dos principios: el éter y el aire, de los que procede el Dios *manifestado* (nohtóç) el dios Ulom o universo material y visible.

En los *Himnos Órficos*, el *Eros-Phanes* nace del huevo espiritual fecundado por el viento etéreo, símbolo del “espíritu de Dios” que desde toda eternidad cobija la *ideación* divina.

En el *Kathopanishada*, el Espíritu divino (Purusha) es preexistente a la substancia primordial con la que se une para engendrar el *Mahâ-Atmâ* o *Brâhmâ*, es decir, el *Espíritu de vida*, el *Anima Mundi*, equivalente a la *Luz Astral* de los teurgos y cabalistas.

Pitágoras aprendió sus doctrinas en los santuarios de Oriente, encubriéndolas bajo simbolismos numéricos; pero su discípulo Platón las expuso en forma más inteligible, de modo que las comprendieran los no iniciados, aunque manteniendo todavía las fórmulas esotéricas. Así dice que el *Pensamiento* divino es el padre, la *Materia* la madre y el Cosmos el hijo (Plutarco – *Isis y Osiris*, I-VI).

Según afirma Dunlap (*Historia del espíritu del hombre*, p. 88), en la religión egipcia había un Horus mayor, hermano de Osiris, y un Horus menor, hijo de Osiris y de Isis. El primero simbolizaba la *idea* del universo, contenida en la mente demiúrgica, la *idea* “surgida en la obscuridad antes de la creación del mundo”; y el segundo era la misma *idea* ya emanada del Logos, revestida de materia y actualizada en existencia.

Dicen los *Oráculos Caldeos*: “El Dios del mundo es eterno, ilimitado, joven y viejo y de forma sinuosa” (Cory – *Fragmentos*, 240)

La frase “forma sinuosa” es símbolo de la vibración de la luz Astral que los sacerdotes de la antigüedad conocían perfectamente, aunque no tuvieran del éter el mismo concepto que los modernos, pues por éter significaban la



Idea eterna, compenetrada en el universo, es decir, la *Voluntad* que actualizada en *energía* organiza la *materia*.

Dice Van Helmont: “La voluntad es la potencia capital y superior de todas. La voluntad del Creador puso en movimiento todas las cosas. La voluntad es atributo de todas las entidades espirituales y se desenvuelve con tanta mayor actividad cuanto más libre está de la materia”.

Y Paracelso, por sobrenombre “el divino”, añade: “La fe ha de ser la corroboradora de la imaginación, pues por la fe se establece la voluntad... En todas las obras mágicas, es requisito indispensable la firmeza de voluntad... Las artes no tienen reglas fijas y ciertas, porque los hombres no saben imaginar ni creer en el resultado eficaz de lo que imaginan”. La negativa energía de la incredulidad y el escepticismo, aplicada en la misma dirección, pero en sentido contrario y con igual intensidad, es la única potencia capaz de resistir a la positiva energía del espiritualismo y de equilibrarla dinámicamente. No les ha de maravillar, por lo tanto, a los espiritistas que la presencia de escépticos empedernidos o de quienes asistan a las sesiones con preconcebida animosidad, sea impedimento para la manifestación fenoménica, pues si no hay en la tierra ningún poder *consciente* sin otro opuesto a su acción, ¿qué tiene de extraño que el poder *inconsciente* de un médium quede paralizado de pronto por otro poder opuesto y también inconscientemente ejercido? Tyndall y Faraday se engrieron de que no ocurriera fenómeno alguno mientras estuvieron presentes en las sesiones. Sin embargo, esto debiera haber demostrado a tan eminentes físicos la existencia de una fuerza merecedora de su atención, pues si las manifestaciones hubiesen sido fraudulentas en grado bastante para engañar a los concurrentes, no se librara del engaño ni el mismo Tyndall, a pesar de su valía científica, no acorde por cierto con su falta de maliciosa observación. Nadie ha superado en obras milagrosas a Jesús, y sin embargo, la corriente de su voluntad tropezó a veces con el escepticismo de las gentes, según corrobora aquel pasaje que dice: “Y no obró allí prodigios a causa de la incredulidad de las gentes”.

En la filosofía de Schopenhauer se vislumbran estos mismos conceptos, y no harían mal los modernos investigadores si la estudiaran, pues en ella encontrarían singulares hipótesis basadas en ideas antiguas, aparte de especulaciones acerca de los *nuevos* fenómenos psíquicos que les ahorrarán el trabajo de pergeñar otras. Las fuerzas psíquica, ecténica y electro–biológica, el pensamiento latente, la cerebración inconsciente y todas las hipótesis forjadas por los modernos investigadores, pueden resumirse en dos palabras: la *luz astral* de los cabalistas.



Los valientes conceptos de Schopenhauer difieren completamente de los de la mayoría de experimentadores. Dice el ilustre filósofo: “En realidad no cabe distinguir entre *materia y espíritu*. La gravitación de una piedra es tan inexplicable como el pensamiento en el cerebro humano. Si no sabemos *por qué cae al suelo un objeto material, tampoco sabremos si este objeto es o no capaz de pensar...* Aun en las mismas ciencias físicas, tan pronto como pasamos de lo experimental a lo especulativo, de lo físico a lo metafísico, nos atajan el paso las enigmáticas fuerzas de cohesión, afinidad, gravitación, etc., cuyo misterio es para nuestros sentidos tan profundo como la voluntad y el pensamiento humanos. Entonces nos vemos frente a frente de las inescrutables fuerzas de la naturaleza. ¿Dónde está, pues, esa *materia* que presumís de conocer tan bien y con la que os creéis familiarizados hasta el punto de deducir de ella todas vuestras teorías y de atribuirle cuanto os parece? Nuestra razón y nuestros sentidos sólo son capaces de conocer lo superficial, pero jamás penetrarán en la íntima substancia de las cosas. Tal era la opinión de Kant. Si admitís algo *espiritual* en el hombre, forzosamente habéis de admitirlo también en la piedra. Si vuestra muerta y pasiva materia tiene la propiedad de gravitar, atraer, repeler y fulgurar, no es razón negarle la de pensar cómo piensa el cerebro. En suma: cada partícula del llamado espíritu puede substituirse equivalentemente por otra de materia, y cada partícula de materia, por otra de espíritu... Así resulta que la cartesiana división de las cosas en materia y espíritu es filosóficamente inexacta, y conviene diferenciarlas en *voluntad y manifestación*, con la ventaja de espiritualizar todas las cosas, pues lo real y objetivo, los cuerpos y la materia de la división cartesiana, los consideramos como manifestación dimanante de la voluntad” (*Parerga*, II, 111-112).

Estas opiniones corroboran lo que ya dijimos acerca de las diversas denominaciones dadas a una misma cosa, como si los adversarios disputaran sobre palabras. Llámese fuerza, energía, electricidad, magnetismo, voluntad o potencia espiritual a la causa del fenómeno, siempre será la parcial manifestación del *alma*, encarnada o desencarnada, de una partícula de la inteligente, omnipotente é individual *Voluntad* que llena la naturaleza toda y a que, por insuficiencia de lenguaje humano para expresar los conceptos psicológicos, llamamos Dios. (Isis I, 147-152).

Apolonio y Jámblico afirman que el poderío del hombre que anhela superar a los demás, “no consiste en el conocimiento de las cosas *externas*, sino en la perfección del alma interna” (Bulwer Lytton – *Zanoni*).



Así llegaron ellos al conocimiento de sus almas divinas cuyos poderes emplearon con toda la sabiduría alcanzada por el estudio esotérico del hermético saber heredado de sus antecesores. Pero los filósofos del día no pueden o no se atreven a llevar sus tímidas miradas más allá de lo *comprensible*. Para ellos no hay vida futura ni divinos ensueños, que desdeñan por contrarios a la ciencia. Para ellos los antiguos son “ignorantes antepasados”, y miran con despectiva compasión a todo autor que crea inherentes al ser humano las misteriosas ansias de ciencia espiritual.

Dice un proverbio persa: “Cuanto más oscuro está el cielo, más brillan las estrellas.” Así, en el negro firmamento de la Edad Media aparecieron los misteriosos Hermanos de la Rosa Cruz, que no organizaron asociaciones ni instituyeron colegios, porque, acosados por todas partes como fieras, los tostaba sin escrúpulo la iglesia católica en cuanto caían en sus manos. A este propósito dice Bayle: “Como la religión prohíbe el derramamiento de sangre en su máxima *Ecclesia non novit sanguinem*, quemaban a las víctimas, cual si al quemarlas no vertiesen su sangre”.

Varios de estos místicos, guiados por las enseñanzas aprendidas en manuscritos secretamente conservados de generación en generación, llevaron a cabo descubrimientos que no desdeñarían hoy las ciencias experimentales. **El monje Rogerio Bacón, vituperado de charlatán y tenido por aprendiz de artes mágicas, pertenece de derecho, sino de hecho, a la Fraternidad de los estudiantes de ocultismo. Floreció en el siglo XIII con Alberto el Magno y Tomás de Aquino, y sus descubrimientos de la pólvora, de las lentes ópticas y varios mecanismos, fueron atribuidos a hechicería por pacto demoníaco, y de ellos se aprovechan hoy mismo quienes más le escarnecen.**

En un drama de la época de Isabel de Inglaterra, escrito por Roberto Green y basado en la historia legendaria de Rogerio Bacón, se dice, que habiendo sido presentado al rey, le pidió éste que demostrase algo de su saber ante la reina, y que él entonces movió la mano y se oyó al punto una música tan armoniosa como jamás la oyera ninguno de cuantos la escuchaban. Fue la música en crescendo y de pronto aparecieron cuatro figuras que danzaron un buen espacio, hasta desvanecerse en el aire. Movié de nuevo el monje la mano y súbitamente se difundió por la estancia tan exquisito perfume que parecía hábilmente preparado con los más finos y delicados aromas del mundo. Aseguró después Bacón a uno de los caballeros allí presentes, que iba a presentarle la mujer de quien andaba enamorado, y descorriendo las cortinas de la cámara regia, apareció a los ojos de los circunstantes una cocinera cucharón en mano que desapareció con igual presteza. Encolerizado el orgulloso caballero por aquella humillación, amenazó al monje con su venganza, pero él repuso tranquilamente: “No me amenace vuestra



gracia, porque mayor pudiera ser su vergüenza, y ande alerta en decir otra vez que los letrados mienten”.

Un historiador moderno (T. Wright – *Narraciones de brujería y magia*) comenta este relato, diciendo: “Puede considerarse esto como ejemplo de la clase de manifestaciones resultantes, sin duda, de un conocimiento profundo de las ciencias naturales”. Nadie ha dudado nunca que resultaran de semejantes conocimientos, y no otra cosa dijeron los herméticos, magos, astrólogos y alquimistas. A la verdad, no es culpa suya que las masas ignorantes, excitadas sin escrúpulo por el clero fanático, hayan atribuido a diabólicas influencias los fenómenos psíquicos; y por otra parte, las terribles torturas inquisitoriales retrajeron de la manifestación de sus facultades a los filósofos ocultistas, quienes dijeron en sus obras esotéricas, que da magia es la aplicación de causas naturales y activas a las cosas pasivas, para determinar efectos prodigiosos, pero completamente naturales”.

El fenómeno de la música y de los aromas que Rogerio Bacón operó en la corte de Inglaterra, se ha repetido con frecuencia en nuestra época. Prescindiendo de nuestras personales experiencias, diremos que, según informes de los corresponsales ingleses de la Sociedad Teosófica, hubo casos en que oyeron músicas y percibieron fragancias, sin que nada señalase su procedencia, por cual motivo atribuyeron el fenómeno a la influencia de los espíritus. Uno de dichos corresponsales informó diciendo, que en cierta ocasión la casa donde se celebraban reuniones espiritistas de carácter íntimo quedó impregnada durante muchas semanas de intenso aroma de sándalo. Otro corresponsal describe el fenómeno que llama *toque musical*. **Las mismas potencias capaces de producir hoy estos fenómenos debieron existir y tener idénticas facultades en la época de Bacón. Respecto a las apariciones espectrales, baste decir que también hoy ocurren en las sesiones espiritistas y, por lo tanto, no cabe dudar de los prodigios atribuidos a Bacón en este punto.** (Isis I, 160-163).

RESUMEN (del vol. I de la DS)

“La Historia de la Creación y la de este Mundo, desde su principio hasta el tiempo presente, está compuesta de siete capítulos. El capítulo séptimo no ha sido escrito todavía.” T. Subba Row (*The Theosophist*, 1881).

El primero de estos “siete capítulos” ha sido intentado, y esta ahora concluido. Por muy incompleto y débil que sea como exposición, de todos modos se aproxima – hablando en sentido matemático– a lo que constituye la base más antigua de todas las cosmogonías subsiguientes. Atrevida es la tentativa de expresar en una



lengua europea el gran panorama de la Ley que eterna y periódicamente se manifiesta; Ley impresa en las mentes plásticas de las primeras Razas dotadas de Conciencia, por quienes la reflejaban de la Mente Universal; es empresa atrevida, porque ningún lenguaje humano, salvo el sánscrito —que es *el de los Dioses*—, puede hacerlo con algún grado de exactitud. Pero teniendo en cuenta la intención, deben perdonarse a nuestra obra sus defectos.

Como conjunto, ni lo anterior ni lo que sigue se encontrara en su totalidad en parte alguna. No se enseña en ninguna de las seis escuelas indas de filosofía, puesto que pertenece a la síntesis de las mismas, a la séptima que es la Doctrina Oculta. No se halla trazado en ningún papiro egipcio carcomido ni grabado en ningún ladrillo, o muro de granito asirio. **Los Libros de la Vedanta —la “última palabra del saber humano”— dan tan solo el aspecto metafísico de esta cosmogonía del mundo; y su tesoro inapreciable, los *Upanishads* —siendo *Upa-ni-shad* una palabra compuesta que significa el dominio de la ignorancia por la revelación del conocimiento *secreto y espiritual*— requieren hoy la posesión de una llave maestra, para que el estudiante pueda hacerse cargo de su significación plena. La razón de esto me aventuro a exponerla aquí, tal como la aprendí de mi Maestro.**

El nombre *Upanishad* es traducido en general como “doctrina esotérica”. Estos tratados forman parte del *Shruti* o Conocimiento “revelado”, la Revelación, en resumen, y están generalmente unidos a la porción brahmánica de los *Vedas*, como su tercera división.

[Ahora bien] los *Vedas* poseen una significación distinta y doble: una expresada por el sentido literal de las palabras; la otra indicada por el metro y el *svara* (entonación), que son como la vida de los *Vedas*... Sabios pandits y filólogos niegan, por supuesto que el *svara* tenga nada que ver con la filosofía o las antiguas doctrinas esotéricas; pero la conexión misteriosa entre *svara* y *luz* es uno de sus secretos más profundos (T. Subba Row: *Five Years of Theosophy*, pág. 154).

Existen 150 *Upanishads* enumerados por los orientalistas, que consideran a los más antiguos como escritos *probablemente* unos 600 años antes de nuestra Era; pero en cuanto a textos *genuinos*, no existen ni la quinta parte de aquel número. Los *Upanishads* son a los *Vedas* lo que la *Kabalah* es a la *Biblia* judía. Exponen y explican la significación secreta y mística de los textos védicos. Hablan del origen del Universo, de la naturaleza de la Deidad y del Espíritu y el Alma, así como también de la conexión metafísica entre la Mente y la Materia. En resumen: CONTIENEN *el principio y el fin de todo* Buddha. De no ser así, no podrían los *Upanishads* ser llamados *esotéricos*, desde el momento en que se encuentran hoy día bien a la vista, unidos a los Libros Sagrados brahmánicos; que en nuestros tiempos se han hecho accesibles, aun para los Mlechchhas (los sin casta) y para los orientalistas



Europeos. Una cosa hay en ellos –y se encuentra en todos los *Upanishads*–, la cual invariable y constantemente indica su antiguo origen, y prueba: (a) que algunas de sus partes fueron escritas *antes* que el sistema de castas se convirtiera en la institución tiránica que hoy existe; y (b) que la mitad de sus contenidos ha sido eliminada, a la vez que algunos de ellos fueron vueltos a escribir, y abreviados. “Los grandes Maestros del Saber superior y los brahmanes son siempre representados como yendo a los reyes Kshatriyas [casta militar], para convertirse en sus discípulos”. Según el profesor Cowell observa pertinentemente, los *Upanishads* “respiran un espíritu completamente diferente [de otros escritos brahmánicos]; una libertad de pensamiento desconocida en ninguna obra más antigua, excepto en los himnos mismos del *Rig Veda*”. **El segundo hecho se explica por una tradición registrada en uno de los manuscritos sobre la vida de Buddha. Dice que los *Upanishads* fueron originalmente unidos a sus *brâhmanas* desde el principio de una reforma que condujo al exclusivismo del presente de castas entre los brahmanes, pocos siglos después de la invasión de la India por los “Dos veces nacido”. En aquellos días estaban completos, y se empleaban para la instrucción de los Chelas que estaban preparándose para la Iniciación.**

Esto duro mientras los *Vedas* y los *Brâhmanas* permanecieron siendo única y exclusiva propiedad de los brahmanes del templo; mientras nadie más tenía el derecho de estudiarlos ni siquiera leerlos, fuera de la casta *sagrada*. Vino entonces Gautama, el Príncipe de Kapilavastu. **Después de haber aprendido la totalidad de la sabiduría brahmánica en los Rahasya o los Upanishads, y visto que las enseñanzas diferían muy poco o nada de las de los “Maestros de la Vida” residentes en las nevadas cordilleras de los Himalayas** (Llamados también en los Anales chinos “Los Hijos de Sabiduría” y de la “Niebla de Fuego”, y los “Hermanos del Sol”. Si-dzang (Tibet) es mencionado en los manuscritos de la biblioteca sagrada de la provincia de Fo-Kien, como la gran sede de la sabiduría oculta, desde tiempo inmemorial, épocas antes de Buddha. El Emperador Yu, el “Grande” -2.207 años antes de nuestra Era-, místico piadoso y gran Adepto, se dice que obtuvo su Saber de los “Grandes Maestros de la Cordillera Nevada”, en Si-dzang), indignado el Discípulo de los brahmanes de que la Sabiduría Sagrada fuese negada a todos, menos a estos, decidió salvar al mundo entero, popularizándola. Entonces fue cuando viendo los brahmanes que sus Conocimientos Sagrados y Sabiduría Oculta iban cayendo en manos de los mlechchhas, abreviaron los textos de los *Upanishads*, que contenían en su origen tres veces la materia de los *Vedas* y *Brâhmanas* juntos, sin alterar, sin embargo, una palabra de los textos. Arrancaron simplemente de los manuscritos las partes más importantes, que contenían la última palabra en lo referente al Misterio de la Existencia. **Desde entonces, la clave del código secreto brahmánico quedó en posesión de los iniciados tan solo, y los brahmanes estuvieron así en situación de poder negar públicamente la exactitud de las enseñanzas de**



Buddha, apelando a sus *Upanishads*, acallados para siempre acerca de las cuestiones principales. Tal es la tradición esotérica, más allá de los Himalayas.

Sri Shankaracharya, el más grande Iniciado viviente en los periodos históricos, escribió muchos Bhashyas (Comentarios) acerca de los *Upanishads*. Pero sus tratados originales, como hay razones para suponer, no han caído todavía en manos de los filisteos; pues se hallan conservados con celo excesivo en sus monasterios (mathams). Y existen todavía razones mucho mas importantes para hacernos creer que los inapreciables Bhashyas acerca de la Doctrina Esotérica de los brahmanes, por el mas grande de sus expositores, permanecerán siendo todavía, durante siglos, letra muerta para la mayor parte de los indos, excepto para los brahmanes Smartava. Esta secta, fundada por Shankaracharya, que es todavía muy poderosa en la India Meridional, en la actualidad es la única que produce estudiantes con los conocimientos suficientes para comprender la letra muerta de los Bhashyas. La razón de esto es, según se me ha dicho, que ellos únicamente son los que tienen en ocasiones verdaderos iniciados a su cabeza, en sus mathams, como por ejemplo, en el Shringa-giri en los Ghats occidentales de Mysore. Por otra parte, no existe ninguna secta en esa casta de los brahmanes tan desesperadamente exclusiva, que lo sea mas que la Smartava; y la reticencia de sus miembros en decir lo que saben, en cuanto a las ciencias ocultas y a la Doctrina Esotérica, es tan solo igualada por su altivez y conocimientos.

Por tanto, la escritora de estas afirmaciones tiene que hallarse preparada de antemano para encontrar gran oposición, y aun la denegación de lo que presenta en esta obra. No es que exista pretensión alguna a la infalibilidad o a la exactitud perfecta en todos los detalles de cuanto se dice en ella. Los hechos a la vista están, y difícilmente pueden ser negados. Pero, debido a las dificultades intrínsecas de las materias que se tratan y a las limitaciones casi insuperables de la lengua inglesa, como de todos los demás idiomas europeos, para la expresión de ciertas ideas, es mas que probable que la autora no haya logrado presentar las explicaciones en su forma mejor y mas clara; aunque todo cuanto podía hacerse, bajo las mas adversas circunstancias, ha sido hecho, y esto es lo mas que puede exigirse a cualquier escritor.

Recapitulemos y, por lo vasto de los asuntos expuestos, se demostrara cuán difícil, si no imposible, es hacerles plena justicia.

1º la Doctrina Secreta es la Sabiduría acumulada de las Edades y, solamente su cosmogonía, es el más asombroso y acabado de los sistemas, aun



velado como se encuentra en el exoterismo de los *Purânas*. Pero tal es el poder misterioso del simbolismo oculto, que los hechos que han ocupado a generaciones innumerables de videntes y profetas iniciados para ordenarlos, consignarlos y explicarlos al través de las intrincadas series del progreso evolucionario, se hallan todos registrados en unas pocas páginas de signos geométricos y símbolos. La contemplación luminosa de aquellos videntes ha penetrado en el centro mismo de la materia, y ha analizado el alma de las cosas, allí donde un profano ordinario, por sabio que fuese, tan solo hubiera percibido la actuación externa de la forma. **Pero la ciencia actual no cree en el “alma de las cosas”, y por lo tanto, desechara todo el sistema de la antigua cosmogonía. Inútil es decir que el sistema en cuestión no es fantasía de uno o de varios individuos aislados; que es el archivo no interrumpido durante millares de generaciones de videntes, cuyas experiencias respectivas se llevaban a efecto para comprobar y verificar las tradiciones, transmitidas oralmente de una raza antigua a otra, acerca de las enseñanzas de los Seres superiores y mas exaltados que velaron sobre la infancia de la humanidad; que durante largas edades, los “Hombres Sabios” de la Quinta Raza, pertenecientes a los restos salvados y librados del último cataclismo y alteraciones de los continentes, pasaron sus vidas *aprendiendo, no enseñando*. Como lo hacían? Se contesta: comprobando, examinando y verificando en cada uno de los departamentos de la Naturaleza las antiguas tradiciones, por medio de las visiones independientes de los grandes Adeptos; esto es, de los hombres que han perfeccionado hasta el mayor grado posible sus organizaciones físicas, mentales, psíquicas y espirituales. No era aceptada la visión de ningún Adepto hasta ser confrontada y comprobada por las visiones de otros Adeptos, obtenidas de modo que se presentasen como evidencia independiente y por siglos de experiencia.**

2º La Ley fundamental en ese sistema, el punto central del que todo ha surgido alrededor y hacia el cual todo gravita, y del que depende toda su filosofía, es el PRINCIPIO SUBSTANCIAL, Uno, Homogéneo y Divino: la Causa Radical única.

...Unos pocos, cuyas lámparas resplandecían más, han sido guiados de causa en causa al manantial secreto de la Naturaleza, y han descubierto que debe existir un primer Principio...

Es llamado “*Principio Substancial*”, porque se convierte en “Substancia” en el estado del Universo manifestado: una ilusión, mientras continúa siendo un “Principio” en el ESPACIO visible e invisible, sin comienzo ni fin, abstracto. Es la Realidad omnipresente; impersonal, porque lo contiene todo y cada una de las



cosas. Su *impersonalidad* es el *concepto fundamental* del sistema. Está latente en todos los átomos del Universo, y es el Universo mismo.

3º El Universo es la manifestación periódica de esta Esencia Absoluta y desconocida. Llamarla “Esencia” es, sin embargo, pecar contra el espíritu mismo de la filosofía. Porque aunque el nombre pueda ser derivación en este caso del verbo *esse*, “ser”, no obstante no puede identificarse con un “ser” de ninguna especie concebible por la humana inteligencia. Se describe mejor AQUELLO como no siendo Espíritu ni Materia, sino ambas cosas a la vez. Parabrahman y Mulaprakriti son Uno en realidad, si bien Dos en el concepto Universal del Manifestado, hasta en el concepto del Logos UNO, la primera “Manifestación”, al cual (como demuestra el sabio autor de las “Notas acerca del *Bhagavad-Gîtâ*), “AQUELLO” aparece desde el punto de vista objetivo, como Mulaprakriti, y no como Parabrahman; como su Velo, y no como la Realidad Una oculta tras del mismo, la cual es incondicionada y absoluta.

4º El Universo, con cada una de las cosas que contiene, es llamado Maya, porque todo en él es temporal, desde la vida efímera de una mosca de fuego, hasta la del sol. Comparado con la eterna inmutabilidad del UNO, y con la inmutabilidad de aquel Principio, el Universo, con sus formas efímeras en cambio perpetuo, no debe ser necesariamente, para la inteligencia de un filósofo, más que un fuego fatuo. Sin embargo, el Universo es lo suficientemente real para los seres conscientes que en él residen, los cuales son tan ilusorios como lo es el mismo.

5º Cada una de las cosas en el Universo, al través de todos sus reinos, es consciente; esto es, se halla dotada de una conciencia de su especie propia y en su propio plano de percepción. Debemos tener presente que solo porque nosotros no percibamos señal alguna de conciencia en las piedras, por ejemplo, no por eso tenemos derecho para decir que *ninguna conciencia existe allí*. No existe semejante cosa como materia “muerta” o “ciega”, como tampoco existe ninguna Ley “ciega” o “inconsciente”. Tales ideas no encuentran lugar alguno entre los conceptos de la Filosofía Oculta. Esta jamás se de tiene ante apariencias superficiales, y para ella poseen mas realidad las esencias númerales que sus contrapartes objetivas; pareciéndose en esto a los nominalistas de la Edad Media; para quienes los universales eran las realidades, y los particulares existían tan solo de nombre y en la imaginación humana.

6º El universo es elaborado y dirigido de dentro afuera. Tal como es arriba es abajo, así en los cielos como en la tierra; y el hombre, el microcosmo y la copia en miniatura del macrocosmo, es el testimonio viviente de esta Ley Universal y de su manera de obrar. Vemos que cada movimiento *externo*,



acción, gesto, sea voluntario o mecánico, orgánico o mental, es precedido y producido por un sentimiento o emoción *internos*, por la voluntad o volición, y por el pensamiento o mente. Pues ningún movimiento o cambio exterior, cuando es normal, en el cuerpo externo del hombre, puede tener lugar a menos que sea provocado por un impulso interno, comunicado por una de las tres funciones citadas; y lo mismo sucede con el Universo externo o manifestado. Todo el Kosmos es dirigido, vigilado y animado por series casi interminables de Jerarquías de Seres sencientes, teniendo cada uno de ellos una misión que cumplir, y quienes (ya se les llame por un nombre o por otro, Dhyan- Chohans o Ángeles) son “Mensajeros” en el sentido tan solo de ser agentes de las Leyes Kármicas y Cómicas. Varían hasta el infinito en sus grados respectivos de conciencia y de inteligencia; y el llamarlos a todos Espíritus puros, sin mezcla alguna terrena, “sobre la que el tiempo hará presa algún día”, es tan solo tomarse una licencia poética. Pues cada uno de estos Seres, o bien *fue* o se prepara para convertirse en un hombre, si no en el presente Manvantara, en uno de los pasados o en uno de los futuros. Cuando no son hombres *incipientes*, son hombres *perfeccionados*; y en sus esferas superiores menos materiales, difieren moralmente de los seres humanos terrestres tan solo en que se hallan libres del sentimiento de la personalidad y de la naturaleza emocional *humana*: dos características puramente terrenas. Los primeros, o sea los “perfeccionados”, han quedado libres de aquellos sentimientos, porque (a) ya no poseen cuerpos carnales, carga siempre entorpecedora para el Alma; y (b) no encontrando obstáculos el elemento espiritual puro, o estando mas libre, se hallan menos influidos por Maya que el hombre, a menos que este sea un Adepto que conserva sus dos personalidades (la espiritual y la física), separadas por completo. Las Monadas incipientes, no habiendo tenido aun cuerpos humanos, no pueden tener ningún sentimiento de personalidad o de *Ego*-ismo. Siendo lo que se pretende significar por “personalidad” una limitación y una relación, o como lo ha definido Coleridge, “la individualidad existente en si misma, pero con una naturaleza como base”; la palabra no puede aplicarse, por supuesto, a entidades no humanas; pero como hecho acerca del cual insisten generaciones de Videntes, ninguno de estos seres, elevados, o ínfimos, posee individualidad o personalidad como Entidades separadas, o sea en el sentido en que el hombre dice “Yo soy yo y nadie mas”; en otras palabras, no tienen conciencia de tan manifiesta separación como existe en la tierra entre los hombres y entre las cosas. La Individualidad es la característica de sus respectivas Jerarquías, no de sus unidades; y estas características varían tan solo con el grado del plano a que esas Jerarquías pertenecen: cuanto mas próximo se halle a la región de la Homogeneidad y a lo Divino, tanto mas pura y menos acentuada será la individualidad de aquella Jerarquía. Son finitas bajo todos sus aspectos, con la excepción de sus principios mas elevados, las Chispas inmortales que reflejan la Llama Divina Universal, individualizadas y separadas



tan solo en las esferas de la Ilusión por una diferenciación tan ilusoria como el resto. Ellas son “Los Vivientes” puesto que son las corrientes proyectadas desde la Vida Absoluta sobre el lienzo cósmico de la Ilusión; Seres en quienes la vida no puede quedar extinguida antes que el fuego de la ignorancia sea extinguido en aquellos que sienten estas “Vidas”. Habiendo brotado a la existencia bajo el poder vivificante del Rayo increado –reflexión del gran Sol central que radia sobre las orillas del Rio de la Vida–, el Principio Interno en ellos es lo que pertenece a las Aguas de la inmortalidad, al paso que su vestidura diferenciada es tan perecedera como el cuerpo del hombre. Por lo tanto, razón tenía Young al decir que Los ángeles son hombres de una especie superior... y nada más. No son los Ángeles “ministros” ni “protectores” ni son tampoco “Heraldos del Altísimo”, y todavía menos los “Mensajeros de la Cólera” de ningún Dios, tal como los creados por la imaginación humana. Apelar a su protección es una necedad tan grande –como la de figurarse que se puede alcanzar su simpatía gracias a cualquier especie de propiciación; pues ellos, lo mismo que el hombre, son los esclavos y criaturas de la Ley Karmica Cósmica inmutable. La razón para ello es evidente. No poseyendo elemento alguno de personalidad en su esencia, no pueden estar dotados de cualidades personales ningunas, tales como las que los hombres, en sus religiones exotéricas, atribuyen a su Dios antropomórfico (un Dios celoso y exclusivo que se regocija y siente cólera, que se complace con sacrificios y que es mas despótico en su vanidad que cualquier hombre frívolo y finito). El hombre, siendo un compuesto de las esencias de todas estas jerarquías celestiales, puede, como tal, lograr hacerse superior, en un sentido, a cualquier jerarquía o Clase, y hasta a una combinación de las mismas. “El hombre no puede ni propiciar ni mandar a los Devas” —se ha dicho—. Pero paralizando su personalidad inferior, y llegando con ello al pleno conocimiento de la *no-separatividad* de su Propio Superior y Absoluto SER, puede el hombre, aun durante su vida terrestre, llegar a ser como “Uno de Nosotros”. Así, alimentándose del fruto del saber que disipa la ignorancia, es como el hombre se convierte en uno de los Elohim, o Dhyanis; y una vez en su plano, el Espíritu de Solidaridad y de Armonía perfecta que reina en cada jerarquía debe extenderse sobre él y protegerle en todos sentidos.

La dificultad principal que impide a los hombres de ciencia creer en los espíritus divinos, así como en los de la Naturaleza, es su materialismo. El principal obstáculo que ante si encuentra el espiritista, y que le impide creer en lo mismo, conservando a la vez una creencia ciega en los “Espíritus” de los difuntos, es la ignorancia general en que se halla todo el mundo (excepto algunos ocultistas y kabalistas) respecto a la verdadera esencia y naturaleza de la Materia. En la aceptación o no aceptación de la teoría de la *Unidad de todo en la Naturaleza, en su última Esencia*, es en lo que principalmente se apoya la creencia o la



incredulidad en la existencia en torno nuestro de otros seres conscientes, además de los Espíritus de los muertos. En la justa comprensión de la Evolución primitiva del Espíritu-Materia, y de su esencia real, es en lo que tiene el estudiante que apoyarse para la mejor dilucidación de la Cosmogonía Oculta, y para obtener la única clave segura que puede guiarle en sus estudios subsiguientes.

A la verdad, según se acaba de mostrar, cada uno de los llamados “Espíritus” es o bien un hombre *descarnado o un hombre futuro*. Así como desde el Arcángel mas elevado (Dhyan Chohan) hasta el último Constructor consciente (la clase inferior de Entidades Espirituales), todos ellos son *hombres* que han vivido evos ha, durante otros Manvantaras, en esta o en otras Esferas; asimismo los Elementales inferiores, semi-inteligentes y no inteligentes, son todos hombres *futuros*. El hecho tan solo de que un Espíritu se halle dotado de inteligencia, es una prueba para el ocultista de que aquel Ser debe haber sido un *hombre*, y adquirido su saber e inteligencia al través del ciclo humano. Solo existe una Omnisciencia e Inteligencia indivisible y absoluta en el Universo, y esta vibra al través de cada uno de los átomos y de los puntos infinitesimales de todo el Kosmos, que carece de límites, y al que las gentes llaman Espacio, considerado independientemente de cualquiera de las cosas que en él se hallan contenidas. Pero la primera diferenciación de su *reflexión* en el Mundo manifestado es puramente Espiritual, y los Seres generados en la misma no se hallan dotados de una conciencia que tenga relación con aquella que nosotros concebimos. No pueden poseer conciencia o inteligencia humanas antes que la hayan adquirido personal e individualmente. Puede ser esto un misterio; sin embargo, es un hecho para la Filosofía Esotérica, y muy aparente por cierto.

Todo el orden de la Naturaleza demuestra una marcha progresiva hacia una vida superior. Existe designio en la acción de las fuerzas, al parecer mas ciegas. La evolución completa con sus adaptaciones interminables, es una prueba de ello. Las leyes inmutables que hacen desaparecer a las especies débiles, para hacer lugar a las fuertes, y que aseguran la “supervivencia de los mas aptos” aunque resulten tan crueles en su acción inmediata, obran todas en dirección de la gran meta final. El *hecho* mismo de que tienen lugar adaptaciones; de que los mas aptos *son* los que sobreviven en la lucha por la existencia, demuestra que lo llamado “Naturaleza inconsciente” es, en realidad, un conjunto de fuerzas manipuladas por seres semi-inteligentes (Elementales), guiados por Elevados Espíritus Planetarios (Dhyan Chohans), cuya agregación colectiva forma el Verbo manifestado del Logos Inmanifestado y constituye a la vez la Mente del Universo y su Ley inmutable.

La Naturaleza, tomada en su sentido abstracto, no *puede* ser “inconsciente”; pues es la emanación de la Conciencia Absoluta, y por tanto, un aspecto suyo en el



plano de la manifestación. Donde está el atrevido que niegue a la vegetación y aun a los minerales *una conciencia propia especial?* Todo cuanto puede decir, es que esta conciencia se halla más allá de los límites de su comprensión.

Tres distintas representaciones del Universo, en sus tres distintos aspectos, imprime en nuestro pensamiento la Filosofía Esotérica: la *Preexistente*, desenvuelta de la *Siempre existente*, y la *Fenomenal* –el mundo de la ilusión, la reflexión, la sombra de la anterior. Durante el gran misterio y drama de la vida, conocido con el nombre de Manvantara, el Kosmos real es como los objetos colocados tras de un lienzo blanco, sobre el cual proyectan sombras. Las figuras y cosas verdaderas permanecen invisibles, mientras los hilos de la evolución son manejados por manos también invisibles. Los hombres y las cosas son, así, solo las reflexiones *en* el campo blanco de las realidades que se hallan *tras* las asechanzas de Mahamaya o la Gran Ilusión. Esto era enseñado en toda filosofía y en toda religión, tanto antes como después del Diluvio, en la India y en la Caldea; tanto por los Sabios chinos como por los griegos. En los dos primeros países eran alegorizados estos tres Universos, en las enseñanzas exotéricas, por las tres Trinidades, emanando del Germen eterno central, y constituyendo con él una Unidad Suprema: la Triada *inicial*, la *manifestada* y la *creadora*, o los Tres en Uno. La última es tan solo el símbolo, en su expresión concreta, de las dos primeras *ideales*. De aquí que la Filosofía Esotérica pase por encima de lo obligado de esta concepción puramente metafísica, y que llame solo a la primera la Siempre Existente. Esta es la opinión de cada una de las seis grandes escuelas de la filosofía inda; los seis principios de aquel cuerpo unido de la Sabiduría, del cual la Gnosis, el Saber *oculto*, es el séptimo.

Quien estas líneas escribe, espera que, por muy superficialmente que se hayan comentado las Siete Estancias, se ha dicho ya lo suficiente en esta parte cosmogónica de la obra para demostrar que las enseñanzas arcaicas son, en su propia esfera, más *científicas* (en el moderno sentido de la palabra) que cualquier otra de las antiguas Escrituras, consideradas y juzgadas por sus aspectos exotéricos. Sin embargo puesto que, como se ha declarado antes, la obra presente reserva *mucho más que expone*, se invita al estudiante a que emplee su propia intuición. Nuestro principal deseo es dilucidar lo que ya ha sido dado, y muy incorrectamente en ocasiones, lo cual deploramos; suplir con materias adicionales cuando y como sea posible, los conocimientos sugeridos antes, y proteger nuestras doctrinas de los ataques demasiado violentos del sectarismo moderno, y más especialmente del Materialismo de los últimos tiempos, con mucha frecuencia llamado erróneamente Ciencia, mientras que, en realidad, tan sólo las palabras “sabios” y “semisabios” deberían asumir la responsabilidad de las muchas teorías ilógicas ofrecidas al mundo. En su gran ignorancia, el público,



al paso que acepta ciegamente cada una de las cosas emanadas de “autoridades” y considera como un deber mirar cada *dictum* procedente de un hombre de ciencia como un hecho probado; al público, decimos, se le enseña a burlarse de todo cuanto se presenta como procedente de orígenes “paganos”. Por lo tanto, como a los sabios materialistas solo puede combatírseles con sus propias armas (las de la controversia y el argumento), se incluye un Addendum a cada volumen, contrastando las respectivas opiniones, y demostrando como, hasta las grandes autoridades, pueden errar con frecuencia. Creemos que esto puede ser eficaz, haciendo ver los puntos débiles de nuestros contrarios, y probando que sus sofismas harto frecuentes, que se hacen pasar como *dicta* científica, son inexactos. Nosotros nos atenemos a Hermes y a su “Sabiduría”, en su carácter universal; ellos, a Aristóteles, en contra de la intuición y de la experiencia de los tiempos, imaginando que la verdad es propiedad exclusiva del mundo occidental. De aquí la desavenencia. Como dice Hermes: “El conocimiento difiere mucho del sentido; porque el sentido es de cosas que le sobrepujan; pero el conocimiento es el fin del sentido”, esto es, de la ilusión de nuestro cerebro físico y de su inteligencia; marcando así fuertemente el contraste entre el saber laboriosamente adquirido de los sentidos y de la mente (Manas), y la omnisciencia intuitiva del Alma Espiritual y Divina (Buddhi).

Cualquiera que sea el destino que el porvenir remoto reserve a estos escritos, esperamos haber probado los hechos siguientes:

1º la Doctrina Secreta no enseña Ateísmo alguno, excepto en el sentido que encierra la palabra sanscrita *Nastika*, no admisión de los *ídolos*, incluyendo a todo Dios antropomórfico. En este sentido, todos los ocultistas son *Nastikas*.

2º Admite un Logos o un “Creador” Colectivo del Universo; un Demiurgo en el sentido que se implica al hablar de un “Arquitecto” como “Creador” de un edificio, aunque el Arquitecto no ha tocado jamás una piedra del mismo, sino que habiendo proporcionado el plano, deja todo el trabajo manual a los obreros; en nuestro caso, el plano fue proporcionado por la Ideación del Universo, y el trabajo de construcción quedo a cargo de las Huestes de Fuerzas y de Poderes inteligentes. Pero aquel Demiurgo no es una deidad *personal*, esto es, un *Dios extra cósmico* imperfecto, sino solo la colectividad de los Dhyán Chohans y de las demás Fuerzas.

3º Los Dhyán Chohans son dobles en sus caracteres estando compuestos de (a) la *Energía bruta* irracional, inherente en la Materia, y (b) el Alma inteligente, o Conciencia cósmica, que guía y dirige a aquella energía, y es el *Pensamiento Dhyân Chohánico*, reflejando la *Ideación de la Mente Universal*. El resultado es una serie perpetua de manifestaciones físicas y de *efectos morales* en la Tierra,



durante los periodos manvantaricos, estando todo subordinado a Karma. Como este proceso no es siempre perfecto; y puesto que por muchas que sean las pruebas que exhiba de una Inteligencia directora tras del velo, no por eso dejan de presentarse brechas y grietas, y aun con mucha frecuencia fracasos evidentes, por tanto, ni la Hueste colectiva (el Demiurgo), ni individualmente ninguno de los Poderes que actúan, son temas a propósito para el culto u honores divinos. Todos tienen derecho, sin embargo, a la reverencia agradecida de la Humanidad; y el hombre debe esforzarse siempre en favorecer la evolución divina de las *Ideas*, convirtiéndose, en todo lo que pueda, en *cooperador de la Naturaleza*, en su trabajo cíclico. Solo el siempre ignorado e incognoscible Karana, la Causa sin Causa de todas las causas, es quien debe poseer su tabernáculo y su altar en el recinto santo y jamás hollado de nuestro corazón; invisible, intangible, no mencionado, salvo por “la voz tranquila y queda” de nuestra conciencia espiritual. Quienes le rinden culto, deben hacerlo en el silencio y en la soledad santificada de sus Almas; haciendo a su Espíritu único mediador entre ellos y el Espíritu Universal, siendo sus buenas acciones los únicos sacerdotes, y sus intenciones pecaminosas las únicas víctimas visibles y objetivas sacrificadas a la *Presencia*.

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas... sino entra en tu *cámara interna*, y *cerrada la Puerta, ora a tu Padre en secreto*” (*Mateo*, VI, 5-6). Nuestro Padre se halla *dentro de nosotros* “en secreto”, nuestro Séptimo Principio en la “cámara interna” de la percepción de nuestra alma. “El Reino de Dios” y de los Cielos se halla *dentro de nosotros* –dice Jesús– y no *fuera*. ¿Por qué permanecen los cristianos tan en absoluto ciegos al significado de suyo evidente de las palabras de sabiduría que se complacen en repetir mecánicamente?

4º La Materia es Eterna. Es el Upadhi o Base Física, para que en ella construya la Mente Universal e Infinita, sus ideaciones. Por lo tanto, sostienen los esoteristas que no existe en la Naturaleza ninguna materia “muerta” o inorgánica, siendo la distinción que entre las dos ha establecido la Ciencia, tan infundada como arbitraria y desprovista de razón. Sea lo que quiera lo que la Ciencia piense –y la Ciencia *exacta* es mujer voluble, como todos sabemos por experiencia–, el Ocultismo sabe y enseña lo contrario, como lo ha hecho desde tiempo inmemorial, desde Manu y Hermes hasta Paracelso y sus sucesores.

Así Hermes, el Tres veces Grande, dice:

!Oh hijo mío! la materia llega a ser; primeramente *era*; porque la materia es el vehículo para la transformación. El venir a ser es el modo de actividad del Dios increado o previsor. Habiendo sido dotada la materia [objetiva] con los gérmenes de la transformación, es conducida al nacimiento; pues la fuerza creadora la moldea *de acuerdo con las formas ideales*. La Materia, todavía no engendrada, no tenía forma; ella llega a ser cuando es puesta en acción (*The Virgin of the World*, pág. 134-5).



A esto, la difunta Anna Kingsford, la hábil traductora y compiladora de los Fragmentos Herméticos, dijo en una nota:

El Dr. Menard hace observar como en griego la misma palabra significa *nacer* y *venir a ser*. La idea es aquí, que el material del mundo es en su esencia eterno, pero que antes de la creación o del “venir a ser” se halla en una condición pasiva o inmóvil. Así es que “era” antes de ser puesto en operación; ahora “llega a ser” esto es, es móvil y progresivo.

Y añade ella la siguiente doctrina, puramente vedantina, de la filosofía hermética:

La Creación es, por lo tanto, el período de actividad [Manvantara] de Dios, quien según el pensamiento hermético [o lo *que* según el vedantino] posee dos modos: Actividad o Existencia, Dios desenvuelto (Deus explicitus); y Pasividad del Ser [Pralaya], Dios envuelto (Deus explicitus). Ambos modos son perfectos y completos, como lo son los estados de vela y de sueño en el hombre. Fichte, el filósofo alemán, distinguía el Ser (Sein) como Uno, que conocemos sólo por medio de la existencia (Dasein), como el Múltiple. Esta opinión es enteramente hermética. Las “Formas Ideales”... son las ideas arquetípicas o formativas de los neoplatónicos; los conceptos eternos y subjetivos de las cosas subsistentes en la Mente Divina antes de la “creación” o llegar a ser.

O, como en la filosofía de Paracelso:

Todas las cosas son el producto de un esfuerzo universal creador... Nada existe *muerto* en la Naturaleza. *Todas las cosas son orgánicas y vivas* y por lo tanto el mundo entero parece ser un organismo viviente (*Paracelsus*, Franz Hartmann, M. D. pág. 44).

5º El Universo ha sido desarrollado de su plan ideal, sostenido al través de la Eternidad en la Inconsciencia de lo que los vedantinos llaman Parabrahman. Esto es prácticamente idéntico a las conclusiones de la filosofía occidental mas elevada, “las Ideas innatas, eternas y existentes por sí mismas” de Platón, reflejada ahora por Von Hartmann. Lo “Incognoscible”, de Herbert Spencer, solo tiene un parecido muy débil con aquella Realidad trascendente en que creen los ocultistas, apareciendo con frecuencia tan solo como la personificación de una “fuerza tras de los fenómenos” (una Energía infinita y eterna, de la cual todas las cosas han procedido); al paso que el autor de la *Filosofía de lo Inconsciente* se ha aproximado tanto (en este sentido únicamente) a la solución del gran Misterio, como puede hacerlo un mortal. Pocos han sido, ya sea en la filosofía antigua o en la de la Edad Media, los que se han atrevido a tratar de la cuestión o sugerirla siquiera. Paracelso la menciona incidentalmente, y sus ideas se hallan de modo admirable sintetizadas por el Dr. F. Hartmann, M. S. T., en su *Paracelsus*, que acabamos de citar.

Todos los kabalistas cristianos han comprendido bien la idea oriental fundamental. El Poder activo, el “Movimiento Perpetuo del gran Aliento” despierta el Cosmos a la aurora de cada nuevo Periodo, poniéndolo en



movimiento por medio de las dos Fuerzas contrarias, la centrípeta y la centrífuga, que son lo masculino y lo femenino, positivo y negativo, físico y espiritual, constituyendo las dos la Fuerza *Primordial* una, y siendo de este modo causa de que se objete en el plano de la Ilusión. En otras palabras, este movimiento doble transfiere el Cosmos desde el plano del Ideal eterno al de la manifestación finita, o desde lo *Noumenal* a lo *Fenomenal*. Todas las cosas que *son, eran y serán*, SON eternamente, hasta las mismas Formas innumerables, que son finitas y perecederas tan solo en su aspecto objetivo, pero no en su forma *ideal*. Ellas han existido como Ideas en la Eternidad, y cuando desaparezcan, existirán como reflexiones. El Ocultismo enseña que no puede darse a nada ninguna forma, sea por la Naturaleza o por el hombre, cuyo tipo ideal no exista ya en el plano subjetivo. Más aun: que ninguna forma o figura es posible que entre en la conciencia del hombre, o se desenvuelva en su imaginación, que no exista en prototipo, al menos como una aproximación. Ni la forma del hombre, ni la de ningún animal, planta o piedra, ha sido jamás “creada”; y tan solo en este nuestro plano es donde ha comenzado a “venir a ser”, esto es, a objetivarse en su estado material presente o expansionarse de *dentro hacia afuera*: desde la esencia más sublimada y suprasensible, hasta su aspecto el más denso. Por lo tanto, *nuestras* formas humanas han existido en la Eternidad como prototipos astrales o etéreos: con arreglo a cuyos modelos, los Seres Espirituales o Dioses, cuyo deber era traerlas a la existencia objetiva y vida terrestre, desarrollaron las formas proto-plásmicas de los Egos futuros, de *su propia* esencia. Después de lo cual, cuando este Upadhi o molde fundamental humano estuvo dispuesto, las Fuerzas terrestres naturales comenzaron a actuar sobre aquellos moldes suprasensibles, *que contenían, además de sus elementos propios, los de todas las formas pasadas vegetales y futuras animales de este Globo*. Por lo tanto, la envoltura *exterior* del hombre ha pasado por cada uno de los cuerpos vegetales y animales, antes de asumir la forma humana. Como esto será plenamente descrito en los volúmenes III y IV, en los Comentarios, no es necesario hablar más aquí acerca de ello.

Según la filosofía hermético-kabalística de Paracelso, el Yliaster o proto-materia primordial (el Magnus Limbus o “Padre-Madre”) —el antecesor precisamente del Protilo recién nacido, introducido en la química por Mr. Crookes— es el que de sí mismo desarrolló el Cosmos. (D.S. I, 470-491).

Voltaire, el “impío” mayor del siglo XVIII, decía que si no existiese Dios fuera preciso inventarlo. Volney, también tachado de materialista, no niega a Dios en ninguno de sus libros; antes al contrario, afirma repetidas veces que el universo



es obra del *Omnisciente* y está convencido de la existencia de un agente supremo, un artífice universal llamado Dios (Volney – *La ley natural*).

Al fin de sus años admite Voltaire las doctrinas pitagóricas Y concluye diciendo: “He consumido cuarenta años de mi peregrinación en busca de la piedra filosofal llamada verdad. Consulté con los filósofos desde Platón a Epicuro y desde Agustín a Malebranche y sigo en la misma ignorancia... Todo cuanto he podido inferir de la comparación y cotejo de los sistemas de Platón, Aristóteles, Pitágoras y los orientales, es que la *casualidad es palabra sin sentido*, pues el mundo está regido por leyes matemáticas” (Voltaire – *Diccionario filosófico*). (Isis I, 433).

Responda por nosotros Eugenio Filaletes a este linaje de escépticos, diciendo:

Nuestros escritos serán entre el público como un cuchillo cuidadosamente afilado, que a unos sirve de buril en primorosas tallas y a otros no les vale más que para cortarse los dedos. Sin embargo, no merecemos vituperio, pues de antemano advertimos seriamente a cuantos intentaren esta tarea que es la de mayor empeño entre todas las de filosofía natural. Aunque escribimos en el nativo idioma, resultará nuestro tratado de tan difícil comprensión como si estuviera en griego para algunos que, no obstante interpretar pésimamente nuestros conceptos, se figurarán que nos comprenden muy bien. Porque ¿cómo es posible que los locos en la naturaleza sean cuerdos en los libros que de testimonio sirven a la naturaleza?

A las pocas mentes elevadas que interrogan a la naturaleza en vez de señalar leyes para su ordenamiento, que no encierran toda posibilidad en los límites de sus facultades personales y que no identifican la incredulidad con la ignorancia, les recordaremos el apotegma del antiguo filósofo indo Nârada:

Nunca digas: yo ignoro esto, luego es falso. Para saber es preciso estudiar y saber para comprender y comprender para juzgar. (Isis II, 444-445).

Mientras los materialistas niegan todo en el Universo, excepto la Materia, los arqueólogos tratan de empequeñecer a la antigüedad y de destruir todas las afirmaciones de la Antigua Sabiduría, corrompiendo la Cronología. Nuestros presentes escritores orientalistas e historiadores son para la Historia Antigua lo que las hormigas blancas para los edificios en la India. Los arqueólogos modernos –las “autoridades” del futuro en lo referente a la Historia Universal–, mas peligrosos aun que aquellos termitas, preparan a la historia de las naciones pasadas el mismo destino que sufren ciertos edificios en los países tropicales. Según dice Michelet:



La Historia se derrumbara y se pulverizara en el seno del siglo XX, devorada hasta sus cimientos por sus analistas.

Muy pronto, en verdad, bajo sus esfuerzos combinados, participara del destino de esas ciudades arruinadas de ambas Américas, que yacen profundamente enterradas bajo bosques vírgenes intransitables. **Los hechos históricos permanecerán ocultos a la vista por las selvas inextricables de las hipótesis, negaciones y escepticismos modernos. Pero, afortunadamente, la Historia real se repite; puesto que procede, como todo, por ciclos, y los sucesos deliberadamente ahogados en el mar del escepticismo moderno ascenderán y aparecerán de nuevo en la superficie.** (D.S. II, 642-643).

Según Pitágoras, el alma es la semoviente unidad de tres principios, conviene a saber: *nous*, *phren* y *thumos*. Los dos últimos participan de la naturaleza de los brutos. Únicamente el *nous* es el verdadero principio espiritual. Con esto queda desvanecido el error de que Pitágoras enseñara la doctrina de la transmigración de las almas en el grosero sentido que la interpretaba el vulgo, pues no enseñó en este punto ni más ni menos que lo enseñado por Gautama, de conformidad con la doctrina esotérica unánimemente seguida por todos los filósofos e instructores.

La escuela socrática es todavía más explícita en la exposición de esta enseñanza, que Sócrates fundaba en la realidad del interno y figurado en el *daimonia* o el *algo espiritual*, que, según declaración del mismo filósofo, le guiaba por el camino de la sabiduría (Vemos corroborado en este pasaje que el concepto del *daimonia* de Sócrates no ha de tomarse por entidad externamente maligna y obsesora. – N. del T.); es decir, que como hombre *nada sabía* Sócrates, pero el *daimonia* o *daimonion*, según también se le llama, le ponía en disposición de *aprenderlo todo*.

La escuela platónica derivó sus enseñanzas de la socrática, con más amplias investigaciones sobre la naturaleza del yo interno. Según Platón, el supremo Dios (*Agathon*) engendró en su mente el modelo (*paradigma*) de todas las cosas. El hombre está constituido de alma inmortal, alma mortal y cuerpo físico. El alma inmortal residía en el cerebro, y la mortal en un receptáculo adecuado en el tronco (*Timeo*, XIX, XX, XLIV).

Resulta evidente, por lo tanto, que Platón reconocía en el hombre dos naturalezas: una interna, incorruptible y esencialmente idéntica a la Divinidad; y otra externa, mortal y corruptible.

Dice Plutarco sobre este particular:



Pitágoras y Platón consideran en el alma dos elementos: el racional (*noético*) y el irracional (*agnoético*). El principio o elemento racional es eterno, pues si bien no es Dios, procede de Dios. El principio o elemento irracional es perecedero. El hombre es entidad compleja; pero se equivocan quienes lo creen compuesto de dos principios y se figuran que el raciocinio es propio del alma, en lo que yerran tanto como quienes lo atribuyen al cuerpo, pues el raciocinio (*nous*) sobrepuja al alma en mayor medida que el alma sobrepuja al cuerpo. Ahora bien, el alma (*yuch2*) con el raciocinio (*noûç*) constituye la razón, y con el cuerpo la pasión, por lo que el *nous* es el principio de virtud y vicio, y el cuerpo lo es de placer y de dolor: De la tierra nace el cuerpo, de la luna el alma, y del sol el espíritu.

De las dos muertes porque el hombre pasa, la primera le convierte de *trino* en *dual*, y la segunda de *dual* en *uno*. La primera muerte está bajo la jurisdicción de Demeter, porque el nombre dado a los Misterios (*telêin*) es parecido al de la muerte (*teleutân*). Por esta razón dijeron los atenienses que los difuntos estaban consagrados a Demeter. En cuanto a la segunda muerte, pertenece a la esfera de la luna y está bajo la jurisdicción de Proserpina. Tanto en una como en otra muerte interviene el celestial Hermes que súbita y violentamente arrebató el alma del cuerpo; pero Proserpina va separando con suavidad y en largo tiempo el raciocinio del alma. Por esto se le da el nombre de Monógena, unigénita o única engendrada, pues el principio superior del hombre se aísla de los inferiores de conformidad con las leyes de la naturaleza. Según nuestra fe, toda alma unida o no al *nous*, al separarse del cuerpo ha de vagar durante cierto tiempo, no el mismo para todos, por la región situada entre la tierra y la luna. Porque las almas de los inicuos y disolutos sufren allí el castigo de sus culpas, pero las de los justos y virtuosos se detienen allí hasta quedar purificadas de las imperfecciones contraídas por el contacto del cuerpo, y entretanto moran enfermizas en la Pradera del Hades hasta que al cabo del tiempo prefijado experimentan, como si del destierro volviesen, una sensación de gozo semejante a la que reciben los iniciados en los Misterios con entremezcla de turbación o admiración, según el ánimo de cada cual.

El *demonio* a que alude Sócrates, era el *nous* o Yo superior, consciente de las cosas divinas y, por lo tanto, puro sin que se mezclase con el cuerpo más de lo estrictamente necesario... Toda alma tiene el principio racional (*noûç*), sin el que el hombre no puede ser hombre; pero también tiene el principio de deseo carnal con el placer y dolor que le dan característica irracional. No todas las almas se mezclan en igual grado con esta naturaleza inferior. Algunas se sumen por completo en el cuerpo, y de aquí que en la vida terrena las avasalle el deseo y la pasión; otras se mezclan parcialmente; pero el principio superior *nous* permanece *fuera del cuerpo* y flota por encima de él como si lo cobijara en contacto con la parte superior de la cabeza a manera de un hilo que sostuviese a porción sumergida en el cuerpo, mientras no se deja dominar por los apetitos carnales. La porción sumergida se llama alma, y la no sumergida, la incorruptible, es el *nous*, que para el vulgo está dentro del alma y del cuerpo, como también se figura que la imagen está dentro del espejo que la refleja. Pero los entendidos saben que está fuera y la llaman *demon* (Espíritu de naturaleza divina).



El alma, semejante a una visión en sueños, emprende el vuelo; pero no inmediatamente que sale del cuerpo, sino luego que se ha separado de la razón (*nous*). Sin embargo, conserva durante largo tiempo la imagen o forma recibida mientras estuvo unida a los dos principios superior e inferior.

La luna es el elemento de estas almas aisladas, porque se disuelven en la luna como los cadáveres se disuelven en la tierra. Las almas corruptibles de los que vivieron en la virtud y la honradez, pacífica y filosóficamente, sin entremeterse en negocios perturbadores, se desintegran en cuanto las abandona el *nous*, pues no quedan sujetas a los deseos y mociones pasionales.

Hasta aquí el texto de Plutarco.

El mismo Ireneo, tan enemigo de los filósofos paganos, cree en la naturaleza trina del hombre, según se infiere del siguiente pasaje:

... carne, ánima spiritu, altero quidem figurante, spiritu, altero quod formatur, carne. Id vero quod inter haec est duo, est anima, quæ aliquando subsequen spiritum elevatur ab eo, aliquando autem consentient cami in terrenas concupiscentias (*Ireneo*, V, I).

Orígenes dice por su parte:

Hay en el hombre tres principios: 1º El cuerpo o carne, parte ínfima de nuestra naturaleza en que la serpiente inscribió con el pecado original la ley del pecado, por cuya influencia nos vemos inclinados al mal y en proporción a la frecuencia de las caídas nos unimos al diablo. 2º El espíritu, de naturaleza semejante a la divina, en donde el dedo del Creador grabó la eterna ley de justicia, por cuya influencia nos unimos e identificarnos con Dios. 3º El alma, principio medianero entre los otros dos, que como república entre dos bandos ha de aliarse precisamente con uno o con otro, pues se ve solicitada en ambos sentidos y es libre de elegir el lado hacia donde inclinarse. Si desligándose de la carne se une al espíritu, se espiritualizará; pero si se abandona a la concupiscencia, se materializará (*Orígenes: Epístola VI a los romanos*).

Platón dice:

El alma es un principio capaz de actuar por sí mismo. Es anterior a todas las cosas porque fue engendrada antes del cuerpo, y de conformidad con la naturaleza dirige, mueve y gobierna el cuerpo. El alma alienta en todo cuanto se mueve, y también alienta en los cielos. Por lo tanto, el alma dirige todas las cosas en tierra, mar y cielos por sus propias actuaciones, que son: querer, considerar, cuidar, consultar, opinar, alegrarse, apesadumbrarse, confiar, temer, odiar, amar, juntamente con todos aquellos movimientos primarios que a estos otros acompañan... El alma es una diosa, y aliada con el *nous*, que es un dios, disciplina correcta y felizmente todas las cosas; pero si se alía con *annoia*, obra contrariamente en todo (*Platón: Leyes, X*).



La escuela platónica coincidía con la budista en considerar negativa o inactiva la Esencia no manifestada. El mismo criterio regía en el concepto de la *aniquilación*. Según la escuela budista, cuando el espíritu llega al *nirvana* pierde la existencia, pero conserva la esencia, es decir, deja de manifestarse objetivamente, pero sin detrimento de la subjetividad. Este concepto equivale a la nada absoluta desde el punto de vista objetivo; pero desde el punto de vista subjetivo resulta como *nada* perceptible por los sentidos.

Estas citas, aunque algo prolijas, eran necesarias para demostrar, con mayor eficacia que toda otra argumentación, la coincidencia de las antiguas escuelas filosóficas con las enseñanzas de algunos Padres de la Iglesia, a pesar de que, según dice Laboulaye respecto de Gautama, “no estuvieran iluminadas por la luz de la revelación”. Sin embargo, tanto la filosofía griega como la teología cristiana deben al budismo y al indoísmo sus elevados conceptos sobre el alma, el espíritu y la incognoscible Divinidad. No es, pues, extraño que los maniqueos, al advertir la identidad de las doctrinas budista y cristiana, tuvieran a Jesús por reencarnación de Gautama e identificaran a Cristo con Manú (Neander: *Historia de la iglesia*, I, 817).

Jesús exponía las antiguas enseñanzas hinduistas al predicar la necesidad de apartarse del mundo y sus vanidades para entrar en el reino de los cielos (nirvana), donde “no se casarán los hombres ni las mujeres serán dadas en matrimonio, sino que vivirán como los ángeles”.

Por otra parte, Pitágoras también siguió la doctrina de Gautama al afirmar la identidad esencial del espíritu humano con Dios, y que para unirse al espíritu había de pasar el alma por sucesivos estados (Los *rupa-lokas* del budismo), durante cuyo proceso el *thumos* volvía a la tierra y se separaba el *phren*. Así es que la metempsicosis de Pitágoras, debidamente interpretada, era una serie de estados de experiencia y prueba disciplinaria con descansos en los refugios celestes (Llamados Siones por los budistas. Maitreya, el futuro Salvador, descenderá a la tierra desde el más elevado Sión. También ha de venir de Sión el libertador cristiano. (Véase: Epístola de San Pablo a los romanos, XI, 26) para educir la mente concreta y desligar al *nous* del *phren* (El alma, equivalente en concepto al *vinnaraskandaya* de los budistas o principio que se nutre del karma y de los escandas o residuos kármicos).

Los escandas o residuos kármicos personifican metafísicamente las buenas o malas acciones que encarnan, por decirlo así, en un cuerpo sutil (El cuerpo astral, según los cabalistas) que refleja el carácter moral del hombre durante su vida terrena. La conciencia individual (*ahankara*) robustecida por la acción, es indestructible, pues como emanada de la Conciencia divina (soplo de Dios) no puede morir. De aquí los sufrimientos del hombre en cada



encarnación, hasta que desecha todo pensamiento, deseo y pasión terrestres.

Vemos, pues, que los *cuatro misterios* de la doctrina budista han sido tan torcidamente interpretados como la *sabiduría* a que alude San Pablo al decir:

Esto no obstante, entre los perfectos hablamos sabiduría..., la que está encubierta..., la que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo (I *Corintios*, II, 6, 7, 8).

El cuarto grado del dhyâna budista (el fruto del *saimâdhi*) que conduce a la suprema perfección (*viconddham*), tampoco fue interpretado correctamente por los orientistas, a pesar de que Burnouf traduce con acierto la palabra *viconddham* por *perfeccionado* (Burnouf: *El loto de la Buena Ley*, p. 806).

Al definir la condición de dhyâna, dice St. Hilaire:

Cuando el asceta alcanza el cuarto grado, ya no experimenta ni el más leve sentimiento de beatitud, porque pierde toda memoria y queda impasible por su vecindad al nirvana. Sin embargo, esta absoluta impasibilidad no le impide al asceta ser en aquel mismo momento *omnisciente* ni de tener *mágico poder*, en lo cual vemos una *flagrante* contradicción que a los budistas les tiene tan sin cuidado como las demás en que incurren (St. Hilaire: *Del budismo*, 95).

Verdaderamente, no hay tales contradicciones, y mal está suponerlas en las religiones de otros países cuando, aparte de las tres ramas romana, protestante y ortodoxa en que se dividió el cristianismo, menudean curiosamente las sectas. En prueba de que el budismo no se contradice en el punto señalado por St. Hilaire, tenemos que los monjes budistas y el apóstol San Pablo coinciden en la expresión del mismo concepto. Dice San Pablo:

Por si de alguna manera puedo llegar a la resurrección de entre los muertos, no que la haya alcanzado ya o que sea ya perfecto. . . (*Filipenses*, III, 11, 12).

Análogamente, el budista del cuarto grado, de ascetismo se llama *rahat*, porque produce todo linaje de fenómenos por la propia virtud de su liberado espíritu, y se mueve en los aires, se hace invisible, domina los elementos y obra toda suerte de maravillas que el vulgo mira como milagros (*meipo*). El *rahat* es un hombre *perfecto*, un semi-dios que llegará a ser dios al entrar en el nirvana (Los budistas coinciden con los iniciados hebreos en considerar al hombre como un dios potencial).

Dice Brian Houghton Hodgson:

El verdadero budismo transpone la frontera entre las mentes finita e infinita, y estimula al hombre a que *por su propio esfuerzo* alcance la divina perfectibilidad que ha de convertirle en dios (*El Mahâvansa*, I, Introd).



Tristemente cruentos fueron los medios empleados para el prevalecimiento de los dogmas amañados por Eusebio e Ireneo, y sin embargo, los modernos teólogos no tienen más remedio que recurrir a la filosofía gentílica para explicar satisfactoriamente los misterios del reino de los cielos. El cristiano más erudito y piadoso de nuestros días no aventaja ni siquiera iguala en ciencia religiosa a los filósofos antiguos ni a los contemporáneos de allende los Himalayas, a pesar de que presume de verse asistido por la revelación divina.

El budista que sinceramente profesa la religión de sus padres especulativa y prácticamente, aunque su fe esté cegada por las supersticiones con que la adulteró la ambición clerical, es por término medio, en su conducta y en sus obras, más semejante a Cristo que la generalidad de los sacerdotes cristianos, cuyo fanatismo “condena eternamente” a cuantos no participan de sus creencias religiosas. El budista aventaja al cristiano en que tiene el deber de “honrar su propia fe sin denigrar la de otros pueblos (*Los cinco artículos de la fe*). El cristianismo degenera de día en día en mera especulación emotiva, al paso que el budismo demanda sobre todo y ante todo las buenas obras, vivificadas por el amor a todo ser viviente.

El hombre convencido de que todo lo ha de lograr por su propio esfuerzo, sin que otro cargue con las consecuencias de sus culpas, está en condiciones cien veces más favorables de mejoramiento, que aquel otro a quien se le dice que puede borrar los más horribles crímenes y quedar tan blanco como la nieve con sólo confiar en un Dios que, según dice Volney, se alimentó un día en la tierra y hoy sirve de alimento a las gentes. (Isis III, 384-392).

Antiguamente no había ateos, incrédulos ni materialistas en el moderno concepto de estas denominaciones, así como tampoco había mojígatos de lengua detractora. Mala prueba de buen sentido crítico daría quien juzgase a algunos filósofos antiguos por el matiz aparentemente ateo de ciertas frases cuyo significado interno es preciso desentrañar para estimarlas en su verdadero valor. Así, por ejemplo, la doctrina de Pirro, que los comentadores superficiales disputan por inconcusamente racionalista, ha de interpretarse en cotejo y comparación con la primitiva filosofía índica que, desde Manú hasta el último esvabavica, tuvo por principal característica la afirmación de la realidad del espíritu prevaleciente contra el mundo objetivo de mudables, ilusorias y perecederas formas. Las numerosas escuelas fundadas por Kapila enseñaron las mismas doctrinas que más tarde había de exponer Timón, a quien Sexto Empírico llama el precursor de Pirro. Las ideas de este filósofo acerca del



divino reposo del espíritu, la firmeza con que mantenía sus opiniones frente a las ajenas y su aversión al sofisma, denotan que estudió detenidamente a los gimnósofos y vaibasicas de la India. No es posible calificar de ateos a Pirro y sus discípulos por el solo hecho de que resumieron todas sus especulaciones en los puntos suspensivos de la perplejidad y la duda (Por no aventurarse a establecer conclusiones categóricamente definidas se tilda a los filósofos de la escuela de Pirro de escépticos e incrédulos, siendo así que los mismos que tal les llaman, también recurren a la duda para cortar los nudos gordianos que se les presentan, sin perjuicio de abominar después de la duda), como tampoco es justo tachar de ateos a filósofos como Vedavyasa (Insigne poeta y filósofo indo de quien tomó Pirro la doctrina de que Dios es la única realidad), Kapila, Giordano Bruno y Spinoza. Estas enseñanzas filosóficas predominaban entre los pensadores del mundo precristiano, y a despecho de la enemiga concitada contra ellas por los dogmatizantes y de las deplorables tergiversaciones de mal intencionados expositores, todavía son la piedra angular de todas las religiones excepto el cristianismo (Sin duda alguna se refiere la autora al cristianismo dogmático y puramente externo que con el poder civil comparte en casi todas las naciones de occidente la tiranía sobre la conciencia; pero de ningún modo puede ni debe referirse al cristianismo que no adora a Dios ni en Jerusalén ni en Samaria, sino en espíritu y en verdad, esto es, al cristianismo del Sermón de la Montaña y de los “Misterios del reino de los cielos” enseñados a los de la casa, porque entonces fuera contradecir el básico principio de la unidad fundamental de todas las religiones, de las que no cabe eliminar al cristianismo. Además, teólogos de tan pura ortodoxia como Balmes dicen textualmente: “¿Cómo puede haber nada necesario fuera del ser absolutamente necesario? ¿Cómo puede haber nada real independiente de la realidad infinita?” (*Historia de la filosofía*, XVII, § 87; pág. 497, ed. Garnier, París 1891). ¿No coincide esta afirmación categórica con la de Vedavyasa, Kapila, Pirro y demás filósofos tildados de ateos por el fanatismo dogmatizante? – N. del T.).

La teología comparada es arma de dos filos. Por una parte, los apologistas del cristianismo dogmático, sin hacer caso de las pruebas en contrario, acusan de politeísta al hinduismo y de ateo al budismo, en tanto que reservan exclusivamente para el cristianismo la creencia en un solo y único Dios omnipotente, de bondad infinita, representado en Jehovah, cuyos profetas son para los católicos el romano pontífice y para los protestantes Martín Lutero. **Mas si miramos el arma por el otro filo, veremos que, no obstante las predicaciones de los misioneros y la influencia que en Oriente ejerció el cristianismo por las guerras y el comercio, nada descubren los llamados “idólatras y paganos” en las enseñanzas de Jesús, a pesar de lo sublime de algunas de ellas, que no les hayan dicho ya las de Khristna y Gautama.** Así es que para mejor prosperar en su apostolado y mantener fieles a los pocos convertidos, no tienen los misioneros otro remedio que vestirse a la usanza de los sacerdotes del país y practicar los mismos ritos y ceremonias que tanto denigran en los indígenas. (Isis IV, 263-265).



. . . Otro tanto cabe decir de la doctrina de la metempsícosis, deplorablemente tergiversada por los orientalistas europeos; pero según vayan adelantando las investigaciones, se descubrirán nuevas bellezas metafísicas en las antiguas religiones.

Whitney (Catedrático de sánscrito y filología comparada en el colegio de Yale) ha puesto de relieve en su traducción de los *Vedas* la mucha importancia que el rito funerario de los hinduistas concedía a los cadáveres de sus fieles, según denotan los siguientes pasajes de los himnos fúnebres:

¡Levántate y anda! Reúne todos los miembros de tu cuerpo (Alude al cuerpo astral) y no los dejes en abandono.

Partió tu espíritu, Síguete ahora. Doquiera te deleite él, ve allí. Reúne todos tus miembros y con auxilio de los ritos yo te los modelaré.

Si Agni olvidó algún miembro al enviarte desde aquí al mundo de tus padres yo te lo daré de nuevo para que con todos tus miembros te regocijes en el cielo entre tus padres (Whitney: *Estudios orientalistas y lingüísticos; La doctrina védica sobre la vida futura*).

La creencia en la inmortalidad del alma está expuesta en este otro pasaje del ritual funerario:

Los que permanecen estacionados en la esfera de la tierra; los que moran en los reinos de la dicha; los padres que por mansión tienen la tierra, la atmósfera y los cielos. Antecielo se llama el tercer cielo donde está el solio de los padres (*Rig Veda*, X).

Visto el alto concepto que de Dios y de la inmortalidad del alma tiene el hinduismo, no es extraño que resulten victoriosos los *Vedas* y el *Código de Manú* de su comparación con el mezquino e inespíritual *Pentateuco*, en cuyo texto no descubren los investigadores exotéricos prueba alguna de que los judíos creyeran en la eterna vida del espíritu ni que Moisés les enseñara esta doctrina. Sin embargo, algunos orientalistas eminentes apuntan la sospecha de que la letra muerta del *Pentateuco* encubre el vivificante significado. Así dice Whitney:

A medida que nos fijamos más detenidamente en los formulismos del moderno ritual indoísta, aparece más definida la correspondencia entre la doctrina y la observancia, de suerte que no es posible explicar una sin la otra... Preciso es reconocer o que la India copió su ritual de algún otro pueblo y lo ha seguido practicando ciegamente sin darse cuenta de su verdadero significado, o que dicho ritual expresó desde un principio una antiquísima doctrina, y al degenerar ésta siguió incorporado a las tradiciones religiosas del pueblo (Whitney: *Estudios orientalistas y lingüísticos*, 48).

Pero no se ha perdido esta antiquísima doctrina que los iniciados comprenden hoy tan filosóficamente como los de diez mil años atrás, aunque no han de esperar los científicos que se les revele a la primera



intimación ni tampoco ha de serles posible descubrirla en el exotérico ritual de las religiones culturales.

Los teólogos hinduistas y budistas no negarán en redondo el misterio de la Encarnación; pero en vez de entenderlo según el dogma cristiano, lo explicarán de conformidad con sus enseñanzas religiosas, cuya piedra angular es precisamente la creencia en los avatares o encarnaciones periódicas de la Divinidad, cada vez que el género humano se pervierte de modo que necesita el auxilio de una poderosa Entidad descendida a la terrena forma que elige por morada. El “Mensajero del Altísimo” se une a la dualidad cuerpo–alma y constituye la trina individualidad del Salvador que encamina al género humano por el sendero de la verdad y de la virtud.

Esta misma creencia predominó entre los primitivos cristianos cuya mente estaba embebida en las doctrinas religiosas de Oriente, pues de otro modo no hubieran definido en dogma de fe el segundo advenimiento de Cristo ni hubiesen forjado la fábula del Anticristo como *astuta precaución* contra las encarnaciones venideras. No se percataron los teólogos cristianos de que Melquisedek fue un avatar de Cristo ni advirtieron que Khristna le dice a Arjuna:

Cuando quiera que la rectitud desmaya, ¡oh Bhârata!, y cobra bríos la iniquidad, entonces renazco para proteger a los buenos, confundir a los malos y restaurar firmemente la justicia. De edad en edad renazco Yo con este intento (*Bhagavad Gitâ*, Estancia IV, 7 y 8)

No es posible desdeñar la doctrina de los avatares al ver que de tiempo en tiempo han aparecido en el mundo personajes tan extraordinarios como Khristna, Sakya y Jesús, que fueron seres reales divinizados por sus adoradores con arreglo al sistema religioso de su respectiva época.

El redentor indo precede de algunos miles de años al redentor cristiano, y entre ambos se interpone Gautama, que por una parte es reflejo de Khristna y por otra ilumina la lejana figura de Jesús en que encarna el Cristo histórico. La misma leyenda ha engalanado con su poético ropaje a tres figuras de humana realidad, divinizadas por el instinto popular que presintió en ellas el místico carácter de su individualidad. *Vox populi, vox Dei* fué verdadero aforismo en otros tiempos, por falible que nos parezca en una época como la nuestra en que la plebe está dominada por el clero.

Kapila, Orfeo, Pitágoras, Platón, Basíledes, Marciano, Amonio y Plotino fundaron escuelas donde germinó la semilla de altos pensamientos y al desaparecer del mundo dejaron tras sí la refulgente estela de los semidioses; pero Khristna, Gautama y Jesús aparecieron en su respectiva época como verdaderos dioses y legaron a la humanidad tres religiones



fundadas sobre la indestructible roca del tiempo. Ninguna culpa les cabe a estos tres nobilísimos reformadores que el fanatismo adulterara posteriormente sus enseñanzas, y más aún la cristiana, que está casi desconocida en nuestra época. La culpa recae en los clérigos que se titulan cultivadores de la viña del Señor. Si de los tres sistemas religiosos eliminamos la escoria de los humanos dogmas, hallaremos en los tres identidad de esencia. **Aun el mismo San Pablo, el honrado y sincero apóstol, o se dejó llevar del entusiasmo para torcer algún tanto la doctrina de su Maestro, o se han tergiversado sus escritos hasta el punto de no parecerse apenas al original. El *Talmud* reconoce los relevantes méritos de San Pablo como filósofo y teólogo, no obstante haber apostatado del judaísmo** (Dice Wilder con su acostumbrada intuición de la verdad: “En la persona de Aher reconocemos al apóstol Pablo que, según parece, tuvo distintos nombres. Se le llamó *Saúl* o *Saulo*, denominación hebrea del mando invisible, a causa de su visión del Paraíso. El nombre de Paulo o Pablo significa hombre pequeño y fue seguramente un remoquete. El nombre de Aher con que le designa el *Talmud*, significa *otro* y se empleaba en lenguaje bíblico para calificar a los extranjeros. Se le aplicó a él porque ejercía su apostolado entre los gentiles. Su nombre propio y verdadero era Elisha ben Abuiiah”), y dice en el *Yerushalmi* que corrompió la doctrina de aquel hombre (El Talmud llama a Jesús (AUTU H-AIS), que significa “aquel hombre”. Nota de Wilder).

. . . **Si los dogmatistas cristianos no hubiesen pasado más adelante, seguramente que no fueran tan desastrosas las consecuencias, pues no cabía derivar perniciosos sistemas religiosos de las sublimes enseñanzas de Khristna y Gautama; pero transpusieron todo límite y adulteraron la pureza del primitivo cristianismo con las fábulas exotéricas de Hércules, Orfeo y Baco. Así como los musulmanes niegan todo parentesco del Corán con la Biblia, así también los cristianos se resisten a reconocer que casi todo su dogmatismo está tomado de las religiones de la India.** Sin embargo, la cronología demuestra evidentemente esta derivación, por más que algunos orientistas traten inútilmente de atribuir la identidad característica de Khristna y Cristo al relato de los apócrifos Evangelios de la *Infancia* y de *Santo Tomás*, que, según dichos críticos, se difundieron copiosamente por la costa de Malabar, dando con ello motivo a que en la figura de Cristo se convirtiese la de Khristna (Lundy: *Cristianismo monumental*, 153). Sin embargo, lo cierto es que, inversamente, la figura de Khristna precedió a la de Cristo, pues cuando el apóstol Tomás halló en Malabar la creencia en Khristna, tuvo buen cuidado de incorporarla en todo y por todo a la figura de Cristo, y al efecto copió en su *Evangelio* los rasgos principales del avatar indo, y con ello introdujo la herejía cristiana en el hinduismo. Quien conozca el temperamento de los brahmanes repugnará desde luego por ridícula la suposición de que fuesen capaces de copiar símbolo alguno de gentes extranjeras. Sus firmísimas creencias religiosas, que siglo tras siglo resisten el



influjo occidental, no les consiente interpolar en sus libros sagrados alegóricos relatos de ajenas religiones. (Isis IV, 268-277).

. . . Todos los pueblos ofrecían a los dioses sacrificios cruentos de víctimas animales y aun humanas, con la esperanza de aplacar su ira y tenerlos propicios de modo que les librasen de las públicas calamidades. La historia nos ofrece ejemplos de generales griegos y romanos que dieron su vida en sacrificio por la salvación del pueblo. Julio César observó la misma costumbre entre los galos y dice a este propósito:

Se entregan voluntariamente a la muerte, pues creen que los dioses inmortales sólo quedan satisfechos cuando se les ofrece vida por vida.

Los sacerdotes egipcios tenían la siguiente fórmula de invocación sacrificial:

Caiga sobre la cabeza de la víctima todo mal que amenace a los sacrificadores o al pueblo egipcio (Plutarco: De *Isis y Osiris*, 380. – Las víctimas destinadas al sacrificio se guardaban previamente en los parajes consagrados a Tiphón, cuando todavía adoraban los egipcios a esta tenebrosa divinidad. En el acto del sacrificio pronunciaba el sacerdote diversas imprecaciones sobre la cabeza de la víctima propiciatoria, en cuyos cuernos se arrollaba un pedazo de biblo. Los israelitas tomaron de los egipcios la costumbre de los sacrificios religiosos y elegían por víctima un macho cabrío; pero cuando los egipcios dejaron de adorar a Tiphón en figura de asno, los hebreos empezaron a sacrificar “terneras rojas” a otras divinidades).

Por otra parte, oímos decir a Gautama:

Caigan sobre mí los pecados del mundo para que el mundo sea salvo.

Nadie se atreverá en nuestra época a decir que los egipcios remedaron a los israelitas (No han faltado quienes arbitrariamente digan que los indos lo copiaron todo de los israelitas), pues Bunsen, Lepsius y Champollión han demostrado con toda evidencia la mucha mayor antigüedad del pueblo egipcio respecto del hebreo, cuyos ritos religiosos son por lo tanto remedo de los de sus predecesores. El *Nuevo Testamento* (En el evangelio de San Mateo se echan de ver frases enteras del *Ritual* egipcio, cuya antigüedad se remonta a 4.000 años antes de J. C. Bunsen encontró documentos comprobatorios de que el lenguaje y el culto religioso de los egipcios son anteriores a las dinastías históricas, durante cuya larguísima sucesión adquirieron *un muy leve perfeccionamiento*. La época preménica, o sea la anterior a las dinastías históricas, corresponde, según Bunsen, a unos 4.000 años antes de J. C.; pero las plegarias e himnos de *El Libro de los muertos* se remontan a la dinastía de Abydos, 4.500 años antes de la era cristiana, o sea unos treinta siglos antes del nacimiento de Moisés) abunda en repeticiones y paráfrasis de *El Libro de los muertos*, y según las palabras que en boca de Jesús ponen los evangelistas, debió estar familiarizado el fundador del cristianismo con los himnos funerarios de los



egipcios (La tradición de diversos países demuestra que Jesús se educó en Egipto y permaneció en su juventud a la comunidad de los esenios). (Isis IV, 286-288).

. . . De la propia suerte, los tan calumniados chinos creen en un solo y único Dios, supremo gobernador de los cielos, a quien llaman *Yuh–Hwang–Shang–ti*, cuyo nombre está grabado, sin otro alguno, en la tabla de oro del altar celeste en el grandioso templo T’lantan, de Pekín. Sobre el particular dice Yule:

Según refiere el cronista de la embajada musulmana que el sha Rukh envió a China por los años 1421 de J. C., el soberano del celeste imperio se retira en algunas solemnes festividades a un altar del templo principal que no tiene ídolo ninguno, y allí *adora al Dios del cielo* (Yule: *Anticuario indo*, II, 81; *Libro de Marco Polo*, I, 441).

Respecto del sabeísmo, que muchos asiriólogos tienen por idolatría, dice Chwolsohn que el erudito árabe Shahrastani decía ya en su tiempo:

Dios es demasiado grande y sublime para ocuparse directamente en el gobierno de nuestro mundo, y por lo tanto ha delegado su potestad en los dioses, aunque reservándose los asuntos de capital importancia. Además, el hombre es muy insignificante para relacionarse directamente con el Altísimo, y así ha de elevar sus plegarias y ofrecer sus sacrificios a las divinidades subalternas a quienes Dios confió el gobierno de este mundo (Chwolsohn: *Sabeísmo*, I, 725. – El autor de esta obra demuestra que el concepto expuesto por Shahrastani es tan antiguo como el mundo y lo sostenían las clases cultas de todos los países paganos). (Isis IV, 296).

Nuestro examen de la multitud de creencias religiosas que en una u otra época ha profesado la humanidad demuestra evidentemente el común origen de todas ellas, como si fuesen diversos modos de expresar el ardiente anhelo que las encarceladas almas sienten de comunicarse con las celestes esferas. Así como el prisma descompone la luz blanca en los colores del iris, así también el rayo de la verdad divina, al atravesar el tétrico prisma de la humana naturaleza, se quiebra en los coloreados fragmentos que se llaman RELIGIONES. Así como los rayos del espectro se funden uno en otro por imperceptibles gradaciones, también así las teologías divergentes del centro original vuelven a converger en los cismas, herejías, escuelas y brotes surgidos de todos lados. En sintético conjunto, resumen la verdad eterna; separadas, no son más que sombras del error humano y signos de imperfección. El culto de los pitris védicos se convierte rápidamente en el culto de la porción más espiritual del linaje humano. Sólo necesita la recta



percepción de las cosas objetivas para el final descubrimiento de que el único mundo real es el mundo subjetivo.

El despectivamente llamado paganismo fue sabiduría antigua, de Divinidad henchida, y el cristianismo y el islamismo tomaron cuanto de inspirado tienen de su étnico padre el judaísmo. El hinduismo pre-védico y el budismo son la doble fuente de que brotaron todas las religiones. El nirvana es el océano donde todas han de verter.

Para los fines del análisis filosófico no hemos necesitado tener en cuenta las enormidades que han entenebrecido el recuerdo de muchas religiones del mundo. **La verdadera fe es el vaso corporal de la caridad divina, y humanos y sólo humanos son los ministros de sus altares. Al hojear las sangrientas páginas de la historia eclesiástica, echamos de ver que siempre fue el mismo el argumento de la tragedia, aunque representada por distintos actores con diversos trajes.**

Pero la noche eterna planeaba en todo y sobre todo, y nosotros pasamos de lo visible a lo invisible. Nuestro ferviente anhelo ha sido enseñar a las almas sinceras a descorrer el velo, para que en el resplandor de aquella Noche transmutada en Día contemplen serenamente la VERDAD SIN VELO. (Isis IV, 416-417).

. . . Cuan profundamente ciertas son las palabras de H.T. Buckle, en su admirable *History of Civilization*, cuando dice:

Debido a circunstancias todavía desconocidas [provisión Karmica], aparecen de tiempo en tiempo grandes pensadores que, consagrando sus vidas a un propósito único, son capaces de anticiparse a los progresos de la humanidad y de producir una religión o filosofía, por medio de la cual se producen eventualmente efectos importantes. Pero si echamos una ojeada a la historia, claramente veremos que, aun cuando el origen de una opinión nueva pueda ser debida así a un solo hombre, el resultado que la nueva opinión produce dependerá de la condición de las gentes entre quienes se propague. Si se trata de una religión o de una filosofía que este muy por encima de una nación, no puede prestarle ningún servicio contemporáneo; necesita su tiempo (Esta es la ley Cíclica; pero esta ley misma es con frecuencia desafiada por la terquedad humana) hasta que las inteligencias se hallen maduras para su recepción... Cada ciencia, cada creencia ha tenido sus mártires. *Según el curso ordinario de las cosas, algunas generaciones desaparecen, y viene después en período en el cual estas verdades mismas se contemplan como hechos vulgares, y poco después viene otro período durante el cual, se las declara necesarias, y aun las inteligencias más obtusas se admiran de que puedan haber sido negadas alguna vez* (Vol. I, pág. 256).



Es muy posible que las mentes de las generaciones actuales no estén del todo maduras para la recepción de las verdades ocultas. Tal será, quizás, la visión retrospectiva, que contemplaran los pensadores avanzados de la Sexta Raza Raíz, de la historia de la aceptación plena e incondicional de la Filosofía Esotérica. Mientras tanto, las generaciones de nuestra Quinta Raza continuarán extraviadas por sus prejuicios y preocupaciones. Las ciencias ocultas se encontrarán con el dedo del desprecio que las señala, y todos procurarán ridiculizarlas y aplastarlas, en nombre y para mayor gloria del **Materialismo y de su llamada Ciencia**. Estos volúmenes, sin embargo, presentan como contestación anticipada a varias de las objeciones científicas futuras, las posiciones respectivas y verdaderas del acusador y del acusado. A teósofos y ocultistas les acusa la opinión pública, que mantiene todavía izada la bandera de las ciencias inductivas. Estas últimas tienen, pues, que ser examinadas; y debe mostrarse hasta que punto sus adelantos y descubrimientos en el reino de las leyes naturales se oponen, no tanto a lo que pretendemos como a los hechos de la Naturaleza. Ha sonado ya la hora de ver si los muros de la Jericó moderna son tan inexpugnables, que ningún son de la trompeta ocultista puede hacerlos derrumbar.

Debe examinarse cuidadosamente todo lo que se refiera a las llamadas “Fuerzas” principalmente la Luz y la Electricidad, y la constitución del globo solar, así como también las teorías referentes a la gravitación y a las nebulosas. La naturaleza del Éter y de otros elementos debe ser discutida, contrastando las enseñanzas científicas con las ocultistas, y revelando al mismo tiempo algunos de los principios del Ocultismo, hasta la fecha secretos.

Hará unos quince años, quien estas líneas escribe era la primera en repetir, como los kabalistas, los sabios Preceptos del Catecismo Esotérico:

Cierra tu boca, no sea que hables de esto [el misterio], y tu corazón, no sea que pienses en alta voz; y si tu corazón se te ha escapado, ponlo otra vez en su lugar, porque tal es el objeto de nuestra alianza (*Sepher Jetzirah*).

Y también, de las *Reglas de la Iniciación*.

Éste es un secreto que da la muerte; cierra tu boca, no sea que lo reveles al vulgo; comprime tu cerebro, no sea que algo se escape del mismo y vaya a los profanos.

Pocos años después, una punta del Velo de Isis tuvo que levantarse; y ahora se ha hecho en el otro desgarrón mayor.

Pero los antiguos errores sancionados por el tiempo —esos que se hacen cada día más claros y evidentes— permanecen formados en batalla lo mismo



ahora que entonces. Dirigidos por un conservadorismo ciego, por la vanidad y por las preocupaciones, se hallan constantemente en acecho, dispuestos a estrangular a cualquier verdad que, despertando de su largo sueño de siglos, reclame la admisión. Tal ha sido el caso siempre, desde que el hombre se ha animalizado. Que esto, en toda ocasión, da la *muerte moral* a los reveladores que manifiestan a la luz cualquiera de estas antiguas, muy antiguas verdades, es tan cierto como que da la *Vida* y la *Regeneración* a aquellos que se hallan dispuestos a aprovechar hasta lo poco que en la actualidad se les revela. (D.S. I, 512-515).

Desde las primeras edades de la Cuarta Raza (cuando solo al Espíritu se rendía culto, y cuando el Misterio estaba de manifiesto) hasta los últimos días gloriosos del arte griego, en la aurora del Cristianismo, solo los helenos se habían atrevido a levantar públicamente un altar al “Dios Desconocido”. Sea lo que fuese lo que San Pablo pueda haber abrigado en su mente profunda, cuando declaro a los atenienses que este “Desconocido” a quien adoraban ignorantemente era el verdadero Dios anunciado por el, aquella Deidad *no era* “Jehovah”, ni era tampoco “el hacedor del mundo y de todas las cosas”. Pues no se trata del “Dios de Israel”, sino de lo “Desconocido” de los Panteístas antiguos y modernos, que “no mora en los templos *construidos con las manos*” (*Hechos*, XVII, 23-24).

El Pensamiento Divino no puede ser definido, ni su significación explicarse, excepto por las innumerables manifestaciones de la Substancia Cósmica, en la que el primero es *sentido* espiritualmente por los que pueden. Decir esto, después de haberlo definido como la Deidad Desconocida, abstracta, impersonal, asexual, que tiene que colocarse en la raíz de todas las Cosmogonías y su evolución subsiguiente, equivale a no decir absolutamente nada. Es lo mismo que intentar resolver una ecuación trascendental de condición, teniendo a mano, para deducir el verdadero valor de sus términos, solo cierto número de cantidades *desconocidas*. Su lugar se encuentra en las primitivas cartas simbólicas antiguas, en las cuales, como ya se ha mostrado, está representado por una obscuridad sin límites, en cuyo fondo aparece el primer punto central en blanco –simbolizando de este modo el Espíritu–Materia coevo y coeterno, haciendo su aparición en el mundo fenomenal, antes de su primera diferenciación. Cuando “el Uno se convierte en Dos”, puede entonces nombrársele como Espíritu–Materia. Al “Espíritu” pueden referirse todas las manifestaciones de la conciencia, reflejada o directa, y de la “intención inconsciente” –adoptando una expresión moderna usada en la llamada filosofía *occidental*–, como se evidencia en el Principio Vital, y en la sumisión de la Naturaleza al orden majestuoso de la Ley inmutable. “La



Materia” debe ser considerada como lo objetivo en su más pura abstracción, la base existente por sí misma, cuyas manvantaricas diferenciaciones septenarias constituyen la realidad objetiva, base de los fenómenos de cada fase de la existencia consciente. Durante el período del Pralaya Universal, la Ideación Cósmica es inexistente; y los distintos estados diferenciales de la Substancia Cósmica se resuelven nuevamente en el estado primitivo de objetividad abstracta potencial.

El impulso manvantarico principia con el re-despertar de la Ideación Cósmica, la Mente Universal, simultanea y paralelamente con la primitiva emersión de la Substancia Cósmica –siendo esta ultima el vehículo manvantarico de la primera– de su estado pralayico indiferenciado. Entonces, la Sabiduría Absoluta se refleja en su Ideación; la cual, por un proceso trascendental, superior e incomprensible a la conciencia humana, se convierte en Energía Cósmica: Fohat. Vibrando en el seno de la Substancia inerte, Fohat la impulsa a la actividad y guía sus primarias diferenciaciones en todos los Siete planos de la Conciencia Cósmica. De este modo, hay Siete Protilos (como ahora se les llama, mientras que la antigüedad aria los llamaba los Siete Prakritis o Naturalezas), que diversamente sirven como base *relativamente* homogénea, que en el curso de la creciente heterogeneidad, en la evolución del Universo, se diferencian en los fenómenos maravillosamente complejos que se presentan en los planos de percepción. El termino “relativamente” se ha empleado de propósito, porque resultando la existencia misma de semejante proceso de las segregaciones primarias de la Substancia Cósmica indiferenciada, dentro de sus bases septenarias de evolución, nos obliga a considerar el Protilo de cada plano solo como una fase *intermedia* que asume la Substancia en su paso desde lo abstracto a la completa objetividad. El termino Protilo se debe a Mr. Crookes, el químico eminente que ha dado este nombre a la *premateria*, si puede llamarse así a las substancias primordiales y puramente homogéneas, sospechadas, ya que no realmente encontradas por la Ciencia en la última composición del átomo. Pero la segregación incipiente de la materia primordial en átomos y moléculas solo principia después de la evolución de nuestros Siete Protilos. El último de estos es el que Mr. Crookes se ocupa en buscar, por haber percibido recientemente la posibilidad de su existencia en nuestro plano.

Se dice que la Ideación Cósmica es no existente durante los periodos pralayicos, por la sencilla razón de que no hay nadie ni nada que perciba sus efectos. No puede haber manifestación de conciencia, de semi-conciencia ni siquiera “intención inconsciente”, excepto por medio del vehículo de la Materia; esto es, en este nuestro plano, en donde la conciencia humana, *en su estado normal*, no puede remontarse mas allá de



lo que se conoce como metafísica trascendental; pues solo por medio de una agregación o construcción molecular surge el Espíritu como corriente de subjetividad individual o subconsciente. Y como la Materia que existe fuera de la percepción es una mera abstracción, los dos aspectos de lo Absoluto (Substancia Cósmica e Ideación Cósmica) son mutuamente interdependientes. Hablando con estricta exactitud, para evitar confusiones e interpretaciones erróneas, la palabra “Materia” debería ser aplicada al agregado de objetos de posible percepción, y la palabra “Substancia” a los Nómenos; pues dado que los fenómenos de *nuestro* plano son la creación del Ego que percibe –las modificaciones de su propia subjetividad–, todos los “estados de materia que representan el agregado de los objetos percibidos” no pueden tener para los hijos de nuestro plano sino una existencia relativa y puramente fenomenal. Como dirían los modernos idealistas, la cooperación del Sujeto y del Objeto, resulta en el objeto de sensación o fenómeno.

Pero esto no conduce necesariamente a la conclusión de que suceda lo mismo en todos los demás planos; de que la cooperación de ambos en los estados de su diferenciación septenaria, resulte en un agregado septenario de fenómenos, que son igualmente no existentes *per se*, aunque sean realidades concretas para las Entidades de cuya experiencia forman parte; del mismo modo que las rocas y ríos a nuestro alrededor, son reales desde el punto de vista del físico, aunque son ilusiones de los sentidos, sin realidad desde el del metafísico. Sería un error decir y hasta concebir semejante cosa. Desde el punto de vista de la metafísica mas elevada, todo el Universo, incluso los Dioses, es una Ilusión (Maya). Pero la ilusión de aquel que es en sí mismo una ilusión difiere en cada plano de conciencia; y no tenemos mas derecho a dogmatizar sobre la posible naturaleza de las facultades perceptivas de un Ego que se halla, por ejemplo, en el sexto plano, que el que tenemos para identificar nuestras percepciones con las de una hormiga en su modo de conciencia, o para convertirlas en modelo para la misma. **La Ideación Cósmica, enfocada en su principio, o Upadhi (Base), resulta como conciencia del Ego individual. Su manifestación varía según el grado de Upadhi. Por ejemplo, por medio de lo conocido como Manas, surge como conciencia mental; y por medio de la construcción mas finamente diferenciada de Buddhi, sexto estado de materia (teniendo como base la experiencia de Manas), como una corriente de Intuición Espiritual.**

El Objeto puro aparte de la conciencia nos es desconocido mientras vivimos en el plano de nuestro Mundo de tres dimensiones; pues solo conocemos los estados mentales que excita en el Ego que percibe. Y en tanto que dure el contraste del Sujeto y el Objeto, esto es, mientras que no disfrutemos mas que de nuestros cinco sentidos, y no sepamos el modo de divorciar nuestro Ego, que es todo percepción, de la esclavitud de estos sentidos, será imposible al Yo *personal*



romper la barrera que le separa del conocimiento “de las cosas en mismas”, o sea de la Substancia.

Aquel Ego, progresando en un arco de subjetividad ascendente, tiene que agotar las experiencias de todos los planos. Pero hasta que la Unidad se sumerja en el Todo, ya sea en este o en cualquier otro plano, y que tanto el Sujeto como el Objeto se desvanezcan en la negación absoluta del Estado Nirvanico –negación, repetimos, solo *desde nuestro plano*–, no se llega a escalar aquel pináculo de Omnisciencia, el Conocimiento de las Cosas en si mismas, y a aproximarse a la solución del enigma aun mas importante, ante el cual, hasta el mas elevado Dhyán Chohan, tiene que humillarse en el silencio y la ignorancia –el Inexplicable misterio de lo que los vedantinos llaman Parabrahman.

Por lo tanto, siendo tal el caso, todos los que han tratado de dar un nombre al Principio Incognoscible, no han hecho más que degradarlo. Hasta el hablar de la Ideación Cósmica –salvo en su aspecto *fenomenal*– es lo mismo que tratar de embotellar el Caos primordial, o poner una etiqueta a la Eternidad.

.Que es, pues, la “Substancia Primordial”, ese objeto misterioso del que ha hablado siempre la Alquimia y que se ha convertido en tema de la especulación filosófica de todas las edades? .Que puede ser, finalmente, aun en su pre-diferenciación *fenomenal*? Aun aquella es el *Todo* de la Naturaleza manifestada, y *nada* para nuestros sentidos. Se la menciona bajo diferentes nombres en todas las cosmogonías; todas las filosofías se refieren a ella, y está demostrado ser, hasta el presente, el Proteo siempre incomprendible en la Naturaleza. Lo tocamos y no lo sentimos; lo miramos y no lo vemos; lo respiramos y no lo percibimos; lo oímos y lo olemos sin el menor conocimiento de su existencia; pues está en cada molécula de lo que en nuestra ilusión e ignorancia consideramos como Materia en cualquiera de sus estados, o en lo que concebimos como una sensación, un pensamiento, una emoción. En una palabra; es el Upadhi o vehículo de todos los fenómenos posibles, ya sean físicos, mentales o psíquicos. En las primeras frases del *Génesis*, lo mismo que en la Cosmogonía caldea; en los *Purânas* de la India y en el *Libro de los Muertos* de Egipto; en todas partes el abre el ciclo de la manifestación. Es llamado el “Caos” y la Faz de las Aguas incubadas por el Espíritu, procedente de lo Desconocido, bajo cualquier nombre que se le de a ese Espíritu.

Los autores de las sagradas Escrituras de la India profundizan más el origen de las cosas evolucionadas que Thales o Job, pues dicen:

“De Esto, de este mismo Yo, fue producido el Éter” –dice el *Veda (Taittiriyaka Upanishad*. Segundo Valli, Primer Anuvâka).



Es, pues, evidente, que no es este Éter (nacido del cuarto grado de una *emanación* de la inteligencia asociada con la Ignorancia”) el principio elevado, la Entidad *deífica* a que rendían culto los griegos y latinos, bajo el nombre de “Pater, Omnipotens Ather”, y “Magnus Ather”, en sus agregados colectivos. La gradación septenaria y las innumerables subdivisiones y diferencias hechas

De la Inteligencia [llamada Mahat en los Puranas] asociada con la Ignorancia [Ishvara como deidad *personal*], *acompañada de su poder proyectivo*, en el cual la cualidad de la torpeza [*tamas*, insensibilidad] predomina, procede del Eter – del eter, el aire; del aire, el calor; del calor, el agua, y del agua, la tierra, con todo lo que hay en ella.

por los antiguos entre los poderes del Éter colectivamente (desde su borde externo de efectos, con el cual nuestra Ciencia esta tan familiarizada, hasta la “Substancia Imponderable”, que se admitió como “Éter del Espacio”, y que ahora está a punto de ser rechazada), han constituido siempre un mortificante enigma para todas las ramas del conocimiento. Los mitólogos y simbologistas de nuestra época, confundidos por esta incomprensible glorificación por un lado y degradación por otro, de la misma Entidad deificada y en los mismos sistemas religiosos, caen a menudo en las equivocaciones más ridículas. La Iglesia, firme como una roca en cada uno y en todos sus primeros errores de interpretación, ha hecho del Éter la morada de sus legiones satánicas. Toda la jerarquía de los Ángeles “Caídos” esta allí; los Cosmocratores, los “Portadores del Mundo”, según Bossuet; Mundi Tenentes, los “Mantenedores del Mundo”, como los llama Tertuliano; Mundi Domini, “Dominaciones del Mundo”, o mas bien Dominadores; los Curbati o “Encorvados”, etc., ¡convirtiendo de este modo a las estrellas y a los orbes celestiales en Demonios!

De este modo ha interpretado la Iglesia el versículo: “Pues no luchamos contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra los poderes, contra los directores de las tinieblas de este mundo” (*Efesios*, VI, 12). Mas adelante menciona San Pablo las malicias espirituales [“wickedness” en los textos ingleses] diseminadas en el Aire –*Spiritualia nequitioe coelestibus*–; dando los textos latinos varios nombres a estas “malicias”, los “Elementales” inocentes. Pero esta vez tiene razón la Iglesia, aunque se equivoca al llamarlos demonios. La Luz Astral o Éter inferior *está* lleno de entidades conscientes, semiconscientes e inconscientes; solo que la Iglesia tiene menos *poder* sobre ellos, que sobre los microbios invisibles o que sobre los mosquitos.

La diferencia establecida entre los siete estados del Éter –que es uno de los Siete Principios Cósmicos, mientras que el Ather de los antiguos es el Fuego Universal– puede verse en los mandamientos de Zoroastro y de Pselo, respectivamente. El primero dijo: “Consultadlo tan solo cuando este sin forma o figura” –*absque forma et figura*–, lo que significa sin llamas o ascuas.



“Cuando tenga una forma, *no le hagáis caso*” –ensena Pselo–; “pero cuando no tiene forma, obedecedle, pues entonces es *fuego sagrado*, y todo lo que os revele será verdad” (*Oráculos de Zoroastro*. “Effatum”, XVI). Esto prueba que el Éter, que es en sí un aspecto del Akasha, tiene a su vez varios aspectos o “principios”.

Todas las naciones antiguas deificaban al Aether en su aspecto y potencia imponderables. Virgilio llama a Júpiter *Pater Omnipotens Aether*, y “el Gran Aether” (*Georgica*. Libro II, 325). Los indos también lo han colocado entre sus deidades, bajo el nombre de Akasha, la síntesis del Éter. Y el autor del sistema homoemeriano de filosofía, Anaxágoras de Clasomene, creía firmemente que los prototipos espirituales de todas las cosas, lo mismo que sus elementos, se encontraban en el Aether sin límites, donde eran generados, de donde evolucionaban y adonde volvían: una enseñanza oculta.

Es, pues, claro que del Aether, en su aspecto sintético mas elevado, una vez antropomorfizado, surgió la primera idea de una deidad personal creadora. Entre los filósofos indos, los Elementos son *tâmasa*, esto es, “no iluminados por la *inteligencia*, a la cual obscurecen”.

Tenemos que agotar el asunto del significado místico del Caos Primordial y del Principio Raíz, y mostrar cómo se hallaban relacionados en las filosofías antiguas con el Akasha (traducido erróneamente por Éter), y también con Maya, la Ilusión, de la cual Ishvara es el aspecto masculino. Mas adelante hablaremos del Principio Inteligente, o más bien de las propiedades inmateriales e invisibles, en los elementos materiales y visibles, que “brotaron del Caos Primordial”.

Porque, que es el Caos primordial, sino el Aether?” –se pregunta en *Isis sin Velo*. No el Éter moderno; no el que se reconoce ahora como tal, sino como era conocido de los antiguos filósofos mucho antes del tiempo de Moisés: el Aether con todas sus propiedades misteriosas y ocultas, conteniendo en sí los gérmenes de la creación universal. El Aether Superior o Akasha es la Virgen Celestial, Madre de todas las formas y seres existentes, de cuyo seno, tan pronto como fue “incubado” por el Espíritu Divino, brotaron a la existencia la Materia y la Vida, la Fuerza y la Acción. Aether es el Aditi de los indos y es el Akasha. La electricidad, el magnetismo, el calor, la luz y la acción química son tan poco comprendidos aun hoy, que nuevos hechos vienen constantemente a ensanchar el horizonte de nuestro conocimiento ¿Quién sabe dónde termina el poder de este gigante proteo, el Aether, o cual es su origen misterioso? .Quien, decimos, puede negar el espíritu que obra en él, y despliega de su seno todas las formas visibles? Sería fácil tarea demostrar que las leyendas cosmogénicas de todo el mundo están basadas en el conocimiento por los antiguos de aquellas ciencias que se han aliado en nuestra época para apoyar la



doctrina de la evolución; y que una investigación mas profunda haría ver que estos antiguos conocían mucho mejor que nosotros hoy el hecho de la evolución misma, tanto en su aspecto físico como en el espiritual.

Entre los antiguos filósofos, la evolución era un teorema universal, una doctrina que abarcaba el *todo*, y un principio establecido; mientras que nuestros modernos evolucionistas solo pueden exponernos meras teorías especulativas; con teoremas *particulares*, si no completamente *negativos*. Es inútil que los representantes de nuestra moderna sabiduría cierren el debate y pretendan que es un asunto terminado, solo porque la oscura fraseología de la relación mosaica... contradiga las explicaciones definidas de la "Ciencia Exacta".

Si nos dirigimos al "Libro de las Leyes de Manu", encontramos el prototipo de todas estas ideas. Perdidas en gran parte en su forma original para el mundo de Occidente, desfiguradas por las interpolaciones y adiciones posteriores, han conservado, sin embargo, lo bastante de su antiguo espíritu para demostrar su carácter.

"El Señor existente por Si Mismo, desvaneciendo las tinieblas [Vishnu, Narayana, etc.], se hizo manifiesto, y deseando producir seres de su Esencia, creo, al principio, solo el agua. En ella sembró semilla. Esta se convirtió en un Huevo de Oro."

De donde proviene este Señor existente por Si Mismo? Es llamado Esto, y se habla de él como siendo "Tinieblas imperceptibles, sin cualidades definidas, indescubrible, incognoscible, como totalmente dormido". Habiendo morado en aquel Huevo durante todo un Año Divino, el principio "a quien el mundo llama Brahma", hace estallar este Huevo en dos, y de la porción superior forma el cielo, de la inferior la tierra, y del centro el firmamento y "el lugar perpetuo de las aguas" (Ob. cit., I, 5, 13, Traducción de Burnell).

Pero, inmediatamente después de estos versículos, hay algo más importante para nosotros, porque corrobora por completo nuestras enseñanzas esotéricas. En los versículos 14 a 36 se da la evolución en el orden descrito en la Filosofía Esotérica. Esto no puede contradecirse fácilmente. Hasta Medhatithi, el hijo de Virasvamin y autor del Comentario el *Manubhâsya*, cuya época, según los orientalistas occidentales, es de 1.000 (D. de C.), nos ayuda con sus observaciones a la aclaración de la verdad. No quiso decir mas, porque sabía lo que tenía que ser reservado de los profanos, o bien estaba realmente confundido. Sin embargo, lo que dice muestra claramente el principio septenario en el hombre y en la Naturaleza.



Principiemos con el capítulo I de las *Ordenanzas* o “Leyes”, después que el Señor existente por Si Mismo, el Logos Inmanifestado de las “Tinieblas” Desconocidas, se manifiesta en el Huevo de Oro. De este “Huevo” de Brahma.

11. “Aquello que es la Causa indistinta [indiferenciada], eterna, que es y *no* es, de Ello salió aquel principio masculino llamado en el mundo Brahma.” Aquí encontramos, como en todos los sistemas filosóficos genuinos, el mismo “Huevo”, el Circulo o Cero, la Infinidad sin límites, mencionada como Ello (El vértice ideal del Triángulo Pitagórico), y Brahma, la primera Unidad sola, mencionada como el Dios “Masculino”, esto es, el Principio fructificador. Es ello o 10Φ (diez), la Década. Solamente en el plano de lo Septenario, o *nuestro* Mundo, es llamado Brahma. En el de la Década Unificada, en el reino de la Realidad, este Brahma masculino es una ilusión.

14. “Del Yo Supremo (*Âtmanah*) el creo la Mente, *que es y no es*; y de la Mente, el Ego-ismo [la Conciencia-Propia], a) el dueño; b) el Señor.”

a) La mente es Manas. Medhatithi, el comentador, observa justamente sobre este punto, que es lo contrario de esto, y demuestra desde luego la interpolación y el arreglo, pues Manas es el que brota de Ahamkara o Conciencia Propia (Universal), lo mismo que Manas en el microcosmo emana de Mahat, o Maha-Buddhi (Buddhi en el hombre). Porque Manas es dual. Como Colebrooke ha mostrado y traducido, “la Mente, *sirviendo a la vez para el sentido y para la acción*, es un órgano por afinidad, que está en estrecha unión con el resto” (Véase la traducción de A. Coke Burnell, editada por Ed. W. Hopkins, Ph. D). “El resto” significa aquí que Manas, nuestro Quinto Principio (*quinto*, porque el cuerpo fue llamado el *primero*, lo cual es lo contrario del verdadero orden filosófico), está en afinidad tanto con Atma-Buddhi como con los cuatro Principios inferiores. De aquí nuestra enseñanza, a saber: que Manas sigue a Atma-Buddhi al Devachan; y que el Manas inferior, esto es, las escorias o residuos inferiores de Manas, permanecen con el Kama Rupa en el Limbus o Kama Loka, la mansión de las “cascaras”.

b) Medhatithi traduce esto como “la conciencia una del Yo” o Ego, y no como el “dueño”, como hacen los orientalistas. También de este modo traducen la sloka siguiente:

16. “Habiendo él hecho también las partes sutiles de aquellos seis [el gran Yo y los cinco órganos de los sentidos], de brillantez inconmensurable, para entrar en los elementos del Yo (*âtmamâtrâsu*), creo todos los seres.” Mientras que, según Medhatithi, debió leerse *mâtrâbhih*, en lugar de “*âtmamâtrâsu*” y de este modo hubiera dicho:



“Después de haber compenetrado las partes sutiles de aquellos seis, de brillantez inconmensurable, por los elementos del yo, creo todos los seres.” Esta última interpretación debe de ser la correcta, puesto que El, el Yo, es lo que llamamos Atma, y constituye así el séptimo principio, las síntesis de los “seis”. Tal es también la opinión del editor del *Mânava Dharma Shâstra*, quien parece haber penetrado de un modo intuitivo mucho más profundamente en el espíritu de la filosofía, que el traductor, el difunto doctor Burnell; pues vacila poco entre el texto de Kulluka Bhatta y el comentario de Medhatithi. Rechaza *los tanmâtra*, o elementos sutiles, y el *âtmamâtra* de Kulluka Bhatta, y dice, aplicando los principios al Yo Cósmico:

“Los seis parecen mas bien ser el *Manas*, mas los cinco principios del éter, el aire, el fuego, el agua y la tierra. Habiendo unido cinco porciones de estas seis con el elemento espiritual [el *séptimo*], el creo (así) todas las cosas existentes... *Âtmamâtra* es, por lo tanto, el tomo espiritual, opuesto a sus propios elementos elementales, no reflexivos.

Del siguiente modo corrige la traducción del versículo 17: “Como los elementos sutiles de las formas corporales de este Uno dependen de estos seis, el sabio llama a su forma Sharira.”

Y añade que “elementos” significan aquí porciones o partes (o principios), cuya interpretación está confirmada por el versículo 19, que dice:

“Este (Universo) no eterno nace, pues, del Eterno, por medio de los elementos sutiles de las formas de *aquellos siete* gloriosísimos principios (*Purusha*).”

Comentando esta enmienda de Medhatithi, el editor hace la observación de que “probablemente significan los cinco elementos, mas la mente [*Manas*], y la conciencia propia [*Ahamkâra*] (Ahamkara, como Conciencia Propia universal, tiene un triple aspecto, lo mismo que *Manas*. Pues este concepto del “Yo” o Ego es o *sattva*, “pura quietud”, o aparece como *rajas*, “activo”, o bien permanece como *tamas* “estancado”, en la oscuridad. Pertenece al Cielo y a la Tierra, y asume las propiedades del Éter); “los elementos sutiles” [significando] como antes “delicadas porciones de forma” [o principios].” Así lo demuestra el versículo 20, cuando dice de estos cinco elementos o “delicadas porciones de forma” (Rupa mas *Manas* y Conciencia Propia), que ellos constituyen los “Siete *Purusha*” o Principios, llamados en los *Purânas* los “Siete *Prakritis*”.

Además, estos “cinco elementos” o “cinco porciones” se mencionan en el versículo 27 como “las llamadas porciones atómicas destructibles”, siendo, por lo tanto, “distintas de los átomos del *Nyaya*”.



Este Brahma creador que surge del Huevo del Mundo o Huevo de Oro une en si mismo ambos principios: femenino y masculino. Es, en una palabra, como todos los Protologos creadores. De Brahma, sin embargo, no se podría decir como de Dionisio, «prwtógonon diyuh< trígonoon Bacceïon Anacta &Agrion àrrhòn crúyion dicérwta dímemoryon» un Jehovah lunar, Baco verdaderamente, con David bailando desnudo ante su *símbolo* en el arca; pues ningunas Dionisias licenciosas han sido establecidas nunca en nombre y honor suyo. **Todo el tal culto fálico era exotérico, y los grandes símbolos universales fueron desnaturalizados en todo el mundo, lo mismo que los de Krishna lo son ahora por los Vallabacharyas de Bombay, los partidarios del Dios “niño”.** Pero ¿son estos dioses populares la *verdadera* Deidad? .Son *ellos* la cúspide y la síntesis de la creación séptuple, incluso el hombre? !Imposible! Cada uno y todos, tanto paganos como cristianos, son uno de los peldaños de la escala septenaria de la Conciencia Divina. Ain–Soph se dice también que se manifiesta por medio de las *Siete Letras* del nombre de Jehovah, a quien, habiendo usurpado el lugar de lo Ilimitado Desconocido, le dieron sus devotos sus Siete Ángeles de la Presencia –sus Siete Principios. Pero, verdaderamente, se les menciona en casi todas las escuelas. En la filosofía Sankhya pura, Mahat, Ahamkara y los cinco Tanmatras, son llamados los siete Prakritis, o Naturalezas, y se cuentan desde Maha–Buddhi, o Mahat, hasta la Tierra (Véase *Sânkhya Kârikâ*, III, y Comentarios). (D.S. II, 44-58).

La idea del Loto puede encontrarse hasta en el primer capítulo elohístico del *Génesis*, como se manifiesta en *Isis sin Velo*. Esta es la idea que debemos considerar para el origen y explicación del versículo de la Cosmogonía Judaica, que dice así: “Y Dios dijo: que la tierra produzca... el árbol frutal que de el fruto según su naturaleza, cuya semilla esta en el mismo” (I, II). En todas las religiones primitivas, el Dios Creador es el “Hijo del Padre”, esto es, su pensamiento hecho visible; y antes de la Era cristiana, desde la Trimurti de los indos hasta los tres títulos kabalísticos de las escrituras, según las explican los judíos, el titulo Trino de Dios en cada nación, estaba por completo definido y substanciado, en sus alegorías.

Tal es el significado cósmico e ideal de este gran símbolo en los pueblos orientales. Pero cuando fue aplicado al culto practico y esotérico, que tenia también su simbología esotérica, el Loto se convirtió, con el tiempo, en el portador y contenedor de una idea mas terrestre. Ninguna religión dogmatica se ha librado de tener en si el elemento sexual; y hasta el presente, el mancha la hermosura moral de la idea raíz de la simbología. Lo que sigue esta tomado de los mismos manuscritos kabalísticos que hemos ya citado en varias ocasiones:



Un significado semejante tenía el Loto que crecía en las aguas del Nilo. Su modo de crecer peculiar, lo hacía muy adecuado como símbolo de las actividades generadoras. La flor del Loto, que es la portadora de la semilla para la reproducción como resultado de su madurez, está relacionada, por su adherencia, semejante a la de la placenta, con la madre tierra o matriz de Isis, por medio de su tallo largo parecido a un cordón, el umbilical, pasando a través del agua de la matriz, que es el río Nilo. Nada hay más claro que este símbolo; para hacerlo perfecto en su significado, presentan algunas veces a un niño como sentado en la flor o como saliendo de la misma (En los *Purânas* indos, Vishnu, el Primer Logos, y Brahma, el Segundo, o el Creador Ideal y el Práctico, son los que están respectivamente representados, uno como manifestando el Loto, y el otro como saliendo del mismo). Así Osiris e Isis, los hijos de Cronos, o el tiempo sin fin, en el desarrollo de sus fuerzas naturales, se convierten en esta figura en los padres del hombre bajo el nombre de Horus.

No podemos insistir bastante sobre el uso de esta función generativa como base de un lenguaje simbólico y de un arte de hablar científico. El pensar sobre la idea nos conduce inmediatamente a reflexionar sobre el asunto de la causa creadora. Se ha observado que la Naturaleza en sus obras ha formado un maravilloso mecanismo vivo gobernado por un alma viviente que se ha unido a ella; cuya vida de desarrollo e historia, respecto de donde viene, su presente y a donde va, sobrepasa todos los esfuerzos del entendimiento humano (No los esfuerzos, sin embargo, de las facultades psíquicas educadas de un Iniciado en la Metafísica oriental y en los Misterios de la Naturaleza Creadora. El Profano de las edades pasadas es el que ha degradado el puro ideal de la Creación Cósmica en un emblema de reproducción, y funciones sexuales meramente humanas. Las Enseñanzas Esotéricas y los Iniciados del Futuro son los que tienen y tendrán la misión de redimir y ennoblecer una vez más el concepto primitivo, tan tristemente profanado por su cruda y grosera aplicación a los dogmas y personificaciones esotéricas, por teólogos y eclesiásticos. El culto silencioso de la Naturaleza abstracta o nóumena, la sola manifestación divina, es la única religión ennoblecedora de la Humanidad).

El recién nacido es un milagro constante, un testimonio de que dentro del taller de la matriz ha intervenido un poder inteligente creador, para unir un alma viviente a un mecanismo físico. La asombrosa maravilla del hecho da un carácter de santidad sagrada a todo lo que se relaciona con los órganos de la reproducción, como la morada y lugar de la intervención constructora evidente de la deidad.

Esta es una exposición correcta de las ideas fundamentales antiguas, de los conceptos puramente panteísticos, *impersonales* y reverentes, de los filósofos arcaicos de las edades prehistóricas. No sucede, sin embargo, lo mismo cuando se aplican a la humanidad pecadora, a las ideas groseras unidas a la *personalidad*. Por tanto, ningún filósofo panteísta dejaría de encontrar peligrosas las observaciones que siguen a lo anterior (y que representan el antropomorfismo de la simbología judaica), para la santidad de la verdadera religión, siendo propias tan solo de nuestra edad materialista, que es el producto directo y el resultado de aquel carácter antropomórfico. Pues esta es la nota fundamental de todo espíritu



y esencia del *Antiguo Testamento*, como lo declaran los manuscritos al tratar del simbolismo del lenguaje de artificio de la *Biblia*:

Por lo tanto, el lugar de la matriz debe mirarse como el Sitio Mas Santo, el Sanctasantium, y el Templo verdadero del. Dios Vivo (Seguramente, las palabras del antiguo Iniciado en los Misterios *primitivos* del Cristianismo: “No sabéis que sois el Templo de Dios” (I, *Corint.*, III, 16), no podían aplicarse a los *hombres* en este sentido, aun cuando, innegablemente, el significado era declarado así en las mentes de los compiladores hebreos del *Antiguo Testamento*. Y aquí está el abismo que existe entre el simbolismo del *Nuevo Testamento* y el Canon judío. Este abismo hubiera continuado y se hubiera agrandado si el Cristianismo, y mas en particular y notoriamente la Iglesia latina, no hubieran echado un puente entre ambos. El Papismo moderno lo ha acertado por completo por medio de su dogma de las dos inmaculadas concepciones, y el carácter antropomórfico, e idolatra al mismo tiempo, que ha asignado a la Madre de su Dios). Para el hombre, la posesión de la mujer ha sido siempre considerada como una parte esencial de si mismo; hacer uno de dos, y guardarla celosamente como sagrada. Hasta la parte de la casa u hogar consagrada a morada de la esposa, se llamaba *penetralia*, lo secreto o sagrado; y de aquí la metáfora del Sanctasantium, de las construcciones sagradas, derivadas de la idea de lo sagrado de los órganos de la generación. Esta parte de la casa, llevada su descripción al extremo (Fue llevada al extremos *sólo* por la *Biblia* hebrea y por su servil copista, la teología cristiana) por la metáfora, se describe en los Libros Sagrados como el “entre muslos de la casa”, y algunas veces la idea se manifiesta en la construcción, en el gran portalón interior de las iglesias, sostenido a ambos lados por pilares.

Ningún pensamiento semejante llevado al extremo”, existió jamás entre los antiguos arios primitivos. Esto está probado por el hecho de que, en el periodo védico, sus mujeres no eran puestas aparte de los hombres en *penetralia*, o Zenanas. Esta reclusión principio cuando los mahometanos –herederos directos del simbolismo hebreo, después del clero cristiano– conquistaron el país, y gradual y forzosamente introdujeron su modo de ser y costumbres entre los indos. La mujer, antes y después de los *Vedas*, era tan libre como el hombre; y ningún pensamiento impuro terrestre se mezcló nunca con el simbolismo religioso de los primeros arios. La idea y aplicación son puramente semíticas. Esto esta corroborado por el autor de la mencionada revelación kabalística, profundamente erudita, cuando concluye los pasajes arriba citados, añadiendo:

Si a estos órganos, como símbolos de agentes creadores cósmicos, puede atribuirse la idea del origen de las medidas así como la de los periodos de tiempo, entonces, verdaderamente, en las construcciones de los Templos como Moradas de la Deidad, o de Jehovah, aquella parte designada como el Sanctasantium, o Sitio Mas Santo, debería tomar su nombre de la reconocida santidad de los organos generadores, considerados como símbolo de las medidas, tanto como de la causa creadora. Entre los antiguos *sabios no había ni nombre, ni idea, ni símbolo* de una Causa Primera.



Seguramente que no. Es preferible no concederle nunca un pensamiento ni nombrarla jamás, como hicieron los antiguos panteístas, antes que degradar la santidad de este Ideal de Ideales, rebajando sus símbolos a tales formas antropomórficas. **En este punto se nota nuevamente el abismo inmenso entre el pensamiento religioso ario y el semítico, los dos polos opuestos, la Sinceridad y la Ocultación.** Entre los brahmanes, que nunca han investido las funciones procreadoras naturales de la humanidad con un elemento de “pecado original”, es un *deber religioso* tener un hijo. Un brahman, en los tiempos antiguos, después de haber cumplido su misión de creador humano, se retiraba a los bosques y pasaba el resto de sus días entregado a la meditación religiosa. Había cumplido su deber para con la Naturaleza, como hombre mortal y como su cooperador, y en adelante dedicaba todos sus pensamientos a la parte espiritual e inmortal de sí mismo, considerando lo terrestre como mera ilusión, como un sueño pasajero –lo que es, verdaderamente. Con el semita no pasaba lo mismo. Invento una tentación de la carne en un jardín del Edén, y presento a su Dios –esotéricamente, el Tentador y el Regidor de la Naturaleza –*maldiciendo para siempre un acto que estaba dentro del programa lógico de esta Naturaleza* (La misma idea se halla desarrollada esotéricamente en los incidentes del éxodo le Egipto. El Señor Dios tienta a Faraón de un modo penoso, y lo “atormenta con grandes plagas”, para que el Rey no escape al castigo, y evitar así todo pretexto para otro triunfo mas a su “pueblo escogido”). Todo esto exotéricamente, lo mismo que en la *vestimenta* y en la letra muerta del *Génesis* y demás. Al mismo tiempo, *esotéricamente*, consideraba el supuesto *pecado* y *caída* como un acto tan sagrado, que escogió al órgano perpetrador del *pecado original* como el símbolo mas a propósito y mas sagrado para representar a ese Dios, ¡a quien se muestra condenando sus funciones como una desobediencia y un *pecado* perpetuo!

Quien podrá jamás sondear las profundidades paradójicas de la imaginación semítica? !Y este elemento paradójico, menos su significado mas interno, ha pasado ahora por completo a la teología y dogma cristianos!

Que los primeros Padres de la Iglesia conocieran el significado esotérico del *Testamento* hebreo, o que solo unos pocos de entre ellos tuviesen conocimiento del mismo, mientras los demás siguieron ignorantes del secreto, es asunto que la posteridad decidirá. Una cosa es, en todo caso, cierta, Como el Esoterismo del *Nuevo Testamento* concuerda perfectamente con el de los Libros hebreos mosaicos; y puesto que, al mismo tiempo, –cierto número de símbolos puramente egipcios y dogmas paganos en general –como, por ejemplo, la Trinidad– han sido copiados, e incorporados, a los sinópticos y a San Juan, es evidente que la identidad de estos símbolos era conocida por los escritores del *Nuevo Testamento*, quienquiera que haya sido. También debieron conocer a prioridad



del Esoterismo egipcio, puesto que han adoptado algunos símbolos que son tipos de conceptos y creencias puramente egipcios, en su significado externo e interno, y que no se encuentran en el Canon judío. Una de estas es el nenúfar [o azucena] en las manos del Arcángel en las primeras representaciones de su aparición a la Virgen María; cuyas imágenes simbólicas se conservan hasta el día en la iconografía de las Iglesias griega y romana. Así pues, el Agua, el Fuego y la Cruz, así como la Paloma, el Cordero y otros animales sagrados, con todas sus combinaciones, dan esotéricamente un significado idéntico, y deben haber sido adoptados como una mejora sobre el judaísmo puro y simple. (D.S. II, 136-142).

En la naturaleza humana, el mal denota solo la polaridad de la Materia y el Espíritu, la "lucha por la vida" entre los dos principios manifestados en el Espacio y en el Tiempo, cuyos principios son uno *per se*, puesto que tienen sus raíces en lo Absoluto. En el Cosmos, tiene que ser reservado el equilibrio. Las operaciones de los dos opuestos producen armonía, como las fuerzas centrípeta y centrífuga, que, siendo mutuamente interdependientes, son necesarias la una a la otra, "a fin de que ambas puedan existir". Si una se detuviese, la acción de la otra se convertiría inmediatamente en destructora de sí misma.

Puesto que la personificación llamada Satán ha sido analizada ampliamente desde su triple aspecto, en el *Antiguo Testamento*, en la Teología Cristiana y en la manera de pensar de los antiguos gentiles, los que quieran saber más sobre el asunto deben dirigirse a *Isis sin Velo* (Vol. III, cap. X) y a la segunda parte del volumen IV de esta obra. El asunto se esboza ahora aquí, y existen muy buenas razones para tratar de dar más explicaciones.

Antes de que podamos acercarnos a la evolución del Hombre Físico y Divino, tenemos primero que dominar la idea de la Evolución Cíclica, y conocer las filosofías y creencias de las cuatro Razas que precedieron a la nuestra, y saber que ideas eran las de aquellos Titanes y Gigantes (Gigantes, en verdad, tanto mental como físicamente). Toda la antigüedad se hallaba impregnada con esa filosofía que enseña la involución del Espíritu en la Materia, el descenso progresivo cíclico; o la evolución activa, consciente de sí. Los gnósticos alejandrinos han divulgado bastante los secretos de la Iniciación, y sus anales están llenos de la "caída de los Aones", en su doble calidad de Seres Angélicos y de Periodos; siendo los unos la evolución natural de los otros. Por otro lado, las tradiciones orientales en ambos lados del "Agua Negra", los Océanos que separan los dos Orientes, están igualmente llenas de alegorías sobre la caída del Pleroma, o la de los Dioses y Devas. Todas ellas alegorizan y explican la Caída,



como el *deseo de aprender y de adquirir conocimiento: el deseo de saber*. Esta es la consecuencia natural de la evolución mental, lo Espiritual llegando a transmutarse en lo Material o Físico. La misma ley de descenso en la materialidad y de re-ascenso a la espiritualidad se afirmó durante la Era cristiana, habiéndose detenido la reacción precisamente ahora, en nuestra Sub-raza especial.

Lo que fue una alegoría, de triple interpretación, en *Pymander*. hace quizás diez mil años, destinada a registrar un hecho astronómico, antropológico y hasta químico, a saber, la alegoría de los Siete Rectores abriéndose paso a través de los Siete Círculos de Fuego, quedo empequeñecida en una interpretación material y antropomórfica: la Rebelión y Caída de los Ángeles. La multivocal narración, profundamente filosófica bajo su forma poética, del “Casamiento del Cielo con la Tierra”, el amor de la Naturaleza por la Forma Divina, y el Hombre Celeste embelesado con su propia hermosura reflejada en la Naturaleza; esto es, el Espíritu atraído hacia la Materia, se ha convertido ahora, bajo la manipulación teológica, en los Siete Rectores desobedeciendo a Jehovah; engendrando la propia admiración el orgullo satánico, seguido de su Caída, pues Jehovah no permitía ningún culto que no le fuera dedicado. En una palabra, los hermosos Ángeles Planetarios, los Aones cíclicos gloriosos de los antiguos, se han sintetizado en su forma más ortodoxa en Samael, el jefe de los Demonios en el *Talmud*, “esa Gran Serpiente con Doce Alas, que arrastra consigo, en su Caída, al Sistema Solar o los Titanes”. Pero Schemal (*alter ego* y tipo sabeo, de Samael) esotérica y filosóficamente significa el “Año” en su mal aspecto astrológico, con sus doce meses o “Alas” de males inevitables, en la Naturaleza. En la Teogonía Esotérica, tanto Schemal como Samael representaban una divinidad particular (Véase *Nabathean Agriculture*, de Chwolsohn, II, 217). Para los kabalistas son el “Espíritu de la Tierra”, el Dios Personal que la gobierna, y por tanto son de facto idénticos a Jehovah. Los mismos talmudistas admiten que Samael es un nombre divino de uno de los siete Elohim. Los kabalistas, además, muestran a los dos, Schemal y Samael, como forma simbólica de Saturno, Cronos; los “Doce Alas” significando los doce meses, y el símbolo en su colectividad representando un *ciclo de raza*. Jehovah y Saturno son también idénticos en sus símbolos.

Esto conduce, a su vez, a una deducción muy curiosa de un dogma católico romano. Muchos renombrados escritores pertenecientes a la Iglesia Latina admiten una diferencia: que debe distinguirse entre los Titanes Uranos, los Gigantes antediluvianos, que eran también Titanes, y aquellos Gigantes posdiluvianos que los católicos romanos persisten en suponer descendientes del Ham mítico. **Mas claro: hay que hacer una diferencia entre las Fuerzas opuestas cósmicas *primordiales*, guiadas por la Ley Cíclica, los Gigantes**



atlantes humanos, y los grandes Adeptos posdiluvianos, ya sean de la mano Derecha o de la Izquierda. Al mismo, tiempo muestran que Miguel, “el *generalísimo* de la Hueste Celestial combatiente, el *Guardia de Corps de Jehovah*” es también, a lo que parece, según Mirville, un Titán, pero con el adjetivo de “divino” añadido al sobrenombre. Así, aquellos “Uranidas” que en todas partes se llaman “Titanes Divinos” –y que habiéndose rebelado contra Cronos, o Saturno, se muestra también, por tanto, que son los enemigos de Samael, que es igualmente uno de los Elohim y sinónimo de Jehovah en su colectividad– son idénticos a Miguel y su Hueste. En una palabra, los papeles están cambiados; todos los combatientes están confundidos, y ningún estudiante puede distinguir con claridad quien es quien. Las explicaciones esotéricas pueden, sin embargo, poner algún orden en esta confusión, en que Jehovah se convierte en Saturno, y Miguel y su ejército en Satán y los Ángeles Rebeldes, debido a los esfuerzos indiscretos, de los demasiado fanáticos creyentes para ver un Diablo en cada Dios pagano. El verdadero significado es mucho más filosófico; y la leyenda de la primera “Caída” de los Ángeles toma un matiz científico cuando se comprende debidamente. (D.S. II, 197-200).

. . . El Panteísmo *puede* ser “físicamente redescubierto”. Fue conocido, visto y sentido por toda la antigüedad. El Panteísmo se manifiesta en la vasta extensión de los estrellados cielos, en la respiración de los mares y océanos, y en el hálito de vida de la hierbecilla más diminuta. La Filosofía rechaza un Dios *finito e imperfecto* en el Universo, la deidad antropomórfica del monoteísta, tal como la representan sus adoradores. Repudia, en virtud de su nombre de *Filo-teosofía*, la idea grotesca de que la Deidad Infinita, Absoluta, tenga, o mejor dicho, pueda tener relación alguna directa o indirecta con las evoluciones finitas ilusorias de la Materia, y por consiguiente, no puede imaginar un universo *fuera* de aquella Deidad, o la ausencia de la misma de la mas diminuta partícula de la Substancia animada o inanimada. No significa esto que cada rama, árbol o piedra, sea Dios o *un* Dios; sino que cada partícula del material manifestado del Kosmos pertenece a Dios y es la Substancia de Dios, por muy baja que pueda haber caído en su rotación cíclica a través de las Eternidades de lo Siempre Viniendo a Ser; y también que cada punto de estos individualmente, y el Kosmos colectivamente, es un aspecto y un recordatorio de aquella Alma universal Una, que la Filosofía se niega a llamar Dios, limitando así la Raíz y Esencia eterna siempre presente. (D.S. II, 399).



. . . Si en la Naturaleza existiera lo que llaman un vacío, debe este encontrarse, según la ley física, en las mentes de los desamparados admiradores de las “lumbreras” de la Ciencia, que se pasan el tiempo destruyendo mutuamente sus enseñanzas. Si alguna vez ha tenido aplicación la teoría de que “dos luces producen oscuridad” es en este, caso, donde una mitad de las “lumbreras” impone sus fuerzas y “modos de movimiento” a la creencia de los fieles, y la otra mitad se opone hasta a la existencia de los mismos. “Eter, Materia, Energía”–trinidad sagrada hipostática, los tres principios del Dios verdaderamente *desconocido* de la Ciencia, llamado por ellos la NATURALEZA FISICA.

La Teología es puesta a prueba y ridiculizada por creer en la unión de tres personas en un Dios superior –un Dios como substancia, tres personas como individualidad–; y de nosotros se ríen por nuestra creencia en doctrinas no probadas e improbables, en Ángeles y Demonios, Dioses y Espíritus. Y, en efecto, lo que hizo que los hombres de ciencia triunfasen de la teología en el gran “Conflicto entre la Religión y la Ciencia” fue precisamente el argumento de que ni la identidad de esa substancia, ni la triple personalidad proclamada –después de haber sido concebida, inventada y elaborada en las profundidades de la ciencia teológica– podía probarse que existiesen por ningún método científico inductivo de razonamiento, y mucho menos por la evidencia de nuestros sentidos. La Religión tiene que perecer, se dice, porque enseña “misterios”. “El misterio es la negación del sentido común”, y la Ciencia lo rechaza. Según Mr. Tyndall, la metafísica es una “ficción” lo mismo que la poesía. El hombre de ciencia “no se fía de nada”, rechaza todo “lo que no se prueba”, mientras que el teólogo acepta “todo en la fe ciega”. El teósofo y el ocultista, que de nada se fían, ni siquiera de la Ciencia *exacta*; el espiritista que niega los dogmas, pero que cree en espíritus y en *influencias invisibles, pero potentes*, todos participan en el mismo desprecio. Está bien, pues; y ahora lo que tenemos que hacer es examinar por última vez si la Ciencia *exacta* no obra precisamente del mismo modo que lo hacen la Teosofía, el Espiritismo y la Teología.

En un libro de Mr. S. Laing, considerado como obra maestra en ciencia, *Modern Science and Modern Thought*, cuyo autor, según la revista laudatoria del *Times*, “exhibe con gran poder y efecto los inmensos descubrimientos de la Ciencia y sus grandes victorias sobre las opiniones antiguas, cuando quiera que tienen la temeridad de oponerse a sus conclusiones”, leemos lo siguiente:

¿De qué está compuesto el universo material? De Éter, Materia y Energía.

Nos detenemos para preguntar, ¿qué es Éter? Y Mr. Laing contesta en nombre de la Ciencia:



El Éter no lo conocemos realmente por experimento alguno en que los sentidos puedan entender, pero es una especie de substancia matemática que nos vemos precisados a suponer para poder explicar los fenómenos de la luz y del calor (Cap. III. "On Matter").

¿Y qué es la Materia? ¿Sabéis algo más de ella que lo que sabéis acerca del agente "hipotético", Éter?

En estricta exactitud, es verdad que las investigaciones químicas nada pueden decirnos directamente sobre la composición de la materia viva y... es también igualmente verdad que nada sabemos acerca de la composición de ningún cuerpo [material], cualquiera, que sea (*Lecture on Protoplasm*, por Mr. Huxley).

¿Y la Energía? .Seguramente que podréis definir la tercera persona de la Trinidad de nuestro Universo Material? La contestación podemos encontrarla en cualquier libro de física.

La Energía es aquello que solo nos es conocido por sus efectos.

Sírvase explicarlo, porque esto es un poco confuso.

[En mecánica hay la energía actual y la potencial: el trabajo que se ejecuta y la capacidad para ejecutarlo. En cuanto a la naturaleza de la Energía molecular o las Fuerzas], los fenómenos varios que los cuerpos presentan muestran que sus moléculas están bajo la influencia de dos fuerzas contrarias: una que tiende a unir las y la otra a separarlas...; la primera fuerza... es llamada *atracción molecular*... la segunda es debida a la *vis viva*, o fuerza moviente (*Física* de Ganot, pág. 68, traducción de Atkinson).

Precisamente: lo que necesitamos saber es la naturaleza de esta *fuerza moviente*, de esta *vis viva*. ¿Qué es?

"¡NO LO SABEMOS!" –es la contestación invariable–. "Es una sombra vacía de mi imaginación" –explica Mr. Huxley en su *Physical Basis of Life*.

De modo que todo el edificio de la Ciencia Moderna está construido sobre una especie de "abstracción matemática", sobre una Substancia proteica que elude los sentidos" (Dubois Reymond), y sobre *efectos*, el fuego fatuo, opaco e ilusorio de un *algo* completamente desconocido para la Ciencia y fuera de su alcance. ¡Átomos "que se mueven por sí mismos"! ¡Soles, Planetas y Estrellas *con movimiento propio*! .Pero quienes, pues, o *qué* son todos ellos, si están dotados de movimiento suyo propio? ¿Por qué, pues, vosotros los físicos os habéis de reír y burlaros de nuestro "Arqueo de movimiento propio"? El misterio es rechazado y despreciado por la Ciencia, y como dijo con mucha verdad el Padre Félix:

Ella no puede escapar de él. El misterio es la fatalidad de la Ciencia.



El lenguaje del predicador francés es el nuestro, y lo hemos citado en *Isis sin Velo*.

¿Quién de vosotros –pregunta– hombres de ciencia ha podido penetrar el secreto de la formación de un cuerpo, la generación de un solo átomo? .Que es lo que hay, no diré en el centro de un sol, sino en el centro de un átomo? ¿Quien ha sondeado las profundidades del abismo de un grano de arena? El grano de arena, señores, ha sido estudiado durante miles de años por la Ciencia; le ha dado vueltas y vueltas; lo divide y subdivide; lo atormenta con sus experimentos; lo cansa con sus preguntas, para arrancarle la última palabra acerca de su constitución secreta; le pregunta con curiosidad insaciable: “.Debo dividirte hasta el infinito?” Luego, suspendida sobre este abismo, la Ciencia vacila, tropieza, se siente deslumbrada, se aturde, y en la desesperación exclama: “No sé”.

Pero si sois tan fatalmente ignorantes de la génesis y la naturaleza oculta de un grano de arena, ¿cómo podéis conocer intuitivamente la generación de un solo ser vivo? .De donde le viene la vida a este ser? .Donde comienza? .Cual es el principio de vida? (Véase vol I, págs.. 338-339, citado de *Le Mystère et la Science*; Conferences, Père Félix de Notre Dame).

¿Niegan los hombres de ciencia estos cargos? De ningún modo: pues he aquí una confesión de Tyndall que muestra cuán impotente es la Ciencia, hasta en el mundo de la Materia.

La primera combinación de los átomos, de la cual depende toda acción subsiguiente, elude un poder más penetrante que el del microscopio... Por puro exceso de complejidad y mucho antes de que la observación pueda tener voto en la materia, la inteligencia más superior, la imaginación mas refinada y disciplinada, se retira confundida ante la contemplación del problema. Un asombro, que ningún microscopio puede hacer cesar, nos deja mudos; dudando no solamente del poder de nuestros instrumentos, sino hasta de si nosotros mismos poseemos los elementos intelectuales que nos permitan abordar las últimas energías constructoras de la Naturaleza. (D.S. II, 630-634)

LA “MALDICIÓN” DESDE UN PUNTO DE VISTA FILOSÓFICO

Las anteriores enseñanzas de la Doctrina Secreta, completadas por tradiciones universales, han debido demostrar ya que los *Brâhmanas* y *Purânas*, el *Vendîdâd* y otras escrituras mazdeístas; las egipcias, griegas y romanas, y finalmente, hasta los anales sagrados judíos, todas tienen el mismo origen. Ninguna de ellas es un cuento sin sentido y sin fundamento, inventado para atrapar al profano incauto; todas son alegorías que encierran, bajo un velo más o menos fantástico, las grandes verdades reunidas en el mismo campo de la tradición prehistórica. La falta de espacio nos impide entrar, en estos volúmenes, en más minuciosos detalles acerca de las cuatro Razas que han precedido a la nuestra. Pero antes



de presentar al lector la historia de la evolución psíquica y espiritual de los padres directos antediluvianos de nuestra Quinta Humanidad (la Aria), y antes de demostrar su influencia sobre todas las ramas laterales desarrolladas del mismo tronco, tenemos que dilucidar algunos hechos más. Se ha mostrado con el testimonio de todo el mundo literario antiguo, y las especulaciones intuitivas de más de un filósofo y hombre científico de las últimas edades, que las enseñanzas de nuestra Doctrina Esotérica se hallan corroboradas, en casi todos los casos, tanto por pruebas deducidas como por las directas, y que ni los Gigantes “legendarios” ni los perdidos Continentes, así como tampoco la evolución de las Razas precedentes, son cuentos sin ningún fundamento. En la Adenda del siguiente volumen, la Ciencia se verá más de una vez imposibilitada de replicar; y esperamos que esa Adenda resolverá todas las observaciones escépticas que se presenten respecto al número sagrado en la naturaleza, y a nuestras cifras en general.

Mientras tanto, fáltanos por concluir una tarea: la refutación del más pernicioso de todos los dogmas teológicos, la MALDICIÓN bajo la cual se dice ha sufrido la humanidad desde la supuesta desobediencia de Adán y Eva en el jardín del Edén.

Los poderes creadores del hombre fueron un don de la Sabiduría Divina, no consecuencia del pecado. Esto se ve claramente en la conducta paradójica de Jehovah, que *maldice* primero a Adán y Eva (o la Humanidad) por el supuesto crimen cometido, y luego *bendice* a su “pueblo escogido” diciendo: “Creced y multiplicaos, y llenad la tierra” (*Génesis*, IX, 1). La Maldición no fue atraída sobre la humanidad por la Cuarta Raza, pues la Tercera, relativamente sin pecado, los antediluvianos aun más gigantescos, habían perecido del mismo modo; por tanto, el Diluvio no fue un castigo, sino simplemente resultado de una ley periódica y geológica. Tampoco cayó sobre ellos la maldición del KARMA por buscar la unión *natural*, como hacen todos los animales sin mente en las épocas debidas; sino por abusar del poder creador, por degradar el don divino y malgastar la esencia de la vida sin más objeto que la satisfacción personal bestial. Cuando se comprende, se ve que el tercer capítulo del *Génesis* se refiere al Adán y Eva de la Tercera Raza que terminaba, y de la Cuarta que empezaba. En el principio, la concepción era tan fácil para la mujer como para toda la creación animal. Nunca estuvo en el plan de la Naturaleza que la mujer diese a luz a sus hijos en el “dolor”. Desde aquella época, sin embargo, durante la evolución de la Cuarta Raza, se declaró la enemistad entre su simiente y la simiente “de la Serpiente”, la simiente o producto del Karma y de la Sabiduría Divina. Pues la semilla de la mujer, la lujuria, *aplastó la cabeza* de la semilla *del fruto de la sabiduría y del conocimiento*, convirtiendo todo el misterio de la procreación en satisfacción animal; de aquí que la ley del Karma “magullase el talón” de la Raza Atlante, cambiando de un modo gradual, fisiológica, moral, física y mentalmente la naturaleza toda de la Cuarta Raza



humana (Cuán sabias y grandes, cuán previsoras y moralmente beneficiosas son las leyes de Manu sobre la vida conyugal, comparadas con la licencia tácitamente permitida al hombre en los países civilizados! El que aquellas leves hayan sido desatendidas en los dos últimos milenios no nos impide admirar su previsión. El Bramán era un *Grihasta*, un hombre de familia, hasta cierto período de su vida en que, después de engendrar un hijo, rompía con la vida matrimonial y se convertía en un casto Yogi. Su misma vida matrimonial era regulada por su astrólogo Brahmán, con arreglo a su naturaleza. Por tanto, en los países como el Punjab, por ejemplo, en donde la influencia letal de la licencia musulmana y más tarde de la europea, apenas ha tocado a las castas arias ortodoxas, se encuentran todavía los hombres más hermosos –en lo que respecta a la estatura y la fuerza física– de todo el Globo; mientras que los hombres poderosos de la antigüedad se han visto reemplazados en el Deccan, y especialmente en Bengala, por hombres cuya generación se vuelve con cada siglo, y casi con cada año, más pequeña y débil), hasta que, en lugar de ser el rey saludable de la creación animal de la Tercera Raza, el hombre se convirtió en la Quinta, nuestra Raza, en un ser escrupuloso e impotente, y vino a ser el heredero más rico del Globo de enfermedades de constitución y hereditarias, el más consciente e inteligentemente bestial de todos los animales (Las enfermedades y el exceso de población son hechos que no pueden negarse).

Ésta es la verdadera Maldición desde el punto de vista fisiológico, casi la única que se indica en el Esoterismo kabalístico. Considerada bajo este aspecto, la Maldición es innegable, porque es evidente. La evolución intelectual, marchando en su progreso mano a mano con la física, ha sido, ciertamente, una maldición más bien que una bendición; un don apresurado por los “Señores de Sabiduría”, que derramaron sobre el *Manas* humano el fresco rocío de su propio Espíritu y Esencia. El Divino Titán ha sufrido, pues, en vano; y casi se siente uno inclinado a lamentar su beneficio a la humanidad, y a suspirar por aquellos días tan gráficamente descritos por Esquilo en su “Prometeo Encadenado”, cuando al final de la primera Edad Titánica (la Edad que siguió a la del Hombre Etéreo, del piadoso Kandu y Pramlochâ) el hombre físico naciente, todavía sin intelecto y (fisiológicamente) sin sentidos, se describe como:

Viendo, veían en vano; Oyendo, no oían: sino que semejantes a las sombras en sueños, Durante largo tiempo, todo lo confundían al acaso.

Nuestros Salvadores, los Agnishvâtta y otros “Hijos divinos de la Llama de la Sabiduría”, personificados por los griegos en Prometeo (En el libro de Mrs. Anna Sivanwick, *The Dramas of Æschylus*, se dice de “Prometeo Encadenado”(“Biblioteca Clásica de Bohn”, pág. 334), que Prometeo aparece verdaderamente “como el bienhechor y campeón de la humanidad, cuyo estado... se describe como débil y miserable en extremo... Zeus, se dice, se propuso aniquilar a estos efímeros enfermizos, y poner otra raza en su lugar en la tierra”. Vemos en las Estancias a los Señores del Ser haciendo lo mismo, y exterminando el primer producto de la Naturaleza y del Mar. “Prometeo se *representa* como habiendo frustrado este designio, siendo, en su consecuencia, sujeto a las torturas más desgarradoras, por el bien de los mortales, infligidas por la crueldad sin remordimiento de Zeus. Tenemos, pues, al Titán, el símbolo de la razón finita y del libre albedrío [de la humanidad intelectual, o el aspecto más elevado de Manas], descrito *como*



el filántropo sublime, mientras que a Zeus, la Suprema Deidad de Hellas, se le representa como déspota cruel y terco, carácter especialmente repulsivo al sentimiento ateniense”. La razón de esto se explica más adelante. La “Deidad Suprema” tiene en todos los Panteones antiguos, incluso el de los judíos, un carácter *doble*, compuesto de luz y sombra), bien pueden quedar desconocidos y, sin que se les dé las gracias, en la injusticia del corazón humano. En nuestra ignorancia de la verdad, pueden ser indirectamente maldecidos por el don de Pandora; pero verse proclamados y declarados DEMONIOS por boca del clero es un Karma demasiado pesado para “Aquel” que, cuando Zeus “deseó ardientemente” extinguir toda la raza humana, “se atrevió él solo” a salvar a la “raza mortal” de la perdición, o, como se hace decir al Titán que sufre:

Para que no se hundieran, arrebatados al tenebroso Hades,

Por esto, terribles torturas me oprimen,

Cruel sacrificio, que a lástima mueve,

Yo que a los mortales compadecí...

El coro observa muy pertinentemente:

¡Gran beneficio fue el que a los mortales otorgaste!

Prometeo contesta:

Sí, y además les di el fuego.

CORO: ¿Conque el fuego llameante esos seres efímeros poseen?

PROM.: Sí, y por él muchas artes con perfección aprenderán...

Pero con las artes, el “fuego” recibido se ha convertido en la mayor de las maldiciones; el elemento animal y la *conciencia* de su posesión han cambiado el instinto periódico en animalismo y sensualidad crónica (El mundo animal, que sólo tiene como guía el instinto, tiene sus *épocas de procreación*: y durante el resto del año, los sexos se neutralizan. Por tanto, el animal libre sólo conoce la enfermedad una vez en su vida: antes de morir). Esto es lo que amenaza a la humanidad como pesado manto funerario. Así surge la responsabilidad del libre albedrío; las pasiones Titánicas que representan a la humanidad en su aspecto más sombrío:

La insaciabilidad constante de las pasiones y deseos inferiores que, con cínica insolencia, desafían las trabas de la ley (Introducción a “Prometeo Encadenado”, pág. 340).

Habiendo Prometeo dotado al hombre, según el *Protágoras* de Platón, con aquella “sabiduría que suministra el bienestar físico”, y no habiendo cambiado el aspecto inferior del Manas del animal (Kâma), en lugar de “una mente inmaculada, primer don del cielo”, se creó el eterno buitre del deseo jamás satisfecho, del pesar y de la desesperación, acoplado a la “debilidad soñolienta



que encadena a la raza ciega de los mortales” [556], hasta el día en que Prometeo sea puesto en libertad por su libertador, destinado por el cielo, Heracles.

Ahora bien; los cristianos, especialmente los católicos romanos, han tratado de relacionar proféticamente este drama con el advenimiento de Cristo. No se podía cometer error mayor. El verdadero teósofo, el que busca la Sabiduría Divina y rinde culto a la Perfección absoluta –la Deidad Desconocida, que no es Zeus ni Jehovah–, rechazará tal idea. Señalando a la antigüedad, probará que jamás ha habido un pecado original, sino sólo un abuso de la inteligencia física siendo guiado lo psíquico por lo Animal, y extinguiendo entre ambos la luz de lo Espiritual. Dirá él, pues: ¡Todos los que podáis leer entre líneas, estudiad la Antigua Sabiduría en los viejos dramas, indos y griegos; leed con atención el “Prometeo Encadenado”, representando en los teatros de Atenas hace 2.400 años! El mito no pertenece a Hesiodo ni a Esquilo; sino que, como Bunsen dice, “es más antiguo que los mismos helenos”, pues verdaderamente pertenece a la aurora de la conciencia humana. El Titán crucificado es el símbolo personificado del Logos colectivo, la “Hueste”, y de los “Señores de la Sabiduría” o el HOMBRE CELESTE, que encarnó en la Humanidad. Además, según demuestra su nombre (Pro–me–theus, “el que va ante él” o el futuro) (De poo mh<tiç, “previsión”. “El profesor Kuhn”, se nos dice en los mencionados libros, *The Dranzas of Æschylus*, “considera el nombre del Titán como derivado de la palabra sánscrita Pramantha, el instrumento usado para encender fuego. La raíz *mand* o *manth*, implica movimiento rotatorio, y la palabra *manthâmi*, usada para denotar el proceso de encender el fuego, adquiriría el secundario significado de arrebatar; de aquí que encontremos otra palabra del mismo tronco, *pramatha*, que significa robo”. Esto es muy ingenioso, pero quizá no del todo exacto; además, hay un elemento muy prosaico en ello. No hay duda que en la naturaleza física, las formas elevadas pueden desarrollarse de las inferiores, pero en el mundo del pensamiento no es lo mismo. Y como se nos dice que la palabra *manthâmi* pasó a la lengua griega y se convirtió en la palabra *manthanô*, aprender (esto es, adquirir conocimiento, y de aquí *prometheia*, conocimiento previo, previsión), podemos encontrar un origen más poético para el “portador del fuego”, que el que deriva de su origen sánscrito. La Svástica, el signo sagrado, y el instrumento para encender el fuego *sagrado*, puede explicarlo mejor. “Prometeo, el portador del fuego, es el personificado Pramantha”, continúa el autor, “y encontramos su prototipo en el Mâtarishvan ario, un personaje... divino, estrechamente relacionado con Agni, el dios del fuego de los Vedas”. Matih, en sánscrito, es “entendimiento” [intelecto] y sinónimo de MAHAT y de MANAS, y debe tener algo que ver en el origen del nombre; Pramatih [el que es inteligente] es el hijo de Fohat, y tiene también su historia), en lo que él ideó y enseñó a la humanidad, la penetración psicológica no era lo de menos. Pues según sus quejas a las hijas del Océano:

De modos diversos determiné las profecías [492]

Y entre los sueños distinguí primeramente

La visión verdadera... y a los mortales guié



A un arte misterioso...

Todas las artes, de Prometeo los mortales recibieron.

Dejando, por unas páginas, el asunto principal, detengámonos a ver lo que puede ser el significado oculto de esta tradicional alegoría, una de las más antiguas así como de las más sugestivas. Como se relaciona directamente con las primeras Razas, no será esto una verdadera digresión.

El asunto de la trilogía de Esquilo, de la cual se han perdido dos piezas, es conocido de todo lector culto. El Semidiós roba a los Dioses (los Elohim) su secreto, el misterio del *Fuego Creador*. Por este atentado sacrílego, Cronos (Cronos es el "Tiempo", y por esto la alegoría es muy sugestiva) lo derriba y le entrega a Zeus, el Padre y Creador de una humanidad que él hubiera deseado ciega intelectualmente y semejante al animal; una Deidad *Personal* que no quería ver al HOMBRE "como uno de nosotros". Por tanto, Prometeo, el "Dador del Fuego y de la Luz", es encadenado al Monte Cáucaso y condenado a la tortura. Pero el Destino triforme (Karma) cuyos decretos, como dice el Titán, hasta Zeus –

Ni aun él al destino escapar puede...

–ordena que estos sufrimientos sólo durarán hasta el día en que nazca un hijo de Zeus–

Sí, un hijo más fuerte que su padre. [787]

Uno de tu propia estirpe [de lo] será. [791]

Este "Hijo" librará a Prometeo (la humanidad que sufre) de su propio don fatal. Su nombre es "Aquel que tiene que venir".

Bajo la autoridad, pues, de estas pocas líneas, las cuales, como toda otra sentencia alegórica, puede ser amoldada a cualquier sentido (bajo la autoridad de las palabras pronunciadas por Prometeo y dirigidas a lo, la hija de Inaco, perseguida por Zeus), toda una profecía ha sido construida por algunos escritores católicos. Dice el Titán crucificado:

Y, portento increíble, las encinas parlantes

Las cuales claramente, sin enigmática frase,

Te proclamaron *como la ilustre esposa de Zeus*

-----"[853]"



-----halagándote

Con sólo el suave contacto de su diestra;

Luego *al oscuro Epafos* parirás, cuyo nombre

Registra su concepción sagrada... [870]

Esto fue interpretado por varios fanáticos (Des Mousseaux y De Mirville, entre otros) como una clara profecía. lo “es la madre de Dios”, se nos dice, y el “oscuro Epafos”, Cristo. Pero este último no ha destronado a su Padre, excepto metafóricamente, si nos referimos a Jehovah como el Padre; ni el Salvador cristiano ha precipitado a *su* Padre en el Hades Prometeo dice (en el verso 930) que Zeus será también humillado:

-----tal matrimonio prepara

Que desde el trono de su poderío a la nada

Lo precipitará; cumpliráse así en todo

La maldición de su padre Cronos...

-----Dejadle, pues, estar

Confiado en su alto y mugiente trueno,

blandiendo con ambas manos el rayo fiero;

Pues *éstos no le librarán, y tendrá que caer,*

Caída ignominiosa, intolerable... [980]

El “oscuro Epafos” era el Dionisio–Sabasius, hijo de Zeus y de Deméter en los Misterios Sabasios, durante los cuales el “Padre de los Dioses”, tomando la forma de *Serpiente*, engendró con Deméter a Dionisio, o el Baco Solar. lo es la Luna y, al mismo tiempo, la Eva de una *nueva raza*, y lo mismo es Deméter, en el caso presente. El mito de Prometeo es verdaderamente una profecía; pero no se refiere a ninguno de los Salvadores cíclicos que han aparecido periódicamente en varios países y en diversas naciones, en sus estados transitorios de evolución. Se refiere al último de los misterios de las transformaciones cíclicas, en cuya serie la humanidad, habiendo pasado del estado etéreo al físico sólido, desde la procreación espiritual a la fisiológica, marcha ahora adelante en el arco opuesto del ciclo, hacia esa segunda fase de su estado primitivo en que la *mujer no conocía hombre*, y la progenie humana *era creada, no engendrada*.



Ese estado volverá al mundo en general cuando éste descubra y aprecie realmente las verdades que yacen en el fondo de este gran problema del sexo. Será él como la “luz que nunca ha brillado ni en la tierra ni en el mar”; y tiene que llegar a los hombres por medio de la Sociedad Teosófica. Esa luz conducirá a la *verdadera intuición espiritual*.

Entonces, según se dijo una vez en una carta a un teósofo:

El mundo tendrá una raza de Buddhas y Cristos, porque el mundo habrá descubierto que está en su poder el procrear niños semejantes a Buddha, o Demonios... Cuando este conocimiento venga, todas las religiones dogmáticas, y con éstas los Demonios, se extinguirán.

Si reflexionamos sobre el desarrollo sucesivo de la alegoría, y del carácter de los héroes, el misterio puede descifrarse. Cronos es, por supuesto, el “Tiempo”, en su curso cíclico. Devora él a sus hijos, incluso a los Dioses *personales* de los dogmas exotéricos. En lugar de Zeus, ha devorado él a su ídolo de piedra; pero el símbolo ha crecido, y sólo se ha desarrollado en la fantasía humana, a medida que la humanidad ha descendido en el ciclo hacia su perfección intelectual y física solamente, no hacia la espiritual. Cuando haya progresado igualmente en su evolución espiritual, Cronos no seguirá engañándose. En lugar de la imagen de piedra, se tragará a la misma ficción antropomórfica. Porque la Serpiente de la Sabiduría, representada en los Misterios Sabasios por el Logos antropomorfizado, la unidad de los Poderes espirituales y físicos, creará con el Tiempo (Cronos) una progenie: Dionisio–Baco o el “oscuro Epafos”, el “poderoso”, la Raza que le derribará. ¿En dónde nacerá? Prometeo muestra su origen y lugar de su nacimiento en su profecía a Io. Io es la Diosa Lunar de la generación, pues ella es Isis y es Eva, la Gran Madre (Quéjase el autor de la versión y traductor de “Prometeo Encadenado” de que en este trazado de la marcha vagabunda de Io “no se pueda llegar a un acuerdo con nuestra propia geografía” (pág. 379). Puede que haya buenas razones para ello. En primer término, es el viaje y el vagar de un lugar a otro de la Raza de la cual tiene que salir el “décimo” o el llamado Kalki Avatâra. A ésta la llama la “raza de reyes nacida en Argos” (888). Pero Argos aquí no se refiere al Argos de Grecia. Viene de *arg* o *arka*, el poder femenino generador simbolizado por la Luna, el Argha en forma de nave de los Misterios, que significa la Reina del Cielo. Eustaquio muestra que, en el dialecto de los Arg–ianos, lo significaba la Luna; mientras que el Esoterismo lo explica como el Andrógino divino, o el Diez (10) místico; en hebreo 10 es el número perfecto o Jehovah. Arghya, en sánscrito, es la copa de libación, el vaso en forma de nave o bote en el que se ofrecen flores y frutos a las Deidades. Arghyanâth es un título del Mahâ Chohan, que significa el “Señor de las Libaciones”, y Arghyavarsha, la “Tierra de las Libaciones”; es el nombre misterioso de aquella región que se extiende desde la montaña Kailâsa hasta cerca del Desierto de Shamo, de dónde se espera el Kalki Avatâra. El Airyâna–Varsedyâ [¿Airyana Vaêjó?] de los mazdeístas, como lugar, es idéntico a aquélla. Ahora se dice que ha sido situada entre el Mar de Aral, Baltistán, y el Pequeño Tíbet; pero en los tiempos antiguos su área era mucho más extensa, por ser el país del nacimiento de la humanidad física, de la cual Io es la madre y símbolo). Él muestra el sendero de la marcha (de las razas), tan claramente



cómo pueden expresarlo las palabras. Ella tiene que dejar Europa e ir al continente asiático, llegando allí a la más elevada de las montañas del Cáucaso (véase 737); pues el Titán le dice –

Cuando el río atraveses que separa

Entrambos continentes, hacia el Oriente abrasador... [810]

tiene que viajar en dirección al Este, después de pasar el “Bósforo Kimmeriano” y cruzar lo que evidentemente es el Volga y ahora Astrakhan sobre el mar Caspio.

Después de esto encontrará “furiosos vientos del Norte”, y de allí pasará al país de la “hueste de Arimaspián” (al Este de la Escitia de Herodoto) hacia

Las oxidas cargadas de oro de Plutón... [825]

Lo cual ha conjeturado acertadamente el profesor Newman que significa el Ural, siendo los Arimaspi de Herodoto “los habitantes conocidos de esta región aurífera”.

Y ahora se presenta (entre los versículos 825 y 835) un enigma para todos los intérpretes europeos. Dice el Titán:

No te acerques a éstos [a los Arimaspi y Grifos]; a una tierra mucho más lejana

Llegarás después, donde mora una raza negra

Cerca de las fuentes del Sol, de donde viene el Etíope río;

Seguirás por sus orillas hasta que llegues

A los poderosos rápidos, de do las Biblinas alturas

Envían al Neilos aguas sacras y puras.

Allí se ordenó a lo que fundase una colonia para ella y sus hijos. Ahora veremos cómo ha sido interpretado el pasaje. A lo se le dice que tiene que viajar hacia Oriente hasta llegar al río Ethiops, el cual tendrá que seguir hasta su caída en el Nilo, de donde la perplejidad. “Según las teorías geográficas de los primeros griegos”, nos dice el autor de la versión de “Prometeo Encadenado”:

Esta condición la llenaba el río Indus. Arrian (VI, 1) refiere que Alejandro el Grande, al estarse preparando para navegar por el Indus [habiendo visto cocodrilos en este río y en ningún otro, excepto en el Nilo...], le pareció que había descubierto las fuentes del Nilo; como si éste, saliendo de algún lugar de la India, y corriendo a través de mucha tierra desierta, perdiese por esto su nombre de Indus, corriese... luego por tierras inhabitadas, y fuese entonces llamado Nilo por los etíopes de aquellos lugares, y después por los egipcios. Virgilio, en la Geórgica IV, se hace eco de este antiguo error (*Ob. cit.*, pág. 385, nota).



Tanto Alejandro como Virgilio pueden haberse equivocado considerablemente en sus nociones geográficas; pero la profecía de Prometeo no ha pecado del mismo modo, ni mucho menos; en todo caso, no en su espíritu esotérico. Cuando se simboliza cierta Raza, y se dan los sucesos de su historia alegóricamente, no hay que esperar una exactitud topográfica en el itinerario trazado para su personificación. Sin embargo, sucede efectivamente que el río Ethiops es el Indus, y es también el Nil o Nîlâ. Es el río que nace en la montaña, la Celeste Kailâsa, la Mansión de los Dioses, a 22.000 pies sobre el nivel del mar. Era el río Ethiops, y así fue llamado por los griegos mucho tiempo antes de los días de Alejandro, porque sus orillas, desde Attock hasta Sind, estaban pobladas por tribus a quienes generalmente se llamaba etíopes orientales. La India y Egipto eran dos naciones hermanas, y los etíopes orientales –los poderosos constructores– vinieron de la India, como está bastante bien probado, según creemos, en *Isis sin Velo* (Vol. I, págs. 569–570).

En este caso ¿por qué no ha de haber podido Alejandro, y hasta el erudito Virgilio, usar de la palabra Nilo o Neilos al hablar del Indus, puesto que es uno de sus nombres? Hasta hoy día el Indus es llamado en las regiones alrededor de Kalabagh, Nîl, “azul”, y Nîlâ, el “río azul”. Las aguas son allí de tal color azul oscuro, que este nombre le fue dado desde tiempo inmemorial; y una pequeña ciudad situada en sus orillas, y que existe hasta hoy, lleva el mismo nombre. Es evidente que Arrian, que escribió mucho tiempo después de los días de Alejandro, y que ignoraba el antiguo nombre del Indus, ha calumniado inconscientemente al conquistador griego. Nuestros modernos historiadores no han sido tampoco más cautos al juzgar como lo han hecho, pues a menudo hacen las declaraciones más concluyentes por meras apariencias, lo mismo que sus antiguos colegas de antaño, cuando no había Enciclopedia alguna a su disposición.

La raza de lo, la “doncella con cuernos de vaca”, es, pues, sencillamente la raza avanzada primitiva de los etíopes, traída por ella del Indus al Nilo, el cual recibió su nombre en memoria del río madre de los colonos de la India (Alejandro, que conocía más Attock que la India, pues él nunca penetró propiamente en ésta, no debió dejar de oír que al Indus lo llamaban cerca de sus propias fuentes, Nîl y Nîlâ. El error, si es que lo hay, se explica, pues, fácilmente). Por tanto, Prometeo dice a lo (Que lo es idéntica alegóricamente a Isis y a la Lunae demuestra por tener ella “cuernos de vaca”. Es innegable que la alegoría llegó a Grecia de la India, en donde Vâch, la “Vaca melodiosa” del *Rig Veda*, “de la cual se produjo la humanidad” (*Bhâgavata Purâna*), es presentada en el *Aitareya Brâhmana* como perseguida por su padre Brahmâ, impulsado por una pasión ilícita, y la cambió en Gamo. De aquí que, rehusando lo acceder a la pasión de Júpiter, fue revestida con “cuernos”. La Vaca era en todos los países el símbolo del poder generador pasivo de la naturaleza. Isis, Vâch, Venus – la madre del prolífico Dios del Amor, Cupido; pero al mismo tiempo el del Logos, cuyo símbolo, entre los egipcios y los indios, fue el Toro, como lo atestiguan el Buey Apis y los Toros Indos de los templos más antiguos. En la Filosofía Esotérica, la Vaca es el símbolo de la Naturaleza Creadora, y el toro (Su ternera) el Espíritu que la vivifica o el “Espíritu Santo”, como lo indica el Dr. Kenealy. De aquí el símbolo de



los cuernos. Éstos eran también sagrados entre los judíos, quienes colocaban en el altar cuernos de madera de Setin, y los criminales que los cogían aseguraban su salvación) que el Neilos sagrado –el Dios, no el río– la guiará “a la tierra *de tres ángulos*”, a saber, el Delta, en donde se ordenó previamente a sus hijos que fundasen “aquella remota colonia” (833 y sig.).

Allí es donde una nueva raza principia (los egipcios), y una “raza femenina” [873], la cual, la “quinta en descendencia” del oscuro Epafos:

En número de cincuenta volverá a Argos.

Luego una de las cincuenta vírgenes caerá por el amor y

... Tendrá con Argos una raza de reyes

Pero de esta estirpe saldrán héroes indomables,

Arqueros famosos, que me libertarán de estos males.

Cuándo surgirán estos héroes es lo que el Titán no dice; pues, según observa:

Para expresar esto extensamente, necesitase largo discurso.

Pero “Argos” es Arghyavarsha, la Tierra de las Libaciones y de los antiguos Hierofantes, de donde saldrá el Libertador de la Humanidad, nombre que se convirtió edades después en el de su vecina la India: la Aryâvarta de antaño.

Varios escritores antiguos, entre ellos Cicerón (*Tuscul. Quæst.*, I, II, 20) y Clemente de Alejandría (*Strom.*, I, II; *Oper.*, I, 467. Ed. de Potter), han dicho que el asunto formaba parte de los Misterios Sabasian. Estos últimos escritores son los únicos que atribuyen a su verdadera causa el hecho de haber sido Esquilo acusado por los atenienses de sacrilegio y condenado a morir apedreado. Dicen ellos que Esquilo, no estando iniciado, había profanado los Misterios exponiéndolos en sus Trilogías en un escenario público (Herodoto y Pausanias suponían que la causa de la condena fue que Esquilo, adoptando la teogonía de los egipcios, hacía a Diana hija de Ceres y no de Latona. (Véase *Ælian, Var. Hist.*, I, V, XVIII; I, 433, edición Gronov). Pero Esquilo *estaba* iniciado). Pero hubiera incurrido en la misma pena si hubiese sido iniciado; lo cual es lo que debe haber sucedido, porque de otro modo hubiera tenido, como Sócrates, un Demonio que le revelase el Drama alegórico, sagrado y secreto de la Iniciación. En todo caso, el “padre de la tragedia griega” no fue quien inventó la profecía de Prometeo; pues lo que él hizo fue sólo repetir en forma dramática lo que era revelado por los sacerdotes durante los **Misterios de Sabasia (La Sabasia era una festividad periódica, con Misterios establecidos en honor de algunos Dioses, una variante de los Misterios de Mithra. Toda la evolución de las Razas se ejecutaba en estos Misterios).**



Estos últimos eran una de las festividades sagradas más antiguas, cuyo origen es hasta hoy día desconocido de la historia. Los mitólogos lo relacionan, por medio de Mithra, el Sol, llamado Sabasio en algunos antiguos monumentos, con Júpiter y Baco. Sin embargo, no fue nunca propiedad de los griegos, sino que data de tiempo inmemorial.

La traductora del drama se maravilla de que Esquilo se hiciese culpable de semejante

Discrepancia entre el carácter de Zeus, tal como se le presenta en el “Prometeo Encadenado”, y el que se describe en los demás dramas (Mrs. A. Swanwick, *ob. cit.*).

Esto es por lo que Esquilo, lo mismo que Shakespeare, fue y seguirá siendo siempre la “Esfinge” intelectual de las edades. Entre Zeus, la Deidad Abstracta del pensamiento griego, y el Zeus Olímpico, había un abismo. Este último no representaba en los Misterios más principio que el aspecto inferior de la inteligencia física humana (Manas enlazado con Kâma); mientras que Prometeo, el aspecto divino de Manas sumergido en Buddhi, al cual aspira, era el Alma divina. Siempre que a Zeus se le representa como cediendo a sus pasiones inferiores, es nada más que el Alma Humana, el Dios *celoso*, vengativo y cruel, en su Egoísmo o Yo exclusivista. De aquí que a Zeus se le represente como una Serpiente, el tentador intelectual del hombre, que, sin embargo, engendra en el curso de la evolución cíclica al “Salvador–Hombre”, al Baco Solar o Dionisio – *más que hombre*.

Dionisio es uno con Osiris, con Krishna y con Buddha, el Sabio celeste, y con el Avatâra (décimo) futuro, el Christos Espiritual glorificado, que libertará al Chrestos en sufrimiento (la humanidad, o Prometeo), en su prueba. Esto, según dicen las leyendas brahmánicas y budhistas, que repiten como eco las enseñanzas de Zoroastro y ahora las cristianas (estas últimas sólo ocasionalmente), sucederá al final del Kali Yuga. Sólo después de la aparición del Kalki Avatâra, o Sosiosh, nacerá el hombre de la mujer sin pecado. Entonces Brahmâ, la deidad hindú; Ahura Mazda (Ormuzd), la de Zoroastro; Zeus, el Don Juan olímpico griego; Jehovah, el Dios de tribu, celoso, vacilante y cruel de los israelitas, y todos sus semejantes del Panteón universal de la fantasía humana, se desvanecerán y desaparecerán en el aire sutil. Y juntamente con ellos se desvanecerán sus sombras, los *aspectos sombríos* de todas estas Deidades, representadas siempre como sus “hermanos gemelos” y criaturas, en la leyenda Exotérica: su propia *reflexión* sobre la Tierra, en la Filosofía Esotérica. Los Ahrimanes y Tifones, los Samaels y Satanes, serán todos destronados en ese día, cuando todas las pasiones malas sean subyugadas.



Hay una Ley Eterna en la Naturaleza que tiende siempre a ajustar los opuestos y a producir una armonía final. Debido a esta Ley de desarrollo espiritual que se sobrepondrá al físico y puramente intelectual, la humanidad se verá libre de sus falsos Dioses, y se verá, finalmente, redimida por sí misma.

En su revelación final, el antiguo mito de Prometeo (cuyos prototipos y antitipos se encuentran en todas las antiguas teogonías) radica en cada una de éstas, en el origen mismo del mal físico, porque está en el umbral de la vida física humana. Cronos es el “Tiempo”, cuya primera ley es que el orden de las fases sucesivas y armónicas en el proceso de la evolución durante el desarrollo cíclico, se conserve estrictamente, bajo la pena severa del desenvolvimiento anormal, con todos sus consiguientes resultados. No estaba en el programa del desarrollo natural, que el hombre, por más que sea un animal superior, se convirtiera desde luego, intelectual, espiritual y psíquicamente, en el Semidiós, que es en la Tierra, mientras que su constitución física permanece más débil, más impotente y efímera que la de casi todos los mamíferos de gran tamaño. El contraste es demasiado grotesco y violento; el tabernáculo demasiado indigno del Dios que en él mora. Así el don de Prometeo se convirtió en una maldición, aun cuando *sabida de antemano y prevista* por la Hueste personificada en ese personaje, como su nombre bien lo indica (Véase la nota (pág. 395) referente a la etimología de $\rho\omega\omicron$ – $\mu\eta\tau\iota\varsigma$ o *previsión*. Prometeo la confiesa en el drama cuando dice:

Oh éter divino, voladores vientos...

Mirad lo que yo un dios, de otros dioses sufro.

Pero, ¿qué digo? *Claramente adivinaba*

Lo que tiene que suceder-----

----- Conviene ahora

Esta suerte fatal sufrir constante

Ya que la ley del Hado es invencible... (105)

El “Hado” representa aquí a KARMA, o NÉMESIS). En esto se hallan fundados su pecado y su redención a la vez. Pues la Hueste que encarnó en una parte de la humanidad, aunque inducida a ello por Karma o Némesis, prefirió el libre albedrío a la esclavitud pasiva; el dolor, y hasta la tortura intelectual consciente, “durante el transcurso de miríadas de tiempos”, a la beatitud instintiva, imbecil y vacía. Sabiendo que semejante encarnación era prematura y no estaba en el programa de la Naturaleza, la Hueste Celestial, “Prometeo” se sacrificó, sin embargo, para beneficiar con ello a una parte, al menos, de la humanidad (La humanidad está



claramente dividida en hombres animados por Dioses y criaturas humanas inferiores. La diferencia intelectual entre las naciones arias y otras civilizadas, y los salvajes como los isleños del Mar del Sur, es inexplicable de otro modo. Ninguna clase de cultura ni generaciones preparatorias en medio de la civilización podrían elevar tales ejemplares humanos como los bosquimanos, los veddhas de Ceilán y algunas tribus africanas al mismo nivel intelectual que los arios, los semitas y los llamados turanios. La “Chispa Sagrada” falta en ellos; y ellos son las únicas razas *inferiores* en el Globo que, por fortuna, se están ahora extinguiendo rápidamente, gracias al sabio ajustamiento de la Naturaleza, que trabaja siempre en esta dirección. En verdad, la especie humana es “de una sangre”, *pero no de la misma esencia*. Nosotros somos las plantas de la Naturaleza de desarrollo artificialmente acelerado en invernaderos, y tenemos en nosotros una chispa que en ellos es latente). Pero al paso que salvaba al hombre de la oscuridad mental, le infligió las torturas de la propia conciencia de su responsabilidad (resultado de su libre albedrío), además de todos los males de que es heredero el hombre y la carne mortal. Esta tortura la aceptó Prometeo para sí, puesto que la Hueste se mezcló desde entonces con el tabernáculo preparado para ella, el cual era aún imperfecto en aquel período de formación.

Siendo incapaz la evolución espiritual de marchar a la par que la física, una vez rota su homogeneidad por la mezcla, el don se convirtió por ello en la causa principal, si no en el único origen, del Mal (El punto de vista filosófico de las metafísicas indias coloca la Raíz del Mal en la diferenciación de lo Homogéneo en lo Heterogéneo, de la Unidad en la Pluralidad). Altamente filosófica es la alegoría que muestra a Cronos maldiciendo a Zeus por destronarle, en la Edad de Oro primitiva de Saturno, cuando todos los hombres eran Semidioses, y por crear una raza física de hombres relativamente débiles e impotentes; y después, entregando a su venganza (la de Zeus) al culpable que despojó a los Dioses de su prerrogativa de crear, elevando con ello al hombre a su nivel, intelectual y espiritualmente. En el caso de Prometeo, Zeus representa a la Hueste de los Progenitores Primarios, los PITRIS, los “Padres” que crearon al hombre sin entendimiento y sin mente; al paso que el Divino Titán representa a los Creadores Espirituales, los Devas que “cayeron” en la generación. Los primeros son inferiores espiritualmente, pero más fuertes físicamente que los “Prometeos”; y, por tanto, estos últimos aparecen vencidos. “La Hueste inferior, cuya obra destruyó el Titán, echando así por tierra los planes de Zeus”, estaba en esta Tierra en su propia esfera y plano de acción; mientras que la Hueste superior estaba desterrada del Cielo, y se encontró cogido en las redes de la Materia. Los de la Hueste inferior eran dueños de todas las Fuerzas Titánicas inferiores y Cósmicas; los Titanes superiores sólo poseían el Fuego intelectual y espiritual. Este drama de la lucha de Prometeo con el Zeus sensual, déspota y tirano del Olimpo, lo vemos representado diariamente en nuestra presente humanidad; las pasiones inferiores encadenan las aspiraciones superiores a la roca de la Materia, para generar muchas veces el buitre del dolor, del pesar y del arrepentimiento. En todos estos casos se vuelve a ver de nuevo

Un dios... encadenado, presa de la angustia;



El enemigo de Zeus, odiado por todos,

un Dios, que ni aun tiene aquel supremo consuelo de Prometeo, que sufría por propio sacrificio

Porque a los hombres amaba demasiado;

pues el Titán divino es impulsado por el altruismo, y el hombre mortal por el propio interés y el egoísmo en todas las ocasiones.

El moderno Prometeo se ha convertido ahora en Epi-meteo “el que ve sólo después del suceso”; porque la filantropía universal del primero ha degenerado hace mucho tiempo en interés y adoración propios. El hombre volverá a ser el Titán *libre de antaño*; pero no antes de que la evolución cíclica haya vuelto a establecer la interrumpida armonía entre las dos naturalezas, la terrestre y la divina; después de lo cual se hará impenetrable a las Fuerzas Titánicas inferiores, invulnerable en su Personalidad e inmortal en su Individualidad. Pero esto no sucederá sino cuando haya eliminado de su naturaleza, todo elemento animal. Cuando el hombre comprenda que “*Deus non fecit mortem*” (Sap., I, 13), sino que el hombre mismo la ha creado, volverá a ser el Prometeo de antes de su Caída.

Para el simbolismo completo de Prometeo y el origen de este mito en Grecia, se envía al lector al tomo IV, Parte II, Sección 6: “Prometeo, el Titán”, etc. En dicha Parte, especie de suplemento del presente trozo, se exponen todos los informes adicionales sobre aquellas doctrinas que serán controvertidas y disputadas. Esta obra es tan heterodoxa, cuando se la confronta con los modelos aceptados de la Teología y de la Ciencia Modernas, que no se omitirá prueba alguna que tienda a mostrar que tales modelos usurpan muchas veces una autoridad ilegal. (D.S. III, 681-702).

¿ANTROPOLOGÍA ARCAICA O MODERNA?

Siempre que a un hombre de ciencia imparcial, honrado y celoso, se le presenta seriamente la cuestión sobre el Origen del Hombre, la contestación es invariablemente: “*No sabemos*”. De Quatrefages, con su actitud agnóstica, es uno de esos antropólogos.

Esto no implica que los demás hombres de ciencia no sean de buena fe y honrados; pues semejante observación tendría poco de prudente. Pero se calcula que el 75 por ciento de los hombres de ciencia europeos son Evolucionistas. ¿Son todos estos representantes del pensamiento moderno, culpables de flagrante desfiguración de los hechos? Nadie dice esto, aunque hay algunos casos excepcionales. Sin embargo, los hombres científicos, en su entusiasmo anticlerical, y desesperando de encontrar una teoría que alterne con el



darwinismo, excepto la de la “creación especial”, son inconscientemente poco sinceros al “forzar” una hipótesis cuya elasticidad es inadecuada, y que se resiente de la tensión fuerte a que ahora se la sujeta. La falta de sinceridad sobre el mismo asunto es, en todo caso, patente en los círculos eclesiásticos. El obispo Temple se ha presentado como sostenedor decidido del darwinismo en su *Religion and Science*. Este escritor clerical va hasta el punto de considerar la Materia, después que ha recibido la “impresión primordial”, como el evolucionador sin ayuda de todos los fenómenos cósmicos. Esta opinión sólo difiere de la de Hæckel en que postula una Deidad hipotética “tras del más allá”; deidad por completo apartada del funcionamiento de las fuerzas. Semejante entidad metafísica ya no es el Dios Teológico, y tiene tanto de éste como el de Kant. La tregua del obispo Temple con la ciencia materialista es, a nuestro juicio, imprudente, aparte del hecho de que ella envuelve una refutación total de la cosmogonía bíblica. En presencia de esta ostentación de servilismo ante el materialismo de nuestra “sabia” época, nosotros, los ocultistas, no podemos por menos de sonreírnos. Pero ¿cuál es la lealtad al Maestro que esos truhanes teológicos prometen a Cristo y a la cristiandad en general?

Sin embargo, no tenemos deseo alguno, por el momento, de arrojar el guante al clero; pues al presente sólo tenemos que ocuparnos de la ciencia materialista. Esta última, en la persona de sus mejores representantes, contesta a nuestra pregunta: “No sabemos”; aunque la mayor parte de ellos obra como si tuviese vinculada la Omnisciencia y todas las cosas.

Pues, a la verdad, esta contestación negativa no ha impedido a la mayor parte de los hombres de ciencia especular sobre la cuestión, tratando cada uno de que su teoría especial sea aceptada con exclusión de todas las demás. Así, desde Maillet en 1748, hasta Hæckel en 1870, las teorías sobre el origen de la especie humana han diferido tanto como las personalidades de sus mismos inventores. Buffon, Bory de St. Vincent, Lamarck, E. Geoffroy St. Hilaire, Gaudry, Naudin, Wallace, Darwin, Owen, Hæckel, Filippi, Vogt, Huxley, Agassiz, etc., cada uno ha desarrollado una hipótesis más o menos científica del génesis. De Quatrefages clasifica estas teorías en dos grupos principales: una basada en una *transmutación rápida*, y otra en una gradual; admitiendo la primera un tipo nuevo (el hombre) producido por un ser completamente distinto, y la última enseñando la evolución del hombre por diferenciaciones progresivas.

Es verdaderamente extraño que de la más científica de estas autoridades sea de donde haya emanado la más anticientífica de todas las teorías sobre el asunto del Origen del Hombre. Esto es en la actualidad tan evidente, que se aproxima rápidamente la hora en que la enseñanza corriente, sobre la procedencia del



hombre de un mamífero semejante al mono, será considerada con menos respeto que la formación de Adán del barro, y de Eva de la costilla de Adán. Porque:

Es evidente, sobre todo con arreglo a los principios más fundamentales del darwinismo, que un ser organizado no puede descender de otro cuyo desarrollo esté en un orden inverso al suyo. Por consiguiente, con arreglo a estos principios, no puede considerarse al hombre como descendiente de ningún tipo simio. (De Quatrefages, *The Human Species*, pág III. Se mencionan los desarrollos respectivos de los cráneos humanos y simios. “En el mono las circunvoluciones témporo–esferoidales, que forman el lóbulo medio, hacen su aparición y se completan antes que las circunvoluciones anteriores que forman el lóbulo frontal. En el hombre, por el contrario, las circunvoluciones frontales son las primeras en aparecer, y las del lóbulo medio se forman posteriormente”. (*ibíd*).

El argumento de Lucae *contra* la teoría del mono, basado sobre las diferentes flexiones de los huesos que constituyen el eje del cráneo en los hombres y en los antropoides, lo discute plenamente Schmidt. Admite él que:

El mono a medida que crece se hace más bestial; y el hombre... más humano -

y, verdaderamente, parece vacilar un momento antes de proseguir:

Esta reflexión del eje craneano puede, por tanto, ser subrayada más como un carácter humano, en contraste con los monos; la característica peculiar de un orden mal puede sacarse de ella; y especialmente en lo que respecta a la doctrina de la descendencia, esta circunstancia no parece en modo alguno decisiva. (*Doctrine of Descent and Darwinism*, pág. 290).

Es evidente que el escritor está un poco desconcertado con su propio argumento. Nos asegura él que echa por tierra toda posibilidad de que los monos actuales hayan sido los progenitores de la humanidad. Pero ¿no es también una negación de la simple posibilidad de que el hombre y el antropoide hayan tenido un antecesor común, hasta ahora completamente teórico? Hasta la misma “Selección Natural” se halla cada día más amenazada. Los desertores del campo de Darwin son muchos, y los que en un tiempo eran sus discípulos más ardientes, se están preparando, lenta pero seguramente, a doblar la hoja, debido a nuevos descubrimientos. En el *Journal of the Royal Microscopical Society*, de octubre 1886, podemos leer lo siguiente:

SELECCIÓN FISIOLÓGICA. – Mr. G. J. Romanes encuentra ciertas dificultades al considerar la selección natural como una teoría del origen de las especies, pues es más bien una teoría del origen de las estructuras adaptables. Propone él reemplazarla por lo que llama selección fisiológica, o segregación de los aptos. Su opinión se basa en la extrema sensibilidad del sistema reproductivo a los pequeños cambios en las condiciones de la vida, y cree que las variaciones en dirección de una esterilidad mayor o menor deben ocurrir frecuentemente en los especies salvajes. Si la variación es tal que el sistema reproductivo, al paso que muestra algún grado de esterilidad con la forma padre,



continúa siendo fértil dentro de los límites de la forma variante, la variación no se detendría por el cruzamiento, ni moriría por causa de esterilidad. Cuando ocurre una variación de esta clase, la barrera fisiológica tiene que dividir las especies en dos partes. El autor, en una palabra, considera la esterilidad mutua, no como uno de los efectos de la diferenciación, específica, sino como la causa de ella. (Serie II, vol, IV, pág. 769 (Ed. 1886). A esto añade una observación del editor que un “F. J. B.”, en el *Athenæum* (núm. 3069, agosto 21, 1886, págs. 242–3), señala que los naturalistas hace tiempo que han reconocido que hay especies “morfológicas” y “fisiológicas”. Las primeras tienen origen en la mente de los hombres, y las últimas en una serie de cambios suficientes para afectar los órganos internos, así como los externos, de un grupo de individuos relacionados. La “selección fisiológica” de las especies morfológicas es una confusión de ideas; la de las especies fisiológicas, una redundancia de términos).

Se ha intentado demostrar que lo anterior es un complemento y continuación de la teoría darwiniana; pero resulta un intento muy tosco cuando más. Pronto se le exigirá al público que crea que la *Evolution without Natural Selection*, de Mr. C. Dixon, es también darwinismo – ¡ampliado, según pretende el autor, por cierto!

Pero es lo mismo que dividir el cuerpo de un hombre en tres pedazos, y luego sostener que cada pedazo es el mismo hombre que antes, aunque ampliado. Sin embargo, el autor dice:

Téngase bien entendido que ni una sola sílaba de las anteriores páginas ha sido escrita en sentido antagónico a la teoría darwiniana de la Selección Natural. Todo lo que he hecho es explicar ciertos fenómenos...; cuanto más se estudian las obras de Darwin, más convencido queda uno de la verdad de sus hipótesis [¡!]. (*Ob. cit.*, pág. 79).

Y antes de esto, alude a:

El abrumador conjunto de hechos que Darwin presenta en apoyo de sus hipótesis y que hizo triunfar la teoría de la Selección Natural de todos los obstáculos y objeciones. (*Ibíd.*, pág. 48).

Esto no impide al sabio autor, sin embargo, echar por tierra esta teoría también “de un modo triunfal”, y hasta llamar abiertamente a su obra *Evolución sin Selección Natural*, o en otras palabras, de triturar en ella la idea fundamental de Darwin.

En cuanto a la Selección Natural misma, prevalecen los conceptos más erróneos entre los pensadores del día, que tácitamente aceptan las conclusiones del darwinismo. Por ejemplo, es un mero artificio de retórica el conceder a la Selección Natural el poder de *originar* especies. La Selección Natural no es una entidad; es sólo una frase cómoda para describir cómo tiene lugar la supervivencia de los organismos aptos y la eliminación de los ineptos, en la lucha por la existencia. Todo grupo de organismos tiende a multiplicarse más allá de los medios de subsistencia; la batalla constante de la vida –la “lucha para obtener lo



bastante para comer y escapar de ser comido”, añadida a las condiciones circundantes– necesita una perpetua extirpación de los ineptos. Los selectos de cada agrupación, que de este modo permanecen, propagan las especies y transmiten sus características orgánicas a sus descendientes. Todas las variaciones útiles se perpetúan de esta manera, y se efectúa una mejora progresiva. Pero la Selección Natural –en la humilde opinión de la escritora, “la Selección, *como Poder*”– es en realidad puro mito; especialmente cuando se toma como explicación del Origen de las Especies. Es ella tan sólo un término representativo que expresa la manera en que las “variaciones útiles” se estereotipan una vez producidas. Por sí sola “ella” *no puede producir nada*, y únicamente opera sobre el material grosero que se “le” presenta. La verdadera cuestión planteada es la siguiente: ¿Qué CAUSA, combinada con otras causas secundarias, produce las “variaciones” en los organismos? Muchas de estas causas secundarias son puramente físicas, climatológicas, de alimentación, etc. Muy bien. Pero más allá de los aspectos secundarios de la evolución orgánica, hay que buscar un principio más profundo. Las “variaciones espontáneas” y las “divergencias *accidentales*” de los materialistas son términos contradictorios, en un universo de “Materia, Fuerza y NECESIDAD”. La mera variabilidad del tipo, sin la presencia inspeccionadora de un impulso casi inteligente, no puede explicar, por ejemplo, las complejidades estupendas y las maravillas del cuerpo humano. La insuficiencia de la teoría mecánica de los darwinistas ha sido detalladamente expuesta por el Dr. Von Hartmann, entre otros pensadores puramente negativos. El escribir, como lo hace Hæckel, de células *ciegas* indiferentes, “ordenándose a sí mismas en órganos”, es abusar de la inteligencia del lector. La solución esotérica del origen de las especies animales la damos en otra parte.

Las causas puramente *secundarias* de diferenciación, agrupadas bajo el título de selección sexual, selección natural, clima, aislamiento, etc., descarrían al evolucionista occidental y no presentan ninguna verdadera explicación acerca de “dónde vienen” los “tipos antecesores” que sirvieron como de *punto de partida* del desarrollo físico. La verdad es que las “causas” diferenciadoras conocidas por la Ciencia Moderna sólo entran en operación después de *convertirse en físicos los tipos-raíces primordiales procedentes de lo astral*. El darwinismo sólo descubre la Evolución en su punto medio, es decir, cuando la evolución astral ha sido reemplazada por el funcionamiento de las fuerzas físicas ordinarias conocidas por nuestros actuales sentidos. Pero la teoría darwinista, hasta en este punto, aun con los “desarrollos” que últimamente se han intentado, no puede hacer frente a los hechos que el caso presenta. La causa que yace en el fondo de la variación fisiológica de las especies –a la cual todas las otras leyes están subordinadas y son secundarias– es una inteligencia subconsciente que penetra la materia, y que en último término es una REFLEXIÓN de la sabiduría Divina y Dhyân–Chohánica



(El “principio de perfectibilidad”, de Nägeli; el “esfuerzo hacia el objeto”, de von Baer; el “aliento divino como impulso interno en la historia de la evolución de la Naturaleza”, de Braun; la “tendencia a la perfectibilidad”, del profesor Owen, etc., todo expresa las veladas manifestaciones del guía universal Fohat, enriquecido con el pensamiento Divino y Dhyân–Chohánico). Un pensador tan conocido como Ed. von Hartmann ha llegado a una conclusión parecida, pues desesperando de la eficacia de la Selección Natural *no ayudada*, considera a la Evolución como inteligentemente guiada por lo INCONSCIENTE – el Logos Cósmico del Ocultismo. Pero este último actúa sólo empleando como medio a FOHAT, o sea la energía Dhyân Chohánica, y no precisamente del modo directo que describe el gran pesimista.

Esta divergencia entre los hombres de ciencia, sus contradicciones mutuas, y a menudo *propias*, es lo que da valor a la escritora de la presente obra para presentar otras y más antiguas enseñanzas, aunque sólo sea como hipótesis para una apreciación científica *futura*. Son tan evidentes (aun para la humilde expositora de esta enseñanza arcaica, no muy versada en Ciencia Moderna) las falsedades y vacíos científicos, que ha determinado tratar de todo esto a fin de exponer las dos enseñanzas en líneas paralelas. Para el Ocultismo, no es sitio una cuestión de defensa propia, y nada más.

Hasta el presente, *La Doctrina Secreta* se ha concretado sólo a la metafísica pura y simple. Ahora ha desembarcado en la Tierra, y se encuentra dentro del dominio de la Ciencia física y de la Antropología práctica, o sean esas ramas de estudios que los naturalistas materialistas pretenden ser de su legal dominio, asegurando fríamente, además, que mientras más alta y más perfecta sea la obra del Alma, más se presta al análisis e interpretaciones del *zoólogo* y *fisiólogo solos* (Hæckel sobre las “Almas–Células y Células–Almas”; *Pedigree of Man*, trad. de Aveling, véanse páginas 136–150). Esta estupenda pretensión viene de uno que, para probar su descendencia del pitecoide, no ha vacilado en incluir a los lemúridos entre los antecesores del hombre; éstos han sido promovidos por él al rango de *mamíferos prosimianos*, *indeciduate* a los cuales adjudica muy incorrectamente una placenta decidua y discoidal (Véase *infra*, el *exposé*, de M. De Quatrefages, sobre Hæckel, en la sección II, “Los Antecesores ofrecidos por la Ciencia a la Humanidad”). Por esto fue Hæckel llamado severamente a capítulo por De Quatrefages, y criticado por los propios materialistas y agnósticos, sus hermanos, Virchow y du Bois–Reymond, tan grandes autoridades como él mismo, si no mayores (Estrictamente hablando, du Bois–Reymond es agnóstico y no materialista. Él ha protestado del modo más vehemente contra la doctrina materialista, que afirma que los fenómenos mentales son meramente producto del movimiento molecular. El conocimiento *fisiológico* más exacto de la estructura del cerebro no nos deja más que “materia en movimiento”, nos asegura; “*tenemos que ir más allá*, y admitir la naturaleza absolutamente incomprensible del principio psíquico, el cual es *imposible considerar* como mero producto de causas materiales”).



A pesar de semejante oposición, las teorías extravagantes de Hæckel son, hasta hoy día, llamadas aún, por algunos, científicas y lógicas. La naturaleza misteriosa de la Conciencia, del Alma y del Espíritu del Hombre, explicándose ahora como un mero progreso sobre las funciones de las moléculas protoplásmicas de los espirituales *Protistas* se hace necesario remontar el origen de la evolución y desarrollo gradual de la mente e “instinto social” humano a la civilización de las hormigas, abejas y otros seres – pocas son, en verdad, las probabilidades que hay de que se preste una atención imparcial a las doctrinas de la Sabiduría Arcaica. A los profanos *educados* se les dice que:

Los instintos sociales de los animales inferiores han sido considerados, en los últimos tiempos, por varias razones, como *siendo claramente el origen de la moral*, aun de la del hombre [?]....

– y que nuestra conciencia divina, nuestra alma, inteligencia y aspiraciones, se han abierto “camino desde los estados inferiores de la simple célula–alma” del *Bathybius gelatinoso* (Véase “Present Position of Evolution”, de Hæckel; *ob. cit.*, páginas 23, 24, 296, 297, notas) – y parecen creerlo. En semejantes hombres, la Metafísica del Ocultismo debe producir el efecto que nuestros grandes conciertos en los chinos; son sonidos que les atacan los nervios.

Sin embargo, ¿están nuestras enseñanzas Esotéricas sobre los “Ángeles”, las tres primeras Razas humanas pre-animales, y la caída de la Cuarta, *en un nivel inferior de ficción e ilusión propia* que el “plastidular” hæckeliano, o que las inorgánicas “almas moleculares de los Protistas”? Entre la evolución de la naturaleza espiritual del hombre, partiendo de las superiores almas amoebeas, y el supuesto desarrollo de su forma física procediendo del morador protoplásmico del limo del Océano, hay un abismo que no cruzará fácilmente ningún hombre que se halle en la *completa* posesión de sus facultades intelectuales. La evolución física, según la enseña la Ciencia Moderna, es un asunto para la controversia abierta; el desarrollo espiritual y moral, sobre las mismas bases, es el sueño insano de un materialismo craso.

Por otra parte, la experiencia pasada, así como la diaria presente, enseña que ninguna verdad ha sido aceptada nunca por sabias corporaciones, a menos que encajase en las ideas habituales preconcebidas de sus profesores. “La corona del innovador es una corona de espinas”, dijo Geoffroy Saint Hilaire. Sólo lo que encaja en las rutinas favoritas y en las nociones aceptadas es lo que, por regla general, se abre camino. De ahí el triunfo de las ideas hæckelianas, a pesar de haber sido proclamadas por Virchow, de Bois–Reymond y otros el “*testimonium paupertatis* de la Ciencia Natural”.



Por diametralmente opuesto que sea el materialismo de los evolucionistas alemanes a los conceptos espirituales de la Filosofía Esotérica; por radicalmente incompatible que sea su aceptado sistema antropológico, con los hechos reales de la naturaleza, la tendencia pseudo idealista que ahora matiza el pensamiento inglés es casi más perniciosa. La doctrina puramente materialista admite una refutación directa y una apelación a la lógica de los hechos. El idealismo de hoy día, no sólo trata de absorber por una parte las negaciones fundamentales del ateísmo, sino que envuelve a sus partidarios en una maraña de *ilusión*, que culmina en un nihilismo práctico. Con tales escritores huelgan los argumentos. Los idealistas, por tanto, serán aún más antagonistas que los materialistas hacia las enseñanzas Ocultas que se han dado ahora. Pero como no puede haber peor suerte a los expositores de la Antropogénesis Esotérica en manos de sus enemigos, que ser llamados abiertamente con los antiguos y venerables nombres de “chiflados” y “mentecatos” pueden añadirse sin temor las presentes teorías arcaicas a las muchas especulaciones modernas, y que esperen su día para ser completamente, o sólo en parte, reconocidas. Sólo que, como la existencia misma de estas teorías arcaicas será probablemente negada, tenemos que presentar nuestras mejores pruebas y defenderlas hasta el fin.

En nuestra raza y generación el “templo del universo” está, en casos raros, *dentro* de nosotros; pero nuestro cuerpo y mente han sido demasiado degradados tanto por el “pecado” como por la “ciencia”, para ser exteriormente otra cosa ahora que un templo de iniquidad y de error. Y en este punto, nuestra mutua posición –la del Ocultismo y la de la Ciencia Moderna– debe ser definida de una vez para siempre.

Nosotros, los teósofos, nos inclinamos de buen grado ante sabios tales como el difunto profesor Balfour Stewart, los señores Crookes, De Quatrefages, Wallace, Agassiz, Butlerof y otros; aunque, desde el punto de vista de la Filosofía Esotérica, no estemos de acuerdo con todo lo que dicen. Pero nada nos hará consentir, ni siquiera una demostración de respeto ante las opiniones de otros hombres de ciencia, tales como Hæckel, Carlos Vogt, o Ludwig Büchner en Alemania, ni aun Mr. Huxley y sus copensadores de materialismo en Inglaterra – a pesar de la erudición colosal del primero. Semejantes hombres son solamente asesinos intelectuales y morales de las generaciones futuras; especialmente Hæckel, cuyo materialismo craso llega muchas veces a la altura de una *ingenuidad* idiota en sus razonamientos. No hay más que leer su *Pedigree of Man, and Other Essays* (traducción de Aveling), para sentir el deseo, repitiendo las palabras de Job, de que su recuerdo desaparezca de la Tierra, y que “no tenga nombre en las calles”. Oíd al creador del mítico Sozura ridiculizando la idea del origen de la especie humana “como fenómeno sobrenatural” [?].



Que no podía resultar de causas simplemente mecánicas, de fuerzas químicas y físicas, sino que requiere la intervención directa de una personalidad creadora... Ahora bien; el punto central de la doctrina darwiniana... consiste en que demuestra que las causas mecánicas más sencillas, fenómenos puramente psicoquímicos de la naturaleza, son por completo suficientes para explicar los más elevados y difíciles problemas. Darwin coloca en el lugar de una fuerza creativa consciente, construyendo y ordenando los cuerpos orgánicos de los animales y plantas con arreglo a un plan designado, una serie de fuerzas naturales operando ciegamente (según nosotros decimos) sin fin y sin designio. En lugar de un acto arbitrario de operación, tenemos una ley de Evolución necesaria... [también la tenían Manu y Kapila, y, al mismo tiempo, Poderes directores conscientes e inteligentes]. Darwin, muy sabiamente... había dejado a un lado la cuestión de la primera aparición de la vida. Pero muy pronto esa consecuencia, tan llena de significación, de tanto alcance, fue abiertamente discutida por hombres de ciencia capaces y valientes, tales como Huxley, Carlos Vogt, Ludwig Buchner. Sostúvose el origen mecánico de la primera forma viva, como consecuencia natural de las de Darwin...; nosotros sólo tratamos ahora de una sola consecuencia de la teoría, el origen natural de la especie humana por medio de la Evolución todopoderosa (*Ob. cit.*, págs. 34, 35 y 36).

A esto, sin intimidarse por semejante fárrago científico, contesta el Ocultismo: En el curso de la Evolución, cuando la evolución física triunfó sobre la mental y espiritual, y casi la aplastó bajo su peso, el gran don de *Kriyâshakti* quedó como patrimonio de sólo unos pocos hombres escogidos en cada edad. El espíritu se esforzó en vano en *manifestarse por completo en formas puramente orgánicas* (según se ha explicado en el anterior volumen); y la facultad que había sido atributo natural en la primera humanidad de la Tercera Raza se convirtió en una de las que los espiritistas y ocultistas consideran como simplemente fenomenales, y los materialistas creen *científicamente imposibles*.

En nuestra época presente, el mero aserto de que exista un poder que pueda criar formas humanas –envolturas hechas de una vez, en las que puedan encarnar las Mónadas *conscientes* o *Nirmânakâyas* de *Manvantaras* pasados es, por supuesto, absurdo, ridículo. Lo que, por otra parte, se considera completamente natural es la producción de un monstruo de Frankenstein, más la conciencia moral, aspiraciones religiosas, genio y sentimiento de su propia naturaleza inmortal dentro de sí– por medio de “fuerzas físico–químicas” guiadas por la ciega “Evolución Todopoderosa”. En cuanto al origen de ese hombre, no *ex nihilo*, cementado en un poco de barro rojo, sino por medio de una Entidad viviente divina que consolida el cuerpo astral con los materiales circunstantes; semejante concepción es demasiado absurda, aun sólo para mencionarla, según opinión de los materialistas. No obstante, los ocultistas y teósofos están prontos a comparar sus asertos y teorías, en lo que respecta a su valor intrínseco y a su probabilidad, con los de los evolucionistas modernos, por más anticientíficas y supersticiosas que estas teorías puedan parecer en un principio. De aquí que la



enseñanza Esotérica sea *absolutamente* opuesta a la evolución darwiniana, en lo que al hombre respecta, y *parcialmente* opuesta por lo que respecta a otras especies.

Sería interesante obtener una vislumbre de la representación mental de la Evolución en el cerebro científico de un materialista. ¿Qué es la EVOLUCIÓN? Si se les preguntase todo el significado completo del término, ni Huxley ni Hæckel podrían decirlo mejor que lo hace Webster:

El acto del desenvolvimiento; el proceso de crecimiento de desarrollo; como la evolución de una flor de la yema, o de un animal de un huevo.

Sin embargo, el origen de la yema hay que buscarlo pasando por su planta madre hasta la semilla, y el del huevo hasta el animal o pájaro que lo puso: o en todo caso, hasta la mácula o protoplasma de que partió y se desarrolló. Y tanto la semilla como la mácula tienen que encerrar las potencialidades latentes para la reproducción y gradual desarrollo, el desenvolvimiento de las mil y una formas o fases de evolución, por las que tienen que pasar la flor y el animal, antes de llegar a su completo desarrollo. Por tanto, el plan futuro, si no un DESIGNIO, *tiene que estar allí. Además, hay que seguir la pista* a esa semilla y comprobar su naturaleza. ¿Han conseguido esto los darwinistas? ¿O nos lanzarán a la cara el Monerón? Pero este átomo del Abismo Acuoso *no* es materia homogénea; y debe haber algo o alguien que lo modelase y transformase en un ser.

En este punto la ciencia permanece de nuevo silenciosa. Pero puesto que todavía no hay conciencia propia en la mácula, semilla o germen, con arreglo a los materialistas y fisiólogos de la escuela moderna –en lo cual, por esta vez, están los ocultistas de acuerdo con sus enemigos naturales–, ¿qué es lo que guía a la fuerza o fuerzas de un modo tan infalible en este proceso de la Evolución? “¿La fuerza *ciega*?” Equivale lo mismo que a llamar “*ciego*” al cerebro que evolucionó en Hæckel su *Pedigree of Man* y otras lucubraciones. Nosotros podemos concebir fácilmente que al mencionado cerebro le falte un centro importante o dos; pues quienquiera que conozca algo de la anatomía del cuerpo humano, y hasta del animal, y siga siendo ateo y materialista, tiene que estar “loco sin remisión”, según Lord Herbert, que justamente ve en la constitución del cuerpo del hombre y la coherencia de sus partes algo tan extraño y paradójico que lo considera como “el milagro más grande de la naturaleza”. ¡Fuerzas *ciegas* y “*ningún* designio” en algo que exista bajo el sol, cuando ningún hombre de ciencia, en su cabal juicio, vacilaría en decir que aun en lo poco que sabe y ha descubierto de las fuerzas que obran en el Kosmos, ve muy claro que toda parte, toda mácula y átomo, están en armonía con los demás átomos sus compañeros, y éstos con el todo, teniendo cada uno su misión distinta durante el ciclo de vida! Pero, afortunadamente, los pensadores y hombres de ciencia más grandes y eminentes



del día principian ahora a levantarse contra este “Linaje” y aun en contra de la teoría de la Selección Natural de Darwin, aunque su autor, probablemente, no pensará jamás en conclusiones tan fuera de quicio. El científico ruso N. T. Danilevsky, en su notable obra *Darwinism, a Critical Investigation of the Theory*, echa por tierra completamente y sin apelación a semejante darwinismo; y lo mismo hace De Quatrefages en su última obra. Recomendamos a nuestros lectores el examen del sabio escrito del doctor Bourges, miembro de la Sociedad Antropológica de París, leído por su autor en una sesión reciente de esa Sociedad, y titulado “Psicología Evolucionaria; la Evolución del Espíritu, etc.” En él reconcilia por completo las dos enseñanzas, a saber: la evolución física y la espiritual. Explica el origen de la variedad de las formas orgánicas –las cuales se hallan ajustadas al medio ambiente con un designio tan evidentemente inteligente– por la existencia, ayuda e interacción mutuas de dos Principios de la Naturaleza manifestada, adaptándose el Principio interno consciente a la Naturaleza física y a las potencialidades innatas de esta última. De este modo, el científico francés tiene que volver a nuestro antiguo amigo Archæus, o Principio de Vida (sin nombrarlo), como ha hecho el doctor Richardson en Inglaterra con su “Fuerza Nerviosa”. La misma idea ha sido desarrollada recientemente en Alemania por el Barón Hellenbach, en su notable obra *La individualidad a la Luz de la Biología y de la Filosofía Modernas*.

Encontramos también las mismas conclusiones en otra obra excelente de un Profundo pensador ruso, N. N. Strachof, que dice en sus *Conceptos Fundamentales de la Psicología y Fisiología*:

El tipo más claro y familiar del desarrollo puede encontrarse en nuestra propia evolución mental o física, que ha servido a otros como modelo para guiarse... Si los organismos son entidades... entonces justo es deducir y asegurar que la vida orgánica se esfuerza en engendrar la vida psíquica; pero sería aún más exacto y más armonía con el espíritu de estas dos categorías de la evolución, decir que la verdadera causa de la vida orgánica es la tendencia del espíritu a manifestarse en formas substanciales, a revestirse de realidad substancial. La forma más elevada es la que contiene la explicación completa de la más ínfima, nunca lo contrario

Esto es admitir, como lo hace Bourges en la Memoria antes mencionada, la identidad de este Principio misterioso, que actúa y organiza integralmente, con la Propia-Conciencia y el Sujeto Interno, que nosotros llamamos EGO, y el mundo en general, el Alma. De modo que todos los mejores pensadores y hombres de ciencia se están aproximando gradualmente a los Ocultistas en sus conclusiones generales.

Pero tales hombres de ciencia inclinados a la metafísica están fuera de regla, y apenas se les escuchará. Schiller, en su magnífico poema sobre el Velo de Isis,



hace al joven mortal que se atrevió a levantar el velo impenetrable, caer muerto al contemplar la verdad desnuda en la faz de la severa Diosa. ¿Han contemplado también algunos de nuestros darwinistas, tan tiernamente unidos en la selección natural y afinidad, a la Madre Saítica desprovista de sus velos? Casi podría sospecharse después de leer sus teorías. Sus grandes inteligencias deben haberse debilitado mientras sondeaban demasiado cerca la descubierta faz de la Naturaleza, quedando en sus cerebros tan sólo la materia gris y los ganglios, para responder a las fuerzas psico-químicas *ciegas*. En todo caso, las líneas de Shakespeare se aplican admirablemente a nuestro evolucionista moderno, que simboliza aquel “hombre orgulloso” que

Revestido de breve e insignificante autoridad;

Por completo ignorante de lo que más seguro está,

Su vítreo esencia, como mono encolerizado

Ejecuta tales tretas fantásticas ante los altos cielos,

Que hace llorar a los ángeles! (*Measure for Measure*, Acto II, Escena 2).

Estos sabios no quieren tener nada que ver con los “Ángeles”. Su único interés está en el antecesor humano, el Noé pitecoide, que tuvo tres hijos: el cinocéfalo con cola, el mono sin cola, y el hombre “arbóreo” paleolítico. En este punto no admiten contradicción. Toda duda que se exprese, es inmediatamente considerada como una tentativa para estropear la investigación científica. La dificultad insuperable en el fundamento mismo de la teoría de la Evolución, a saber: que ningún darwinista puede dar una definición aproximada del período y de la forma *en que* apareció el primer hombre, se la allana tratándola de obstáculo insignificante, que “en realidad no hay que tener en cuenta”. Todas las ramas del conocimiento se hallan en el mismo caso, se nos dice. El químico basa sus cálculos más abstrusos simplemente:

Sobre una hipótesis de átomos y moléculas, de las cuales jamás se ha visto ninguno ni aislado, ni pesado, ni definido. El electricista habla de fluidos magnéticos que jamás se han revelado de un modo tangible. No puede asignarse ningún origen definido a las moléculas ni al magnetismo. La ciencia no puede pretender, ni pretende, conocimiento alguno de los comienzos de la ley, de la materia o de la vida. (*Knowledge*, enero 1882).

¡Y he aquí que el rechazar una *hipótesis científica*, por más absurda que sea, es cometer un pecado imperdonable! Nos arriesgamos a ello. (D.S. IV, 335-353).

LOS ANTECESORES OFRECIDOS POR LA CIENCIA A LA HUMANIDAD



La cuestión de las cuestiones para la humanidad –el problema que yace en el fondo de todos los demás, y es más profundamente interesante que ningún otro– es el de llegar a la certidumbre del lugar que el hombre ocupa en la Naturaleza, y de sus relaciones con el universo de las cosas (T. Huxley, *Man's Place in Nature*, pág. 77).

El mundo se halla hoy día dividido y vacila entre *los Progenitores Divinos* –ya sean Adán y Eva o los Pitris Lunares– y el *Bathybius Hæckelii*, el solitario gelatinoso del océano salado. Habiendo explicado la teoría Oculta, podemos ahora compararla con la del materialismo moderno. Se invita al lector a escoger entre las dos después de juzgarlas por sus respectivos méritos.

Podemos consolarnos algún tanto de que no sean admitidos nuestros antecesores Divinos, al ver que las especulaciones hæckelianas no resultan mejor paradas que las nuestras, en manos de la Ciencia estrictamente *exacta*. La Filogénesis de Hæckel no causa menos risa a los enemigos de su fantástica evolución, hombres científicos muy grandes, que la que causarán nuestras razas primordiales. Según lo presenta du Bois–Reymond, le creemos sin dificultad cuando dice que:

Los árboles genealógicos de nuestra raza, bosquejados en el *Schchöpfungsgeschichte*, tienen poco más o menos el valor que el linaje de los héroes de Homero, a los ojos del crítico historiador.

Sentado esto, todos verán que una hipótesis vale tanto como otra. Y como vemos que el mismo Hæckel confiesa que ni la Geología en su historia del pasado, ni la historia genealógica de los organismos, jamás “alcanzarán la posición de ciencia «exacta» real” (*Ob. cit., The Proofs of Evolution*, pág. 273), quédale así a la Ciencia Oculta un largo margen para hacer sus anotaciones y colocar sus protestas. Al mundo se le deja escoger entre las enseñanzas de Paracelso, “padre de la química moderna”, y las de Hæckel, “padre del Sozura mítico”. Nosotros no pedimos más.

Sin que pretendamos intervenir en la disputa de naturalistas tan sabios como du Bois–Reymond y Hæckel, a propósito de nuestra consanguinidad con

Aquellos antecesores [nuestros] que se han elevado desde las clases unicelulares: vermes, acranios, peces, anfibios y reptiles, hasta las aves,

podemos presentar una pregunta o dos, para gobierno de nuestros lectores. Aprovechando la oportunidad y teniendo en cuenta las teorías de la Selección Natural, etc., de Darwin, quisiéramos preguntar a la Ciencia –respecto del origen de las especies humana y animal– cuál de las dos teorías de la Evolución que a continuación transcribimos es la más científica o, si así se prefiere, la más *anticientífica*.



1ª ¿Es la de una Evolución que parte desde el principio con la propagación sexual?

2ª ¿O es aquella que **muestra el desarrollo gradual de los órganos; su solidificación y la procreación de cada una de las especies, primero por la fácil y sencilla separación de uno en dos o hasta en varios individuos; luego un nuevo desarrollo –el primer paso para una especie de sexos separados distintos–, el estado hermafrodita; después, una especie de partenogénesis, “reproducción virginal”, cuando las células–óvulos se forman dentro del cuerpo, saliendo de él en emanaciones atómicas y madurando en el exterior del mismo; hasta que, finalmente, después de una definida separación en sexos, los seres humanos principian a procrear por medio de la relación sexual?**

De estas dos, la primera “teoría” –o más bien, “hecho revelado”– es proclamada por todas las Biblias *exotéricas*, exceptuando los *Purânas*, y principalmente por la Cosmogonía judaica. La segunda es la que enseña la Filosofía Oculta, como ya se ha explicado.

Hay una contestación a nuestra pregunta en un libro que acaba de publicar Mr. Samuel Laing, el mejor exponente lego de la Ciencia Moderna (Autor de *Modern Science and Modern Thought*). En el capítulo VIII de su última obra, *A Modern Zoroastrian*, el autor principia por reprochar a “todas las antiguas religiones y filosofías” el “adoptar como sus dioses a un principio masculino y femenino”. A primera vista, dice:

esta distinción de sexo parece tan fundamental como la de animal y la de planta... El Espíritu de Dios cobijando al Caos y produciendo el mundo es sólo una adición posterior, revisada con arreglo a ideas monoteístas, de la mucho más antigua leyenda caldea que describe la creación del Cosmos saliendo del Caos, con la cooperación de grandes dioses, masculinos y femeninos... Así, en la creencia cristiana ortodoxa se nos enseña a repetir “engendrado, no hecho”, frase que es un solemne disparate o una *falta de sentido*; eso es, un ejemplo de usar palabras como notas falsificadas, que no tienen el valor efectivo de una idea tras de sí. Pues “engendrado” es un término bien definido, que implica la conjunción de dos sexos opuestos para producir un nuevo individuo (*Ob. cit.*, págs. 102, 103).

Por más que estemos de acuerdo con el sabio autor respecto de la falta de cordura en usar palabras impropias, y del terrible elemento antropomórfico y fálico de las antiguas Escrituras –especialmente en la *Biblia* ortodoxa cristiana–, sin embargo, puede haber dos circunstancias atenuantes en este caso. En primer término, todas esas “antiguas filosofías” y “religiones modernas” son, como se ha mostrado ya suficientemente en estos volúmenes, un velo exotérico echado sobre la faz de la Verdad Esotérica; y, como resultado directo de esto, son alegóricas,



esto es, mitológicas en la forma; pero, sin embargo, inmensamente más filosóficas, en esencia, que cualquiera de las llamadas nuevas teorías científicas. Y en segundo lugar, desde la Teogonía órfica hasta el último arreglo del *Pentateuco* por Ezra, todas las escrituras antiguas, que en su origen han tomado sus hechos del Oriente, han estado sujetas, a constantes alteraciones por amigos y enemigos, hasta que de la versión original sólo ha quedado el nombre, un cascarón muerto, del cual ha sido gradualmente eliminado el espíritu.

Esto sólo debiera indicar que ninguna de las obras religiosas hoy publicadas puede ser comprendida sin ayuda de la Sabiduría Arcaica, sobre cuyo primitivo cimiento fueron todas ellas construidas.

Pero volvamos a la contestación directa que esperábamos de la Ciencia a nuestra pregunta directa. La da el mismo autor cuando, siguiendo su serie de pensamientos sobre la euhemerización anticientífica de los poderes de la Naturaleza en las creencias antiguas, pronuncia un fallo condenatorio sobre ellas en los siguientes términos:

La Ciencia, sin embargo, causa no poco estrago en esta impresión de que la generación sexual sea el modo original y único de reproducción; y el microscopio y el bisturí del naturalista nos introducen en nuevos mundos de vida no sospechados[?].

Tan poco “sospechados”, en efecto, que los originales “modos de reproducción” a-sexuales deben de haber sido conocidos de los antiguos indos, en todo caso; a pesar del aserto en contrario de Mr. Laing. En vista del dicho del *Vishnu Purâna*, citado por nosotros en otra parte, de que Daksha “estableció la relación sexual como medio de multiplicación”, después de una serie de otros “modos”, que se enumeran todos allí (*Ob. cit.*, II, 12), es difícil negar el hecho. Además, este aserto, téngase entendido, se encuentra en una obra *exotérica*. En seguida, Mr. Laing continúa diciéndonos que:

La mayor parte, con mucho, de las formas vivientes, por lo menos en número si no en tamaño, han venido a la existencia sin la ayuda de la propagación sexual.

Luego pone por ejemplo el Moneron de Hæckel, “multiplicándose por propia división”. La siguiente etapa, el autor la muestra en la célula núcleo, “la cual hace exactamente lo mismo”. El estado que sigue es aquel en que

El organismo no se divide en dos partes iguales, sino en que una parte pequeña de él se hincha... y finalmente se separa, principia una vida aparte y se desarrolla hasta el tamaño del padre por su facultad inherente de fabricar nuevo protoplasma de los materiales inorgánicos que le rodean (*Ob. cit.*, pág. 104. En esto, como se ha indicado en el Vol. III, Parte I, Estancia VIII, la Ciencia Moderna ha sido anticipada mucho más allá de sus propias especulaciones, por la Ciencia Arcaica).



A esto sigue un organismo de muchas células formado por

Retoños–gérmenes reducidos a esporos, o simples células, emitidos por el padre... Ahora nos encontramos a la entrada de ese sistema de propagación sexual, que se ha convertido [ahora] en la regla para todas las familias animales superiores... Este organismo, teniendo ventajas en la lucha por la vida, se estableció perennemente... y órganos especiales se desarrollaron para adaptarse a las distintas condiciones. De este modo se establecería a la larga firmemente la distinción de un órgano femenino u ovario conteniendo el huevo o célula primitiva de la cual había de desarrollarse el nuevo ser, y de un órgano masculino proveedor del espora o célula fertilizadora... Esto se halla confirmado por el estudio de la embriología, la cual muestra que en las especies *humanas* y de los animales superiores no se desarrolla la diferencia de sexo hasta que el crecimiento del embrión no ha verificado un progreso considerable... En la gran mayoría de las plantas, y en algunas familias animales inferiores... los órganos masculinos y femeninos se desarrollan en el mismo ser, y son lo que se llaman hermafroditas. Otro forma transitoria es la Partenogénesis, o reproducción virginal, en que las células gérmenes, aparentemente semejantes por todos conceptos a células huevos, se convierten en nuevos individuos, sin ningún elemento fructificador (*Ibíd.*, págs 104–106).

Todo esto lo conocemos perfectamente, así como sabemos que lo anterior no fue nunca aplicado al *genus homo* por el muy sabio popularizador inglés de las teorías Huxley–Hæckelianas. Lo circunscribe él a las máculas de protoplasma, a las plantas, abejas, caracoles, etc. Pero si quiere ser fiel a la teoría de la descendencia, tiene que serlo igualmente a la ontogénesis, en la cual la ley fundamental biogénica, se nos dice, es como sigue:

El desarrollo del embrión (ontogenia) es una repetición condensada y abreviada de la evolución de la raza (filogenia). Esta repetición es tanto más completa cuanto más se ha retenido el orden original verdadero de la evolución (palingenesis) por herencia continua. Por otra parte, esta repetición es menos completa cuantos más desarrollos adulterados (cenogénesis) haya tenido por adaptaciones variadas (*Anthrop.*, tercera edición, p. 11).

Esto nos demuestra que todas las criaturas y cosas vivas de la Tierra, incluso el hombre, han partido de una forma primordial común. El hombre físico tiene que haber pasado por las mismas etapas del proceso evolucionario en sus diversos modos de procreación, que otros animales han pasado; debe haberse dividido: luego, el hermafrodita ha debido dar nacimiento Partenogénéticamente (bajo el principio inmaculado) a sus hijos; el estado siguiente sería el ovíparo – al principio “sin ningún elemento fructificador”; luego, “con la ayuda del espora fertilizante”; y sólo después de la evolución final y definida de los dos sexos, se ha convertido en “macho y hembra” separados, cuando la reproducción, por medio de la unión sexual, llegó a ser una ley universal. Hasta aquí todo esto está científicamente probado. Sólo queda una cosa por comprobar, a saber: la



descripción clara y comprensible de los procesos de semejante reproducción pre-sexual. Ésta se detalla en los libros Ocultos; y la escritora, en la Parte I del volumen III, trató de dar un ligero bosquejo de ella.

O bien es esto, o el hombre es un ser aparte. La Filosofía Oculta puede considerarlo así, a causa de su definida naturaleza *dual*. La Ciencia no puede hacer otro tanto, desde el momento que rechaza toda intervención que no sea la de las leyes mecánicas, y que no admite principio alguno fuera de la Materia. La primera, la Ciencia Arcaica, admite que la constitución física humana ha pasado por todas las formas, desde la más ínfima a la más elevada, su forma actual, o desde lo simple a lo complejo para usar los términos aceptados. Pero sostiene que en este Ciclo, el Cuarto, toda vez que la forma pasó por los tipos y modelos de la Naturaleza de las Rondas precedentes, hallábase pronta para el hombre desde el principio de esta *Ronda* (Los teósofos recordarán que, según la enseñanza Oculta, los llamados Pralayas cíclicos no son sino “Obscuraciones”, durante cuyos períodos, la Naturaleza, esto es, todas las cosas visibles e invisibles de un Planeta en reposo, permanecen *in statu quo*. La Naturaleza reposa y duerme; suspéndese en el Globo toda obra de destrucción, así como todo trabajo activo. Todas las formas, así como sus tipos astrales, permanecen como eran en el último momento de su actividad. La “Noche” de un Planeta apenas tiene crepúsculo que le preceda. Es cogido como un enorme mamut por una avalancha, y permanece durmiendo y helado hasta la siguiente aurora de su nuevo Día— muy corto, en verdad, comparado con el “Día de Brahmâ”). La Mónada sólo tuvo que penetrar en el cuerpo Astral de los Progenitores, para que la obra de consolidación física principiase en torno de la sombra prototipo (Esto será tratado con desdén, porque no será comprendido por nuestros hombres de ciencia modernos; pero todo Ocultista y Teósofo comprenderá fácilmente el proceso. *No puede haber forma objetiva alguna* en la Tierra, ni tampoco en el Universo, sin que su prototipo astral se forme primeramente en el Espacio. Desde Fidias hasta el obrero más humilde del arte cerámico, tiene un escultor que crear antes que nada un modelo en su mente, luego dibujarlo en líneas dimensionales, y sólo entonces puede reproducirlo en una figura de tres dimensiones u objetiva. Y si la mente humana es una demostración viviente de tales etapas sucesivas del proceso de la Evolución, ¿cómo puede ser de otro modo cuando se trata de la Mente y poderes creadores de la Naturaleza?).

¿Qué diría a esto la ciencia? Contestaría, por supuesto, que como el hombre apareció en la Tierra como el último de los mamíferos, no tuvo necesidad, como tampoco los mamíferos, de pasar por las etapas primitivas de procreación antes descritas. Su modo de procreación estaba ya establecido en la Tierra cuando él apareció. En este caso, podemos replicar: Hasta ahora no se ha encontrado ni la señal más remota de un eslabón entre el hombre y el animal; por tanto (si se rechaza la Doctrina Oculta) debe haber surgido *milagrosamente* en la Naturaleza, como una Minerva completamente armada, del cerebro de Júpiter; y en tal caso la *Biblia* tiene razón, así como otras “revelaciones” nacionales. De aquí que el



desdén científico, que tan profusamente ha prodigado el autor de *A Modern Zoroastrian*, a las antiguas filosofías y credos exotéricos, se convierta en prematuro e impropio. Tampoco el repentino descubrimiento de un fósil como el “eslabón perdido” mejoraría el estado de cosas. Pues ni un semejante solitario ejemplar, ni las *inducciones científicas* acerca del mismo, podrían dar la seguridad de que fuese la reliquia por tanto tiempo buscada, esto es, la de un HOMBRE no desarrollado, pero dotado de lenguaje. Como prueba final se requeriría algo más. Además de esto, hasta el mismo *Génesis* toma al hombre, su Adán de barro, solamente donde la Doctrina Secreta deja a sus “Hijos de Dios y de la Sabiduría” y encuentra al hombre físico de la *Tercera Raza*. Eva *no* es “engendrada”, sino que es extraída de Adán como la “Amoeba A”, y contrayéndose por medio y hendiéndose, forma la Amoeba B –por división” (Véase *A Modern Zoroastrian*, pág. 103).

Tampoco se ha desarrollado el lenguaje humano, de los varios sonidos animales. La teoría de Hæckel de que “el lenguaje surgió gradualmente de algunos simples y rudos sonidos animales”, visto que tal lenguaje aún permanece entre unas pocas razas del rango más ínfimo” (Darwinian Theory”en *Pedigree of Man*, pág. 22), es por completo incorrecto, según arguye el profesor Max Müller entre otros. Sostiene él que aún no se ha dado explicación plausible alguna de cómo vinieron a la existencia las “raíces” del lenguaje. Para el lenguaje *humano* se requiere un cerebro *humano*. Y las cifras que relacionan el tamaño de los cerebros respectivos del hombre y del mono muestran cuán profundo es el abismo que separa a los dos. Vogt dice que el cerebro del mono más grande, el gorila, no mide más que 30’51 pulgadas cúbicas; al paso que el término medio del cerebro, de los indígenas australianos de cabeza achatada –la más inferior, actualmente, de las razas humanas– llega a 99’35 pulgadas cúbicas! Los números son testigos rudos, y no saben mentir. Por consiguiente, como observó con verdad el doctor F. Pfaff, cuyas premisas son tan sanas y correctas como necias sus conclusiones bíblicas:

El cerebro de los monos más parecidos al hombre no llega a la tercera parte del cerebro de los hombres de las razas más inferiores: no es la mitad del tamaño del cerebro de un recién nacido (*The Age and Origin of Man*).

Por lo anterior es, pues, muy fácil de ver que para probar las teorías Huxley–Hæckelianas de la ascendencia del hombre, no es uno, sino un gran número de “*eslabones perdidos*” –una verdadera escala de progresivos peldaños evolucionarios– que tendrían primeramente que encontrarse y luego ser presentados por la Ciencia a la presente humanidad pensante y razonadora, antes de que ella abandonase su creencia en los Dioses y en el Alma inmortal, para rendir culto a los antecesores cuadrumanos. Meros mitos son ahora saludados como “verdades axiomáticas”. Hasta el mismo Alfredo Russel Wallace



sostiene col Hæckel que el hombre primitivo era una criatura sin habla, semejante al mono. A esto contesta el profesor Joly:

... el hombre no ha sido jamás, en mi opinión, ese *pithecanthropus alalus*, cuyo retrato ha hecho Hæckel como si le hubiese visto y conocido, cuya genealogía singular y por completo hipotética ha llegado a presentarnos, desde la mera masa de protoplasma viviente, hasta el hombre dotado de lenguaje y de una civilización análoga a la de los australianos y papuanos (*Man before Metals*, págs. 320, “International Scientific Series”).

Hæckel, entre otras cosas, siempre se pone en contradicción directa con la “ciencia de las lenguas”. En el curso de su ataque al Evolucionismo (*Mr. Darwin’s Philosophy of Language*, 1873), el profesor Max Müller estigmatizó la teoría darwinista como “vulnerable al principio y al fin”. El hecho es que sólo la verdad parcial de muchas de las “leyes secundarias del darwinismo está fuera de duda – aceptando, evidentemente, M. De Quatrefages la selección natural, la lucha por la existencia y la transformación dentro de las especies, no como probadas de una vez para siempre, sino sólo *pro tempore*. Pero no estará de más, quizá, resumir el argumento lingüístico contra la teoría del “mono antecesor”:

Las lenguas tienen sus fases de desarrollo, etc., como todo lo demás en la Naturaleza. Es casi seguro que las grandes familias lingüísticas pasan por tres etapas.

1ª Todas las palabras son raíces y son meramente colocadas en yuxtaposición (Lenguas radicales).

2ª Una raíz determina a otra, y se convierte en un mero elemento determinativo (Aglutinantes).

3ª El elemento determinativo (cuyo significado determinante hace tiempo que pasó) se une en un todo con el elemento formativo (Inflexión).

El problema es pues: ¿De dónde vienen estas RAÍCES? El profesor Max Müller arguye que la existencia de estos *materiales ya hechos del lenguaje* es una prueba de que el hombre no puede ser la corona de una larga serie orgánica. Esta *potencialidad de las raíces formativas* es el gran tropezón que los materialistas casi invariablemente evitan.

Von Hartmann lo explica como una manifestación de lo “Inconsciente”, y admite su fuerza contra el ateísmo mecánico. Hartmann es un buen representante del metafísico y del idealista de la época presente.

El argumento no ha sido nunca afrontado por los evolucionistas no panteístas. El decir con Schmidt: “¡En verdad tenemos que detenernos ante el origen del



lenguaje!” es una confesión de dogmatismo y de pronta derrota (Véase su *Doctrine of Descent and darwinism*, pág. 304).

Respetamos a aquellos hombres de ciencia que, prudentes en su generación, dicen: Estando el pasado prehistórico absolutamente fuera de nuestros poderes de observación, somos demasiado honrados, demasiado devotos de la verdad (o lo que consideramos como verdad), para especular sobre lo desconocido, dando a la luz nuestras teorías no probadas, juntamente con hechos establecidos de un modo absoluto en la Ciencia Moderna.

Por tanto, las fronteras del conocimiento [metafísico] es mejor dejarlas al tiempo, que es la mejor piedra de toque de la verdad (*A Modern Zoroastrian*, pág. 136).

Ésta es una declaración prudente y honrada en boca de un materialista. Pero cuando un Hæckel, después de decir que “los sucesos históricos de los tiempos pasados”, habiendo “ocurrido hace muchos millones de años (Parece, por tanto, que en su gran deseo de probar nuestra noble descendencia del “cinocéfalo” catarrino, la escuela de Hæckel ha hecho retroceder millones de años los tiempos del hombre prehistórico (véase *Pedigree of Man*, pág. 273). Los Ocultistas dan las gracias a la Ciencia por tal corroboración de nuestros asertos)... se hallan para siempre fuera de la observación directa”, y que ni la Geología, ni la Filogenia (Esto parece un pobre cumplimento que se hace a la Geología, la cual no es una ciencia especulativa, sino tan exacta como la Astronomía —exceptuando, quizá, sus demasiado arriesgadas especulaciones cronológicas. Es, principalmente, una ciencia “descriptiva” opuesta a lo “abstracto”) pueden ni podrán llegar a la posición de verdadera ciencia «exacta»; insiste luego en el desarrollo de todos los organismos — “desde el vertebrado más ínfimo al más elevado, desde el amphioxus al hombre” — exigimos una prueba de más peso que la que él puede presentar. Las meras “fuentes empíricas de conocimiento”, así calificadas por el autor de *anthropogeny* — cuando tal calificación le satisface para sus propias opiniones — no son competentes para resolver problemas que se encuentran más allá de su dominio; ni la Ciencia exacta puede confiar en ellas (Palabras de nuevo cuño tales como “perigenesis de los plástidos”, “almas plastídulas” (i) y otras menos donosas, inventadas por Hæckel, pueden ser muy eruditas y correctas en cuanto expresen muy gráficamente las ideas de su propia vívida fantasía. Como hechos, sin embargo, permanecen para sus colegas menos imaginativos, tristemente coenogenéticos, usando su propia terminología; esto es, para la verdadera Ciencia son especulaciones espurias, por cuanto se derivan de “fuentes empíricas”. Por tanto, cuando trata de probar que “el origen del hombre de otros mamíferos, y más directamente de los monos catarrinos, es una ley deductiva, que se desprende necesariamente de la ley inductiva de la teoría de la descendencia” (*Anthropogeny*, pág. 392, citado en *Pedigree of Man*, pág. 295), sus no menos sabios enemigos (uno de ellos du Bois–Reymond) tienen derecho a no ver en esta frase más que un mero falso juego de palabras; un *testimonium paupertatis* de la Ciencia Natural” — como se queja él mismo, hablando, a su vez, de la “sorprendente ignorancia) de du Bois–Reymond. (Véase *Pedigree of Man*, notas en las págs. 295, 296). Si son “empíricas” — y el mismo Hæckel lo declara así repetidamente — entonces no valen más, ni deben inspirar más confianza, a la investigación *exacta*, cuando ésta se extiende al remoto pasado,



que nuestras enseñanzas Ocultas del Oriente, teniendo ambas que ser colocadas al mismo nivel. Sus especulaciones filogenéticas y palingenéticas no son tratadas más favorablemente por los verdaderos hombres de ciencia, que lo son nuestras repeticiones cíclicas de la evolución de las grandes razas en las menores, y el orden original de la Evolución. Porque el deber de la ciencia exacta verdadera, por más materialista que sea, es evitar cuidadosamente todo lo que se parezca a conjeturas, las especulaciones que *no puedan* ser comprobadas; en una palabra, toda *suppressio veri* y *todo suggestio falsi*. El deber de los hombres de la ciencia exacta es observar, cada uno en el ramo que ha escogido, los fenómenos de la Naturaleza; registrar, ordenar, comparar y clasificar los hechos, hasta las más pequeñas minuciosidades que se presenten a la observación de los sentidos, *con ayuda de todos los delicados mecanismos proporcionados por la invención moderna, no con la ayuda de los vuelos metafísicos ni de la fantasía*. Todo lo que ellos tienen el derecho legítimo de hacer, es corregir, con ayuda de los instrumentos físicos, los defectos o ilusiones de su propia visión más grosera, de sus poderes auditivos y de los otros sentidos. No tienen derecho a entrar en el terreno de la Metafísica ni de la Psicología. Su deber es comprobar y rectificar todos los hechos que *caen bajo su observación directa*; aprovecharse de las experiencias y errores del pasado al tratar de remontarse a una cierta concatenación de causas y efectos, la cual sólo por su constante e invariable repetición puede llamarse una LEY. Esto es lo que se espera del hombre de ciencia si quiere llegar a ser un instructor de hombres y permanecer fiel a su programa original de las Ciencias naturales o físicas. Toda desviación de este camino real se convierte en especulación.

En lugar de sostenerse en esta senda, ¿qué es lo que hacen muchos de los llamados hombres de ciencia hoy día? Se lanzan a los dominios de la Metafísica pura, al paso que la desdeñan. Se complacen en conclusiones temerarias y las llaman “una ley deductiva procedente de una ley inductiva”, de una teoría basada y sacada de las profundidades de su propia conciencia, conciencia pervertida e impregnada por un materialismo parcial. Tratan de explicar el “origen” de cosas que en sus propias concepciones están todavía ocultas. Atacan creencias espirituales y tradiciones religiosas de miles de años, y lo denuncian todo como superstición, excepto sus ideas favoritas. Sugieren teorías del Universo; una cosmogonía desarrollada sólo por fuerzas mecánicas ciegas de la naturaleza, muchísimo más *milagrosa e imposible*, que la basada en la suposición del *fiat lux ex nihilo*; y tratan de admirar al mundo con su extravagante teoría; y esta teoría, al saberse que emana de un cerebro científico, es acogida con *fe ciega*, como muy científica y como exposición de la CIENCIA.

¿Son éstos los adversarios que el Ocultismo debe temer? Ciertamente que no. Porque tales teorías no son mejor tratadas por la Ciencia *verdadera*, que lo son



las nuestras por la ciencia empírica. Hæckel, herido en su vanidad por du Bois–Reymond, no se cansa nunca de quejarse públicamente del destrozo causado por este último en su fantástica teoría de la descendencia. Citando sin orden del “riquísimo depósito de pruebas empíricas” llama a aquellos “reconocidos fisiólogos” que se oponen a todas sus especulaciones sacadas del mencionado “depósito” hombres ignorantes, y declara que:

Si muchos hombres, y entre ellos hasta algunos de reputación científica, sostienen que toda la filogenia es un castillo en el aire, y que los árboles genealógicos [¿de los monos?] son vanas fantasías, demuestran, al hablar así, su ignorancia de aquella riqueza de *fuentes empíricas de conocimiento* que ya se han mencionado (*Pedigree of Man*, pág. 273).

Abramos el Diccionario de Webster y leamos las definiciones de la palabra “empírico”.

Lo que depende sólo de la experiencia u observación, sin la debida consideración a la ciencia y teorías modernas.

Esto se aplica a los ocultistas, espiritistas, místicos, etc.; además

Empírico; es el que se limita a aplicar solamente los resultados de sus propias observaciones [lo cual es el caso de Hæckel]; el que *no conoce la ciencia...* un ignorante, un practicante sin título; un matasanos; un charlatán.

Ningún ocultista o “Mago” ha sido tratado jamás con peores epítetos. Sin embargo, el ocultista permanece en su propio terreno metafísico, y no trata de colocar *sus conocimientos*, fruto de *su* observación y experiencias personales, entre las ciencias *exactas* de la sabiduría moderna. Se mantiene dentro de su legítima esfera, en donde es el amo. Pero ¿qué debe pensarse de un rematado materialista, cuyo deber se halla ciertamente trazado ante él, que use expresiones tales como las siguientes?

El que proceda el hombre de otros mamíferos, y más directamente del mono catarrino, es una ley deductiva, que se sigue necesariamente de la ley inductiva de la Teoría de la Descendencia (*Anthropogeny*, pág. 372. Citado en *Pedigree of Man*, pág. 295).

Una “teoría” es simplemente una hipótesis, una especulación, y *no* una ley. El decir otra cosa es una de las muchas libertades que se suelen tomar hoy en día nuestros hombres de ciencia. Presentan un absurdo, y luego lo ocultan tras el escudo de la Ciencia. Una deducción de una especulación teórica no es más que *una especulación fundada en otra especulación*. Sir William Hamilton ha señalado ya que la palabra teoría se usa ahora



En un sentido muy libre e impropio... que es convertible en *hipótesis*, e *hipótesis* se usa comúnmente como sinónimo de *conjetura*, mientras que las palabras “teoría” y “teórico” se usan propiamente en oposición a los términos práctica y práctico.

Pero la Ciencia Moderna pone un apagador en esta declaración, y se burla de la idea. Los filósofos materialistas y los idealistas de Europa y América pueden estar de acuerdo con los evolucionistas respecto del origen físico del hombre; aunque nunca será una verdad general para el verdadero metafísico; el cual desafía a los materialistas a probar sus asertos arbitrarios. Que el tema de la teoría del mono (La barrera *mental* entre el hombre y el mono, caracterizada por Huxley como un “enorme abismo, una distancia prácticamente inconmensurable” (!) es, en verdad, concluyente por sí. Ciertamente ella constituye un enigma constante para el materialista, que se apoya en la frágil caña de la “selección natural”. Las diferencias fisiológicas entre el hombre y los monos son, en realidad (a pesar de una comunidad curiosa de ciertos rasgos), igualmente sorprendentes. El doctor Schweinfurth, uno de los naturalistas más prudentes y experimentados, dice:

“En los tiempos modernos no hay en la creación animales que hayan llamado mas la atención del estudiante científico de la naturaleza, que estos grandes cuadrumanos (los antropoides), los cuales tienen estampado tan singular parecido con la forma humana, que han llegado a justificar el epíteto de antropomórficos... Pero todas las investigaciones de hoy sólo conducen a la inteligencia humana a la confesión de su insuficiencia; y en ninguna parte es más recomendable la prudencia, ni nunca es tan de lamentar un juicio prematuro, como al tratarse de lanzar un puente sobre el misterioso abismo que separa al hombre de la bestia.” (*Heart of Africa*, I, 520. Ed. 1873) de Vogt y Darwin, sobre el cual los Huxley–Hæckelianos han compuesto últimamente tan extraordinarias variaciones, es mucho menos científico – por chocar con las leyes fundamentales del tema mismo – que lo son los nuestros, es muy fácil de demostrar. Basta que el lector consulte la excelente obra sobre las *Especies Humanas* por el gran naturalista francés De Quatrefages, y verá en seguida nuestra afirmación comprobada.

Además, entre la enseñanza esotérica acerca del origen del hombre, y las especulaciones de Darwin, nadie vacilará, a menos de ser un consumado materialista. He aquí la descripción de Mr. Darwin sobre “los primitivos progenitores del hombre”.

Debieron de haber estado cubierto de pelo y ambos sexos con barba; sus orejas serían probablemente puntiagudas y capaces de moverse, estando sus cuerpos provistos de cola, con músculos apropiados. Sus cuerpos y miembros funcionarían con músculos que ahora sólo a veces reaparecen, pero que son normales en los cuadrumanos... Los pies serían entonces prehensiles a juzgar por el estado del dedo gordo del pie en el feto; y nuestros progenitores, sin duda alguna, eran arbóreos en sus costumbres y frecuentaban los países cálidos cubiertos de bosques. Los machos tenían grandes dientes caninos, que les servían de arma formidable (*The Descent of Man*, pág. 160, ed. 1888. Un ejemplo ridículo de las contradicciones evolucionistas nos lo proporciona el Prof. Oscar Schmidt (*Doctrine of Descent and Darwinism*, pág. 292), que dice: “La parentela del hombre y del mono no... está



impugnada por la fuerza bestial de los dientes el orangután o gorila macho". Mr. Darwin por el contrario, dota a su ser fabuloso con dientes que usaba como armas).

Darwin relaciona al hombre con el tipo de los catarrinos con cola:

Y, por tanto, le hace retroceder una etapa en la escala de la evolución. El naturalista inglés no se contenta con tomar posición en el terreno de sus propias doctrinas, y lo mismo que Hæckel, se coloca en este punto en contradicción directa con una de las leyes fundamentales que constituyen el encanto principal del darwinismo.

Después de esto, el sabio naturalista francés procede a mostrar cómo ha sido quebrantada esta ley fundamental. Dice:

En una palabra: en la teoría de Darwin las transmutaciones no tienen lugar ni por la casualidad ni en todas las direcciones. Son ellas regidas por ciertas leyes debidas a la organización misma. Si un organismo se modifica una vez en una dirección dada, puede sufrir cambios secundarios o terciarios; pero conservará la impresión del original. La ley de la *caracterización permanente es la única* que permite a Darwin explicar la filiación de los grupos, sus características y sus numerosas relaciones. En virtud de esta ley, *todos* los descendientes del primer molusco han sido moluscos; *todos* los descendientes del primer vertebrado han sido vertebrados. Es evidente que esto constituye uno de los fundamentos de la doctrina. Se deduce de esto que dos seres pertenecientes a dos tipos distintos pueden referirse a *un antecesor común*, pero el uno no puede ser descendiente del otro.

Ahora bien; el hombre y el mono presentan un contraste muy sorprendente por lo que *respecta al tipo*. Sus órganos... corresponden casi exactamente término por término; pero estos órganos están arreglados bajo un plan muy distinto. En el hombre están ordenados de modo que es esencialmente un *andador*, mientras que en el mono necesitan que sea un *trepador*... Hay aquí una diferencia anatómica y mecánica... Una ojeada en la página en que Huxley ha colocado uno junto al otro el esqueleto humano y el de los monos más altamente desarrollados, basta como prueba convincente.

La consecuencia de estos hechos, desde el punto de vista de la aplicación lógica de la ley de las *caracterizaciones permanentes*, es que el hombre no puede descender de un antecesor ya caracterizado como mono, como no puede descender un mono catarrino sin cola, de un catarrino con ella. Un animal caminante no puede descender de uno *trepador*. Esto fue claramente comprendido por Vogt.

Al colocar al hombre entre los primates, declara él sin vacilar que las clases más ínfimas de los monos han pasado el jalón (el antecesor común) de que han partido y divergido los diferentes tipos de esta familia. [A este antecesor de los monos lo ve la Ciencia Oculta en el grupo humano más inferior durante el período Atlante, como se ha indicado]. Debemos, pues, colocar el origen del hombre más allá del último mono [lo que corrobora nuestra doctrina], si queremos adherirnos a una de las leyes más estrictamente necesarias a la teoría darwiniana. Entonces llegamos a los prosimianos de Hæckel, los loris, indris, etc. Pero estos animales son también trepadores; Por tanto, tenemos que remontarnos aún



más, en busca de nuestro primer antecesor directo. Pero la genealogía de Hæckel nos lleva de estos últimos a los *marsupiales*. Desde el hombre al canguro, la distancia es, ciertamente, grande. Ahora bien; ni la fauna viviente, ni la extinguida, muestran los tipos intermedios que deben servir de jalones. Esta dificultad embaraza poco a Darwin (Con arreglo a un pensador de esta clase, el profesor Schmidt, Darwin ha desarrollado “un retrato nada lisonjero ciertamente, y quizás en muchos puntos nada correcto, de nuestros presuntos antecesores, en la fase de una humanidad que alboreaba” (*Doctrine of Descent and Darwinism*, pág. 284). Sabemos que considera la falta de datos en estas cuestiones como una prueba en su favor. Hæckel, indudablemente, se preocupa tan poco como él. Admite la existencia de un *hombre pitecoide*, absolutamente teórico.

Así, pues; dado que se prueba, con arreglo al mismo darwinismo, que el origen del hombre debe colocarse más allá del estado décimooctavo, y dado que, en consecuencia, se hace *necesario* llenar el vacío entre los marsupiales y el hombre, ¿querrá Hæckel admitir la existencia de *cuatro grupos intermedios desconocidos* en lugar de uno? ¿Completará él su genealogía de esta manera? No me toca a mí contestar (*The Human Species*, págs. 106–108).

Véase la famosa genealogía de Hæckel en *The Pedigree of Man*, llamada por él la “Serie de los antecesores del Hombre”. En la “Segunda división” (estado dieciocho) describe:

Los prosimianos, aliados a los loris (estenopos) y maquies (lemurinos), sin huesos marsupiales ni cloaca, *con placenta* (*Ob. cit.*, pág. 77).

Y ahora véase *The Human Species* (Págs. 109–110) de De Quatrefages, y mírense sus pruebas, basadas en los últimos descubrimientos, que muestran que los prosimianos de Hæckel no tienen decidua ni placenta difusa. No pueden ellos ser ni siquiera los antecesores de los monos; y por tanto, mucho menos del hombre, con arreglo a la ley fundamental del mismo Darwin, según indica el gran naturalista francés. Pero esto no intimida en lo más mínimo a los “teóricos del animal” pues la contradicción propia y las paradojas son el alma misma del darwinismo moderno. Testigo Mr. Huxley, quien ha manifestado, respecto al hombre fósil y al “eslabón perdido”, que:

Ni en las edades cuaternarias, ni en la época presente, llena ningún ser intermedio el vacío que separa al hombre del troglodita;

y que el “negar la existencia de este vacío *sería tan censurable como absurdo*”, y el gran hombre de ciencia niega sus propias palabras, *in actu*, sosteniendo con todo el peso de su autoridad científica *la más “absurda”* de todas las teorías: ¡la *descendencia del hombre de un mono!*

De Quatrefages dice:

Esta genealogía es por completo errónea, y se funda en un error material.



Verdaderamente, Hæckel basa su descendencia del hombre en los estados diecisiete y dieciocho, los marsupiales y prosimianos – (¿género Hæckelii?). Al aplicar el último término a los lemúridos, haciendo de ellos, por tanto, animales con placenta, comete un error zoológico; pues después de dividir él mismo los mamíferos con arreglo a sus diferencias anatómicas en dos grupos: los *indeciduata*, que no tienen decidua (o membrana especial que une la placenta), y los *deciduata*, los que la poseen, incluye a los prosimianos en este último grupo. Ahora bien; en otra parte hemos manifestado lo que otros hombres de ciencia tienen que decir a esto. Según dice De Quatrefages:

Las investigaciones anatómicas de... Milne Edwards y de Grandidier sobre los animales... ponen fuera de toda duda que los prosimianos de Hæckel no tienen decidua ni placenta difusa. Son *indeciduata*. Lejos de haber posibilidad de que sean los antecesores de los monos, con arreglo a los principios sentados por el mismo Hæckel, no pueden ser considerados ni siquiera como antecesores de los mamíferos zonoplacentales... y deben ser relacionados con los Pachydermata, los Edentata y los cetáceos (*Ob. cit.*, pág. 110).

¡Y sin embargo, las invenciones de Hæckel pasan para algunos como *Ciencia exacta!*

El mencionado error, si es verdaderamente tal, no se halla ni siquiera aludido en el *Pedigree of Man* de Hæckel, traducido por Aveling. Si vale la disculpa de que cuando se hicieron las famosas “genealogías” “no se conocía la embriogénesis de los prosimianos” ahora ya es familiar. Veremos si en la próxima edición de la traducción de Aveling, aparece rectificado este importante error, o si los estados diecisiete y dieciocho siguen siendo como están, haciendo creer al profano en uno de los *verdaderos* eslabones intermedios. Pero, según observa el naturalista francés:

Su proceso [el de Darwin y Hæckel] es siempre el mismo, considerando lo desconocido como una prueba en favor de su teoría.

Se llega a lo siguiente: Concédase al hombre un Espíritu inmortal y un Alma; dótese a toda la creación, animada e inanimada, con el principio monádico, evolucionando gradualmente de la polaridad latente y pasiva a la activa y positiva – y Hæckel se encontrará sin tener en qué apoyarse, digan lo que quieran sus admiradores.

Pero existen divergencias importantes aun entre Darwin y Hæckel. Al paso que el primero nos hace proceder del catarrino *con cola*, Hæckel encuentra a nuestro hipotético antecesor en el mono *sin cola*, aunque, al mismo tiempo, le coloca en un “estado” hipotético, precediendo inmediatamente a éste (Menocerca con cola), estado diecinueve.



Sin embargo, tenemos una cosa en común con la escuela darwinista, y es la ley de la evolución gradual y extremadamente lenta, abarcando muchos millones de años. El pleito principal, según parece, está en lo que se refiere a la naturaleza del “antecesor” primitivo. Se nos dirá que el Dhyân Chohan, o el “progenitor” del Manu, es un ser hipotético desconocido *en el plano físico*. Contestamos que toda la Antigüedad creía en él, y que hoy creen las nueve décimas partes de la humanidad presente; mientras que no sólo es el hombre pitecoide u hombre–mono un ser puramente hipotético de la creación de Hæckel, desconocido e incontrable en esta Tierra, sino que además su genealogía –según él la ha inventado– choca con los hechos científicos, y con todos los datos conocidos de los descubrimientos modernos de la Zoología. Es sencillamente un absurdo, aun como ficción. Según demuestra De Quatrefages en pocas palabras, Hæckel “admite la existencia de un hombre pitecoide absolutamente teórico” – cien veces más difícil de aceptar que cualquier antecesor Deva. Y no es éste el único ejemplo en que procede de un modo semejante, a fin de completar su cuadro genealógico. En una palabra: él mismo admite su invención cándidamente; pues confiesa la no existencia de su Sozura (estado catorce) – un ser completamente desconocido para la Ciencia – al confesar bajo su propia firma que:

La prueba de su existencia se funda en la necesidad de un tipo intermedio entre los estados trece y catorce[!].

Siendo así, podemos nosotros sostener con el mismo derecho científico que la prueba de la existencia de nuestras tres Razas etéreas, y de los hombres con tres ojos de las Razas Tercera y Cuarta, “se funda también en la necesidad de un tipo intermedio” entre el *animal* y los Dioses. ¿Qué razones tendrían los Hæckelianos para protestar en este caso especial?

Por supuesto, hay una contestación pronta: Porque no concedemos la presencia de la Esencia Monádica. La manifestación del Logos como conciencia individual en la creación animal y humana no es aceptada por la ciencia exacta, ni tampoco lo explica todo, por supuesto. Pero los fracasos de la Ciencia y sus deducciones arbitrarias son mucho mayores en conjunto que los que puede proporcionar nunca cualquier doctrina Esotérica “*extravagante*” (Por supuesto, el sistema esotérico de la Evolución de la Cuarta Ronda es mucho más complejo que lo que el párrafo y las citas mencionadas aseguran categóricamente. Es prácticamente lo *contrario* –tanto en la deducción embriológica como en la sucesión en el tiempo de las especies– del concepto corriente occidental). Hasta pensadores de la escuela de Von Hartmann han sido atacados de la epidemia general. Aceptan ellos la antropología darwinista (más o menos), aun cuando también presuponen el Ego individual como una manifestación de lo Inconsciente (la representación occidental del Logos o del pensamiento Divino Primordial). Dicen ellos que la evolución del hombre físico viene del animal, pero que la mente, en sus diversas fases, es completamente una cosa aparte de los



hechos materiales, aunque el organismo, como Upâdhi, es necesario para su manifestación. (D.S. IV, 354-378).

ALMAS PLASTIDULARES Y CÉLULAS NERVIOSAS CONSCIENTES

Pero no se le ve nunca el fin a las maravillas de Hæckel y los de su escuela, a quienes los ocultistas y teósofos tienen perfecto derecho a considerar como viajeros materialistas que penetran indebidamente en terrenos metafísicos privados. No satisfechos con la paternidad del Bathybius (Hæckelii), inventan ahora “almas plastidulares” y “almas átomos” (Según Hæckel, hay también “almas-células” y “células-átomos”; un alma “inorgánica molecular” sin memoria, y un “alma plastidular” que la tiene. ¿Qué son, comparadas con esto, nuestras enseñanzas esotéricas? ¡El alma *divina* y *humana* de los siete principios del hombre tiene, por supuesto, que palidecer y ceder el campo ante tan estupenda revelación!) sobre la base de fuerzas puramente ciegas y mecánicas de la materia. Se nos dice que:

El estudio de la evolución de la vida del alma nos muestra que ésta se ha abierto camino desde los estados inferiores de la simple alma-célula a través de una serie sorprendente de estados graduales de la evolución, hasta el alma del hombre (*The Pedigree of Man*, pág. 296).

“Sorprendente”, en verdad – basada como se halla esta extravagante especulación, en la *conciencia* de las “células nerviosas”. Pues, según se nos dice:

Aunque no estemos actualmente en situación de poder explicar por completo la naturaleza de la conciencia (Ésta es una confesión valiosa. Sólo que trata de buscar el origen de la *descendencia* de la conciencia del hombre, así como de su cuerpo físico, en el Bathybius Hæckelii aun más grotesco y *empírico* en el sentido de la segunda definición de Webster), sin embargo, la observación comparada y genésica de ella indica claramente que es sólo una función más elevada y compleja de las células nerviosas (*Ibid.*).

La canción sobre la conciencia de Mr. Herbert Spencer, ya se ha oído, según parece, y en lo sucesivo puede relegarse al almacén de las antiguallas, como una de tantas especulaciones inútiles. Sin embargo, ¿adónde llevan a Hæckel las “funciones complejas” de sus científicas “células nerviosas”? Una vez más directamente a las enseñanzas Ocultas místicas de la *Kabalah* acerca de la descendencia de las Almas como Átomos conscientes e inconscientes; a la MÓNADA Pitagórica y a las Mónadas de Leibniz; y a los “Dioses, Mónadas y Átomos” de la enseñanza esotérica (Los que opinan de modo contrario, y consideran la existencia del Alma humana “como un fenómeno sobrenatural, espiritual, condicionado por fuerzas completamente diferentes de las fuerzas físicas ordinarias”, se mofan, cree él, “en consecuencia, de toda explicación que sea simplemente científica”. No tienen derecho, según parece, a asegurar que “la psicología es, en parte o en todo, una ciencia espiritual y no una física”. El nuevo descubrimiento de Hæckel –que, sin embargo, se ha enseñado durante miles de años en todas las



religiones orientales— de que los animales tienen alma, voluntad, y sensación, y por tanto, poseen las funciones del alma, le lleva a hacer de la Psicología la ciencia de los zoólogos. La enseñanza arcaica de que el alma (el alma del animal y las almas humanas o Kâma y Manas) “tiene su historia de desenvolvimiento”, la reclama Hæckel como un descubrimiento e innovación suyos en una “senda no hollada” (¿). Él, Hæckel, expondrá la evolución comparativa del alma, del hombre y la de otros animales. La relativa morfología de los órganos del alma, y la comparativa fisiología de las funciones del alma, ambas fundadas en la evolución, se convierten de este modo en el problema fisiológico (realmente materialista) del hombre científico. (“Almas—células y Células—almas, págs. 135, 136, 137, *Pedigree of Man*), a la *letra muerta* de las enseñanzas Ocultas, dejadas a los *amateurs* kabalistas y a los profesores de Magia ceremonial. Pues esto es lo que dice al explicar su terminología de nuevo cuño:

Almas—Plastídulas. Las plastídulas o moléculas protoplásmicas, las partes más pequeñas y homogéneas del protoplasma, han de ser consideradas, en nuestra teoría plastidular, como los factores activos de todas las funciones de la vida. El alma plastidular difiere del alma inorgánica molecular en que posee memoria (*The Pedigree of Man*, nota 20, pág. 296).

Esto lo desarrolla en su extraordinaria conferencia sobre la “Perigénesis de la Plastídula, o las Ondas de movimiento de las Partículas Vivientes”. Es un progreso sobre la teoría de Darwin de la “Pangenesis” y un paso más, un movimiento cauteloso, hacia la “Magia”. La primera es una conjetura de que:

Algunos de los átomos actuales idénticos que formaron parte de los cuerpos de los antecesores son transmitidos así por medio de sus descendientes de generación en generación, de tal modo que somos literalmente “carne de la carne” de la criatura primordial que se desarrolló en hombre

— explica el autor de *A Modern Zoroastrian* (Pág. 119). Sobre esto último, el Ocultismo enseña que a) los átomos de la vida de nuestro Principio Vital (Prâna) no se pierden jamás enteramente cuando un hombre muere. Que los átomos mejor impregnados del Principio de la Vida, factor independiente, eterno y consciente, son transmitidos parcialmente de padre a hijo por medio de la herencia, y se reúnen parcialmente de nuevo, convirtiéndose en el principio animador del nuevo cuerpo en cada nueva encarnación de las Mónadas. Porque b), así como el Alma Individual es siempre la misma, así también los átomos de los principios inferiores (el cuerpo, su astral o doble vital, etc.) son atraídos por afinidad y por la ley Kármica a la misma individualidad, en una serie de diversos cuerpos (Véase “Transmigration of Life—Atoms”, en *Five Years of Theosophy*, páginas 533–539. La agregación colectiva de estos átomos forma así el *Anima Mundi* de nuestro Sistema Solar, el Alma de nuestro pequeño Universo; cada átomo del cual es, por supuesto, un Alma una Mónada, un pequeño universo dotado de conciencia, y por tanto, de memoria. (Vol, II, Secc. XIV: “Dioses, Mónadas y Átomos).

Para ser justos, o cuando menos lógicos, nuestros Hæckelianos modernos debieran tomar el acuerdo de que en lo sucesivo la “Perigenesis de la Plastídula”



y otras conferencias semejantes se encuadernasen juntamente con las publicadas sobre el “Buddhismo Esotérico” y “Los Siete Principios del Hombre”. De este modo tendría el público una ocasión, en todo caso, de comparar las dos enseñanzas y juzgar luego cuál es la más o menos absurda, aun desde el punto de vista de la ciencia materialista y exacta.

Ahora bien; los Ocultistas, que buscan el origen de cada átomo del Universo, ya sea colectivamente o solo, en Una Unidad, la *Vida* Universal; que no reconocen que pueda haber en la Naturaleza algo *inorgánico*; que no admiten la *Materia muerta* – los Ocultistas están conformes con su doctrina del Espíritu y del Alma, cuando habla de la *memoria* de la *voluntad* y de la *sensación* de cada átomo. Pero ¿qué quiere decir un materialista con esta denominación? La ley de la biogénesis, en el sentido que la aplican los Hæckelianos, es el resultado de la ignorancia del hombre de ciencia, acerca de la Física *Oculto*. Nosotros conocernos y hablamos de los “átomos de la vida” y de los “átomos durmientes” porque consideramos estas dos formas de energía –la cinemática y la potencial– como producidas por una misma fuerza, o la Vida Una, y consideramos a esta última como el origen y el impulsor de todo. Pero ¿qué es lo que proporciona la energía, y especialmente la memoria a las “almas plastidulares” de Hæckel? La “ola moviente de partículas vivas” es comprensible con la teoría de la Vida Una Espiritual, de un Principio Vital universal independiente de *nuestra* Materia, y manifestándose como *energía atómica* sólo en *nuestro* plano de *conciencia*. Es lo que, individualizado en el ciclo humano, se transmite de padres a hijos.

Ahora bien; Hæckel, modificando la teoría de Darwin, sugiere, “más plausiblemente” de lo que cree el autor de *A Modern Zoroastrian*:

Que no son los mismos átomos idénticos, sino sus movimientos y modo de agregación peculiares los que así han sido transmitidos [por la herencia] (*Ob. cit.*, pág. 119).

Si Hæckel o cualquier otro hombre de ciencia supiese más de lo que sabe acerca de la naturaleza del átomo no hubiera corregido de este modo tal punto. Pues lo que hace es manifestar lo mismo que Darwin, en lenguaje más metafísico. El Principio de la Vida, o *Energía de la Vida*, que es omnipresente, eterno, indestructible, es una *Fuerza* y un PRINCIPIO como *nómeno*, al paso que es los Átomos, como *fenómeno*. Es una y la misma cosa, y no pueden considerarse como separadas excepto en el materialismo (En “The Transmigration of Life–Atoms” (*Five Years of Theosophy*, pág. 358), decimos del Jîva, o Principio de la Vida, a fin de explicar mejor una posición con demasiada frecuencia mal comprendida: “Es omnipresente... aunque [muchas veces en este plano de manifestación]... esté en un estado durmiente [como en la piedra]... La definición que expresa que cuando esta fuerza indestructible se “separa de un grupo de átomos [debió haberse dicho *moléculas*] es inmediatamente atraída por otros”, no implica que abandone por completo el primer grupo (pues entonces los átomos mismos desaparecerían), sino sólo que transfiere su *vis viva*, o poder viviente (la energía del movimiento) a otro grupo. Pero, porque se



manifieste en el siguiente grupo, como lo que se llama fuerza cinemática no se sigue por esto que el primer grupo quede privado de ella por completo; pues sigue en él, como energía potencial o vida latente. "Ahora bien: ¿qué puede Hæckel significar con su frase "no los mismos átomos, sino su movimiento y modo de agregación peculiares", si no es la misma energía cinemática que hemos explicado? Antes de desenvolver tales teorías, debe haber leído a Paracelso y estudiado *Five Years of Theosophy* sin digerir debidamente sus enseñanzas).

Más adelante, Hæckel manifiesta acerca de las Almas-Átomos lo que a primera vista parece tan oculto como la Mónada de Leibniz:

La reciente polémica acerca de la naturaleza de los átomos, los cuales tenemos que considerar como los últimos factores, bajo una forma u otra, en todos los procesos físicos y químicos, parece tener facilísimo arreglo, por el concepto de que estas masas excesivamente diminutas poseen, como centros de fuerzas, un alma persistente, y que cada átomo tiene sensación y el poder de moverse (*Ob. cit.*, nota 21, pág. 296).

No dice él una palabra respecto del hecho de ser ésta la teoría de Leibniz, y preeminentemente Oculta. Tampoco comprende el término "alma" como nosotros; pues para Hæckel es, simplemente, lo mismo que la conciencia, producto de la materia gris del cerebro, una cosa que, como el alma-célula,

está tan indisolublemente ligada al cuerpo protoplásmico, como el alma humana al cerebro y a la espina dorsal (*Ibid.*, nota 19).

Rechaza él las conclusiones de Kant, de Herbert Spencer, de du Bois-Reymond y de Tyndall. Este último expresa la opinión de todos los grandes hombres de ciencia, así como de los más grandes pensadores de las edades pasadas y presentes, al decir que:

El paso de lo físico del cerebro a los hechos correspondientes de la conciencia es incomprendible. Si nuestra mente y sentidos fueran... iluminados de modo que nos permitiesen ver y sentir las moléculas mismas del cerebro; si fueran capaces de seguir todos sus movimientos, todas sus agrupaciones... descargas eléctricas..., estaríamos tan lejos como siempre de la solución del problema... El abismo entre las dos clases de fenómenos, seguiría siendo intelectualmente infranqueable

Pero la función compleja de las células nerviosas del gran empírico alemán, o en otras palabras, su conciencia, no le permiten seguir las conclusiones de los más grandes pensadores de nuestro globo. *Él es más grande que ellos*. Él asegura esto, y *protesta* contra todos:

Nadie tiene derecho a sostener que en el futuro no podamos pasar más allá de los límites de nuestro conocimiento, que hoy parecen infranqueables (*Ibid.*, nota 23).

Y cita de la introducción de Darwin a *The Descent of Man*, las palabras siguientes, que modestamente aplica a sus contrarios científicos y a él mismo.



Los que saben poco, y no los que saben mucho, son siempre los que positivamente afirman que este o aquel problema no será jamás resuelto por la Ciencia (*Ob. cit.*, pág. 2).

El mundo puede estar tranquilo. No está lejano el día en que el “tres veces grande”, Hæckel, demostrará a su satisfacción que la conciencia de Sir Isaac Newton no era, filosóficamente hablando, sino la acción refleja (o conciencia *minus*) causada por la perigénesis de las plastídulas de nuestro antecesor común y antiguo amigo, el Moneron Hæckelii. Aun cuando el mencionado Bathybius haya sido encontrado y presentado como un pretendiente que simula la substancia orgánica *que no es*, y aunque entre los hijos de los hombres sólo la mujer de Lot – y aun ésta, sólo después de su desagradable metamorfosis– pueda pretender como antepasado suyo el puñado de sal *que es*; todo esto no le desanima en lo más mínimo. Seguirá asegurando, con tanta sangre fría como siempre, que sólo el modo y movimiento peculiares del fantasma de los hace tiempo desaparecidos átomos de nuestro Padre Bahtybius –transmitido a través de evos de tiempo en el tejido celular de la materia gris del cerebro de todo gran hombre– son los que han hecho que Sófocles, Esquilo y también Shakespeare hayan escrito sus tragedias; Newton, sus *Principia*; Humboldt, su *Cosmos*, etc. También impulsaron a Hæckel a inventar sus nombres grecolatinos de tres pulgadas de largo, pretendiendo decir mucho con ellos, y no diciendo nada.

Por supuesto, sabemos que los evolucionistas verdaderos y honrados están de acuerdo con nosotros; y que son los primeros en decir que no sólo son imperfectos los anales geológicos, sino que hay enormes vacíos en la serie de los fósiles hasta ahora descubiertos, que no podrán llenarse nunca. Nos dirán, además, que “ningún evolucionista pretende que el hombre descende de ningún mono existente, ni tampoco extinguido”; sino que el hombre y los monos tuvieron su origen, *probablemente* hace evos de tiempo, en algún tronco fundamental común. Sin embargo, como De Quatrefages señala, expondrán igualmente como prueba corroboradora de sus asertos esta abundancia de falta de pruebas, diciendo que:

Todas las formas vivas no han sido conservadas en la serie de fósiles, por ser las probabilidades de conservación pocas y muy distantes entre sí... [hasta los hombres primitivos] enterraban o quemaban sus muertos.

Esto es justamente lo que nosotros pretendemos. Es precisamente tan *posible* que el futuro nos reserve el descubrimiento del gigantesco esqueleto del Atlante, de treinta pies de altura, como el del fósil de un pitecoide “eslabón perdido”; sólo que lo primero es más *probable*. (D.S. IV, 378-386).

LAS RELIQUIAS FÓSILES DEL HOMBRE Y DEL MONO



ANTROPOIDE

HECHOS GEOLÓGICOS QUE SE REFIEREN A SU RELACIÓN

Los datos derivados de la investigación científica sobre el “hombre primordial” y el mono no prestan fundamento a las teorías que hacen proceder al primero del segundo. “¿En dónde, pues, hemos de buscar al hombre primordial?” – pregunta de nuevo Mr. Huxley, después de haberlo buscado en vano en las profundidades de las capas Cuaternarias.

¿Fue el Homo sapiens Plioceno o Mioceno, o aun más antiguo? ¿Aguardan los huesos fósiles de un mono más antropoide, o de un hombre más pitecoide que los conocidos hasta ahora, las investigaciones, en capas aún más antiguas, de algún paleontólogo aún no nacido? El tiempo lo dirá (*Man's Place in Nature*, p. 208).

Lo dirá (indudablemente), y así vindicará la Antropología de los Ocultistas. Mientras tanto, en su ansiedad de vindicar el *Descent of Man*, de Mr. Darwin, Mr. Boyd Daurkins cree que sólo le falta encontrar el “eslabón perdido” – en teoría. A los teólogos se debió, más que a los geólogos, el que el hombre fuese considerado hasta cerca de 1860 como una reliquia no más antigua que los 6.000 años adámicos ortodoxos. Pero según Karma lo tenía dispuesto, sin embargo, un abate francés, Bourgeois, fue el destinado a dar a esta teoría corriente un golpe aún peor que el que le habían dado los descubrimientos de Boucher de Perthes. Todo el mundo sabe que el abate descubrió, y puso de manifiesto, buena prueba de que el hombre existió en el período Mioceno; pues en los estratos miocenos fueron excavados pedernales de innegable factura humana. Según se expresa el autor de *Modern Science and Modern Thought*:

Debieron haber sido partidos por el hombre, o, como Mr. Boyd Dawkins supone, por el driopiteco o algún otro mono antropoide que tuviese una dosis de inteligencia tan superior a la del gorila o chimpancé, que fuese capaz de fabricar instrumentos. Pero en este caso se resolvería el problema y se descubriría el eslabón perdido, pues semejante mono pudiera haber sido muy bien el antecesor del hombre paleolítico (*Ob. cit.*, pág. 157).

O, *el descendiente del hombre Eoceno*, lo cual es una variante ofrecida la teoría. Mientras tanto, el driopiteco, con tan superiores dotes mentales, está todavía por descubrir. Por otra parte, el hombre Neolítico y aun el Paleolítico habiéndose convertido en una certeza absoluta, y como el mismo autor justamente observa:

Si han transcurrido 100.000.000 de años desde que la Tierra fue lo bastante sólida para sostener la vida vegetal y animal, el período Terciario puede haber durado 5.000.000, ó 10.000.000 de años, si el orden de cosas sostenedor de la vida ha durado, según supone Lyell, cuando menos 200.000.000 de años (*ibíd.*, pág. 161).



¿por qué no ensayar otra teoría? Transportemos, hipotéticamente, al hombre al final de los tiempos Mesozoicos – admitiendo *argumenti causa* que los monos de tipo superior (mucho más recientes) existieran entonces. Esto concedería amplio tiempo para que el hombre y los monos modernos hubiesen divergido del “mono más antropoide” mítico, y aun para que este último degenerara en los que se han encontrado *remedando* al hombre, usando “ramas de árboles como cachiporras y rompiendo nueces de coco con martillo y piedras” (¿[Es] éste el modo como debió actuar el *hombre primitivo*? No sabemos que existan hombres, ni aun salvajes, en nuestros tiempos, que se sepa hayan imitado a los monos, a cuyo lado viven en los bosques de América y en las islas. Pero sí sabemos de grandes monos, que, domesticados y viviendo en las casas, remedan a los hombres hasta el extremo de ponerse sombreros y vestidos. La escritora tuvo una vez un chimpancé, el que, sin nadie se lo enseñara, abría un periódico y pretendía leerlo. Las generaciones descendientes, los hijos, son los que remedan a los padre, y no al revés). Algunas tribus de salvajes montañeses en la India construyen sus viviendas en los árboles, lo mismo que los gorilas construyen sus guaridas. La cuestión de cuál de los dos, la bestia o el hombre, es el imitador del otro, apenas es discutible, aun admitiendo la teoría de Mr. Boyd Dawkins. Por regla general, sin embargo, el carácter imaginario de tal hipótesis es cosa admitida. Se arguye que mientras en los períodos Plioceno y Mioceno había verdaderos monos y cinocéfalos, siendo el hombre, de modo innegable, contemporáneo de los primeros tiempos mencionados –aunque, como vemos, la Antropología ortodoxa aún vacila ante los mismos hechos, de colocarlo en la Era del driopiteco, el cual

ha sido considerado, por varios anatómicos, como superior en algunos aspectos, al chimpancé o al gorila (*Ibíd.*, pág. 151).

sin embargo, en el período Eoceno no ha habido otros fósiles de *primates* desenterrados, y no se han encontrado más pitecoides que unas pocas formas lemurinas extinguidas. Y también hemos visto alusiones de que el driopiteco *puede haber sido* el “eslabón perdido”, aun cuando el cerebro de este animal no garantiza más la teoría que el cerebro del gorila de nuestros días (Véanse también las especulaciones de Gaudry).

Ahora bien; nosotros preguntamos quién de entre los hombres de ciencia está pronto a probar que no *existía el hombre* en los primeros tiempos de la época Terciaria. ¿Qué es lo que impedía su presencia? Hace apenas treinta años que se negaba con indignación que hubiese existido mucho más allá de seis o siete mil años atrás. Ahora se le rehúsa la admisión en el período Eoceno. En el siglo próximo puede ser cuestión de si el hombre no fue contemporáneo, del “dragón volador”, el pterodáctilo, el plesiosauro e iguanodonte, etc. Prestemos atención, entretanto, al eco de la Ciencia.

Ahora bien; dondequiera que hayan vivido los monos antropoides, claro está que, ya sea como cuestión de estructura anatómica, o de clima y medio ambiente, el hombre, o la



criatura que fuese su antecesor, pudo también haber vivido. Anatómicamente hablando, los monos y simios son variaciones tan especiales del tipo mamífero como el hombre, a quien se parecen hueso por hueso y músculo por músculo; y el hombre animal físico es sencillamente un ejemplo del tipo cuadrmano, particularizado por la postura erguida y un cerebro más grande... (Se pregunta si haría cambiar lo más mínimo a la verdad científica y al hecho contenidos en la anterior sentencia, si se leyese: “el mono es sencillamente un ejemplo del tipo bípedo, especializado para marchar generalmente a cuatro patas, y con un cerebro más pequeño”. Esotéricamente hablando, ésta es la verdad, y no lo contrario). Si pudo sobrevivir como sabemos que sobrevivió a las condiciones adversas y vicisitudes extremas del período Glacial, no hay razón para que no haya podido vivir en el clima semitropical del período Mioceno, cuando un clima propicio se extendía hasta la Groenlandia y Spitzbergen (*Modern Science and Modern Thought*, págs. 151–152).

Cuando la mayor parte de los hombres científicos que tienen opiniones libres en el tema de la descendencia del hombre de “un mamífero antropoide extinguido” no aceptan la misma simple posibilidad de otra teoría que la de un antecesor común al hombre y al driopiteco, consuela ver en una obra de verdadero valor científico tal margen de concordancia. En verdad, es ello tan amplio como posible, dadas las circunstancias, esto es, sin peligro inmediato de perder pie en la marea creciente de la adulación científica. Creyendo que la dificultad de explicar que –

el desarrollo de la inteligencia y moralidad por medio de la evolución no es tan grande como la que presenta la diferencia en la estructura física (No podemos seguir aquí a Mr. Laing. Cuando darwinistas notorios como Mr. Huxley señalan “el gran abismo que separa al hombre inferior del mono superior en poderes intelectuales”, el “abismo enorme... entre ellos”, la “inconmensurable y prácticamente infinita divergencia entre la estirpe humana y la simia”)(*Man’s Place in Nature*, páginas 142–143 y nota); cuando hasta la base física de la mente –el cerebro–excede de modo tan *extraordinario* en tamaño a la de los monos superiores existentes; cuando hombres como Wallace se ven obligados a invocar la agencia de inteligencias ultraterrestres a fin de explicar la elevación de una criatura tal como el pithecanthropus alalus, o salvaje mudo de Hæckel, al nivel del hombre de cerebro grande y *moral* de hoy; – cuando hay todo esto, es inútil descartar tan ligeramente los enigmas de la evolución. Si la prueba *estructural* es tan poco convincente y, considerada en conjunto, es tan hostil al darwinismo, las dificultades respecto del “cómo” de la evolución de la *mente* humana por selección natural, son diez veces mayores) entre el hombre y el animal más elevado –

el mismo autor dice:

Pero no es fácil ver cómo surgió esta diferencia de estructura física, y cómo vino a la existencia un ser que tuviera semejante cerebro y manos, y tales facultades latentes para un progreso casi ilimitado. La dificultad es la siguiente: la diferencia de estructura entre la raza más inferior de hombres y el mono más superior existente es demasiado grande para admitir la posibilidad de ser el uno descendiente directo del otro. El negro, bajo algunos aspectos, se aproxima ligeramente al tipo simio. Su cráneo es más estrecho, su cerebro de menor capacidad, su boca más prominente, y su brazo más largo que el término medio en el europeo. Sin embargo, es esencialmente un hombre, y está



separado por ancho abismo del chimpancé o el gorila. Hasta el idiota o imbecil, cuyo cerebro no es mayor, ni la inteligencia más desarrollada que la del chimpancé, es un hombre definido, no un mono.

Por tanto, si la teoría darwinista se mantiene firme en el caso del hombre y del mono, tenemos que retroceder a algún antecesor común de quien ambos se hayan originado... Pero para establecer esto como un *hecho* y no como una *teoría*, necesitamos encontrar esa forma antecesora, o por lo menos, algunas formas intermedias tendiendo a ella... en otras palabras... el “eslabón perdido”. Hasta ahora, no sólo no se han descubierto tales eslabones que faltan, sino que los más antiguos cráneos y esqueletos humanos que datan del período Glacial, y que probablemente tienen cuando menos 100.000 años, no indican aproximación muy marcada hacia semejante tipo prehumano. Al contrario, uno de los tipos más antiguos, el de los hombres de la cueva sepulcral de Cro-Magnon (Raza que De Quatrefages y Hamy consideran como una rama del mismo tronco de que salieron los Guanches de las Islas Canarias— retoños de los Atlantes, en una palabra), es el de una raza hermosa, de elevada estatura, cerebro grande, y en conjunto superior a muchas de las razas existentes de la humanidad. Por supuesto, la contestación es de que el tiempo no es bastante, y que si el hombre y el mono tuvieron un antecesor común, como quiera que es seguro que el mono, y probablemente el hombre, existieron en el período Mioceno, semejante antecesor hay que buscarlo en un período más remoto, en una antigüedad comparada con la cual toda la época Cuaternaria es insignificante... Todo esto es verdad, y puede muy bien hacernos vacilar antes de admitir que el hombre... es la sola excepción de la ley general del universo, y es hijo de una creación especial. Esto es tanto más difícil de creer, por cuanto la familia del mono, a la cual se parece tanto el hombre [?] en la estructura física, contiene numerosas ramas que se diferencian de un modo gradual, pero cuyos extremos difieren más entre sí que lo que el hombre difiere de la serie más elevada de monos. Si se requiere una creación especial para el hombre, ¿no podrá haber habido creaciones especiales para el chimpancé, el gorila, el orangután y para lo menos cien diferentes especies de monos y simios que están contruidos bajo las mismas líneas? (*Ibid.*, págs. 180–182).

Hubo una “creación especial” para el hombre y una “creación especial” para el mono, su progenie, sólo que siguiendo otras líneas que las que la Ciencia jamás ha presentado. Albert Gaudry y otros dan algunas razones de peso de por qué el hombre no puede considerarse como el coronamiento de una especie de monos. Cuando una ve que no sólo era el “salvaje primitivo” (?) una realidad en los tiempos Miocenos, sino que, como muestra de Mortillet, las reliquias de pedernales que ha dejado tras sí indican que fueron labradas por medio del fuego en aquella época remota; cuando se nos dice que el driopiteco es el único de los antropoides que aparece en aquellas capas, ¿cuál es la deducción natural? Que los darwinistas no están en lo firme. El mismo gibón, de apariencia humana, sigue en el mismo estado de desarrollo en que estaba cuando coexistía con el hombre al final del período Glacial. No presenta él diferencias apreciables desde los tiempos Pliocenos. Ahora bien; hay poco que escoger entre el driopiteco y los



antropoides existentes: gibón, gorila, etc. Si, pues, la teoría darwinista es por completo suficiente, ¿cómo se “explica” la evolución de este mono en hombre durante la primera mitad del período Mioceno? El tiempo es con mucho demasiado poco para tal transformación teórica. La extremada lentitud con que se verifican las variaciones de las especies hace la cosa inconcebible, y más especialmente en la hipótesis de la “selección natural”. El enorme abismo mental y estructural entre un salvaje que conoce el fuego y el modo de encenderlo, y el antropoide brutal, es demasiado grande para que, ni aun imaginativamente, se le pueda echar un puente, en un período tan restringido. Pueden los evolucionistas hacer retroceder el proceso al período Eoceno precedente, si así lo prefieren; pueden hasta hacer al hombre y al driopiteco descender de un antecesor común; así y todo, hay que afrontar la desagradable consideración de que en las capas Eocenas, los fósiles antropoides son tan notables por su ausencia, como el fabuloso pithecanthropus de Hæckel. ¿Puede encontrarse una salida de este *cul de sac* apelando a lo “desconocido” y a una referencia, a lo Darwin, sobre la “imperfección de los anales geológicos”? Sea así; pero el mismo derecho de apelación tiene entonces que ser igualmente concedido a los ocultistas, en lugar de permanecer siendo monopolio del perplejo materialismo. El hombre físico, decimos, existía antes de que se depositara el primer lecho de rocas cretáceas. En la primera parte de la edad Terciaria florecía la civilización más brillante que el mundo ha conocido; en un período en que el *hombre-mono* Hæckeliano, se cree que vagaba por los bosques primitivos, y en el que el antecesor putativo de Mr. Grant Allen saltaba de rama en rama con sus peludas compañeras, las Liliths degeneradas del Adán de la Tercera Raza. Aún no había monos antropoides en los mejores días de la civilización de la Cuarta Raza; pero Karma es una ley misteriosa que no respeta personas. Los monstruos criados en el pecado y la vergüenza por los gigantes Atlantes, “copias borrosas” de sus bestiales padres, y por tanto, del hombre moderno, según Huxley, extravían y abruman con errores al antropólogo especulativo de la ciencia europea.

¿En dónde vivieron los primeros hombres? Algunos darwinistas dicen que en el África occidental, otros que en el Sur de Asia, otros creen también en un origen independiente de troncos humanos, en Asia y en América, de antecesoros simios (Vogt). Hæckel, sin embargo, se adelanta gallardamente a la carga. Partiendo de su prosimiano, “el antecesor común a todos los demás catarrinos, incluso el hombre” –¡“eslabón” desechado por recientes descubrimientos anatómicos!–, trata de encontrar una morada para el pithecanthropus alalus primitivo.

Según toda probabilidad. [la transformación del animal en hombre] ocurrió en el Sur de Asia, en cuya región se presentan muchas pruebas de que fue la morada original de diferentes especies de hombres. Probablemente el Asia Meridional misma no fue la primera cuna de la especie humana, sino la Lemuria, un continente que se hallaba al Sur



de Asia y que se hundió más adelante bajo la superficie del Océano Índico. El período en que tuvo lugar la evolución de los monos antropoides en hombres semejantes a monos fue probablemente la última parte de la época Terciaria, el período Plioceno, y quizá en el Mioceno, su precursor (*Pedigree of Man*, pág. 73).

De las anteriores especulaciones, la única de algún valor es la que se refiere a la Lemuria, que *fue* la cuna de la humanidad – de la criatura física sexual, que se materializó a través de largos evos desde el estado de hermafroditas etéreos. Sólo que si se prueba que la Isla de Pascua es un resto verdadero de la Lemuria, debemos creer, según Hæckel, que los “hombres mudos semejantes a monos” que acababan de descender de un monstruo mamífero brutal, construyeron las estatuas–retratos gigantescas, dos de las cuales están ahora en el Museo Británico. Los críticos se equivocan al llamar a las doctrinas Hæckelianas “abominables, revolucionarias e inmorales” –aunque el materialismo es producto legítimo del mito del mono antecesor–; ellas son simplemente demasiado absurdas para que necesiten impugnación. (D.S. IV, 387-396).